

Los tiempos IDOS



Maurilio Mercado



Fundación Ediciones Clío

ISBN: 978-980-7984-83-6

Depósito Legal: ZU2023000212

LOS TIEMPOS IDOS

MAURILIO MERCADO



A mis padres
Que prepararon y cultivaron la tierra
para entregarnos su cosecha.

Lugares perdidos, olvidados por los que se fueron, arrastrados por la borrasca o sepultados por la muerte. Ruinas abandonadas que dejaron como testigos mudos los que existieron, cediendo espacio a los que vinieron y se quedaron perdidos en el tiempo.

M. M.

Contenido

| | |
|-------------------------------|-----|
| Prólogo | 11 |
| <i>Luciano Ponce</i> | |
| Introducción..... | 13 |
| CAPÍTULO I | |
| La tormenta | 19 |
| CAPÍTULO II | |
| La visita del Obispo | 27 |
| CAPÍTULO III | |
| El viático | 53 |
| CAPÍTULO IV | |
| Catarino Aguayo | 73 |
| CAPÍTULO V | |
| Ciriaco Martínez | 103 |
| CAPÍTULO VI | |
| Plutarco, el del molino | 127 |
| CAPÍTULO VII | |
| Los cuatro hermanos | 159 |
| CAPÍTULO VIII | |
| Los días difíciles | 221 |

Prólogo

Antiguamente Cronos era asociado a una fuerza destructora y devoradora de todo lo que encuentra a su paso. Me pregunto: ¿qué tanto ha cambiado esa noción al día de hoy? ¿Quién puede pensar que a un Dios lo puede vencer una musa? Quizá Clío sea esa de las nueve musas.

Dicen que la historia la escriben los vencedores, y en eso yo estoy de acuerdo: si la leemos desde que se tienen registros hasta el día de hoy, sólo conocemos las historias de esos hombres que han moldeado a la sociedad imponiendo una forma de ser y pensar. ¿Pero que hay de las historias de los demás hombres y mujeres, con sus sueños, anhelos, aspiraciones, vidas y obras que no aparecen en los libros de historia? ¿Qué pasó con esas vidas que fueron devoradas por ese Dios insaciable e imparables que todo destruye y olvida?

Pues algunas de esas vidas están plasmadas en este libro, que contiene en sus páginas esos sueños, anhelos, alegrías, tristezas y luchas que no aparecen en los libros de historia oficiales.

Permítanme presentarles la historia de los más grandes hombres y mujeres, que son y forman la verdadera historia de la humanidad.

Luciano Ponce

Introducción

Me ha costado mucho trabajo escribir este libro. Noches enteras de desvelos, dándole vueltas y más vueltas a los recuerdos, pensando una y otra vez y volver a pensar hasta que brota la chispa que enciende de nuevo los pensamientos muertos. Tuve que retroceder al pasado. Hurgar en los rincones más apartados de la mente, donde se encuentran archivados los recuerdos, cubiertos de polvo acumulado por el paso del tiempo. Fue necesario desandar el camino por las mismas pisadas para encontrar las cosas perdidas, los tiempos idos; cavar hondo en la tumba de los recuerdos para revivir el pasado, donde encontré un reguero de recuerdos, que parecían olvidados. Situaciones que volví a vivir y las disfruté como en aquellos tiempos. Removí viejas heridas que cicatrizan pero no sanan, que permanecieron allí, vivas como una brasa que no se apaga. Me di cuenta de que al remover las cenizas, todavía me queman. Porque cuando escarbas el alma, a cada talachazo, te salpicas de lágrimas.

Los recuerdos desfilaban por mi mente como fantasmas a mitad de la noche, o en la soledad del día. Aquellos personajes excepcionales que me tomaron ventaja, dejando un cúmulo de huellas regadas por todos los caminos, que ni la muerte pudo meter en su paliacate para llevarlas consigo, puesto que quedaron vivos en la memoria de todos aquellos que los recuerdan y no perecen, hasta que dejas de recordarlos. Este breve relato no tiene otro fin más que prolongar la vida a aquellos seres que con aplomo de herreros, me enseñaron los primeros pasos, las primeras palabras. Con ellos inicié el camino, y de ellos aprendí, todo lo bueno y todo lo malo. Todo me lo pusieron sobre una mesa para que yo me sirviera; como en un gran banquete, donde podía escoger todo lo apetecido y rechazar todo lo superfluo.

Sentí ganas de detener el tiempo, y a la inversa, hacer girar la tierra, para que volvieran los días perdidos de un lugar que ya no existe; sólo agoniza en mi memoria en un lecho olvidado, que ya nadie visita. Densas capas de nubes han cubierto este mundo, y no me permiten

ver con claridad el otro lado de los recuerdos. Y en la frontera del tiempo aparecen los fantasmas que desfilan frente a mis ojos. Ellos brotan desde las tumbas olvidadas, tomados de la mano para volver a la vida, a situarse en el mismo camino que recorrieron y que dejaron como una muestra ineludible. Ellos mismos lo hicieron cada día, paso a paso, pisoteando la hierba, aplanando la tierra, removiendo la piedra.

No se pueden borrar de la mañana a la noche todas sus andanzas que dejaron olvidadas. En cada paso que dieron, en los rincones donde durmieron, en el árbol donde descansaron, en cada arroyo donde bebieron, y en todos los sitios donde sufrieron, están. Tampoco el tiempo puede borrar los surcos en los barbechos que cultivaron, las casas que construyeron, ni las cercas que levantaron.

Si caminas por la rivera del río, al contemplar las ruinas del molino abandonado, vas a escuchar los gritos de Gregorio, retumbando en la ladera. La fuerza azotando con rabia los machos, gritando como un gladiador Romano a los cuatro vientos. Gregorio, descargando con furia el látigo sobre el lomo de aquellas bestias que movían la pesada piedra, triturando la caña para extraer el jugo. En esto ponía todas sus esperanzas de encontrar el sustento que le saciara la sed, que le calmara el hambre, solo para después de terminar su jornada, acabará con más sed y más hambre. Sin que le quedará otra opción más de correr desesperado a otra patria lejana, recorriendo largas distancias por terrenos desconocidos para buscar el pan de la vida, y pagar el precio elevado de sus descabelladas hazañas.

Los repiques y dobles de campanas me recuerdan a la nobleza del Sr. Cura, y la arrogancia del Obispo, que con una sóla mirada y unas gotas de agua bendita, les abría el camino del cielo a aquella fila interminable de niños inocentes, que se agolpaban a verlo, regocijados como si vieran al mismo Dios caminando frente a sus ojos. Tampoco se olvida la mirada perdida y triste del Señor Cura la mañana en que salió presintiendo que no regresaría jamás a ver terminado su templo nuevo. Al que había consagrado toda su existencia, pero no pudo ver concluido porque había perdido la carrera del tiempo.

Y como el lodo pegado a la raíz, se adhiere con estos personajes la figura taciturna de Anselmo el bueno, implorando una absolución para que el alma de su madre no se perdiera. Arrodiándose, humillado, suplicando por un perdón ajeno, a aquellos que se apoderaron de las llaves del cielo, consagrando su vida a amar a Dios. Pero allí

encerrados en sus monasterios, jamás abrieron la rejilla de la puerta para asomarse a ver el corazón del hombre.

Entre noches oscuras de fantasmas desvalidos o perdidos entre la sombra, toma forma la figura triste de Catarino Aguayo, que va cargando en sus espaldas el costal de la muerte con el espinazo arqueado de tanto muerto.

También se recuerda el martirio de Ciriaco Martínez, hincado bajo un sol abrasante, pidiendo ayuda a un Dios que estaba tan lejos, que la distancia le impidió no verlo morir lentamente, para ayudarlo a bien hacerlo, mientras aquellos que lo odiaban ya estaban planeando cómo acercarse a él, para darle el tiro de gracia.

Aferrado y terco, obstinado como un macho de carga que debe trepar hasta la cima, sube Plutarco la ladera, sin descansar, hasta alcanzar la meta. Trozando ramas y moviendo piedras, destapando alacranes y culebras, arriesgándolo todo, con tal de hacer que gire su molino, y hacer de él el un centro de gravedad donde la vida gira.

Entre relinchos de caballos inquietos y sobrados, encontramos a Valentín. Retorciendo sus bigotes de caudillo. Lanzando manganas a la muerte. Presumiendo sus animales de gran alzada, que escarbaban la tierra con sus pisadas, briosos y ladinos, producto de su imaginación y de su ingenio. Lleno de vida corpulento y jovial, sonriente, ajeno al peligro que lo acechaba cuando cargaba con energía sobrada aquellas bestias que sentían el mundo pequeño para descargarla, mientras él se olvidaba que ya no era un muchacho, que ya la vida se le estaba yendo, y no quiso voltear a ver el peligro que escondido lo acechaba.

Perdido entre los cerros en una mañana gris llena de nubes bajas que se deslizan y cubren la maleza del alba impregnada de rocío, cabalga Juan de Dios. Un hombre recio como un ermitaño, cobijado por la niebla que se extiende por el cerro como una sábana blanca. Aparece en la neblina, envuelto en un sarape con el sombrero caído hacia la espalda y el cabello mojado por el sudor de las ramas. Se mueve como una silueta que aparece y desaparece entre la breña, recorriendo sus potreros llenos de vacas, llevando solo por compañero su caballo viejo y dos perros galgos, buscando una presa, desesperados por matar el hambre. Mientras que él lleva un cigarro en la boca avivando la brasa, pero nada para comer en las alforjas.

Entre las fuertes polvaredas que azotan el llano vemos a Apolonia agarrada a los huizaches llenos de espinas tratando de imponerse al viento. Con el vestido ondeando como bandera vieja, deshilachado,

desgarrado por los garruños, perdida en aquella inmensidad, rodeada de nubes polvorientas que le cambiaron el rumbo. Le borraron la vereda y la extraviaron del camino de regreso hacia su casa.

Y al final me veo a mi mismo, caminando en la cuerda floja de un largo puente colgante con travesaños de tablonces podridos por medio de los cuales se divisa un hondo abismo, que tengo que cruzar a pesar del peligro porque al otro lado se encuentra Valentina, arrancada de su mundo por el destino, vagando en las calles desiertas de un pueblo extraño, perdiendo toda esperanza como planta que se marchita, cuando la sacude el viento. Y sólo espera, con el brazo tendido, mi llegada para regresar al lugar de donde fuerzas ajenas la expulsaron.

CAPÍTULO I
La tormenta



La lluvia comenzaba a caer allá a lo lejos en forma de dos rayas grisáceas, que se extendían como cortinas, tapando el escenario de los cerros que rodean el inmenso llano. El viento soplaba con tanta fuerza la superficie deslavada del llano, que levantaba inmensas nubes de polvo blanco que, al chocar con la borrasca negra de la tormenta, despedía un fuerte olor a tierra mojada. Los relámpagos subían con tanta fuerza que iluminaban la mañana, cual se tornaba negra, amenazando con abortar el día. Se aflojaban las nubes descargando sus gotas con tanta fuerza que escarbaban el suelo. Caían sobre la tierra seca como una brusca caricia que se iba suavizando al penetrar lentamente en sus entrañas, para despertarla de su letargo.

En poco tiempo el viento dispersó las nubes por todo el llano, que entre relámpagos y truenos descargaba toda su furia, anegando la superficie tepetatoso y flaca, que ya no absorbía más. Anegada, vomitaba el agua a través de zanjas y acequias dirigiéndose a cauces mayores. Formaba arroyos que se deslizaban a través de la ceja, en forma de hermosas cascadas de aguas pardas, adornando el contorno en un día que agonizaba por la mañana y resucitaba por la tarde, envuelto en un sol brillante. Todo terminaba en una noche densamente oscura, iluminada por millones de luciérnagas, perturbada por el ruido del agua, y amenizada por el canto de los sapos.

La tormenta había cesado. Se fue moviendo poco a poco, jalada por la atracción del norte y movida por la fuerza del viento, hasta perderse en los cerros más lejanos. Todo el estruendo se volvió murmullo, y los rayos que subían del suelo brillaban a lo lejos, como la chispa que brota de una yesca.

Gregorio salió de su refugio. Un soplo de brisa le empapó la cara, la nariz se le impregnó del olor a tierra fresca, y un tibio vaho subía de las pisadas que batían el barro. Camino sobre el fango hasta la punta de la colina, desde allí de lo más alto de la montaña, se abarcaba el llano y las tierras bajas. Se sentó sobre un risco y miró el suelo anegado, los

cuatro extremos del parteaguas. Escuchó el estruendo del agua que bajaba desbocada por la gravedad de las laderas pronunciadas. Eran las venas de la tierra, que conducen la sangre hasta la arteria del arroyo, que desbordado se salía de cauce, y conducía nuevamente sus aguas revueltas al corazón del océano. En poco tiempo aquel paraje desolado, la naturaleza lo transformaba en algo bello. Pero tuvo la sensación, que todo aquello iba muriendo. Vio las casas agrietadas, los techos en el suelo, las paredes desnudas, los escombros apilados. Todo viejo a lo largo y ancho del poblado, como un árbol que muere y ya marchito, va tirando sus ramas para incorporarse al suelo.

Las casas se veían desperdigadas entre los cerros, sombreadas por zapotes y mezquites. La tierra árida, temblaba con los calores de mayo, tiritaba con los fríos de enero y se cubría con densas nubes de polvo que levantaban los fuertes vientos de febrero. Rara vez llegaban las tormentas. No sé qué cosa espantaba las nubes, pero se pasaban de largo. Era un lugar apartado, sentado en el rabo del mundo donde terminaba el camino. O de allí salía, una brecha de piedra dura que, entronca a la carretera y se escondía entre los vericuetos del terreno, como un horizonte que se pierde en el cerro.

Al centro estaba la iglesia con su puerta al poniente y su imponente torre de cantera blanca, percutida por el paso del tiempo. Sus arcos de adobe enjarrados al frente, cortados y erosionados, se veían cubiertos de lama negra. Con sus puertas al sur estaba la nueva iglesia, aún en construcción. Las torres mochas sin terminar y las paredes de ladrillo cocido, contrastaba con sus anchas columnas de cantera blanca. El frente estaba todo chapeado y adornado por hermosas cornizas que rodeaban ventanas y nichos vacíos. En forma de teatro romano, se encontraba la plaza al frente del nuevo templo, con su desnivel cubierto por escalones de cantera y una vieja fuente al centro, donde todos nos reunimos al terminar la tarde, y comenzar la noche.

Cruzando la calle al poniente protegida por una barda, estaba la escuela con sus dos salones de ladrillo, su techo en forma de dos aguas, cubierto de tejas color terracota, iluminada por grandes ventanas. Tenía amplios patios y un foro al frente, con una asta donde rara vez izaban la bandera.

Más abajo había un tendejón de dos puertas con su trastienda, un mostrador de madera, y unos anaqueles vacíos, donde la gente compraba lo más indispensable. Al otro extremo había otra tienda en circunstancias similares, con anaqueles despoblados de mercancías

regadas en la pared como puntos grises perdidos en un cielo azul. Pasaban los años y el comercio no florecía.

Separado por un callejón se impone el curato, con cuatro patios y amplios corredores, adornados con arcos y jardines y una fuente protegida por cancelas de hierro forjado.

A la entrada del rancho, marcado por un guardaganado y protegida por altas cercas, se encontraba la hacienda. Era un cuadrado enorme de adobes crudos, rodeada de trojes y caballerizas. Habían cuartos para los empleados, con un corredor de tres arcos de cantera al frente, adornados con frondosas bugambilias que subían hasta alcanzar los ventanales del segundo piso.

La mayoría de las casas eran de adobe crudo, con patios amplios, huertos, sebaderos de cerdos, corrales para el ganado y muladares llenos de gallinas y patos. De lo más alto de la cuesta ya donde comienza el llano se aprecia todo, y al contemplar los edificios, te das cuenta sobre qué eje giran las fuerzas vivas.

En el conjunto de edificios, la iglesia mostraba su fortaleza; un poder que avasallaba a los otros, que se había mantenido por siglos, y se proyectaba a través de los siglos. Sus construcciones fortificadas eran indestructibles, con cimientos profundos, rellenos de piedra maciza, que soportara su estructura, haciéndola resistente a los embates del tiempo. La definía una organización impenetrable, secreta, dogmática y antidemocrática, que no permitía cambios que la hicieran más vulnerable. Tenía un poder oculto, protegido por sus altos muros y sus infranqueables arcos inaccesibles al mundo, que sólo se ventilaba con la muerte.

La escuela trataba de levantarse burlando obstáculos y zancadillas, luchando contra varios poderes que la sujetan, sin poder zafarse por completo de las botas que la pisan. Con un potencial enorme que nunca fue aprovechado. Una infinidad de talentos que se pierden por no haber quien se interese por cultivarlos. Se pierden los que se quedan, pero también los que se van, ya que todos terminan luchando por su sobrevivencia, sin desarrollar sus habilidades. Acaban haciendo lo que otros les determinan, no lo que pueden y mucho menos lo que quieren, porque hay poderes que te limitan.

De la hacienda quedaba poco. Sus paredes cuarteadas y sus adobes erosionados, sus trojes y corrales vacíos, eran testigos mudos del rescoldo que sobraba de su grandeza. También la hacienda estaba condenada a desaparecer, igual a las casas que iban quedando solas y

comenzaban a agrietarse. Primero los techos, luego los muros, hasta terminar en el suelo, caían, cubriendo con sus escombros toda esperanza que regresaran sus dueños.

Desde aquí, se podía apreciar los estragos del tiempo, bastaba con una sola mirada, para darte cuenta qué era lo que se renovaba; lo que permanecía o permanece estático y qué envejece, ya que contemplado aquello desde este lugar, todo parecía viejo y olvidado. Se ven solo suelos enflaquecidos sin yerbas que los abrigan ni raíces que los alimenten.

Te daba la impresión de que allí la materia no se transforma; simplemente muere. Las cuevas eran más empinadas, los cerros desnudos por la erosión, los arroyos secos, los árboles no crecían, y hasta los recuerdos se olvidan en aquellos parajes donde raramente llueve. Y donde las tempestades, cuando llegaban, se llevaban más de lo que dejaban. Tenían que ahogarse en la costa para que lloviera en el llano, tal vez por eso llegaban las tormentas con tanta furia, y hasta el viento venía amuinado, bufando como toro enojado embistiendo lo que encontraba a su paso.

Todo se lo llevaba el viento, hasta los recuerdos. Los que salen de aquí nunca regresan. Sólo vuelven para sepultar a sus muertos. La mayoría llegaba en pleno velorio y se regresaban al echarles el último puño de tierra. Luego no volvías a saber de ellos. Se olvidaban de todo, como si el viento los arrastrara con sus recuerdos y los depositara por el mundo en parajes mejores donde supuestamente serían más productivos. Dejaban estos lugares monótonos, donde no corría el tiempo, para encontrar otros allá lejos. Lugares en los que el tiempo vuela; donde no termina la mañana cuando empieza la tarde y donde no te detienes ni a contemplar las estrellas de la noche. Sólo se quedaban los viejos y los niños y una que otra desafortunada muchacha, que no había tenido la suerte, que uno de los que se iban arrastrara con ella, contagiada por la ilusión de lugares fantásticos, donde todo se daba sin esfuerzo, donde los sufrimientos no se sienten, o se cubrían más fácil con el manto de la esperanza.

Para quedarse aquí había que tener un fuerte amor a la tierra, llevarla impregnada, no solo en la piel, también metida en las uñas, mezclando el barro con las lágrimas y el sufrimiento. Moldearla con las manos ásperas, ablandarla con el sudor que brota y llevarla pegada a tí como si fuera parte de tu cuerpo. Viviendo aquí podías sentir el frío hasta el tuétano de los huesos, para luego disfrutar de los rayos del sol que poco a poco te penetran la piel hasta sentirlos insoportables.

Recibir la lluvia como una caricia que viene del cielo y te va cubriendo hasta sentirla a la misma temperatura del cuerpo, cuando ya no sientes que te lastima, sino que te cobija y te arrulla. Abrir las entrañas de la tierra bajo los ardientes rayos del sol y depositar la semilla que brota convertida en vida nueva, renovando tus sueños centrados en aquella mata que crece hasta alcanzar el fruto que llenará el granero de la esperanza.

Es aquí donde comienzan los sueños; brotan como el germen de una semilla, grandes o pequeños, insignificantes sin dimensión ni forma. Y como la misma planta, crecen y toman forma hasta alcanzar el fruto de la ilusión convertida en idea, en sueño o pesadilla, de la que tardas para despertar y en ocasiones nunca despiertas. Por lo contrario, un sueño fracasado se convierte en pesadilla eterna, que te cambia todo, incluso, puede llevarte hasta la muerte. Te mueve, te arrastra, te marca como a un animal que le pegas un fierro caliente, y sólo lo superas con tu carácter, pero la marca queda, nunca te la quitas por más que te sacudas.

Los fracasos son como una maleta adherida al lomo que no te desprendes ni para dormir. Se convierte en compañera eterna. Sólo la edad te ayuda a soportar la carga, y ya cuando eres un viejo, la carga se vuelve insoportable, el horizonte se acorta, el día se hace más pequeño y la noche más larga.

Cuando eres joven nada te detiene. Todos los obstáculos te parecen pequeños. Cómo te pongan las trancas brincas, sin siquiera pensar cómo o dónde vas a caer, pero con la seguridad de que te vas a levantar. El mundo te parece pequeño. La vida la llevas aquí, en la palma de la mano, y por el contrario ya cuando eres viejo, la vida se reduce a un puño que no fácil sueltas. Hay que aflojar la mano poco a poco para que no se te vaya de golpe. En fin, la juventud se pierde y no se recupera, solo se añora.

La vida es corta como un suspiro que se te escapa cuando menos lo esperas, y hay que vivirla a tiempo, para no regresar; para no regresar a vivir lo que no viviste. Es en realidad un regalo que te da el mundo a través de su desbocado peregrinar. Te va dejando algo en cada giro. Te eleva desde el nadir hasta la cima, y cuando llegas al zenit, allí comienza a recoger todo lo dado. Te va arrancando un pedazo en cada vuelta, hasta dejarte reducido sólo a polvo.

Tal vez por eso todos se iban en plena juventud, tratando de ganarle la carrera al tiempo para que el tiempo no los rebasara. O es

que conforme creces, necesitas espacios más grandes. Cuando niño, este es el mundo. Aquí comienza y aquí termina. En el borde de la ceja, donde termina la ladera, ni siquiera te asomabas al llano, porque no era necesario. La vida transcurría de la casa a la escuela, de la escuela a la plaza y de la plaza a la iglesia. Un círculo pequeño porque pequeños eran tus pasos.

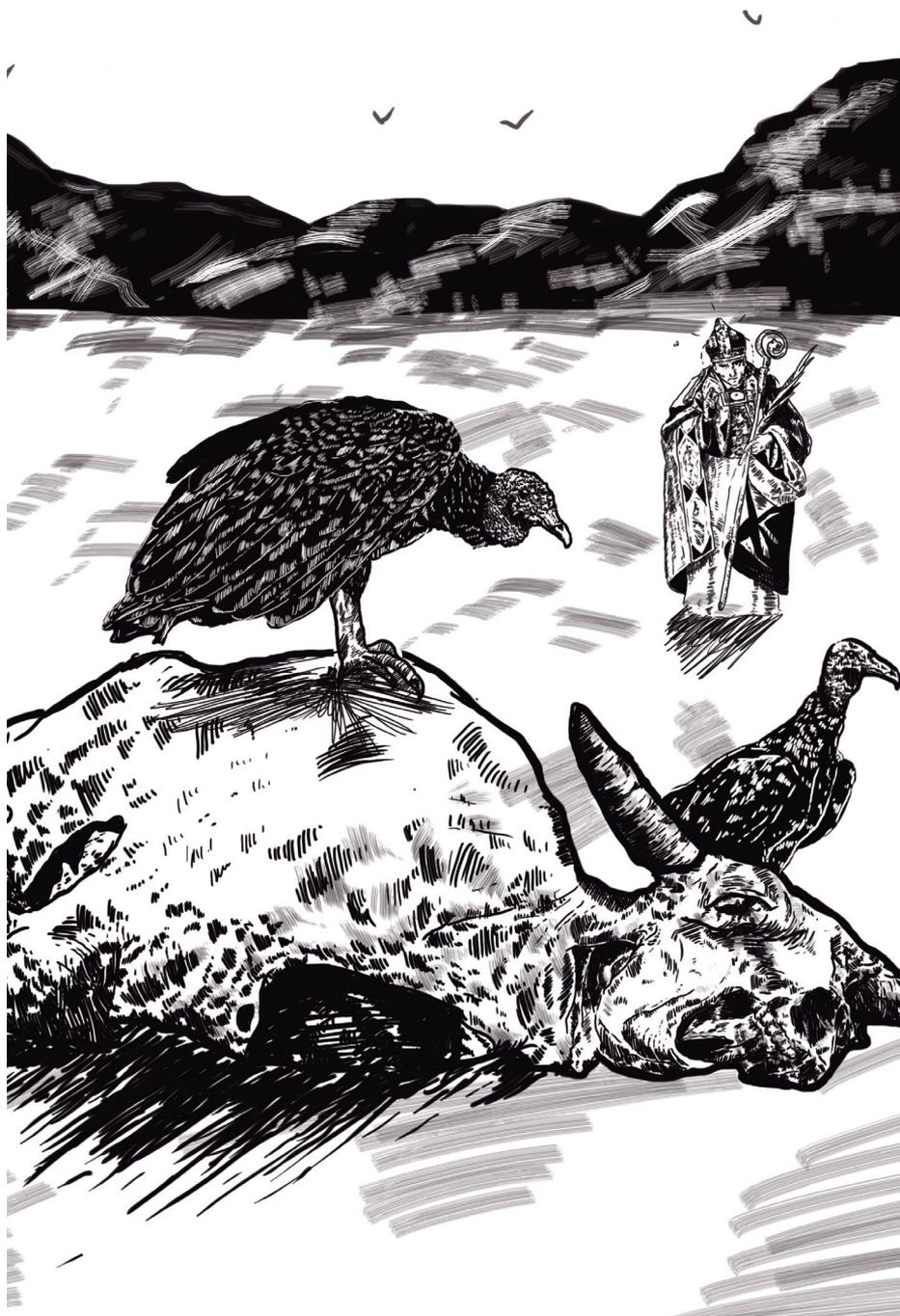
Luego comienzas a ver el horizonte, y te das cuenta de que es inmenso; más grande de lo que imaginaste. Tan grande que no te alcanza la vista para abarcarlo. Que por más que camines, por mucha distancia que recorras, por más que te acerques, a cada paso lo ves más lejos, y cuando vuelves la vista atrás, el lugar que dejaste te parece minúsculo. De aquí en adelante nada volverá a ser igual. Te vas llenando del mundo. Se te va metiendo despacio para quedarse acumulado en tu mente; anidado en un rincón del alma. Permanece en todos los sentidos, oyendo voces nuevas y nuevos sonidos. Conoces otras gentes, otros amigos; pruebas nuevos sabores, y hayas nuevas fragancias con aromas distintos. Escuchas hermosas voces que te acarician el oído pero también oyes gritos que te intimidan, que te ofenden. Ves paisajes hermosos a tu paso, pero también miseria regada en los caminos. Te deleitan exquisitos aromas pero a la vez te llegan los olores podridos. Acaricias cosas hermosas, pero te embarras las manos de fango y podredumbre. Saboreas deliciosos manjares, y cuando menos lo esperas, te asalta el hambre.

Te llenas de sueños, y a la mitad de la noche te despiertan las pesadillas. Sin quererlo, te vas perdiendo en el tiempo y el tiempo te va atrapando en la distancia, sin poder volver. Y si regresas no encuentras lo que dejaste porque también allá transcurre el tiempo; el tiempo que imaginaste detenerse cuando saliste, aunque sabes que nada se detiene, que todo se transforma y cambia, porque el mundo gira.

La vida sigue, sólo lo vivo perece, y cuando el individuo muere, las ideas mueren con él. Sólo quedan los ideales que también con el tiempo mueren. Lo único que queda son los vestigios de los que se fueron, de los que murieron, como ruinas abandonadas, convertidas en ideas muertas que nunca se renovaron. Los que se quedaron, no se quedaron a vivir, sino a sobrevivir, y poco les importó lo que se haga o deje de hacerse.

Quizá porque se fueron haciendo viejos y se les acabó la fuerza para seguir luchando, y una vez ya sin aliento, sólo se conforman con esperar la muerte, que se acercaba paso a paso en espiral hasta cerrar el círculo.

CAPÍTULO II
La visita del Obispo



Me despertaron las campanas del alba que tocaban a vuelo; primero la campana mayor, luego la más pequeña, seguida de las esquilas, hasta confundirse en un solo sonido, provocando una algarabía capaz de despertar a un muerto. Después prendieron las ristras y los cohetes que retumbaban en las paredes, cual si estuvieran bombardeando la casa, hasta que todo quedó en silencio. Dentro de la habitación, todavía estaba oscuro.

Me abracé a la almohada, atravesándome en la cama boca abajo, con un pie fuera de la cobija, para sentir el fresco de la mañana y disfrutar la cama para mi solo. Mis hermanos durmieron en la casa del tío Juan de Dios, quien comenzaba a cosechar después de haber tenido un buen año y necesitaba ayuda. Me gustaba que se fueran, porque me apropiaba de todo. No solo de la cama. Todo era para mí, no tenía que repartirlo ni el cariño de mi padre ni las atenciones de mi madre.

Apenas dormité un poco cuando escuché los zancasos de mi padre bajando la escalera, pisando fuerte como caballo herrado. Encendió la luz y se acercó a la cama hablando con voz de trueno.

—¡Levántate, Gregorio ya es tarde! Cogió mi pie y comenzó a frotarlo contra su áspera barba. Tuve que jalar fuerte para soltarme porque ya no soportaba la risa. Siempre acostumbraba a hacer eso; entraba después de que se levantaban mis hermanos, me envolvía en la cobija y la doblaba por mis pies como si fuera tamal de elote.

Enseguida entró mi madre, con mi sotana y mi corta nueva de monaguillo, recién planchadas. Tres semanas atrás llegó mi tía Santana con su cinta de medir, un lápiz y un cuaderno para tomar medidas.

—Te voy hacer un pantalón para que vayas muy guapo a ver al Señor Obispo, dijo. Y ayer llegó con esta vestimenta que tanto detesto porque todos se burlan y dicen, que sólo las mujeres usan vestido. También llevo el pantalón, aunque de poco sirve con semejantes enaguas, apenas se asoma la suela del zapato.

Después de que me vestí, mi madre mojó un trapo con agua, me humedeció el cabello y me limpió la cara. Se frotó las manos con vaselina, embarrando el cabello y luego me peinó, haciéndome el partido a un lado, en una forma que no se me levantaba ni un pelo.

Cuando salimos al corral mi padre estaba pegado a la ubre de una vaca, ordeñando en un jarro, con azúcar y chocolate que se desbordaba de espuma.

—Tómalo, porque sabrá Dios a que hora regreses, dijo revisándolo de pies a cabeza, sonriendo, burlándose de mi atuendo, o de mí que me frotaba la panza mientras saboreaba la leche.

—Adiós Gregorio, le dije mientras le regresaba el jarro vacío. Mi madre me encaminó a la puerta.

—No le hables de tú a tu padre, es falta de respeto, y no vayas a hacer diabluras en el templo. Pórtate bien, ya sabes que de todo me doy cuenta. Hay un pajarito que me lo dice todo- todo lo que haces.

—Sí, ya lo se. Adiós, Dionisia, le dije y salí corriendo antes de que pudiera reprenderme. Llegué a la casa de Tirso que ya me esperaba en la puerta, tomando un jarro de chocolate. Traía un bigote de espuma, le dio el último sorbo y lo dejó en la barda gritándole a sus hermanas que fueran a recogerlo.

—Me gustaría tener hermanas, le dije.

—¿Para qué? me contestó desaprobando con la cabeza.

—Para tener a quien mandar como tú.

—Sólo las mando pero no me obedecen. Cuando regresemos el jarro va a estar aquí, o a menos de que lo ocupen van a venir por él.

—Rápido niños que van a llegar tarde, alguien nos gritó desde adentro y corrimos hasta llegar a la iglesia.

Era el dos de febrero día de la Candelaria y ya la plaza estaba a reventar. De los ranchos cercanos y las comunidades más apartadas, venían a festejar, no a la Candelaria, que en estos lugares no era santo de su devoción, ya que ellos tenían santos mejores o con un mejor historial en cuanto a milagros se refiere. La fiesta era por la llegada del Obispo, que tampoco era común que un prelado de semejante rango se detuviera en estos lugares apartados de la mano de Dios.

Vinieron de todas partes y por todos los caminos llegaron en caravana, unos a pie, otros a caballo, algunos en mulas y burros. También venían en carros y camionetas destartaladas y agónicas, lanzando estruendosas explosiones que asustaban a los perros. En poco rato se llenó de fritangas y vendedores ambulantes toda la calle, hasta no

quedar un sólo espacio vacío. Los gritos de pregoneros se escuchaban hasta en las casas más apartadas.

La gente no encontraba espacio suficiente para satisfacer sus necesidades corporales de alimentación y desecho, y comenzaron a invadir huertos y arroyos, o cualquier espacio que les pareciera escondido. Entraban sin ningún recato con tal de satisfacer sus necesidades fisiológicas. Los vendedores atribulados en cubrir su demanda, sólo arrojaban sus desechos a su alrededor, y en poco rato se encontraban como en una isla rodeada de un mar de desperdicios, donde la gente caminaba sobre olas de basura. También se llenaron de desechos y mierda los arroyos donde corría cristalina el agua, contaminando aguajes y abrevaderos de ganados y aves. Hasta los puercos se contaminaron de ladillas, de arestin y de cólera, después de haber hecho un gran manjar de la inmundicia.

Con tres semanas de anterioridad el párroco llamó a nuestros padres, para que una vez terminada la clase y nuestras actividades cotidianas nos reunieramos en la iglesia. Allí se nos delegaban faenas en diferentes actividades que se prolongaba hasta la noche, sin que ninguno se atreviera a protestar por lo que se le asignaba. En dos semanas limpiamos toda la plaza; desde la entrada del templo hasta el guardaganado. Cortamos la mala yerba, recogimos la basura, pulimos la fuente, y removimos todas las piedras para que nadie tuviera ningún tropiezo. Dentro de la Iglesia, limpiamos los pisos desde la entrada hasta la sacristía. Removimos la cera adherida, acumulada por años. Sacudimos el polvo de todas las imágenes y lustramos con limón y bicarbonato el sagrario, cepos y candeleros. Clavamos postes a ambos lados de la calle y formamos imponentes arcos, cubiertos con flores artificiales hechas a mano por las niñas de la escuela. De un extremo a otro de la plaza, las muchachas amarraron lazos adornados con papel de china, formando una larga valla desde un extremo del callejón hasta la entrada del templo.

Todos estábamos contentos con la venida de semejante personaje, excepto el Maestro de la escuela, que no comulgaba con la iglesia, y se enfrascó en acaloradas discusiones con el párroco que nos hacía trabajar largas jornadas sin devengar ningún salario. Y lo que más lo sacaba de quicio era la forma en que nos manipulaban.

Para el gobierno, la separación iglesia estado era un objetivo que tenía que darse a cualquier precio, sin importar las consecuencias. Los maestros eran parte esencial para lograrlo, aunque a estos ya les

había ocasionado fuertes conflictos y enfrentamientos donde fueron los maestros los que soportaron la peor parte. La llama del rencor permanecía encendida como una brasa que no se extinguía y se avivaba al menor soplo del viento, debido a los acontecimientos ocurridos en un pasado cercano. Por todos lados habían cruces, y en algunos árboles existían huellas de ahorcados que provocó la última rebelión cristera. La lucha no permite tregua, a ninguno de los dos bandos. Cada cual en su cuartel, y el pueblo enfrente, confundido y bombardeado por argumentos de las dos partes.

Para el maestro, la escuela debería ser completamente ajena a la iglesia porque lo que en ella se enseña, supuestamente era meramente científico, basado en la comprobación y la experimentación. La enseñanza en la escuela era algo muy diferente a los milagros, que no tienen ninguna base científica. Los milagros son algo fabricado por la imaginación, la desesperación y la cerrazón del individuo a buscar soluciones por sí mismo. Para el maestro, los milagros son sólo un producto de la ignorancia alimentados por la casualidad. No se puede mezclar la educación con doctrinas falsas que sólo contaminan el pensamiento y lo degradan, echando en sacos rotos, todos los talentos, las ideas, y los pensamientos, para más tarde, ya contaminados, tirarlos al bote de la basura, como una fruta podrida que se arroja sin haberla probado.

La idea del maestro era formar generaciones con una preparación laica y que éstas, hicieran reacción en cadena sin retroceso. Construir escuelas tan firmes como las iglesias, pero nunca permitir que las iglesias se conviertan en escuelas. Crear individuos de libre pensamiento, sin temores, sin ataduras que actúen por convicción propia, y no borregos que se mueven al son que les toca la campana de turno. Desarrollar talentos, porque cada persona tiene un talento propio que no manifiesta, porque se manipula para hacerlos a todos pensar igual.

Mientras que para el párroco la educación sin Dios era impensable; ¿qué cosas no serían capaces de hacer las nuevas generaciones ateas? Todas creadas sin ningún temor, sin un freno, como caballos del apocalipsis, pasarían desbocados pisoteando todo aquel que se les ponga enfrente. Las parejas se unirían en amasiato, sin la bendición de Dios y estos no serán matrimonios, sino concubinatos revolcaderos de prostitutas, similares a los de Sodoma y Gomorra. ¿Qué sería de los niños sin bautismo? Se quedarían en el limbo, nunca alcanzarían el cielo debido a la irresponsabilidad de sus padres. ¿Cómo pagarían a Dios, que todo lo da, sus infinitas bondades? Si siembras una semilla

y te regresa una mazorca, ¡es allí donde está Él en la más simple y auténtica expresión! Es lícito que regreses a Dios la décima parte de lo que te ha dado, de lo que has cosechado porque esto te hará más justo y bondadoso. Cuando se tiene temor de Dios, mas no cuando se vive en la oscuridad. ¡Por eso tenemos que estar aquí!, caminando juntos o en paralelo. Porque cuando el bien duerme el mal avanza, y no vamos a permitir que nuestro rebaño se pierda. Haremos todo, más allá de lo humano para preservarlo.

La gente confundida no sabía a quién creerle. Tampoco podía aliarse a ninguno de los dos bandos. Por un lado el temor que sus hijos se criaran en la ignorancia, y por el otro el miedo que sus hijos fueran a parar en las llamas del infierno. Y para no entrar en conflicto de cuestiones que pocos entendían, decidieron mantenerse neutrales. Lo veían como una cuestión de toma y daca, dar al que pide para recibir lo que se da.

El momento era de dar y el turno era de Dios y como a Dios no se le regatea nada, ninguno objetó, sino que todos pusieron lo mejor de sí haciendo su mayor esfuerzo. Las mujeres en los corredores del curato se estorbaban por servir y demostrar sus mejores artes, domésticos y culinarios. Comenzaron en el zaguán hasta llegar a los cuartos más escondidos, limpiando pisos, paredes y ventanas, removiendo telarañas, cambiando cortinas y sacudiendo camas que cubrieron con blancas sábanas por si El Obispo o sus acompañantes deseaban hacer la siesta.

Un día anterior, en una esquina del patio improvisaron un fogón donde remojaban dos guajolotes en una tina de agua caliente. Les fueron quitando las plumas una a una hasta dejarlos desnudos. Enseguida los abrieron, les sacaron las vísceras, los lavaron y los secaron con un papel ardiendo, dejándolos reposar hasta el siguiente día colgados en un horcón de la cocina, donde los gatos no los alcanzaran. A media mañana, los guajolotes hervían en grandes ollas, a tiempo que las cazuelas de mole burbujeaban como lava candente. El arroz dorado en manteca de cerdo para la sopa, impregnaba con su delicioso aroma los corredores y el templo removiendo el apetito de todos los visitantes.

Durante la noche, también hicieron rompoppe en un cazo de cobre y en cuanto se enfrió, lo vaciaron en elegantes jarras de cristal que colocaron en lo más alto de una repisa, fuera del alcance de los niños, ya que por su alto contenido de alcohol era bebida sólo para los mayores. Mi madre, preocupada por mejorar mi aspecto, o movida por el

orgullo de madre, un día antes, me hizo meter en una tina, donde mi padre le daba de tragar a las vacas. La llenó de agua tibia y allí me tuvo por horas, remojando para que se me desprendiera cualquier costra. Después, con una piedra pómez me talló los codos, las rodillas y los talones, y por poco me arranca de la cara la piel en su afán de removerme las pecas. Con unas tijeras me corto las uñas de pies y manos, me enjuago con ramas de jaral tierno, y finalmente me enjabonó con un jabón de penetrante olor, prohibiéndome jugar hasta el siguiente día cuando pasara el evento.

Eran las seis de la mañana en punto, cuando se escuchó el primer repique; las campanas se lanzaron al vuelo y entre cohetes y ristras se anunció la llegada del alba. A partir de esa hora las campanas no dejaban de sonar cada treinta minutos, hasta que llegó el Obispo cerca de medio día.

Se abrieron las puertas del templo y la colecturía y la gente comenzó a comprar velas, veladoras, escapularios, rosarios y todo tipo de ofrendas. En menos de una hora la iglesia estaba llena. El ambiente era tenso y el aire irrespirable. El olor a cera quemada impregnaba hasta los cabellos. Una multitud se agolpaba en la colecturía donde se habían agotado las ofrendas y los milagros. Era un desfile interminable; hombres, mujeres y niños entraban con sus velas encendidas; unos de rodillas con los brazos extendidos, otros de pie. Depositaban las velas en el altar mayor o en el altar de la izquierda porque al lado derecho no había altar, sólo el confesionario y un cuadro de franela roja donde colgaban los milagros.

Al fondo, a la izquierda del altar mayor, se encontraba la sacristía y el oratorio, con una mesa larga en una esquina donde Tirso esperaba al sacristán y sus ayudantes. Estos, recogían brazadas de velas y canastos de veladoras, para cortarles la punta, y los pabilos quemados y así los regresaban a la colecturía donde los vendían nuevamente. Tirso tenía la encomienda de recoger y regresar los milagros cuando se llenaba el cuadro, ya que eran objetos de oro y sólo alguien de confianza podía hacerlo para evitar que se perdieran en el trayecto del templo a la colecturía. A Tirso se le tenía una confianza ciega. Los milagros eran pequeñas piezas de oro de diferente kilataje, con la forma del órgano que había sido sanado. Había en forma de brazos, manos, corazón, ojos, oídos y hasta uno que otro diente de oro que le extraían a los muertos cuando ya no los necesitaban.

Todo salía por la puerta de enfrente. Tirso entraba al templo y volvía a salir por un costado para llegar al mismo sitio, girando en armónico círculo, donde sólo el dinero se acumulaba en pesados cepos adheridos al piso, o en cajas fuertes, empotradas en las paredes y en absoluto secreto era distribuido. Fuera de la iglesia, en los callejones, la plaza y en la calle, se veía la gente desesperada, buscando sombra mientras el calor arreciaba.

Los vendedores de aguas frescas se quedaron con las jarras secas, vendiendo hasta el agua donde enjuagaban los vasos. Fuera de los tendejones hacían alteros de cajas de refrescos con cascós vacíos. Mi padre vendió hasta unas cajas de galletas rancias que conservaba por años, para que no se vieran tan despejados los anaqueles. Sólo le quedó en el rincón unos cuantos frascos de matagusano, creolina y dedeté para las pulgas y los zancudos. Los lecheros que bautizan con agua la leche, fueron los primeros en acabar. Los que hacen chicharrones y carnitas quedaron con los casos vacíos; no les sobraron ni las papayas. Todos hicieron en febrero su agosto.

Pasaban las diez de la mañana cuando nos preparábamos a salir al encuentro. El Sr. Cura envió al sacristán que ya andaba ronco de tanto grito, para que ordenara la gente. Les pidió que se formaran en fila recta, con los niños al frente, los padrinos atrás y al final los padres. Les indicó que se colocarán a ambos lados de la calle, formando una amplia valla desde la entrada del templo hasta el guardaganado, donde planeaban esperar al Sr. Obispo. Cuatro representantes de la adoración nocturna, uniformados con camisa blanca y pantalón negro, esperaban a la entrada del templo. Todos portaban un moño púrpura, pues eran los encargados de cargar la posta.

Me acerqué a preguntarle a Tirso si nos iba a acompañar.

—Tengo que ayudar a vaciar los cepos, a enrollar monedas y acabar de recoger las velas.

—Aparta un canasto de monedas para nosotros, para comprarla de pan, que ya se me retuerce el estómago, le dije al oído.

—¡Cómo crees! ¡Si el que se roba una peseta se le seca la mano; con un canasto, nos secamos completos! Lo que me voy a robar es una pierna de guajolote porque yo también no aguanto el hambre.

—Con eso se te secan las tripas, le dije. Agarré la campana y me fui porque ya me llamaba Antolín, mi compañero, moviendo el incensario, para que no se apagarán las brasas.

Antolin era hijo del peluquero. Era un muchacho excepcional, respetuoso, sensible y serio, incapaz de decir no. Con frecuencia abusamos de su sensibilidad. Si comenzábamos a repetirle varias veces, que iba a llorar, enseguida soltaba el llanto. Un día llegó a mi casa cuando íbamos a comenzar a comer; necesitaba un kilo de sal y una bolsa de jabón. Su mamá lo mandó porque sus hermanos querían comer y no tenía sal para los frijoles. Mi madre me mandó a despacharlo y yo iba de mal humor porque dejé de comer. Al bajar comencé a repetirle que iba a llorar, pero me detuve porque comenzó a hacer pucheros. Después de que le entregué sus cosas, comencé otra vez a repetirle lo mismo hasta que comenzó a llorar. Al escuchar el llanto me dio lástima, me conmovió hasta la desesperación y ya no hallaba cómo callarlo. Le di una paleta de dulce y aunque comenzó a chuparla no se callaba. Luego le destapé un refresco y hasta busqué una tetera para ponerle a la botella, utilizando la misma táctica que usan las mujeres para callar a los niños: un chupón y una mamila. También quise regalarle lo que había comprado, pero él lo rechazó porque no era cuestión de dádivas, sino de sentimientos. Cuando se serenó le pregunté que por qué lloraba.

—Cuando comienzan a decirme siento como que todos me odian, que nadie me quiere.

—¿Y para qué necesitas que otros te quieran, si tienes a tu mamá que te quiere?

—Es que tampoco ella me quiere, y quiso llorar nuevamente. Dice que soy un llorón.

Me conmovieron tanto sus lágrimas que no encontraba palabras para justificar la ofensa. No le pedí perdón porque tampoco a mí me habían enseñado a pedirlo. Sólo le prometí que de allí en adelante siempre sería su amigo y que no lo ofendería jamás.

La abuela de Tirso tampoco lo quería. Le tenía un poco de antipatía porque pensaba que le había ganado a su nieto el puesto de monaguillo. Pero la realidad fue que Tirso lo rechazó con tal de no ponerse la sotana ya que era demasiado tímido, muy poco hablaba, solo obedecía, y le gustaba estar apartado, fuera de las miradas de la gente.

Cuando salí, el Sr. Cura esperaba bajo la posta cambiado con ornamentos nuevos para la ocasión. Llevaba una casulla blanca con varios adornos, una cruz al frente, una estola y un birrete todo color morado.

Emprendió la marcha con el santísimo elevado, mientras yo pausadamente sonaba la campana. Antolín les arrojaba humo con el incen-

sario y el sacristán los rociaba de agua bendita con un hisopo. La gente se arrodillaba a nuestro paso sobre las piedras, mientras un coro de mujeres nos seguía cantando alabanzas.

Nuevamente sobre la cerca comenzaron a sonar las ristras. Una banda de música que había llegado tarde e incompleta comenzó a tocar canciones religiosas sin ningún tono. Se notaba que estaban acostumbrados sólo a tocar en fondas y cantinas, corridos y canciones bravías; no se les daban las alabanzas. Cuando salimos de la plaza y agarramos la calle, el padre se percató que las filas de gente pasaban más allá del guardaganado.

—Adelántate Benigno, le dijo al sacristán. —Pide unos tablones en la hacienda para cubrir las vigas; Dios nos ampare que su ilustrísima meta un pie en esos fierros.

El sacristán se movió rápido, ayudado por voluntarios y en menos de quince minutos resolvió el problema. No encontró tablones, pero habían rollos de petates que utilizaban para que durmieran los jornaleros en tiempos de cosecha. Los tendieron sobre las vigas y seguimos la marcha hasta donde terminaba la gente. El Obispo no aparecía por ningún lado y la gente se impacientaba.

—¡Asómate, Gregorio! Camina hasta donde dobla la brecha, quédate allí y suena la campana cuando veas algo. Pasaba cerca de media hora, cuando divisé a lo lejos, muy cerca de donde entronca la brecha brillar, dos carros que se acercaban. Sin tener ninguna certeza que fuera el Sr. Obispo, tomé la campana y corrí lleno de júbilo.

—¡Ya viene padre, ya viene! Soné con tanta fuerza la campana, que se trabó el badajo.

—¿Estás seguro, niño, que es su eminencia?

—Bueno, seguro no, reflexioné. Yo sólo vi dos carros, pero desde aquí no se ve quien viene dentro.

—Roguemos a Dios que no te equivoques, Gregorio. ¡Si no esta gente nos revienta!

Me quedé preocupado, pensando, cuando desatoraba el badajo, qué iba a pasar si había ocasionado una esperanza falsa. Me van a hacer bulla, se van a burlar de mi al pasar. Sentí una zozobra cuando escuché el ruido de los carros que se acercaban, hasta que apareció de pronto un flamante carro negro, brillante, ya no me cupo la menor duda.

—¡Él es, padre! Sólo él puede venir en carro nuevo. Es él, le dije. Y al ver que se sonrió, yo me sentí aliviado.

El carro se detuvo frente a nosotros. Era amplio y cómodo, pero a pesar de los espacios el Sr. Obispo tuvo dificultades al bajar debido a su cuerpo regordete. Venía en el asiento trasero acompañado por dos monjas. Era alto, gordo, chapeteado, de ojos pequeños y orejas pronunciadas, nariz respingada y labios gruesos. Adelante venía el chofer y dos sacerdotes. Eran altos los dos. Uno blanco y pálido de cara huesuda y orejas despegadas. El otro era más moreno, de cara redonda, nariz aguileña y cabellos erizados. El vehículo de atrás era un carro viejo, color gris opacado por el sol, en el que viajaba una monja de edad avanzada, acompañada de dos seminaristas y al frente el chofer y un guardaespaldas.

El Sr. Obispo no se bajó hasta que le abrieron la puerta. Vestía su sotana morada, roqueta blanca, una cruz pectoral y un casquete, que sustituyó por un capelo al bajar del carro. Con la mano levantada saludó a todos, pero sin ver a nadie. Luego se dirigió al Sr. Cura quien le dio un abrazo fraterno y le besó ambas manos. El sacristán quiso hacer lo mismo pero le retiró las manos para que no se las llenara de babas. A mí sólo me tocó la cabeza y me desbarató el peinado que ya no pude acomodar como lo dejó mi madre, pues me quedaron dos mechones colgando sobre la frente.

La banda comenzó a tocar algo religioso que no terminó porque los callaron antes. Eran tantos los niños por confirmar que decidieron comenzar enseguida. El Sr. Cura levantó el santísimo a los cuatro vientos a tiempo que sonó el repique de campanas, y volvieron los cohetes. Acomodó a cada lado los sacerdotes que lo acompañaban, seguidos de los seminaristas que cargaban los óleos, y comenzaron a ungir en la frente de los niños. Los hacían besar una cruz y terminaban con una palmada en la mejilla, mientras que el obispo al centro los rociaba de agua bendita siguiendo toda la fila hasta la entrada del templo. Nosotros caminábamos detrás, protegiéndonos de los rayos del sol bajo la posta que cubría el santísimo.

—Estoy cansado, dijo Antolín cuando regresamos. —Ojalá que con tanto padre, la misa termine pronto.

—Si tienen hambre como yo, terminan en menos que canta un gallo, le dije, sin tener idea de lo que nos esperaba. La misa se prolongó por tres horas. Fue una misa concelebrada donde un padre se sentaba mientras el otro predicaba. Fue tan larga que hasta el Obispo dormitaba por momentos sentado en su acojinada silla. Toda la atención estaba volcada sobre él, que tenía aspecto simpático y bonachón. Se

sentía muy ufano porque era el centro de todas las miradas, aunque también fue objeto de burla. Cuando dormido a mitad de la misa, se le escaparon dos ronquidos que retumbaron en el centro de la cúpula y despertó sobresaltado con la risa de todos los concurrentes.

Terminada la misa los esperaba el banquete. En el segundo patio del curato, amplias mesas cubiertas con blancos manteles, jarras de agua fresca y rompopo, botellas de vino tinto y jerez, una vajilla blanca acompañada de copas de cristal, cubría el espacio, mientras las mujeres se paseaban del patio a la cocina, impacientes, esperando a los comensales.

Lo sentaron en la cabecera de la mesa, para que se facilitará más proveerle de todas las atenciones. Le sirvieron en el plato más elegante. Le dieron a escoger las piezas del guajolote. Le llenaron de vino la mejor copa y hasta le daban en la mano las tortillas que más se inflaban. Pero las buenas señoras no se percataron que le sirvieron la sopa y el mole hirviendo, echándole a perder el banquete después de ingerir la primera cucharada, se quemó la boca.

El sacristán nos ordenó que recogiéramos los últimos canastos de limosna, mientras él se colaba entre los comensales, al entrar a la colecturía. Tirso estaba perdido entre pilas de monedas que cubrían el mostrador, todavía sin enrollar.

—¿Todavía no terminas? Te la has de haber pasado en la cocina, mientras nosotros, trabajando como burros.

—Sólo comí un poco. Ayudenme a terminar que no he parado. Ya llené un cepo de rollos, ¿verdad? Les pidió a los ayudantes del padre y del Obispo que confirmaron lo dicho y estos ascendieron con la cabeza.

—¡Me voy Tirso! ¿Porque después, mi plato frío a qué me sabe? Y traté de salir mientras que Antolín me jaló de la sotana.

—Espera. Entre los tres terminamos rápido, dijo Antolín con una mirada de misericordia.

—¡Entre los tres, sí! Como la misa eran tres y casi se les hizo de noche, me regresé y sin perder tiempo, comencé a separar monedas. Nos quedamos más de una hora, hasta dejar todo en orden.

Cuando entramos a la cocina ya no había mole. Solo las cazuelas embarradas y unas cuantas migajas de pechuga, desprendidas en el asiento. La cazuela de la sopa ya tenía nata, limpiamos la cazuela del mole, dividiendo las sobras en tres porciones iguales, y en la misma forma nos dividimos la sopa, que era más abundante. Luego bajamos la jarra de rompopo de la repisa, y nos servimos un vaso de buen

tamaño, luego otro hasta vaciar la jarra. Cuando nos levantamos, los tres estábamos mareados. El alcohol nos salía por las orejas y la boca nos sabía a huevo. Al salir al patio nos dio un ataque de risa.

—¿Ahora qué hacemos? preguntó Antolín con la voz trabada.

—Vamos a cobrarle al padre, dijo Tirso, para seguir la borracha en los puestos de cerveza. Lanzó un eructo y volvimos a reír.

Llegamos corriendo al segundo patio, todavía riendo, pero al vernos entrar todos callaron, nos clavaron una pesada mirada, que terminó con la euforia que llevábamos y estuvimos a punto de retroceder.

—¿Qué se les ofrece? dijo el Sr. Cura, con una voz ronca y severa que nos intimidaba.

—Sólo venimos a ver qué más se le ofrece, le contesté con voz humilde, mientras que Tirso se puso al frente, envalentonado por el alcohol. Alzó la voz diciendo:

—No, venimos por la paga.

—Pácales, Benigno, dijo el Sr. Cura. —Ya no los ocupamos. Dáles lo de siempre y que se vayan.

Salimos escurridos revisando la paga. Una peseta como siempre. La misa duró lo que duraban tres misas, y habíamos comenzado desde el alba, recogiendo canastos y canastos de monedas, y cientos de velas y veladoras. Habíamos llenado la caja fuerte con rollos de billetes para recibir una triste peseta. Nos mirábamos unos a otros igual de confundidos. Llegamos al patio de la entrada, aventando la moneda al aire, cuando nos asaltó nuevamente la risa. Entramos corriendo a la sacristía, para dejar los hábitos. El templo ya estaba vacío. La gente que quedaba en la plaza se preparaba para despedir al obispo.

Nos paramos al centro de la cúpula donde nuestra risa sonaba tenebrosa, y como si hubiéramos sincronizado el pensamiento, volteamos al altar del lado donde se encontraba San Isidro; el santo de los campesinos, relegado a un rincón, como todos los que trabajaban la tierra. Era un santo alto y flaco, de barba cerrada, muy parecido a los campesinos de aquí, que no engordan porque comen poco y caminan a diario descomunales distancias.

Los tres llegamos a un tiempo, a esculcar el morral que tenía colocado al lado, donde la gente dejaba su limosna, sobre todo cuando no llovía. El morral no estaba lleno, pero tenía lo suficiente para pagar las horas que no habíamos cobrado, que pasaban de diez. Completamos el equivalente a dos cincuenta para cada uno, en monedas de veinte, cinco y diez, y algunas pesetas y tostones. El resto lo regresamos al

morral. Luego corrimos a la tienda de don Bernabé donde acababan de llevar una caja de pan que era lo único que tenía de comida para vender ese día.

Compramos un pan de a peso. Les llamaban chorreadas: una rueda del tamaño de un comal, rellena de queso y piloncillo molido. La partimos en tres y cada uno tomó su parte. Antolín se fue a su casa, todavía mareado. Nosotros compramos una cajetilla de cigarros Argentinos, la marca que fumaba el padre de Tirso, para que no notaran. Nos fuimos a comer el pan y a fumar al campanario. Allí estuvimos fumando hasta que comenzó a oscurecer. Tomamos rumbo a casa y cuando pasamos por la casa de Tirso, todavía estaba el jarro sobre la barda. Más adelante, encontré a mis hermanos que regresaban a la casa del tío Juan de Dios. Iban comiendo naranjas y mi hermano el Zarco me aventó una cáscara.

—Te van a dar unas nalgadas porque ya es noche y no regresas. Nicha esta bien enojada. Nos mandó a buscarte, pero nosotros no buscamos críos como tú, y me volvió a lanzar otra cáscara. Lo ignoré porque no tenía humor de contestarle. Sentía el estómago revuelto y la cabeza pesada. Me regresó el mareo con los cigarros. Al ver que no respondía, comenzó a atacarme por otro lado.

—Que bonita niña con sus enaguas rojas. Te pareces a doña Julia; sólo te falta la peineta.

—Cállate huevo de cócona, le contesté, arrastrando la voz y balanceándome un poco. Con eso lo hacía enojar porque tenía la cara y el cuerpo lleno de pecas.

Alfonso notó que algo me pasaba. Se me acercó tomándome por los hombros.

—¡Estás borracho, chiquillo! exclamó. Comenzó a olerme.

—Apesta como albañil; a cigarro y alcohol.

—Apesta a huevo, dijo el Zarco, y me metió un gajo de naranja en la boca.

—Sí, apesto a huevo, a huevo de cócona, dije y escupí el gajo a pesar de que lo sentí agradable. Luego agarré una caña seca para ameznazarlos.

—Voy a regresar a decirle a mamá que estás borracho, dijo Alfonso. Me sentí que estaba perdido; pensé que mi madre se iba a dar cuenta, y como último recurso, me lancé a golpear al Zarco. Al verme, decidió correr camino abajo. Luego me dirigí a Alfonso.

—Si regresas, el Zarco te va a dejar. Y cuando pases por la cruz de Norberto, se te va a aparecer.

Eso hizo desistir a Alfonso, quien corrió tras Rodrigo para que no lo dejara. Alfonso siempre fue tímido; le deba mucho miedo la oscuridad, y nosotros aprovechábamos sus fobias para manipularlo.

Cuando llegué a mi casa mi madre estaba en la cocina, exprimiendo la cuajada para hacer queso. No me puso mucha atención; venía de la iglesia y para ellos eso bastaba. Tenían un fuerte arraigo religioso y una confianza ciega a los ministros del clero. Pensaban que si estaba en el templo estaba protegido, porque lo consideraban un recinto sagrado, algo así como la antesala del cielo. Sólo me paré en la puerta, cubriéndome un poco con la oscuridad del patio, para que no me viera.

—¿Cómo te portaste, Gregorio? ¿Quieres cenar algo? ¿Viste a tus hermanos? Se acaban de ir. Me hizo tantas preguntas a la vez que no supe cuál contestarle, y por lo que se vio, tampoco ella esperaba respuesta.

—Voy a dormir que no aguanto el sueño, dije fingiendo que bostezaba.

—Bueno. Persignate y reza algo antes de acostarte. Voy a terminar esto mientras llega tu padre.

Entré al cuarto y comencé a destender la cama con la sensación de que se movía la casa, cuando de pronto se me vino un eructo acedo. Apagué la luz, y al quedar oscuro, sentí más fuerte la borrachera. Avancé a la cama y me tiré sobre ella para no caerme. Sentí que todo giraba y giraba, hasta que me quedé dormido.

Ya muy entrada la noche, casi de madrugada desperté, después de haber tenido un sin número de pesadillas, a través de las cuales desfilaron, una infinidad de diablos, payasos y muertos vivientes, que se acercaban a mi cama. Me jalaban los pies y las manos, formando un gran alboroto, y una risa similar a la que hacíamos bajo la cúpula del templo. Cuando volví en sí, estaba bañado en sudor. Me dolía fuerte la cabeza y el estómago me reventaba. Me revolqué por largo rato en la cama, tratando de dormir sin lograrlo, hasta que por fin decidí hablarle a mi madre. Se levantaron los dos, a ver qué pasaba, y comenzaron a revisarme, cuando se me vino otro eructo acedo.

—Estás empachado, Gregorio. ¿Dime qué comiste? Te voy a estirar el pellejo, dijo mi padre.

—Comí de todo: mole, sopa, pan y mucho, mucho rompopo. Es el que siento que anda aquí revuelto, le dije mientras me sobaba el estómago.

Mi padre comenzó a sobarme el estómago, luego me volteo boca abajo y me sobo la espalda. Con la mano empuñada comenzó a golpearme leve, desde los hombros hasta donde termina el espinazo. De ahí se regresó jalándome la piel, hasta que tronó varias veces. Después mi madre me frotó de alcohol el estómago, el pecho de vaporub y me dio dos mejorales para niño. Eso me ayudó a quedarme un largo rato dormido. Desperté cuando el sol estaba alto. Cuando regresé del corral lo veía amarillo; se me bajó un poco el estómago, pero todavía estaba inflado y sonaba como tambora vieja. La cabeza me dolía y el sueño me dominaba.

Cuando regresé al cuarto, mi madre entró con una caldereta en la mano. Traía un brebaje de hierbas hecho con yerbabuena, estafiate ruda y orégano, batido con carbonato, lo mismo que le daban a las vacas cuando estaban empanzadas, después de haber tragado quelites. Esto me ayudaba a refrescar el estómago por ratos, pero luego me volvía a inflar y la fiebre no cesaba. Así dure dos días más con mi brebaje de hierbas, jaladas de cuero y mejorales, hasta que no sentía, más sólo un profundo sueño donde no sabía quién entraba y quién salía. Sólo escuchaba murmullos y lamentos junto a mi cama, y mientras mi padre se preparaba para llevarme al médico, alcancé a distinguir entre dormido y despierto la voz de la tía Santana, que entró con un vaso en la mano, batiendo con una cuchara. Era un brebaje queapestó el cuarto, un cocimiento de varias yerbas, al que después le había agregado ceniza de cuajo, tortilla de harina quemada y lo remató con ceniza de pezuña de puerco. Era algo que sabía horrible pero efectivo.

—Te voy a dar un tomo que te va a sacar hasta los remordimientos, Goyo, dijo mientras me enderezaba un poco.

—Antes de que te lo lleves, Gregorio, debes hablarle al Padre, por lo que pueda pasar. Mejor que vaya confesado, le dijo a mi padre, mientras me daba de tomar aquello que sabía a hiel yapestaba a diablos. Me hizo tomar todo lo que contenía el vaso. No me opuse aunque sabía horrible, porque pensé que al moverme para sacarme de la casa iba a reventar. También pensé en lo que le dijo a mi padre, sobre la confesión, y eso me preocupó más porque tenía que confesar lo que hicimos con San Isidro. Hice un gran esfuerzo por levantarme para ir al corral. Me fui agarrando de la barda sin dejar que alguien me ayudara.

Al salir, el aire me golpeó la frente, y el estómago comenzó a moverse. Luego se me vino un vómito amargo y pestilente que me quemaba la garganta y me salía por la nariz y la boca, una y otra vez hasta quedar vacío. Los ojos me lloraban, pero me sentí aliviado. Regresé caminando normal sin apoyarme en nada. Me dieron una agua de limón con azúcar y carbonato que al tomarla sentía que me iba restaurando los tejidos dañados.

Al siguiente día, desperté más temprano que de costumbre, con un hambre endemoniada. El estómago hilado ya no estaba inflamado. Mi madre me dio tan poco de comer, que quedé con el mismo apetito, pero no me dejó ir a la escuela. Estábamos discutiendo eso, cuando llegó Tirso, con una caja de zapatos, que no soltó hasta que salió mi madre.

—Te traje un regalo. Lo hice porque decían todos que te ibas a morir. Abrió la caja. Era una lápida igual a las que se encontraban en el panteón, de cantera pulida, con su cruz y dos floreros al lado, su lápida encima, y un letrero dentro de un círculo que decía ‘Gregorio’.

—Le iba a poner alrededor del círculo, “Murió de una cruda”, pero te salvaste, y comenzó a reírse.

Tirso tenía un gran talento para diseñar cosas. No hablaba, ni le gustaba que le hablara mientras le brotaba la idea. Después, con un carrete de alambre para encerrar pollos, formaba un carro. Así, yo hacía una carretera, él dibujaba y hacía en cartón todas las señales con las que cuenta una autopista moderna, sólo porque había visto fotos en los libros de selecciones que coleccionaba su abuela. Hacíamos presas de lodo en las pequeñas corrientes que quedan, después de que terminaba la lluvia, y él diseñaba el sistema de riego, entubado con pitos de calabaza. Llegamos a hacer hasta unas esclusas que levantaba un barco de copalillo diseñado por él, igual a los que atravesaban el Canal de Panamá. Levantábamos el barco a varios niveles utilizando unas bateas viejas, que ya estaban en desuso. Les hacíamos cortes en los extremos y colocábamos una compuerta de madera similar a los tablonces con que tapaban la presa. Las poníamos en forma de escalera, y las llenábamos de agua, poniendo y quitando la compuerta mientras pasaba el barco a otro nivel.

Ese día, Tirso no fue a la escuela. Me acompañó toda la mañana y mientras mi madre se fue a abrir la tienda, a la hora del recreo, porque mi padre se había ido a trabajar a su labor para recuperar el tiempo perdido, entramos a la cocina donde mi madre había dejado una caldereta de avena remojando. Sólo comimos eso porque yo no podía

comer otra cosa. Luego salimos a jugar fuera, pero el fuerte viento, nos hizo regresar a la casa.

Después de que el Obispo se fue, comenzaron a arreciar los vientos de febrero. El mar de basura que quedó allí, comenzó a moverse como una gran ola que sale de la playa. La gran cantidad de desechos amontonados eran arrastrados por el viento, moviéndolos de un muladar a otro. Un día amaneció tapizada la plaza de papeles, y al día siguiente amanecían llenos los patios de la escuela. Luego se movía a la ladera, y volvía a regresar a la plaza, sin que ninguno se atreviera a recogerla, hasta que empezaron a enfermar a los animales. El Maestro tomó la iniciativa cuando ya todo estaba contaminado. Recogimos todo lo que pudimos y luego hicimos una fogata, y cubrimos con tierra las cenizas.

Comenzaron a morir los animales. Las golondrinas que habían llegado temprano, se fueron, y las que llegarían más tarde ya no vinieron. Comenzaron a caer primero los más pequeños; los colibríes que aleteaban frente a las flores, de repente se desplomaban. Los tordos que nublaban el cielo en tiempo de cosechas desaparecieron. Las palomas que dormían en los chaparrales, amanecían en el suelo como una fruta podrida. Luego le siguieron los ratones, después las ratas y las ardillas que quedaban atravesadas en los troncos de los árboles, cual si estuvieran dormidas. Más tarde comenzaron a morir los gatos y perros, las gallinas que comenzaban a ladear el pico y azotaban muertas. Los bebederos comenzaron a infectarse de cólera y empezaron a enfermar los cerdos.

El cielo comenzó a llenarse de aves de rapiña; auras y zopilotes nublaban la plaza, volando se clavaban y agarraban lo que encontraban, para devorar en la ladera, lejos de la gente. Luego comenzaron a llegar más hasta oscurecer el cielo. Después se paraban en los árboles fuera de las casas sin ningún recato, hasta que tuvieron que espantarlos con cohetes. Se fueron a refugiar en lo más alto de la ladera, donde esperaban que salieramos a tirar la carroña. Todas las mañanas amanecían los zopilotes formados por todo lo largo de la ceja como un ejército que tiene una ciudad sitiada. Sacudían sus alas, esperando la orden antes de entrar en combate.

Al comenzar a morir los animales mayores, los zopilotes se hartaron de carne; sólo perforaban los cadáveres y se tragaban las vísceras o las partes más blandas, y el resto se lo dejaban a los gusanos, que consumían todo, hasta quedar los esqueletos envueltos en cueros pestilentes. Había copinos regados por todos los caminos, que impreg-

naban con su aroma podrido el aire de la tarde, llevando a todos los rincones de las casas un fuerte olor a carne podrida. Al principio la gente enterraba los cadáveres. Después se cansaron porque fueron tantos que no podían cavar tantas fosas a menos que hubieran suspendido sus actividades. A los primeros los llevaban a barrancos o a lugares apartados, y al final sólo los volaban a un lado del camino.

El Maestro pidió ayuda a las autoridades municipales, que cuando acudieron a su llamado, ya había disminuido considerablemente el número de animales muertos. No porque hubiera cesado la enfermedad, sino porque ya eran pocos los animales que quedaban, pero seguían muriendo. Después de que el municipio comunicó al estado, este les autorizó utilizar las mismas brigadas que combatieron el paludismo. Mandaron equipos de cuatro personas, en dos jeeps equipados con tanques de petróleo y bombas de fumigar a las que les adherían quemadores. Pintaron con cal un círculo a la entrada y a la salida del rancho y les pidieron a todos que dejaran los animales muertos dentro del círculo. Llegaban a media mañana, los rociaban de petróleo y les prendían fuego. En esta forma fueron cambiando la percepción del viento, que se mezclaba con el fuerte olor del petróleo, el tufo de la carne tatemada, y el penetrante hedor a carne podrida. El aroma invadía todo el cuerpo, lo llevabas metido entreverado en el cabello, pegado a la nariz, embarrado en la cara, agolpado en los cuartos, revuelto en la comida y en el agua. Al disminuir el número de presas, los zopilotes comenzaron a retirarse, y los que quedaron terminaron devorando cueros que antes despreciaban por la abundancia de carne.

Mientras que la peste disminuía, el Sr. Cura aumentaba la presión para que los fieles no le recortaran las faenas, ni disminuyeran dádivas y limosnas, que por completo se habían extinguido; no porque hubieran perdido la voluntad de dar, sino porque nada les sobraba para ofrecer. Sentado a un lado del altar ya muy enfermo, como si hubiera sido contagiado por la peste, los intimidaba con sermones dirigidos a tentarles la vibra de la generosidad. Se notaba disminuido, sin fuerzas para subirse al púlpito, pero con la firme idea de recaudar fondos para su ministerio. Y lo que más le atormentaba, lo lento que avanzaba la construcción de su nuevo templo.

Llegó hace muchos años. Venía de Sayula, un pueblo del sur donde se decía que todo se daba con abundancia, gracias a la providencia de Dios. Para llegar aquí a este paraje polvoriento y seco donde había que jalar las plantas para que crecieran, donde la cosecha era poca, pero

mucha la generosidad de la gente, y aquí se quedó sin nunca regresar a su tierra ni de paseo, para no tener que gastar en pasaje.

Traía la encomienda de edificar un templo, tan grande, que pudiera competir con las mejores catedrales del mundo. Y así lo hizo. El resto de su vida la pasó con el canasto en la mano, pidiendo limosna, recaudando diezmos, engordando puercos, vacas y gallinas y haciendo todo tipo de cosas que le proporcionara lo necesario para su misión. Nunca le faltó dinero porque no lo gastaba; siempre tuvo las arcas llenas.

Todo lo hacía organizando a la gente para que hiciera faenas en su tiempo de ocio, y con la colaboración de todos, logró abrir cimientos y tazarlos; levantar gruesos muros, cubrió de bóvedas sus imponentes arcos, pero no le alcanzó la vida para verlo terminado.

Conforme fue creciendo la peste fue avanzando su enfermedad. Mortificado por las pérdidas, y resentido con la gente que ya no le alcanzaba para dar, comenzó a ser más agresivo en sus sermones, culpándolos de sus desfalcos, y echando en cara su falta de generosidad. Culpaba a algunos que por ignorancia, cuando vieron sus cerdos contaminados de cólera, se los llevaron a regalar. Como habían oído decir que de esa enfermedad sólo Dios los salvaba, decidieron llevarlos a el porque lo consideraban el enlace entre ellos y Dios, sin imaginar siquiera, que le iban a contagiar la granja del Sr. Cura. Comenzó a amargarse la vida, a desconfiar de todos, hasta que ese domingo no aguanto más, y se los hizo saber. Dejó su silla haciendo un gran esfuerzo para subir al púlpito y comenzó a ascender peldaños. Lentamente, apoyándose en la baranda, subió escalón por escalón, arrastrando sus pasos, sin permitir que nadie lo ayudara.

—Qué trabajo me ha costado subir esta cuesta tan empinada. ¡Y cuántos escalones más me faltarán, para llegar al cielo! O quizá no llegaré nunca. Me quedaré a medio camino, como mi obra, a medias, en solera, con la fuerza perdida, sin aliento, con el corazón cansado, oprimido, postrado en ese catre que me jala, y me hace sentir un monigote, que nadie busca, porque ya no es útil, porque ya no sirve.

Sólo espero la comprensión, el juicio de Dios y su infinita misericordia, y me pongo a sus pies, para que él decida. Confío en su inagotable bondad y espero que esta alcance para todos, aunque no la merecen.

No hay nada más grato para un ministro de Dios, que ver reunidos a todos sus fieles. La iglesia está llena, no hay espacio para alguien más. No falta uno solo. ¿Qué más se puede pedir cuando estás rodeado de todo tu rebaño? ¡Nada! Aunque algunos hayan venido movidos por su

fe, y otros sólo están aquí, arrastrados por el remordimiento de sus actos. ¡No importa! Porque un padre es para cien hijos, aunque cien hijos no sean para un padre. Dios no sólo tiene que perdonar a los que todo le dan, sino también a aquellos que no le dan nada, o a los que por ignorancia, o mala fe, le vinieron a traer la enfermedad a su casa. cuando estamos siendo azotados por la quinta plaga. El río se tiñó de rojo, de todos los manantiales emanaba sangre, murió todo ser vivo que habitaba el agua, sólo las ranas salieron a poblar la tierra, pero murieron por falta de alimentos, provocando una metamorfosis en la peste. El cielo se llenó de moscas y zancudos, y un enjambre de tábanos se posó sobre el ganado y comenzaron a morir. Pero El Creador no pudo ablandar el corazón del hombre, ni con bolas de fuego y de granizo hasta que arrancó la vida de los primogénitos. Todo lo hizo para calcular su fe, para medir su generosidad. y en este momento nos está poniendo a prueba. Como todos lo perciben, hasta el último rincón del templo, llegan los fétidos olores que la peste ha dejado, volvamos nuevamente a Dios, que nos está avisando. No esperemos a que la última peste nos azote. Volvamos a el para alcanzar perdón. Que el es capaz de perdonar toda maldad, toda ignorancia, siempre y cuando tengan un buen arrepentimiento.

Pero estén seguros, que Dios no tendrá ninguna misericordia de aquellos avarientos que se excusan en lo ocurrido para negarle a él lo que le pertenece. Qué tristeza me da ver a mi rebaño extraviado, dudando del Señor y sus bondades, abandonando a su ministro que se hunde en la enfermedad y en el desgano, dejándolo que se pierda sólo en la desesperación y el abandono, olvidado en el rincón de su cuarto, como un buey viejo, que se refugia en lo hondo de un arroyo, porque ya no tiene cuernos para jalar la carreta o estirar la yunta, y ya no puede continuar su obra, que se ha detenido, porque ustedes viven preocupados sólo por cuestiones mundanas.

Bajó la cabeza como agarrando fuerzas para continuar pero ya no la levanto porque le faltó el aire. Se fue desvaneciendo hasta quedar sentado sobre el púlpito.

Varios hombres se acercaron para ayudarle a regresar al presbiterio, donde permaneció largo rato sentado, pero ya no pudo continuar la misa. Sólo levantó la mano para dar la última bendición a aquella gente que no cabía en la iglesia y a la que no se le escapaba ningún murmullo. Desde que leyó el último trisagio para espantar la peste, ya se notaba

cansado y disminuido, que hasta algunos crédulos pensaron que ya su voz era tan apagada, que no tenía la suficiente fuerza de subir al cielo.

Cuando salieron del templo, el cielo estaba revuelto, casi oscuro. Comenzaron a oírse truenos y relámpagos que rayaban el cielo allá a lo lejos. El viento soplaba suave, mientras las nubes parecían detenidas sobre la ceja. Empezó a escucharse a mucha distancia, el sonido de la lluvia que se acercaba. La gente salió apresurada. No tuvieron tiempo de detenerse a comentar lo ocurrido. Todos tenían prisa por llegar a recoger tiliches que habían dejado regados por patios y muladares durante la temporada seca. Llovió toda la tarde y noche y no escampó hasta después del mediodía. Cuando volvió a salir el sol, el llano estaba desbordado; las cascadas y los arroyos se salieron de madre y arrasaron con todo. El sonido del agua era estruendoso y la peste había desaparecido. El aire fresco y húmedo que penetró en todas las casas, desplazó aquel tufo podrido. Todo se lo llevó la lluvia. Sobre la corriente de los arroyos, pasaban haciendo remolinos, lo que quedaba de los copinos y esqueletos. Gallinas y animales pequeños, arrastrados por el agua embravecida y revuelta que sobrepasaba los cauces, fueron depositadas lejos donde no nos llegará su tufo, dejando una aparente vida nueva, renovándolo todo.

Ese día la gente se retiró a descansar temprano. No se reunieron en la plaza ni fuera de los tendejones. Al siguiente día comenzaba la siembra. Todos estaban en sus casas al caer la noche esperando que amaneciera. Todo estaba en calma cuando de pronto, el sonido de la campana mayor rompió el silencio ya muy avanzada noche, cerca del alba, con un sonido lento que apenas se escuchaba en las casas más cercanas. Era Arcadia, la sirvienta del Sr. Cura, una anciana de más de ochenta años que con trabajos jalaba la soga, pidiendo auxilio, porque el Sr. Cura agonizaba. Pronto se llenó el curato de gente, y a esa hora salió Benigno, el sacristán, a la carretera, con la idea de parar un carro que lo ayudara a trasladar al enfermo. Llegó con el carro al comenzar la mañana, mientras sacaban entre tres hombres al Sr. Cura, sentado en una silla. Todavía se despidió de todos. Les agradeció la ayuda que por tanto tiempo le habían brindado, y sin poder detener gruesas lágrimas que le escurrían, les pidió perdón por todas sus faltas, mientras el carro avanzaba, lo siguieron hasta el guardaganado, y levantando la mano le dieron el último adiós.

El padre Ambrosio llegó quince días antes de la muerte del Sr. Cura, y desde su llegada mostró lo poco que le importaban sus felici-

greses. El desprecio por aquella gente sencilla, que veía tan pequeña desde las alturas del púlpito, nunca ocultó su objetivo; al contrario, lo mostró sin ningún recato porque mientras el Sr. Cura se debatía entre la vida y la muerte, él sin ningún empacho saqueaba su iglesia. Llegó un día temprano, y lo primero que hizo fue registrar lo que había y a despedir a doña Arcadia, la vieja sirvienta que tantos años había servido a la iglesia. La corrió porque para él ya no era útil y estorbaba a sus intereses. Le recogió lo que le heredaron. También se llevó lo que le dejaron al sacristán y a los cantores más allegados: puercas arestientas, gallinas y vacas flacas llenas de garrapatas. Cargó con todo. Igual que la peste, nada les dejó. Se llevó la misera herencia que les dieron como pago de años de servicios prestados. Por los tantos días que lo acompañaron caminando tras él, que subía a lomo de bestia los páramos más pronunciados, cuando oficiaba misas en los lugares más remotos y apartados de su feligresía. Tuvo que agachar la cabeza ante uno de los cantores que lo enfrentó indignado y le habló, de tú a tú, sin ningún respeto. No encontró ningún argumento válido para poder contestarle. Sólo guardó silencio y se atraganto, pero nunca pudo tragarse aquella ofensa.

Al siguiente día llegó un sobrino acompañado de dos ayudantes y todo lo subieron a un camión. Desclavaron los cepos, forzaron la caja fuerte, rompieron burós y rasgaron colchones. Dejaron limpia la colecturía, esculcaron la sacristía, subieron al tapanco y así siguieron por todos los rincones, hasta dejar todo limpio. Apartaron todo lo que les servía y desecharon todo lo viejo. Lo amontonaron fuera del atrio y le prendieron fuego. Quemaron toda su ropa, sus ornamentos, sus libros. Tirso y yo logramos rescatar algunos de las cenizas, entre ellos, 'El Cid Campeador' y 'Ben Hur', la historia de un príncipe judío.

En aquella hoguera, no sólo quemaron cosas que muchos consideraban una reliquia; también quedó chamuscada la fe ciega y la esperanza de aquella gente, que veía con asombro, cuando al cielo se elevaban las cenizas, arrastradas por el viento. Se envolvió en humo la conciencia y se fue cubriendo poco a poco con el hollín las paredes del cerebro, y la punta de la nariz les quedó impregnada para siempre con un olor a cosa quemada.

Ese día la gente se dio cuenta de que el Señor Cura, de ese hospital jamás saldría vivo. Al regresar y no encontrar su tesoro, su ganado, sus puercos, sabían que de todos modos se iba a morir, porque al quitarle

su parroquia, ya no le quedaba ninguna ilusión para seguir viviendo. Le descargaron el hacha en la última raíz que lo mantenía vivo.

Después de un mes, regresaron con él en un ataúd, para sepultarlo bajo el altar de su nuevo templo. Le dijeron una misa de acompañados, dirigida por el padre Ambrosio. Todos se movían y predicaban como charlatanes de carpa, satisfechos de haber despojado de todos sus bienes al invitado quien murió sin ver su templo terminado, sin un centavo y sin ver nacer el pasto nuevo.

Ningún familiar vino a despedirlo ni a reclamar su cadáver; sólo sus fieles estaban allí, agolpados en el atrio. No faltaba uno sólo, rodeando el ataúd, empapando la sepultura de lágrimas, despidiendo al pastor, al guía, al amigo, con todo el respeto y el cariño ganado a pulso, a través de los años. Lo obtuvo porque no sólo sabía pedir, también sabía dar y a todos les dio lo que le pidieron, y a todos les dijo lo que querían escuchar. Les repartió lo que había que repartir menos, el dinero. Les llevó los santos óleos a los enfermos cuando los necesitaban. Los acompañó con oraciones noches enteras. Consoló a los desahuciados, ayudándolos a bien morir. Les leyó muchas tardes trisagios interminables para espantar culebras, y protegerlos de las tempestades. Y como el dragón tirano huye de terror y de espanto; ángeles y serafines dicen santo, santo, santo. Hizo todo cuanto podía hacer. Un guía espiritual que sembró mucho, y a cada uno le dejó un pequeño legado de su cosecha, y al final cuando ya su círculo estaba cerrado, recogió agradecimiento, lágrimas con el reconocimiento, y respeto de su pueblo.

CAPÍTULO III
El viático



Legó Anselmo temprano, antes de que comenzara la misa, a la primera llamada. Su madre agonizaba y quería que le llevaran el viático.

—Ven más tarde, cuando termine la misa, dijo el padre Ambrosio, quien lo revisó de pies a cabeza, y no le pareció adecuada la forma en que andaba vestido para acercarse al templo. Tenía su pantalón arriscado arriba del tobillo y llevaba huaraches de cuero crudo, mojados, que rechinaban a cada paso, por las suelas de hule. Traía su sombrero de palma en la mano, cosido el borde, también, con cuero crudo. Se cubría la espalda con un capote de palma tejida, amarrado al pecho con un lazo de ixtle. Usaba una camisa blanca de manta gruesa, gastada, abotonada hasta arriba, rematando con un botón negro en el cuello. Su cara huesuda y una barba de varios días, le daban un aspecto de pordiosero. Anselmo vestía como el más pobre de los pobres, pero era parte de su grandeza, ya que ninguna vanidad lo acosaba. Él era así como aquellos que nunca les alcanza para comprar un zapato; lo único que estrenan son las uñas, porque las dejan embarradas entre las piedras. Siempre andan con los dedos de fuera, mostrando los tobillos golpeados y los talones partidos por el caliche.

—Regresa más tarde. ¿No ves que estoy ocupado? Quizá pueda atenderte cuando termine la misa. Ahora no porque mis fieles me esperan.

—No puedo esperar padre. Mi madre está al final, y me suplicó que lo llevará. Agonizó toda la noche, y ha hecho un gran esfuerzo para no morir sin confesión.

—Nadie se muere sin que Dios lo disponga. Sólo él sabe cuando sucede. Ya cada uno tenemos señalada la hora. ¿Por qué estás tan seguro de que está muriendo?

—Lo supongo porque la veo agonizar. Pero yo no soy nadie para saberlo. Ella lo pide y por eso vengo. Si usted no tiene tiempo, ¿que le

vamos a hacer? Que sea lo que Dios quiera. Dio la vuelta y se colocó el sombrero sin darse cuenta de que todavía no salía del templo.

—Espera. Descúbrete que estás en la casa del Señor. Adelántate a preparar todo y enseguida te alcanzo. Espero que no sea lejos, dijo el padre, sin ocultar su mal humor por las palabras de Anselmo.

—Aquí, nomás subiendo la lomita, muy cerca. Mis tierras colindan con la iglesia, dijo oprimiendo el sombrero contra su pecho.

—Tienes que acompañarme, Gregorio. Tú que sabes donde vive esa gente, dijo el padre mientras entraba a la sacristía.

Anselmo era mi vecino. Solo dividían las casas, su patio de afuera y un estrecho callejón con postes de madera y alambre de púas, con nopales entreverados entre los hilos.

El padre se vistió de forma adecuada y simple. Sobre la sotana se colocó un roquete blanco. Se atravesó una estola, y se cubrió la cabeza con un bonete negro. Luego abrió el sagrario, extrajo una ostia, los santos óleos y me mandó al frente para que le señalará el camino, y emprendimos la marcha. Sonando la campana, pasamos a un lado de la plaza, donde la gente se arrodillaba a nuestro paso. Subimos la cuesta frente a la casa de Tirso donde estaba su abuela arrodillada, regañándolo, jalándole el pantalón, para que se arrodillara porque escuchó la campana del viático y aún permanecía parado.

La casa de Anselmo estaba relativamente cerca; a unas trescientas varas del templo. Estaba cubierta con altas tapias de adobe con varios cuartos, un alto, un corredor con puerta de picaporte y un arco de cantera que daba a un patio interno. Era una familia acomodada, que tenía mucho, pero aprovechaba poco. Desde que entramos a la propiedad, una parvada de guajolotes nos cerró el paso, desafiándonos con sus colas enroscadas, el moco parado, y lanzando fuertes graznidos al aire. Hacían una rueda formando una media luna, para taparnos el paso. No podíamos avanzar y estábamos a punto de retroceder, cuando llegó Anselmo, con un otate en la mano, y apartó de nosotros aquella turba enojada.

Por todos lados había ganado pastando y becerros corriendo por las veredas. Replegadas a la casa, en el patio de afuera, varias vacas echadas hacían la siesta rumiando despreocupadas. No las impresionaba el sonido de la campana, hasta que Anselmo las levantó, tocándoles las costillas con el otate.

El sonido de la campana, que no preocupó a las vacas, sí tuvo impacto en un enjambre de abejas que se había desprendido de una

colmena, que se encontraba en el corral del lado. Amenazaban con irse pero por medio del sonido, logramos que las abejas se regresaran y se pegaran a las ramas de un zapote. Por un momento hasta el padre olvidó cuál era el objeto de su visita, ya que él mismo le aconsejó a Anselmo mojar las ramas con baldes de agua, para que allí se posaran. Así lo hizo, y en poco rato la rama estaba negra de tanta abeja.

Después entramos al zaguán, donde una puerca recién parida había hecho su majada y alimentaba una docena de lechones. Brincamos sobre ellos para llegar a un patio lleno de cántaros con agua, donde había guayabas regadas por todo el piso. La barda estaba toda cubierta de calabazas, y en una esquina había un altero de cajas vacías para las colmenas.

Luego nos dirigimos al cuarto donde se encontraba la enferma, que aunque duró ocho días más en morir, ya era prácticamente un cadáver. Se movía sólo porque la movían. Estaba de lado, volteada hacia la pared, con la espalda desnuda. Se le podían contar todas las vértebras porque tenía la piel muy delgada, como adherida a las costillas, dejando traslucir la blancura de sus huesos. Inmóvil, con la respiración casi apagada, estaba postrada en una cama de latón y tablas, con un colchón relleno de paja, que crujía a cada movimiento. El cuarto estaba oscuro, donde no había ventanas, y al que no alcanzaba a iluminar la pálida luz de un foco.

Los únicos muebles eran la cama, un buró y una mesa con dos canastos encima; uno lleno de cacahuates y el otro a medias de semillas de calabaza.

Anselmo la colocó boca arriba y así se quedó sin oponer resistencia.

—Es el padre que viene a confortarla, le dijo. Ella lo escuchó porque hizo un gran esfuerzo para abrir los ojos ya muy hundidos, pero no lo logró. Sólo se le dibujó en la cara una breve mueca, como mandando una señal de que todavía estaba viva.

—Despréndete de este mundo. El Señor te reclama. Acude a su llamado, hija mía. Y recuerda que polvo eres y en polvo te convertirás. Regresa al seno de la tierra a descansar en paz, mientras tu alma se eleva al cielo, para que tu cuerpo aquí en la tierra repose eternamente, dijo el padre.

Después comenzó a rezar en latín algo que no entendíamos, pero que sonaba fúnebre. Luego la roció de agua bendita y le untó los santos óleos. Mojó un algodón en aceite y murmurando palabras de abso-

lución, los frotó en forma de cruz. Comenzó en la frente, luego las mejillas y terminó en el cuello. Partió una ostia sobre un pañuelo blanco, tomó un pedazo y se lo colocó en la boca, pero ella no lograba pasarlo. Parecía como si no hubiera tenido suficiente saliva para deshacer aquello.

En el buró de la cama se encontraba un plato de frijoles con tortillas remojando en su caldo espeso. Era el alimento del día. El padre levantó el plato a tiempo que Soledad, la hermana, entraba con un vaso de agua en la mano, intentando que su madre remojará la ostia y así lograr pasarla porque le quedó pegada en el paladar.

—¿Esto le dan de comer ? preguntó, molesto. —Sepan que esto no es alimento para una persona sana, mucho menos para una anciana enferma.

—Lleva ya tres días sin probar bocado, contestó la hermana. Nada le apetece. Ya no sabemos qué darle.

—Esto a nadie se le antoja. Prepárenle otra cosa, algo más nutritivo, dijo, y salió al patio molesto. Luego se dirigió a Anselmo, pero Anselmo lo interrumpió.

—Espere un poco padre, enseguida regreso.

—¿Cómo esperar más, si ya pasamos aquí media mañana?! No ves que los fieles esperan. Ellos no pueden disponer de tu tiempo.

Anselmo lo ignoró. Entró rápido a su cuarto, y salió con un plato con pencas de miel en la mano.

—Para que endulce su café, dijo, estirando la mano.

—Perdona, pero no puedo aceptarlo. Vine aquí porque es mi deber de cristiano, no porque quiera recibir bocadillos a cambio. Cuando se agradece a Dios, se llevan ofrendas a la iglesia. No se le dan a los ministros de paso, otra cosa. Si otra vez me necesitas, primero mueves esos puercos del zaguán. Por respeto a Dios, no debemos andar brincando sobre los cerdos.

—Descuide que así lo haré. Los animales no tienen entendimiento, y en cualquier lugar se acomodan.

—Sí, sobre todo cuando no se les pone límites.

Antes de salir, mientras estábamos en el cuarto, Soledad se dio cuenta de que yo volteaba hacia los canastos. Me tomó del brazo y me acerco a la mesa, llenándome los bolsillos de cacahuates y semillas. Nunca he olvidado su gesto. Después salimos afuera y me acercó a los guayabos. Hizo un alcatraz de periódico, lo llenamos de guayabas maduras y me lo entregó. Luego Anselmo me ofreció el plato de miel

que el padre había despreciado. Yo lo acepté con gusto. Sin poder acomodar lo que llevaba, salí con las bolsas llenas y las dos manos ocupadas, sin poder sonar la campana. El padre iba demasiado molesto.

Cuando salimos de la casa, una parvada de gallinas, había invadido la entrada. Eran docenas; danzaban sobre las vacas, tragando las garrapatas adheridas a la ubre y las partes bajas, escondidas del cuerpo. Otras tantas removían las rajas frescas en busca de granos que no habían sido digeridos. El sol arreciaba, y con el calor, el olor a estiércol se volvía más penetrante.

El padre, de su bolsa, sacó un pañuelo blanco colocándolo en la nariz, haciendo gestos desagradables. Se notaba que no estaba acostumbrado a esos olores, que para nosotros, eran normales. Esquivando las vacas, espantando las gallinas, y cuidando de no pisar el excremento fresco, regresamos al templo. No soné la campana para no alborotar de nuevo a las abejas, y porque me lo impedía la carga que llevaba encima. Al pasar por la casa de Tirso, ya no estaba su abuela; sólo él, parado en la puerta, esperando que pasara para acompañarme al templo.

—Guarda esto, le dije. Nos lo vamos a comer cuando termine la misa.

Cuando llegamos al templo la gente estaba impaciente. Algunos ya se habían ido y el padre seguía enojado. En la sacristía, mientras se vestía, arremetió contra mi.

—Cuando se hace una diligencia como esta, se va a lo que se va. No te vas a aprontar a hurgar qué es lo que hay en los rincones. Y mucho menos, vamos a enseñar el hambre. ¿Que acaso no tienes qué comer en tu casa?

Me saqué los hábitos y los aventé sobre una silla, y salí del templo humillado. Sin detenerme, seguido de la mirada de mi madre, que ya estaba allí esperando que saliera el padre, me fui por la puerta del lado, y al salir, Tirso ya me estaba esperando.

—¿Qué te pasó? Vienes pálido. ¿Te dio coscorriones el padre?

—No. Este no da coscorriones. Pero lo que te dice, te duele más que un varazo, como si te rasguñara un gato por dentro. Ya nunca voy a volver al templo. Tampoco voy a ser monaguillo, ni voy a salir de apóstol, aunque tenga que pelear con mi madre, le dije cuando la humillación se había convertido en rabia. Este no fue el primer incidente; ya antes habíamos tenido varios encuentros desagradables. Tirso también estaba resentido con él.

—Vámonos. Vamos a comernos la miel lejos de aquí donde nadie nos vea. Yo tampoco quiero estar en misa.

Llegamos por las cosas a su casa y nos internamos en el monte a disfrutar de aquella delicia. Gozamos de guayabas con miel, cacahuates y semillas doradas, que nosotros mismos tostamos, haciendo brasas con rajas secas de excremento de vaca.

Para mi, en ese día, la vida cambió un poco. Aunque de momento no registré todo, debido a mi corto entendimiento, sí me hizo pensar, en lo que éramos, en lo que somos y a lo que llegamos. Nunca he olvidado, ese aire de arrogancia y superioridad que demostraba el padre, cuando en el altar predicaba lo contrario. Se conmovía hasta las lágrimas y hablaba de humildad, respeto y amor al prójimo. Me molestaba su comportamiento frente a esa gente que lo tenía todo, y su único defecto era ser humilde. Eran personas buenas sin malicia, incapaces de hacerle daño a nadie, respetuosas y serviciales.

Don Andrés, el padre de Anselmo, tenía una familia numerosa, y aunque no eran de aquí, pronto se incorporaron a la comunidad adaptándose a los vecinos. Llegó con una parte de su familia ya grande de edad. Los demás ya andaban regados por el mundo. Vinieron de la Silleta, un poblado al otro lado del Río Verde, como a media legua de distancia. Había que madrugar mucho para regresar al anochecer del mismo día. Don Andrés llegó a servir como sacristán de la iglesia, aunque ya era un hombre mayor, al igual que Prudencia su esposa. Venían acompañados de sus hijas y el hijo menor. Se establecieron en una casa lejos del templo, en la desembocadura de un callejón, a un lado del camino, que más arriba conectaba al camino real por donde siempre transitaba la gente. Lorenza la hija mayor ya era casada, pero había enviudado muy joven. De las otras tres que quedaban, dos se casaron aquí y la más chica nunca se casó. De las cuatro, tres eran muy alegres y procuronas. Hablaban con todo aquel que pasaba por su casa, y desde lejos, escuchaban los pasos, atentas a ver quien iba. Rápido, corrían a asomarse por cualquier hueco de las paredes, o el ojal de la puerta, y a veces, hasta afuera se escuchaban sus risas.

Sólo una de ellas era muy recatada y seria. Se casó apenas un año después de haber llegado. En poco tiempo, por todos eran conocidas; andaban en boca de todos y los hombres las buscaban. Siempre acechando, convirtieron su hogar en una casa de paso, donde borrachos y

trasnochados se detenían a terminar la noche. Más tarde la bautizaron como “La Casa del Mezquitito” porque en la parte de atrás había un mezquite, cuya altura llegaba hasta la ventana del alto. Era aquí donde ellas dormían y donde todas las noches habían hombres platicando, o haciendo malabares de amor sobre las crujientes ramas, sin que nadie los molestara, porque don Andrés se acostaba temprano. Después de haber rezado el rosario, se santiguaba y todo se lo encomendaba a Dios; ya no se levantaba hasta otro día, así se estuviera acabando el mundo. Y esto, todos los vagos lo sabían, y de eso se aprovechaban.

Todo comenzó cuando a la hermana mayor se le acabó el sosiego. No se hacía a la idea de quedarse viuda tan joven; de vivir sin amor toda la vida y comenzó a inquietarse. Despertaba todas las noches con el recuerdo del marido muerto. Sentía un calor sofocante y su cuerpo ardiendo; humedecido por el sudor de aquel bochorno, con ansias que le recorrieran por todo el cuerpo. Sentía una sustancia que se movía como algo que quería salirse, porque ya no le cabía dentro, y que trataba de escapar por cada poro de su cuerpo. Sentía que le jalaba la piel, que no abarcaba sus muslos endurecidos, ni sus senos que se le agrandaban como volcanes a punto de erupcionar, oprimiendo el pecho, soportando el latido del corazón que golpeaba por dentro, acelerado. Aquellas ansias la obligaban a abandonar la cama, desesperada, buscando la frescura del aire. Y así salía desnuda, con sus muslos hinchados, a recorrer el patio, para que el fresco de la noche le apagara sus ansias; para que le disminuyera el fuego y apaciguara su carne. Después de mucho caminar, se tiraba en un petate, al centro del patio, a contemplar las estrellas y la noche. Se sobaba su cuerpo, revolcándose por largo rato, hasta sentirse aliviada y después regresaba a su cama, sosegada.

Comenzó a curar su mal acercándose a la ventana por donde entraba el aire que le refrescaba el cuerpo iluminado por la luz de la luna. Mientras, pasaban los peregrinos de la noche, y se detenían a contemplarla, hasta que un día, un caminante, que todos los días pasaba a propósito, se decidió trepar el árbol. Le siguieron muchos más. Comenzaron a perforar los muros, haciendo huecos para meter la mano, hasta que al árbol le faltaron ramas y a la pared le sobraron hoyos. Pero no les fue suficiente. Se las ingeniaron para salir al patio y ahí, cobijadas por la noche, disfrutaban de caricias fugaces hasta el amanecer. Cada cual en su rincón, pues todas se habían contagiado de la forma de vivir de la hermana viuda, y también ellas se acostum-

braron a disfrutar de los amores de paso, que sólo calman los ardores del cuerpo, pero no curan las enfermedades del alma.

Varios años después de que llegara don Andrés, llegó Anselmo, uno de los hijos mayores. Llegó después de haber recorrido varios estados de la República, donde trabajó como jornalero en los cañaverales de Nayarit, los algodones de Empalme en Sonora y las minas del Dorado, Sinaloa. Con sus ahorros, compró unas tierras baratas a un lado de la iglesia, abandonadas por sus dueños, que habían emigrado a Guadalajara. La propiedad tenía una casa grande donde vivieron hasta la muerte. Se llevó a vivir con él a sus padres y a sus hermanas, para que le hicieran casa, porque él nunca se casó.

Después de que mi padre abrió la tienda, dejamos la casa de la abuela, y nos fuimos a vivir a la casa de un sobrino de mi padre que también había emigrado a Guadalajara. Allí tuvimos dos vecinos excepcionales. Layo, que era primo hermano de mi padre; su esposa la tía Santana y sus hijos que no vivían ahí, pero que a menudo lo visitaban. El otro vecino era Ancelmo, una gran persona igual que su familia.

Una mañana, don Andrés le contó a mi padre que tenía asuntos pendientes en la Silleta, su pueblo, pero se sentía ya viejo para hacer el viaje caminando hasta allá. Temía subir y bajar barrancas tan pronunciadas, aparte de recorrer un buen trecho a ambos lados del río.

—Siento que las piernas ya no me responden, Goyo. Y temo desbarrancarme como un buey viejo en esas laderas de Dios.

—Faltaba más don Andrés, contestó mi padre. —Yo le presté un caballo, con todo y silla, manso y de buen paso para que no lo vaya a tumbar.

Una semana después llegó don Andrés por la tarde. Iba a recoger el caballo para salir temprano al día siguiente. Desde el momento que recogió la silla, por la parte de atrás, noté que no era muy experto en el manejo de los caballos. No le hallaba acomodo a los suaderos. Tampoco sabía como colocar el cincho ni cómo ajustar el látigo. Me acerqué a ayudarle pensando, pobre hombre, sería mejor que se fuera a pie. Pero no le dije nada a mi padre que andaba batallando con las vacas.

No sé a qué hora salió, si fué temprano o no, pero regresó de noche como cuando hacía el recorrido caminando. Entró a la cocina a la hora de la cena, donde lo esperaba su esposa con los frijoles calientes y el café hirviendo. Apenas se llevaba a la boca la primera sopa, cuando le preguntó su esposa.

—Pensé que regresabas más temprano, Andres. Hoy que fuiste a caballo.

Se quedó con la comida en el aire. Le cambió el semblante. Retiró el plato, y tomó un poco de agua. Se paró y dijo ante el asombro de ella que no entendía su reacción.

—¿Qué imaginas que me ocurrió, Prudencia? dijo desesperado. Olvidé el caballo. Lo olvidé a la entrada del pueblo. Entré a pie y salí por otro camino. Se quedó colgado de un árbol, ensillado y con el freno puesto. ¡Pobre animal!

Pobre de él, que a esa hora tuvo que regresar, sin cenar, cansado, con una lámpara en la mano y caminar toda la noche, para llegar a la Silleta al amanecer. Temeroso de que se hubieran robado el caballo, pero allí lo encontró tal y como lo había dejado.

Regresó ya avanzada la tarde, del día siguiente, cuando mi padre apartaba los becerros y daba de tragar a las vacas. Venía trasijado igual que el caballo, apenado y cansado. Se paró en la puerta como si no se animara a entrar, cuando mi padre lo vio. Se acercó a encontrarlo.

—¿Cómo le fue don Andrés? ¿Arregló su asunto? le preguntó mientras le abría la puerta, dándole el pase.

—Qué apenado vengo con usted Don Gregorio. Fíjese que olvidé su animal en la Silleta, toda la noche amarrado bajo un árbol, sin comer y sin beber agua. ¡Qué inútiles nos volvemos los viejos; tan desmemoriados!

—¡Válgame don Andrés! Eso a cualquiera le pasa. No se preocupe, dijo mi padre, volteando a otro lado sin poder contener la risa. Acérquelo a una pila para que trague. Yo le quito la silla, y váyase usted a descansar y a comer que también le hace falta.

A la hora de la cena mi padre nos contó lo ocurrido sin poder detener la risa. Nunca imaginó que su idea de aligerar el viaje terminara duplicando la carga. Sin duda mi padre nunca reflexionó cuando le hizo la oferta. Era obvio que una persona que nunca en su vida había montado un caballo, terminara molido. Aunque no lo hubiera olvidado, él lo hizo con buena intención, y así lo considero don Andrés, que siempre le agradeció el favor. Así estaban acostumbrados; no olvidaban nada aún cuando a tí te pareciera insignificante. Todo lo que tenían ofrecían, y si te veían en trabajos, se acomedían a ayudarte.

Una mañana de domingo, varios muchachos jugábamos frente al curato, esperando la llegada del padre. Nos gustaba subir a la torre a sonar las campanas. Éramos expertos en eso, ya que sabíamos darle el tono adecuado de acuerdo al momento que se estuviera viviendo. Por ejemplo, cuando fallecía alguien y el rancho estaba de duelo, le dábamos ese sonido melancólico y triste, para que todos los que escucharan hicieran suyas las penas del doliente. Lo mismo ocurría cuando había un acontecimiento alegre como un bautizo o una boda. Lanzábamos las esquilas al viento para que todo mundo compartiera su alegría. Ese día sólo esperábamos la orden para correr al campanario, cuando en frente de nosotros, aparcó un carro negro muy elegante, al igual que sus ocupantes: tres señoras muy distinguidas, vestidas con ropa fina, zapatos altos y hermosos sombreros. Parecía un atuendo para visitar un teatro, no un rancho polvoriento como el nuestro. Acompañaban a un señor alto y delgado de muy buena presencia y una educación que no podía ocultar con sus modales finos y sus expresiones calculadas y correctas. Lo educado le salía a flote.

Se llamaba Armando Franco. Era un benefactor del templo, uno de tantos, de los que el padre Ambrosio se había rodeado. Después de haberse hecho cargo de la parroquia, comenzó a invitar a gente en buena posición económica como esta. Eran familias que se distinguían por ocupar puestos en el gobierno, abogados, ricos comerciantes, y en general, personas pudientes. El padre Ambrosio los invitaba a misa los domingos. Les preparaba banquetes y en los sermones se desvivía en halagos para aquellos y sus familias. Con ellos fue desplazando a los lugareños que los relegó a segundo término. Como quien dice, los mandó a ocupar las bancas de atrás. A ellos ya no los ocupaba, ya que en dinero aportaban poco y él era demasiado orgulloso para pedir que hicieran faenas. La mano de obra era lo que el Sr. cura más apreciaba. El padre Ambrosio prefería pagar por sus servicios y por eso a los otros los veía más rentables.

Don Armando se bajó del carro, y preguntó si alguno de nosotros sabíamos dónde podría encontrar cera. Todos en peregrinación lo llevamos a la casa de Anselmo que tenía colmenas, y allí la cera abundaba. El señor y las señoras iban contentos, satisfechos con la amabilidad que les habíamos mostrado, todos a cual más queríamos servirles porque también ellos se mostraban amables. Pero al llegar a la casa nos dimos cuenta de que estábamos confundidos. Lo que ellos

en realidad buscaban eran velas y no cera. Formularon mal la pregunta, pero la ida no fue en vano porque aprovecharon el viaje.

Desde que Anselmo abrió la puerta quedó sorprendido por tan distinguida visita, tratando de halagarlos al máximo. Nos pidió que le ayudáramos a sacar sus mejores sillas. Sacó una vajilla que nunca había sido usada y en los platos pequeños nos sirvió miel a todos de las pencas más puras. Luego nos enseñó bastidores que tenían un aspecto quemado y nos hizo probar aquello, explicando que aunque tuviera otro color, no por eso era menos deliciosa.

—La penca dorada que primero probaron, es miel de varaduz y adquiere esa coloración por el color de las flores amarillas, mientras que la otra proviene de la malacatera; flores blancas que se marchitan con el sol y adquieren aspecto negro.

Don Armando y las señoras estaban admirados por la explicación y comenzaron a preguntarle más. No suponían que era lo que Anselmo deseaba, ya que a todos les platicaba de sus colmenas pero nadie lo escuchaba. No perdió esa oportunidad. Los hizo sentar bajo los guayabos, tomó una silla, le volteó el respaldo, se orquetó, como quien monta un burro, y se soltó imparable. Primero explicó cómo se colocaban los bastidores. Una vez llenos, se procedía a capar la colmena y se prensaba la penca para separar la cera. Nos habló de las propiedades curativas de la miel, los usos de la jalea real, y los procedimientos para separar enjambres. También nos dijo cómo escoger reinas y eliminar zánganos, y las contribuciones que hacían al medio ambiente con la polinización. Nos hizo entrar a su cuarto, lleno de tiliches y nos alineamos para observar aquello. Era un sinfín de objetos raros que nos fue explicando cómo los utilizaba. Nos daba la impresión de que habíamos entrado a un museo de antigüedades. Nos mostró su prensa, su traje de hule blanco, su ahumador, su sombrero especial cubierto con un velo de novia, instrumentos de carpintería, malacates para torcer el ixtle, sus libros de apicultura y libros religiosos que le había regalado su padre. También nos mostró unas piedras con vetas de oro macizo, y al salir nos dio una explicación de cómo vivían las abejas de acuerdo a su estrato y condición social, cual era muy similar a la de los humanos.

—Primero en este espacio vive la reina, dijo, mostrándonos la caja dividida al centro por una pared de cera.

—Este es su espacio para ella sola, y en el otro lado viven los zánganos. Como ven un espacio para que viva cómoda, luego sobre esto se

coloca el alsa con sus bastidores un espacio más grande donde viven las obreras que son las que acarrear la miel.

—Son increíbles sus conocimientos de apicultura, dijo don Armando, ¿Dónde aprendió tanto sobre las abejas?

—Por el mundo, mi señor. Mi conocimiento es amplio. A tanto he llegado, que distingo la abeja que trabaja más y la que trabaja menos. Todos nos reímos por su respuesta, y él se quedó muy serio, pero luego también se rió. Notó que se había excedido en su respuesta.

Para romper un poco con el tema, don Armando le pidió que le mostrara la miel que tenía en existencia. Le compró un bote de arroba y media para obsequiar a sus amigos y dos paletas de cera para regalar al templo. Luego se dirigió a nosotros dándonos una moneda a cada uno, para que ayudáramos a llevar lo adquirido hasta su carro.

Anselmo nos acompañó para seguir conversando. Al llegar a la plaza nos esperaba el padre, molesto porque había retrasado la misa más de una hora, esperando sus invitados. Además, él mismo tuvo que subir a la torre porque no había quién hiciera las llamadas a misa. Los cuatro le saludaron muy amables, pero la atención sin duda la llevaba Anselmo, que no paró de hablar en todo el camino.

—Las civilizaciones Europeas y parte de Asia se gobiernan por reinos, decía, y escogieron este sistema de gobierno y mando, porque observaron las abejas. Con anterioridad, analizaron sus costumbres, su organización, sus movimientos, y su sistema de mando. Vieron como asignaban a cada grupo su encomienda, y con qué perfección estos realizaban su labor designada.

—Un reino se gobierna como una gran colmena, donde manda la reina, y la multitud de abejas son los súbitos que trabajan para el reino, encargadas de recoger y llevar todos sus frutos. Son las que producen la riqueza. Alrededor de la reina, como una gran plaga, giran los zánganos; parásitos que viven a expensas de los que trabajan. Estos son los que en realidad mandan, administran, guardan, despilfarran o roban, igual que nuestros gobernantes. Lo que las obreras recogen y toman decisiones, y no sólo se aparean con la reina, sino que pueden eliminarla y sustituirla. Pero como en este mundo no hay poder absoluto, porque hay otra fuerza más arriba que ejerce presión sobre ellas. En este caso el poder del hombre puede eliminar y tener control sobre esa plaga.

Así sucede en un reino real donde no es el rey el que manda, sólo gobierna, aunque se sienta omnipotente y soberano sobre él. Está otro

poder que lo aplasta. Por ejemplo, el poder del Papa que determina dónde y cómo colocar los reinos, y no sólo eso, sino que en él converge la multitud de Reyes. Él administra y guarda lo que el reino produce, igual que el colmenero hace con su colmena.

—Y usted considera, preguntó don Armando, que para sus abejas usted es algo similar a un Papa.

—Digamos que no; para ellas sólo soy el Obispo.

El padre nos mandó a dar la última llamada. Le urgía terminar con esto, por temor a que se fueran sus otros fieles. Pero Anselmo seguía entusiasmado con el tema al igual que las señoras y don Armando, que ignoraron la molestia del párroco.

—Con el sonido de una campana, dijo Anselmo, apuntando al campanario, donde las campanas comenzaban a sonar, se puede regresar un enjambre de abejas que va en pleno vuelo, pues también eso utilizaron los reyes para controlar a su gente; con ese sonido, usted puede manejar multitudes. Un pastor con su campana maneja cientos de ovejas y eso no lo digo yo, lo dice la historia, que después de haber estudiado las abejas, campana en mano y con la cruz al hombro, los hombres se lanzaron al mundo a conquistar nuevos reinos. Es un sistema que envejece y esclaviza y con el tiempo va a desaparecer.

El padre Ambrosio molesto por lo que decía, y aún más porque le había robado la atención de sus benefactores, quiso poner fin a la conversación.

—Haber tú, sabiondo, ¿tú qué entiendes de esto? ¿Por qué estás tan seguro de que esto va a desaparecer?

—Porque no sólo de miel vive el hombre. Se despidió muy cortés de los señores, se colocó el sombrero y regresó a su casa, para no entrar en controversia con el padre.

Anselmo era un gran conversador pero pocos le ponían atención. Les parecía falso lo que decía, o no entendían el significado de su charla. No era por su ignorancia, sino por su escasa preparación. La mayoría no sabía leer y con trabajos escribían su nombre. Pero no por eso eran ignorantes, sino que no estaban capacitados para escucharlo, ya que a mi también me enfadaba. Y mi enfado era porque me hacía pláticas no para mi edad sino de gente grande. Me hacía pensar de que tal vez él no tuvo infancia, y por eso se fue muy chico a buscar la vida por su cuenta. En esos viajes tan tempranos, se pierde la inocencia, te maduras a apretones como los aguacates, y dejas escondido en tí una etapa que no viviste, que muchos no imaginan que existe. Se

pierden en el camino y quedan con lo que viven, sin regresan a buscar lo perdido.

Conforme fui creciendo, llegué a entender a Anselmo más y con el tiempo llegamos a ser grandes amigos. Una de las cosas que más admiraba de él era su autosuficiencia. Él mismo se preveía lo que él y su familia necesitaban; tenía sus colmenas para endulzar las bebidas y con la cera fabricaba sus velas para alumbrarse. Tenía sus magueyes para extraer pulque, hacía las sogas y los costales que usaba, él mismo. Fabricaba sus huaraches, sus cajas para las colmenas, aserrando la madera. También hacía sus arados y yugos. Cultivaba todo para sus alimentos, como el frijol, maíz, calabazas, garbanzo, trigo y cacahuete. Era una casa donde todo abundaba y habían muy pocos que consumieran. Ellos se acostumbraron a comer lo mismo todos los días; frijoles y café mañana y noche, y a mediodía, cuando mucho, un huevo. Tenía vacas y nunca las ordeñaba, no les gustaba la leche. Se pudrían las guayabas en el patio, las calabazas se secaban en la barda o se las daban a los puercos. Pocas familias hacían una vida tan austera como la que ellos llevaban.

Durante un tiempo me dio por visitar a Anselmo. Llegaba todas las tardes y me regresaba al anochecer, porque ellos se acostaban temprano. Mientras nosotros conversamos, Soledad, su hermana, nos tostaba semillas o cacahuates, escuchando su radionovela. Después nos dejaba el radio y escuchábamos las últimas noticias del día. Siempre cenaba con ellos frijoles y café negro. Nos acostumbramos tanto a reunirnos, que si algún día no iba, llegaba Anselmo por la mañana a preguntarle a mi madre si algo me había pasado.

Una vez me contó que tenía dos hijos. Conoció a una mujer cuando trabajaba en Sonora. Vivió con ella y de esa relación, nació la pareja. Ella era de familia acomodada y nunca se acostumbró a la vida austera de Anselmo. Para ella todo fue una atracción de juventud, un capricho más que tenía que cumplir, porque así la habían acostumbrado. Mientras que para él, fue un regalo a su soledad que le cayó del cielo y no podía rechazarlo. Por esto, pronto comenzaron a tener dificultades, la más grande fue, la diferencias de clase que no embonaban. Decidieron cada quien ir por su rumbo. Los hijos se fueron con ella, acostumbrados a la buena vida, a asistir a buenas escuelas y a rozarse con gente de otro nivel. Nunca les interesó vivir con su padre, y él tampoco hizo nada por atraerlos. Sólo una vez vinieron a visitarlo. Llegaron en la mañana y en la tarde se fueron, ya que no encontraron

nada que los motivara a quedarse más tiempo. Tenían una remota idea sobre su padre y sólo vinieron a confirmar. Sabían sólo de él lo poco que su madre les había contado, pero a leguas se notaba que llevaban una vida distinta.

Conforme fui creciendo, comencé a retirarme de Anselmo. No porque hubiera visto un mal modo, sino porque comencé a hacer cosas distintas; otras obligaciones me fueron robando el tiempo; cosas que suceden que van marcando los cambios. Con el pasar del tiempo la misma vida te va señalando nuevos caminos que por seguirlos sacrificas amigos, entornos y posesiones, pasando por encima de los que más te quieren, con tal de cumplir tus metas.

Pasó mucho tiempo que sólo de ocasión veía a Anselmo. Cuando necesitaba alguna herramienta que no tenía, él me la prestaba. En tiempo de siembras y cosecha, cuando él no salía del rancho, me encargaba cosas que le hacían falta, sobre todo el periódico. Le gustaba estar informado, aunque el periódico sólo informaba de lo que le convenía al sistema, de lo que ellos querían que supiéramos. Después de que me fui a Guadalajara, lo veía menos. Sólo regresaba el fin de semana, y algunas veces sólo lo saludaba de lejos.

Un lunes que regresaba a la escuela, me lo encontré bajando la brecha. Le dije adiós y apenas me contestó, tratando de levantar la mano. Ni siquiera me vio, pero yo sí lo vi de frente que traía el semblante de un muerto. Su cara era igual a la de su madre el día en que le llevamos el viático. Apenas caminaba y su color era verde. Seguí de frente, y aunque llevaba prisa, me di vuelta donde me permitió la angostura de la brecha. Me regresé porque con sólo verlo, supe que algo llevaba. Le vi la muerte dibujada en la cara, el semblante del que agoniza, y la mirada perdida del que se despide del mundo.

Al regresar casi lo encuentro en el mismo sitio. Daba un corto paso y se detenía para dar el otro. Llevaba su morral de ixtle, como siempre, y una bolsa de plástico colgada al cinto con una sonda conectada al caño del pene, para evacuar la orina, porque la próstata le había cerrado el conducto.

—Me regresé por ti, Anselmo. Sube, le dije, y me respondió arrastrando la voz.

—No puedo. Hazme el favor de bajar a ayudarme. Se desprendió del morral, lanzándolo al piso.

Quedé sorprendido al verlo. Cuántos estragos le había causado la enfermedad y con qué dificultad se mantenía en pie por la intensidad

del dolor que lo ponía verde como si le hubieran refregado lama en la cara.

—Te voy a llevar al hospital. Mira como vienes, ya trabando las patas, le dije mientras trataba de darme vuelta allí mismo.

—No, no te regreses, si de allá vengo. Me dieron la cita para el próximo lunes. La semana que entra me operan, me dijo con una decisión tan firme como para que no insistiera.

—Y mientras esperas a que te operan te mueres. Lo que te pasa no es simple. La orina tiene un alto contenido de urea y si ésta se mezcla con la sangre, se te envenena el cuerpo.

—Vámonos que nada me pasa. Ya empecé a desaguar después de que me pusieron la sonda. En el morral traigo medicina para el dolor. Sólo vengo estropeado por la caminata. Llevo horas caminando.

Anselmo llevaba horas caminando para desplazar una distancia que se recorre en diez minutos. ¿Acaso no se daba cuenta de la gravedad de su enfermedad? Tenía los medios para pagar un médico particular que lo atendiera, pero por no vender un par de vacas o una yunta de bueyes, dependió de los irresponsables e inútiles de la asistencia pública, quienes lo mandaron a su suerte sabiendo los riesgos que corría. ¡Qué poco valor representaba para ellos la vida humana! Qué les importaba aquel hombre de aspecto simple que no dibujaba en el rango de los protegidos. Lo consideraron como uno más de aquellos que no tenían para comprar un mejoral, mucho menos para pagar un médico.

Después de que pasamos la plaza, Anselmo comenzó a revisar las casas abandonadas, como si deseara que alguien saliera de ellas. Se notaba más tranquilo aunque todavía sudaba, su color era pálido. Llegamos y no se bajó. Se quedó sentado un rato, conversando.

—Que poco va quedando de todo esto, Gregorio. Esto se acaba. Cada día queda menos y a cualquier lado que vez te topas con la soledad. Comenzó a señalar las casas.

—Qué sola quedó la casa de tu padre, también la casa de Layo y la de mi hermana Lorenza. Y yo perdido en la soledad de mi cuarto, acompañado de Soledad mi hermana, que nunca habla, sólo deambula por la casa como alma en pena. Como ves, estoy rodeado de soledades; lo mismo dá que me operen hoy o dentro de ocho días.

—Hoy fue un milagro encontrarte. Tú llegas en la noche como un fantasma, y pasas en el día como una sombra, queriendo ganarle la carrera al tiempo, sin poder detenerte a conversar con los amigos. Y

yo paso semanas enteras sin ver a nadie, enterrado en este agujero del mundo. ¿Qué ilusión te brinda la vida para que la merezcas?

Yo no supe qué contestarle. Me bajé a ayudarlo al ver que habría la puerta y se deslizaba por el asiento.

—Te voy a acompañar a tu casa. Ya no voy a insistir a llevarte al hospital, aunque debería de hacerlo. Se como eres de terco.

—Aquí nomás déjame. Ya me siento mejor. Todo lo que hablé me alivió un poco. Para mí, conversar es medicina. Vete ya, que vas a llegar tarde por mi culpa.

—Vete tú. Voy a ver si alcanzas a llegar a tu casa.

Ahí me quedé un rato esperando que entrara, y mientras llegaba, observé su entorno vacío. Había sólo dos gallinas viejas y desplumadas, escarbando el suelo para tragarse las lombrices del patio.

En ese momento no lo entendí porque había caminado poco. Me esperaba una larga vida por delante. Lo entiendo ahora que lo recuerdo, después de muchos años, cuando los días se acortan y las noches se alargan y ocupas más tu mente en meditar que en vivir.

Me fui todo el camino pensando en él, hasta que comenzó la segunda clase. Llegué cuando estaba a punto de terminar la primera. Después de ese momento no volví a acordarme de él hasta el fin de semana que regresé de nuevo y pasé por el mismo sitio donde lo había recogido. El siguiente viernes cuando llegué, ya lo habían sepultado.

CAPÍTULO IV
Catarino Aguayo



Tení a ocho años cuando se fue mi padre. Tuvo que irse. No porque él hubiera querido y tampoco por tener dificultades con mi madre ni con ninguna otra persona.

Mi padre se fue porque era necesario y no porque él quería dejarnos. Al amanecer salió de la casa sin despedirse de nadie. No lo vi porque todavía estaba oscuras y porque tampoco quería despedirme. Sólo oí el cerrojo de la puerta y sus pasos que poco a poco se me fueron perdiendo hasta no escuchar nada. Tan sólo escuché los sollozos de mi madre que trataba de ahogarlos para no despertarnos, sentada en la escalera porque no tuvo fuerzas para regresar a su cama.

Toda la casa se llenó de tristeza. La alegría se fue con él. Desapareció conforme fueron avanzando sus pasos. Se la llevó para tirarla en el camino porque no cabía en su equipaje. Quedamos envueltos en una noche de sombras, esperando que amaneciera, abrigados por la esperanza que el llanto de mi madre lo detuviera. Queríamos que se quedara, que no se fuera. Hasta que un rayo de luz entró por el hueco de la puerta, iluminando la realidad para que nos diéramos cuenta de que ya no estaba.

Me levanté para asomarme por la ventana del alto y buscarlo en el patio, pero no lo encontré por ningún lado. Al abrir, entró la luz de la mañana y todo el cuarto se iluminó, pero sólo me mostró su cama vacía. Me regresé donde estaba mi madre, y me senté a su lado. Ella me cobijó con la punta de su rebozo y me recargó en su pecho, con el calor de su cuerpo y escuchando el latido de su corazón me quedé dormido, acurrucado como un pollo que se abriga bajo del ala de una gallina, protegiéndose de la tempestad de la vida.

—Siento como si hubieran quedado huérfanos, dijo cuando notó que todos estábamos despiertos. Su pecho no soportó más y estalló su llanto. Se desbordó como represa llena.

—Cuántas veces le dije a su padre que no compraré este rancho, pero no me escuchó. Yo presentía que no iba a poder pagarlo. Lo quiero

para mis hijos decía, para que tengan donde trabajar y no tengan que irse como se van todos los demás. A otro lado sólo vas a sufrir, nomás a causar lástimas. Él se fue para que nosotros nos quedáramos. Prefirió ser él quien causará lástima sólo para dejarnos algo.

No acababa de perderse en el horizonte y a todos nos había cambiado la vida más allá de lo imaginable; un giro completo que ya no tuvo retorno. De ahí en adelante, nada volvió a ser igual. Nos levantamos más temprano que de costumbre para realizar labores que él había dejado de hacer. Como éramos tres, reemplazarlo no fue difícil; lo complicado fue sustituirlo a él como persona. ¿Quién puede llenar el hueco que deja un padre? Nadie lo hace, mucho menos cuando eres un niño.

—A partir de hoy las cosas van a cambiar en esta casa, dijo mi madre. —Su padre lleva una deuda muy pesada y es necesario ayudar a pagarla. No es justo que él solo soporte todo. Tenemos que quitarle ese peso de encima para que sea más ligera su carga.

Desde ese día nos sometió a una disciplina y a un riguroso programa de austeridad, donde hasta la comida fue restringida o substituida por alimentos más baratos que en ocasiones solo engañaban al estómago. La gallina que normalmente nos comíamos en un día la hacía alcanzar para tres. En el primer día preparaba la huevada, hígado, molleja y corazón, fritos en una cazuela de barro que levantaba una densa espuma.

En el segundo día, con las alas, los muslos, la cabeza y las patas, hacía sopa de arroz. Colgaba las pechugas en un clavo de la pared y hasta el tercer día la preparaba en mole y lo acompañaba con sopa del día anterior. Sólo utilizaba las cosas como saborizantes, pero tenía mucho ingenio para que todo lo que cocinaba supiera agradable.

Por la mañana, a cada uno nos llenaba una caldereta de leche, y lo que sobraba del balde lo regresaba al tarro para hacer queso. Entre hacer queso, dar de comer a los animales, atendernos a nosotros, y despachar la clientela en la tienda, se le triplicó el trabajo. Aparecía en todos lados dando órdenes y regañando cuando descuidamos detalles y precisando cuando nos llegaba la pereza. Muchas veces hacía el desayuno en el camino de la casa a la plaza, con tal de no perder al cliente.

La mayor parte del tiempo lo dedicaba a la tienda que con mi padre nunca prosperó. En poco tiempo ella la hizo rentable y la puso en orden. Terminó con la venta a crédito y colocó un calendario viejo al centro de la pared que mi padre nunca fue capaz de mostrar, porque

consideraba que ofendía a la clientela. Ella echó mano de todo lo que tenía al alcance.

En el calendario se veía un hombre preocupado, de ojos hundidos, rascándose su cabeza calva. Era viejo y arruinado, flaco y vestido en harapos. Estaba sentado en una silla deshebrada y vieja con un boquete al centro y pagarés regados por el piso, roídos por las ratas y un letrero que decía YO VENDÍA A CRÉDITO.

En el otro extremo mostraba a un hombre robusto y jovial, elegantemente vestido, corpulento, de mejillas rosadas, sentado en un sillón acojinado. Fumaba un habano contemplando sus pacas de billetes saboreando su puro, lanzando bocanadas de humo al aire en una sucesión de círculos, y un letrero que decía YO VENDÍA AL CONTADO.

Aunque muchos no sabían leer la pura imagen lo decía todo. Esto tuvo un impacto en la gente que se sintió cohibida y optó por no pedir fiado. También revisó el libro donde mi padre anotaba a todos sus acreedores, y comenzó a mandar recados con nosotros, cobrando los adeudos. Algunos se molestaban, otros desconocían las cuentas, y los más formales se acercaban a pagar o por lo menos a dar un abono o a hacer un compromiso de pago más adelante, cuando recogieran la cosecha.

Con lo cobrado, comenzó a surtir mejor la tienda y antes de que mi padre enviara el primer dinero, mi madre ya había pagado los documentos que tenían más tiempo vencidos. Tanto mi padre como ella estaban muy motivados porque notaban avances. Él ahorrraba todo lo que ganaba y ella hacía esfuerzos por guardar más de lo que juntaba. En un año su deuda disminuyó considerablemente y eso los alentaba más. Mi madre concentrada en pagar, se volvió incansable. Se levantaba al amanecer a dar de comer a sus gallinas y a recoger los huevos. Luego nos levantaba a nosotros y entre ella y el zarco, ordeñaban mientras Alfonso y yo sujetamos los becerros a un poste. Luego preparaba el almuerzo mientras nosotros les dábamos de tragar a los puercos y a las vacas, y cuando entrábamos a la cocina todo estaba servido.

Sólo esperaba la llegada del primer cliente para irse a abrir la tienda y ahí nos dejaba terminando el desayuno, apresurando para que no llegáramos tarde a la escuela. Todas las mañanas bajaba con su caja de dinero custodiada por el primer cliente y terminaba muy tarde subiendo con la misma caja que no descuidaba ni a la hora de dormir, porque la colocaba a la cabecera de su cama. La tienda sólo la cerraba un rato mientras iba a preparar la comida y si a esa hora alguien lle-

gaba que necesitaba algo, al momento se regresaba a despacharlo, o nos mandaba a nosotros, ya que para ella la clientela era lo primero.

También cerraba el sábado en la mañana cuando no había clases. Subíamos la brecha, uno de mis hermanos y yo, cargando un canasto de huevos y otro de quesos. En ocasiones hasta cargamos una ensarta de gallinas viejas, ya desfondadas, que ya no ponían huevos. Llevábamos para venderlas en las fondas del pueblo. El que cargaba las gallinas, subía al camión con el cuello lleno de gorupos. Mientras mi madre preparaba por el camino una lista exacta de lo que iba a gastar y de todo lo que necesitaba para surtir la tienda. Cuando los precios en algunos artículos se alteraban se ponía a regatear con los comerciantes en otros productos, pero no permitía por nada del mundo, que el gasto se saliera del presupuesto. Al mediodía regresamos con una camioneta cargada de mercancías para la semana.

Este ritmo comenzó a agriarse más el carácter a mi madre que ya de por sí no era muy suave. Siempre andaba de mal humor. Por todo nos regañaba y sólo se preocupaba por darnos de comer. Todo lo demás lo pasó a un plano secundario. No tenía tiempo para ella, mucho menos para preocuparse si nos bañábamos o como andábamos vestidos; si aprendíamos en la escuela, si nos cortamos el cabello o si teníamos dificultades con los amigos. Ella vivía en su mundo, concentrada en pagar para que regresara su marido. Sólo al lado de él podía curar todas las calamidades y males que se le vinieron encima desde que él se fue.

Una tarde después de comer logramos convencerla de que nos acompañara a cortar pitayas a la ladera. Había comenzado la siembra y en la tarde no había mucha gente a quien venderle. Todos estaban ocupados, regresaban de noche cansados y nadie salía. Todos se recogían temprano para madrugar al siguiente día, porque cuando el temporal llega a nadie espera.

Los tres salimos contentos porque para nosotros, que mi madre aceptara, fue lograr una gran hazaña. También ella iba contenta aunque lo disimulaba. Ya en el camino nos dimos a la tarea de hacerla reír con ocurrencias de chiquillos. Cruzamos el arroyo y escalamos la ladera hasta el borde de la caja, pero con poca suerte. Sólo habíamos llenado el balde más pequeño que yo llevaba. Los otros aún estaban vacíos. Al llegar frente a los pitayos nos dimos cuenta de que eran más altos de lo que nosotros desde abajo apreciamos. Llevábamos un chicol muy corto y solo nos quedamos contemplando las más maduras ya reventadas.

De pronto comenzó a oscurecer y el cielo empezó a llenarse de nubes negras. Arreció el sonido del viento y se escucharon truenos estremecedores de la tormenta que se acercaba. El arco iris se dibujó en los cerros de enfrente, el ganado comenzó a correr a sus refugios y las aves comenzaron a volver a sus nidos.

—¡Rápido! ¡Tenemos que regresar antes de que la corriente crezca! Debemos de cruzar el arroyo antes de que nos deje aislados, dijo mi madre.

No nos quedó otra alternativa más que regresar. La tormenta nos había estropeado la tarde. Teníamos que llegar al otro lado antes de que la lluvia nos detuviera. A media ladera nos agarró el aguacero, y no paramos de correr hasta llegar al arroyo. Después de que cruzamos, disminuimos el paso, mojados, pero sin el peligro de quedarnos atrapados al otro lado cuando se acercaba la noche.

Al entrar al rancho ya había escampado. De pronto escuchamos el estruendo de un rayo que iluminó la plaza y se estremeció la hacienda y de los alambres de la luz se desprendieron varias golondrinas muertas. Por la calle corría el agua como si fuera arroyo. El cielo siguió nublado, casi se oscureció a media tarde. Los cuatro íbamos estilando, encandilados por el rayo, cuando de pronto a mitad de la calle divisamos un hombre que se acercaba, cruzando el guardaguanado. Lo vimos como un fantasma, caminando entre el agua con el pantalón arriscado hasta la rodilla, un costal atravesado en el hombro y unas viejas mangas de hule con un sombrero de falda ancha caído hasta los hombros, abombado por el agua.

Aunque la lluvia ya había cesado el agua acumulada en la falda del sombrero todavía le goteaba la cara. Tenía la piel amarilla como untada de nejayote, los ojos tristes, grandes y saltones, la cara ovalada, con la piel pegada a los huesos de la quijada. Reflejaba un semblante sombrío y la nostalgia surcaba toda su cara, sin un pelo de barba. Su mirada era triste, su frente arrugada, con una verruga a un lado de la barbilla. Por todos lados que lo vieras, se le veía la piel curtida por el frío y por el calor, áspera y seca como raspada por la sed y el hambre.

Se llamaba Catarino Aguayo, un pariente cercano de mi madre, que la saludó con mucho respeto demostrando un gran afecto.

—¿Cómo te va Nicha? ¡Qué gusto me da verte! le dijo, estirando su mano huesuda, empedrada de callos, deformada por el artritis. Tenía una sonrisa amable, como dibujada en su cara, a pesar de su apariencia

hosca y dura. —¡Cómo han crecido tus hijos! Cuando su padre regrese no los va a reconocer. Que orgullosa debes de sentirte de ellos.

—Tiene uno de todo, Catarino. Te llenan de satisfacciones pero también mortificaciones, y aunque cuesta mucho trabajo criarlos, no dejan de ser una bendición. ¿Cómo está tu familia? ¿No están enfermos o por qué andas aquí a esta hora bajo la lluvia? ¿No te andarás paseando, verdad? Mi madre siempre hacía muchas preguntas al mismo tiempo.

—No. Vengo porque me mandaron. Por allá sucedió una tragedia, pues. Hubo carne en La Estancia. Mataron a Juan de Matéa, dijo esto, mientras se le ensombreció el semblante y agregó: —Lo mató Salvador el Mocho, su cuñado, y me despacharon a comprar velas.

—¡Pero cómo su cuñado! Pobre de Aurelia, qué compromiso le han echado a sus hijos y que carga para ella. Ahora ellos tienen que matar al tío, dijo eso mi madre aventajando la venganza. ¿Y cuál fue el motivo?

—Dicen que por las herencias, pero ya son cosas añejas, viejos agravios; la pus que sale. Cuando llevas una espina clavada en el cuerpo, después de podrida brota. Las gentes son como animales, se matan por un ombligo de tierra, o porque una gallina tumba la cerca del otro. Cualquiera cosa buscan para justificarse y sacar su rabia. Ya ves que cualquier motivo o pretexto quiere la muerte.

—¡Sea por Dios, Catarino! ¿Qué podemos hacer? Si los hombres ya traen añadido el pleito, lo llevan pegado, metido en la sangre como una maldita herencia. Salúdame a los dolientes, a tu familia y regresa pronto para que no te agarre la noche. Busca a Arcadia en el curato. El Sr. Cura no está, pero ella te vende lo que necesites. Se despidió de mi madre y a los tres, sobre el pelo, nos hizo una breve caricia, al vernos conmovidos por la noticia.

—No se asusten niños, así es la vida. Estas cosas pasan. Con el tiempo van a aprender, ya lo verán. Siguió su camino por el callejón del curato, pisando el agua, haciendo lodo sobre los charcos, ladeado por el paso de los años, y el peso de su costal a la espalda.

Desde ese día a Catarino Aguayo siempre lo relacione con la muerte. Fue él el que me llevo las malas razones de familiares. Fue él quien me avisó de los hechos funestos que cambiaron mi vida. A partir de ahí, siempre lo vi presente en todas las tragedias, hincado, rezando a los pies del muerto en todos los velorios de amigos, familiares y conocidos, con el rosario en la mano, la voz fuerte y un rezo conmovedor, que hacía atragantar, y ablandar al más duro.

Los cuatro llegamos a la casa contentos a pesar de la mala noticia. Mi madre no abrió la tienda. Nos preparó la cena, mientras el Zarco y yo dábamos de tragar a las vacas y Alfonso alimentaba a los cerdos. Después de cenar ya no nos dejó escuchar la radio. Nos incó a los tres y la acompañamos a rezar el rosario en recuerdo del muerto ese día y nos acostamos temprano.

Al día siguiente mientras mi madre y el Zarco ordeñaban, Alfonso y yo sujetamos a un poste los becerros. El becerro que sostenía era un animal añejo con el cual yo jugaba y hacía enojar rascándose la frente o sujetándolo por la nariz. Mientras se ponía rabioso y amagaba con brincar encima de mi, yo me divertía y me protegía en el poste, mientras mi madre me regañaba. De pronto escuchamos que la puerta del corral se abrió, era Gloria, una hermana mayor que Tirso. Aunque todos los días la veía, nunca le había puesto atención. Pero ese día me quedé deslumbrado, sorprendido por su belleza, se apreciaba más al impacto de los rayos dorados de sol, reflejados sobre su cabello sedoso.

Era alta y delgada, de piel muy blanca, cabello negro, con unos ojos enormes. La nariz la tenía ligeramente aguileña. Era de gesto amable, con voz muy suave y caminaba con gracia. Al sonreír se le dibujaban dos hoyitos en las mejillas que le daba a su rostro un toque más agradable.

Necesitaba harina y bicarbonato para las tortillas y pedía de favor que alguien la despachara. En ese instante, solté al becerro, y entré corriendo al zaguán donde guardaban la llave para que nadie se adelantara. Cuando salí al corral el becerro había cornado al Zarco y la leche estaba regada por el piso y mi madre trataba de recoger el balde. Consciente de lo que había hecho, me apresure a mostrarle la llave y le pedí que me siguiera antes de que estallara mi madre.

Ya en el camino no supe qué decirle, intimidado por su belleza. No me salían las palabras. Era como si una mano fuerte me tapara la boca y por más esfuerzos que hacía el cerebro no coordinaba ninguna frase. Me detuve y le pedí que siguiera adelante, porque notaba que hasta el paso había perdido al andar. Al quedarme atrás, pude verla con más detalle. Sin ninguna malicia, la observe como quien aprecia algo bello, incluso la sombra de la silueta que dibuja el sol. Era bella, delgada, de pies ligeros y piernas blancas, torneadas, de cintura delgada y cadera ancha que movía con gracia mientras caminaba. Llevaba un chongo enroscado sobre la nuca que hacía más alto su cuello blanco, cubierto de un vello fino como el terciopelo.

Al llegar a la tienda escuchamos gritos que venían de la hacienda. Era Anastasio el Sapo que maltrataba las vacas. Anastasio era el caporal, un hombre recio y deslenguado que daba miedo encontrarlo, sobre todo cuando andaba borracho. Se volvía insoportable. Era corpulento y chaparro, con la nariz aplastada y tal vez eso le había granjeado el apodo.

Mientras pesaba la harina divisé al Sapo que salía de la hacienda y cruzaba la puerta del guardaganado. Venía arriscando el sombrero y balanceándose sobre el burro. De seguro andaba borracho y se dirigía a la tienda. Más abajo se encontró una pareja de ancianos que subían la brecha, rumbo a su casa. Al pasar junto a ellos se arremangó el sombrero y lanzó un grito:

—¡Cabrón panteón! ¿qué de calaveras veo?

La pareja asustada, apresuró el paso para evitar una confrontación, pero él siguió de frente dándole manotazos al burro.

—¡Viene para acá! dijo Gloria asustada. ¡Rápido, Goyo, vámonos! Cierra la tienda antes de que llegue. Tomó la bolsa de harina y el paquete de carbonato, dejando un billete de diez pesos sobre el mostrador.

—Luego me das mi cambio, y salió a tiempo de que el sapo se paraba en frente. La revisó de arriba abajo y volvió a lanzar otro grito.

—¡Hay chiquillas bonillas! y soltó una carcajada. ¡Dios mío, mejor déjame ciego ‘pa no ver tentaciones! y volvió a reírse.

Gloria corrió a su casa y yo me quedé parado en la puerta. No pude hacer otra cosa más que enfrentarlo.

—¿Qué quiere? le dije con modo. Ya voy a cerrar porque tengo que ir a la escuela.

—¡A caray! Mocososo, iya hablas golpeadoi Toma, lléname esta ánfora de alcohol o de vino, lo que tengas, y dame una caja de cigarrros Alas, dijo, estirando la mano para darme la botella. Mientras le daba sus cosas, entró y se recargo en la puerta contemplando el billete sobre el mostrador.

—Apúntame esto. Pronto te lo pago y préstame unos centavos más, dijo con voz suave. Se acaban de llevar a mi esposa muy mala al pueblo y necesito ir a verla, pero no tengo ‘pal pasaje. Hazme ese favor. ¡Por eso ando borracho, ‘pa soportar la pena! Ni siquiera me avisaron. A mi ya no me toman en cuenta. Le toman más parecer al perro porque al menos él les cuida la casa. A mi, ¿qué parecer me van a pedir?

Si ni siquiera estaba con ellos. Nomás por estar aquí, en la hacienda, lamiéndole las bolas al Aliado.

—Préstame ese billete, continuó, tratando de agarrarlo mientras yo me apresuraba a recogerlo.

—No puedo porque el dinero no es mío. Es de mi madre. Pídeselo a ella.

—No seas mala gente muchacho. Préstame. Pronto te pago. Hazlo por mi vieja que es una pobre santa que no tiene comparación. Todos saben que no la merezco, y yo también lo se. Me podré encontrar otra más chueca que ella, pero no más buena, y si se muere no voy a poder con el remordimiento, decía esto mientras le daba un trago a la botella de vino y encendía un cigarro.

Por la forma en que me habló, logró convencerme. Ya no siguió, y buena cosa, si no hubiéramos llegado hasta las lágrimas. Estaba tan conmovido que no sólo le presté el billete; le di otros tres pesos y dos que costaba el vino y los cigarros. Le hicieron una deuda de quince pesos, la cual prometió pagarme en cuanto vendiera su cosecha, y me hizo prometer que no le diría a mi madre, que el asunto quedaría entre él y yo.

Cuando regresé a casa mis hermanos ya venían a la escuela. El Zarco traía el cachete hinchado por el tope del becerro.

—Quítate del camino mocoso, dijo enojado y me amenazó con la mochila. Vas a ver como te va a ir con Nicha. No le contesté nada. Iba pensando qué inventarle a mi madre para justificarle que ya no traía el dinero de la venta. Entré derecho a la cocina donde ya estaba mi almuerzo: un huevo frito, frijoles, camotes y una caldereta vacía. Detrás de mí entró mi madre enojada.

—¿Qué tanto hacías? ¿Por qué no llegabas? Vas a almorzar todo seco y frío. Por tu culpa el becerro revolcó a Rodrigo. Si quieres tomar leche, ve al patio a lamer la que quedó regada por el suelo. ¿Dónde dejaste el dinero de la venta? Me levanté, simulando que buscaba el dinero. Luego me saqué las bolsas del pantalón.

—No lo traigo. Lo perdí en el camino. El Zarco quiso pegarme con la mochila y corrí. Allí se me cayó el billete. Ahora lo busco, cuando vaya a la escuela.

Agarré mi mochila y salí corriendo. Ni siquiera simulé buscar lo que sabía que el Sapo se había llevado. Entré al salón cuando ya había comenzado la clase, y también el maestro me llamó la atención.

—Es la última vez que puedes entrar si no llegas a tiempo.

Más tarde, desde la ventana, observé a mi madre recorriendo el camino despacio, buscando el billete perdido.

Dos días después llegaron con la esposa de Anastasio muerta. En el velorio lo vi conmovido por la pena y sentí lástima por él y por haber regateado la ayuda. Estaba borracho y así siguió por más de un año, lamentándose por lo perdido. No aguantaba los remordimientos por lo mal que en vida la había tratado. Pero en lugar de enmendarse, más se distanciaba de su familia y se malquistaba con los vecinos.

Cansado de esa vida, lleno de cicatrices en todo el cuerpo de tanta caída que le dió el burro, decidió cambiar de rumbo. Al principio la gente lo ayudaba a levantarse, o por lo menos lo enderezaban para que no se ahogara, después, por el temor a una maltratada, lo dejaban ahí tirado a las patas del animal. Comenzó a vender fruta pero el carácter no le cambió; seguía enojado, maltratando a todo el que se dejaba.

Una mañana decidí cobrarle. Después de un año cuando el luto le había pasado, lo hice como me había enseñado mi madre; en forma discreta y despacia, para que no oyera la gente. Fue un domingo antes de que entraran a misa. Había mucha gente en la plaza esperando la última llamada. Cuando llegué, ya tenía su mesa puesta con dos canastas al lado: una con sandías y la otra llena de naranjas. Estaba partiendo una sandía con su daga afilada haciendo cortes perfectos del mismo tamaño. Yo me senté al lado esperando que terminara, luego le pedí que se acercara, y le hable al oído. Nunca imaginé que se molestara tanto.

Se regresó con las manos en alto, sin saber qué decir. Tomó su daga y la afiló una y otra vez haciéndola sonar sobre las piedras de la cerca, luego la aventó sobre la mesa y estalló con la sangre agolpada en las mejillas y la frente roja.

—¿De qué te debo, muchacho tal? ¿cuándo me has prestado algo? Piensas que sigo borracho y me vas a robar como me roba toda la maldita chusma. ¡Lárgate antes de que te corra a patadas!

—Yo no le robo nada. Y usted sabe que me debe. Le presté cuando se llevaron a su esposa muy mala al hospital. Le estoy cobrando en buena forma. ¿Por qué me grita?

—Te grito porque los tengo así, e hizo una seña obscena con la mano. Ningún pendejo me vá a decir cómo le hable.

Había gente alrededor y entonces sentí mucha vergüenza. Le pedí que callara. Deseaba que le taparan la boca, que hablara despacio. Pero él más vuelo agarraba, hasta que no soporté más la mirada de todos, y

me fui llorando de rabia, a esconderme en el arroyo donde nadie me viera, deseando que me tragara la tierra.

Estaba ahí recargado en el tronco de un mezquite, sin poder contener el llanto pensando que si estuviera mi padre, no me habría tratado de esa manera. Me sentía humillado. En ese instante Tirso llegó a consolarme, pero en vez de consuelo, sólo me dio otra mala noticia. En dos semanas se iban a vivir a Guadalajara. Su padre ya había comprado la casa. Yo ya sabía que se iban a ir, pero nunca esperé que fuera tan pronto. Lo sentí tan mal, como si otra vez me maltratara el Sapo.

—¿Estás contento porque te vas? le pregunté mientras con la mano me tallaba las lágrimas.

—¿Yo qué voy hacer a Guadalajara? Mi vida es aquí. Lo que menos me gusta es andar entre la gente, y allá es lo que más abunda. Bueno sería que tú también te fueras porque allá, a nadie conozco.

—A mí de allá nada me gusta. Bueno, me gusta el cine, pero todos viven amontonados como enjambres. Salen de los camiones como si salieran de los hormigueros. A mi me gusta aquí. Yo nunca me voy a ir. Además tengo que quedarme aquí a esperar que regrese mi padre. Si me voy a perder en la ciudad, el regresa y no me encuentra.

Parecía como si todo aquello que quería se me escapaba de la mano. Primero se fue mi padre. Se separó no sé por qué, si yo siempre andaba a la par de él como su sombra. Él era al que todos admiraban. Hasta en los animales, que no entienden, infundía respeto y con un grito hacía a los bueyes meter solos en el yugo la cabeza. Sin ayuda de nadie castraba los novillos porque nada le asustaba. Pero nos había dejado tan desprotegidos. Con su sola presencia hubiera habido, para que no me humillaran de esa forma, para que no me hicieran ese agravio.

Y ahora se iba Tirso que no sólo éramos amigos inseparables, éramos también compañeros de arroyo que desviábamos corrientes, construíamos presas y canales, edificamos casas, diseñamos puentes y fabricábamos sueños.

Se fue en la mañana. Cuando pasé a la escuela ya estaba el camión cargado. Con ver lo que había en el camión me di cuenta de que ya nunca iban a regresar porque cargaron hasta con las macetas y el gato. No dejaron nada que los hiciera volver. Me fui por el arroyo para que nadie me viera y en lugar de llegar a la escuela me subí por el caracol al techo del templo, esperando que subiera el camión hasta perderse en la brecha. Allí iba Tirso, parado como un pájaro sobre los tiliches, levantando la mano para decirme adiós, acompañado de sus herma-

nos, y mientras desaparecía en las curvas de la brecha, yo desolado le regresaba el adiós, sentado sobre la redonda bóveda del templo.

A tiempo que iba creciendo, dentro de mí brotaba un cierto rencor. Tenía coraje con la vida, con mis hermanos, con mi madre, con todos los que me rodeaban. Me apartaba más de todos sin que mi madre se diera cuenta. Me metía en los arroyos por largas horas como cuando estaba Tirso. Me sentía ofendido por todo. Me daba pena que me vieran siempre vestido con la misma ropa, parche sobre parche, con los mismos zapatos viejos que me tenía que poner aunque no me gustaran porque ya no le quedaban a mis hermanos. Pero lo que me lastimaba más era tener la esperanza perdida de que regresara mi padre. Cada vez que le preguntaba a mi madre cuánto debíamos, no me contestaba o me daba una respuesta vaga. Tal vez porque ni ella misma sabía, pero no me decía algo que satisficiera mi curiosidad o alentaré mi ansia. Me sentía perdido entre un montón de cuentas interminables que rondaban sobre mi cabeza, pero que no lograba descifrar.

Me dió por compararme con los demás. Me sentía menos que ellos y con una respuesta mal o el mínimo motivo, los trataba mal o mé les echaba encima. Tenía como el Sapo, el mismo coraje que se va quedando rezagado en tu mente.

Una tarde mi madre atribulada, había volcado toda la casa buscando los recibos del año anterior porque tenía que pagar las contribuciones, los impuestos de la tienda y los prediales del terreno. Movié todo lo que estaba a su alcance, hasta que los encontró en el fondo del ropero, bajo una caja donde guardaba las pistolas y el parque. Tal vez ni se dio cuenta de que yo había descubierto el escondite cuando los sacó. Volvió a tapar todo con ropas viejas para que nadie notara lo que ahí guardaba.

Al día siguiente se fue con mis dos hermanos al pueblo. Yo me quedé desayunando. No esperaron que terminara. Salieron antes de que me fuera a la escuela y cuando fui por mi mochila, me paré frente al ropero y me acordé de las armas. Salí corriendo para cerciorarme de que ya no estaban. Ya no vi nada y sabía que se habían perdido en las primeros desniveles de la brecha.

Me regresé con una sensación extraña, lleno de curiosidad y miedo. Abrí el ropero con una zozobra rara, como si al remover la ropa vieja me fuera a encontrar una serpiente o algo que muerde o, algo que mata. Pero la curiosidad pudo más que mi miedo. Coloqué la

caja sobre la cama y al abrirla vi que estaban ahí con sus cartucheras llenas de parque.

Me coloqué las dos en la cintura luego me vi al espejo. Saqué una y comencé a mover el cerrojo y fueron cayendo poco a poco los tiros hasta quedar el cargador vacío. Con el seguro puesto y el corredor abierto, había aprendido a manejarlas cuando los muchachos mayores disparaban, poniendo un pollo como tiro al blanco.

Luego comencé a acariciarle como quien ve algo bonito. Me parecieron piezas bien diseñadas, de finos acabados y ensamblados perfectos. Eran precisas con ese toque de misterio con un atractivo vulnerable, imaginable e incierto, que tiene todo lo bello y te produce sensaciones distintas.

Mi primer sentimiento fue de poder y la primer idea fue ir a encarmarme con el Sapo. Le iba a cobrar no solo el dinero, sino las humillaciones y la vergüenza que todavía rodaban frescas sobre mi cabeza; algo que no me hubiera hecho pasar si viviera conmigo mi padre. Cuánto poder le puede dar una arma a los que no razonan, porque tan envalentonado me sentí, que hasta el pobre Sapo se me hacía pequeño.

Agarré la pistola más chica y me fui derecho hacia la hacienda, escondiéndome de que no me viera la gente que a esa hora andaba ocupada. Afortunadamente no me encontré a nadie. Desde lejos vi a Anastasio ensillando su burro y colocando las dos canastas al lado llenas de fruta. Brinqué la cerca por encima de un matorral y de abajo salió una gallina asustada, cacareando. Ahí tenía su nidada de huevos, El Sapo. Dejó su burro y se encaminó hacia a mí, lanzando maldiciones.

—¿Por qué asustas las gallinas, muchacho cabrón?! Si están poniendo ahí tienen su nido. Si se quebraron los huevos se los tienes que pagar al Aliado. Las gallinas son de él y todo lo demás ‘pa que tengas cuidado. Me dijo todo eso sin darse cuenta de que llevaba el arma. Yo fingiendo no escucharlo, regresé, cogí un huevo, atravesé el corral y lo coloqué en un surco del barbecho. Me posesione de la cerca y disparé dos tiros mientras Anastasio observaba asombrado.

—No es lo mismo tirarle a un huevo que a dos, dijo burlándose, pero ya con el tono cambiado. Se reía, sí, pero le asomaba el nervio.

—Pegarle a un huevo no es fácil, pero sí matar la gallina, y disparé un tiro, luego otro, y la gallina tan sólo se espanto. Enseguida me dirigí a él, y le dije con tono amenazante, voy a probar a ver si al burro que está más grande sí le pego, y apunté.

—¿Qué vas a hacer? Aguarda, aguarda, no me lo vayas a matar, dijo arrastrando la voz, con el semblante descolorido, la voz trabada, sin ocultar que le temblaban las manos.

—No voy a matar a nadie, sólo vengo a cobrar lo que me adeuda. Quiero que me de mi dinero, le dije escudado en la seguridad que me proporcionaba el arma. Mientras él contemplaba fijamente la pistola, sabía que le quedaban varios tiros en el depósito, que las armas las dispara el diablo y eso lo ponía nervioso.

—¿Con qué te pago, Gollito, si no he vendido nada. Ve, dijo señalando el canasto. —Aguárdame un poco más, por vida tuya. Pronto te líquido hasta el último centavo, suplicó tartamudeando. Pero por favor, guarda esa pistola, antes de que se te vaya un tiro.

Nunca me pagó, pero lo vi asustado. Con ver que se le asomaba el miedo a la cara me sentí pagado, hasta volví a sentir lástima por él. De ahí me fui a la ladera. Crucé el arroyo tirándole a cualquier pájaro que se me paraba enfrente hasta gastar el último tiro.

En la tarde que regresó mi madre varias mujeres la esperaban para darle la queja. Se rodearon de ella y cada una le contó su versión a su manera, mientras ella pálida de asombro, a todas las escuchaba. Entró a la tienda a acomodar la mercancía en los anaqueles, mientras las mujeres se acomodaron a lo largo del mostrador, sin dirigirles la mirada, siguió concentrada en su trabajo, solo escucho sus voces.

—Le tiró balazos al perro, a las gallinas y amenazó con matarle el burro a mi padre, dijo la hija del Sapo.

—Mi hijo y mi nieta, tuvieron que lanzarse al piso, porque las balas pasaban zumbando sobre su cabeza, decía doña Simona, una señora pequeña que no alcanzaba a ver por sobre las tablas del mostrador y cuyos hijos eran igual de chaparros a ella.

—iAndaba con el diablo adentro! Tiró balazos hasta en las paredes del templo, dijo Aurelia, la madre de Antolín. —Necesitas corregirlo porque si no la próxima vez se mete a disparar en el templo.

Eso enfureció tanto a mi madre que le pidió a todas que salieran.

—Ya está bueno de chismes. Fuera de aquí que voy a cerrar. Todas vienen a quejarse pero nadie fue capaz de detenerlo, si todavía es un niño. Ninguno de sus maridos tuvo pantalones para desarmarlo. ¿Serán capaces de enfrentarse a un peligro mayor?. Ahora, ¿qué quieren? ¿que lo mate a golpes, o que se los traiga amarrado para que lo linchen? Lárguense tranquilas que no va a quedar sin castigo.

Terminó de acomodar la mercancía con la boca seca, sin poder alcanzar gota de saliva. Cerró la tienda y subió como espirituada casi en el viento sin pisar el suelo y sin hablar. Pasó frente a mis hermanos que ya les regaban el rastrojo a las vacas. Se fue derecho a la sala donde yo estaba acostado, deseando que pronto oscureciera. Abrió la puerta con violencia y comenzó a estrujarme.

—¡Levántate y cuéntame qué diabluras hicistes! Dime que no es verdad lo que me contaron. ¡Dios mío! ¿Qué cosa hice para que me castigaras con un engendro como este? ¡Arrodíllate que no te voy a dejar un hueso sano!. Agarró una cuarta y descargó varios azotes en las posaderas. Luego me agarró de una oreja y me volvió a hincar frente al cuadro de un santo.

—Pon los brazos en cruz y pide a Dios que te perdone. Vas a rezar un rosario de quince misterios. A ver si así Dios se apiada de ti, y se te retira el diablo. Lo que has hecho no tiene perdón. ¿Qué no mides las consecuencias? ¿Dónde estarías ahora si hubieras matado a alguien? Con todo el dolor de mi corazón, mañana te voy a llevar al reformatorio.

—Si ya quiere deshacerse de mí esta mejor, ya ‘pa qué rezo, y bajé los brazos. Ella volvió a enfurecerse y tomó la cuarta de nuevo.

—¡Levanta los brazos que no estoy jugando! y me dio de golpes en la espalda.

—El reformatorio tampoco es un juego o ¿qué piensas? ¿que allí se teje delgado? No vas a ir de paseo todos los días. Los levantan antes de que amanezca, los bañan con baldes de agua serenada y les dan de comer puros frijoles. Y no les sirven como en su casa. Les ponen la olla al centro del patio y como los puercos, traga el que sea más guzgo, y el que no, se queda en ayunas. A las seis de la tarde los encierran en celdas con pisos de cemento, sin camas. Duermen echados en el piso como animales. Al amanecer les hablan y el que no obedezca, a latigazos los enderezan.

Siguió así todo el rosario, interrumpiendo el rezo con regañadas y amenazas para hacerlo más largo. Mis hermanos no entraban. Sólo se asomaban a la puerta para burlarse de mi castigo. Alfonso era noble y estaba tan preocupado como mi madre, mientras que el Zarco lo veía de otra manera. Para él fue una travesura que también él era capaz de hacer. Éramos más parecidos en el modo de ser, aunque no fuéramos hermanos. Él también era de carácter muy duro, recio en sus tratos, travieso y decidido. Nada lo intimidaba, no lloraba por nada aunque

se golpeará y aprovechaba situaciones como estas, para sacar ventaja. El si podía hacer con nosotros lo que quería, pero que no se le ocurriera a otro hacernos algo, porque se les lanzaba como una fiera para defendernos.

Cuando terminamos de rezar ya estaba oscuras. Mi madre salió a preparar la cena mientras mis hermanos entraban para acabar de burlarse. Los dejé hacer lo que quisieran conmigo. Me dolía el cuerpo y los brazos. No tenía humor para defenderme. Rápido nos llamaron a cenar y los dos salieron corriendo. Casi al instante, regresó Alfonso.

—Que tú también vengas, dice mamá. —Que está tu plato servido. Anda ya parece que se le bajó el coraje.

Me fui porque tenía mucha hambre. No comí en todo el día por andar levantado en armas y después porque ya imaginaba las consecuencias. Cené rápido y desesperado; con gula, como alguien que no comió en varios días, mientras la situación se iba normalizando.

—Voy a salir un rato, dijo mi madre. —Mientras terminan de cenar, le llevó a su tía Santana su encargo. ¡Agarren un pan para que se termine la leche! y arrió un canasto con conchas de diferentes colores.

Yo me apresure a agarrar una, mientras que el Zarco me retiraba el canasto.

—No son para tí. Tú estás castigado. Y agregó —¡Hay Nicha! Vieras visto a doña Simona, lo asustado que estaba. Gracias a Dios que su hijo está bien chaparro, si no, ahorita lo estuvieran velando. Mi madre se encendió de nuevo como un cohete que le prenden la mecha. Volvió a estallar y siguió dándole con el reformatorio.

—Ahora regreso. Váyanse a acostar que mañana en cuanto amanezca cargo con este bribón, a ver si allá lo educan. ¡Cena! Porque va a ser la última comida que das como la gente, dijo y salió con un paquete en la mano.

En cuanto oí el picaporte de la puerta del patio, me lancé contra el Zarco dándole de manotazos. Luego nos abrazamos ya en el patio, rodamos por el piso mientras Alfonso me jalaba de un pie para separarnos. El Zarco no me pegaba, solo se defendía, mientras yo trataba hasta de morderlo. Luego me sujetaron entre los dos y me llevaron hacia la cama. Me tendieron boca abajo y me torcieron un brazo por encima del hombro, y así me detuvieron un rato, para que me calmara. Dentro de mí sabía que no podía con uno, mucho menos con los dos, pero no me iba a quedar con la humillación. En cuanto me soltaron, comencé a maltratarlos mientras el Zarco me retó de nuevo. Se lanzó sobre mí, se

sentó en mi espalda y clavó mi cara en un hueco del colchón y no me soltó hasta ver que mi respiración se acababa. Cuando él se me quitó de encima, me retiré a una esquina y comencé a insultarlos.

Busqué las palabras más ofensivas y las encontré. No sé de dónde pero salieron cargadas de veneno. No hay nada que pueda herir más que la lengua. Todo el dolor que me causaron para someterme, al poco rato ya no lo sentía. Pero todo el dolor que causaron mis palabras, a los dos se nos quedó por siempre, como cicatriz que te marca y se queda ahí cuando remueves la costra de una herida fresca. Con una rabia ciega, me dirigí gritando al Zarco.

Comencé haciéndole notar su condición de huérfano, su situación de arrimado. Lo culpé de la muerte de su madre. Le dije que mi madre lo había rescatado de un chiquero por pura lástima cuando lo tiraron para que se lo tragaran los puercos porque nadie quería. Al que ocasionó la muerte de su madre y por eso ni los puercos se lo tragaron por miedo a envenenarse. Ya no le seguí porque noté que le cambió el semblante. Se me quedó mirando fijamente a los ojos, con una mirada triste, suplicante y una cara de lástima que jamás le había visto y comenzó a llorar. Lloró con un rugido desgarrador, pausado y ronco. Era un llanto penetrante y triste que hacen aquellos que no saben llorar, que cuando lo hacen, es porque les arrancastes el corazón de un solo tajo.

Para toda la vida me quedó grabada aquella imagen del Zarco. El Zarco era aquel que nadie dominaba en los juegos más rudos, en las luchas, en las vencidas donde era capaz de dejar los dedos antes que dejarse vencer. Y yo me había llevado el laurel de verlo humillado con mi lengua de víbora y mis palabras cargadas de veneno.

Me volteé hacia la pared porque no pude sostener ya su mirada. Cada sollozo que escuchaba sentía que me apretaba el pecho, y desde abajo me subía una bola que no me dejaba respirar. Era como un mazacote de hilachos, cabellos y telarañas que se me atoraba en la garganta y no me dejaba hablar porque tapaba todo, como cuando se tapa un caño podrido donde ya no sale ni entra nada.

Cuando llegó mi madre los dos estaban llorando. El Zarco estaba agarrando su ropa para irse de la casa. Alfonso le contó todo y también ella soltó el llanto, suplicándole al Zarco que no se fuera.

—¡Por favor hijo! No me dejes sola con este demonio. Hoy es cuando más te necesito. ¡Quédate! No quiero perderlos a los dos. Yo ya no puedo con él y mañana tengo que llevarlo a donde lo corrijan.

Rodrigo dejó su ropa y a mí se me quitó un peso de encima. Ya no podía con el remordimiento. En lo más escondido de mí busqué una lágrima, una señal que mostrara mi arrepentimiento, pero no encontré nada. Me fui deslizado hasta caer en una esquina, como una piedra sin alma, como un gusano sin corazón.

—¡Vas a dormir en ese rincón! No te les arrimes a tus hermanos porque traes el diablo adentro. ¡Ganas me dan de aventarte a dormir al patio! Y me aventó mi almohada y una cobija.

Después de que apagaron la luz me quedé escuchando los sollozos de todos porque mi madre se quedó en el cuarto. Tendió una cobija y se quedó hecha bolita en el suelo. Después de mucho rato me quedé dormido pensando en el reformatorio.

Comencé a soñar que iba detrás de mi madre, en un llano inmenso sin árboles. Sólo se veían chaparrales de garruños con pequeñas lomas donde se asomaban aullando los coyotes. Era una noche de claroscuros donde corrían las nubes bajas, desbocadas, dejando espacios y a través de esos huecos la luna se asomaba. Caminábamos solos, ella cubierta con su rebozo sin inmutarse por los coyotes, se movía de prisa y yo tras de ella sin poder alcanzarla. De madrugada llegamos a un río seco con una cama ancha de arena pero sin agua, donde convergen varias veredas llenas de gente, temerosas de que la corriente las arrastrara.

—¿Por qué no atraviesan? le pregunté a mi madre.

—Porque tienen miedo de que se los lleve el agua.

—Cuál agua si el río está seco.

—Aquí nada es lo que parece. Los que se escapan del reformatorio amanecen ahogados a un lado del río o se los traga la corriente, para que no se te haga fácil fugarte.

—Yo no puedo cruzar, me dijo. —Tienes que ir tú solo. Vengo por tí el día que te corrijas, y si no lo haces, te vas a pudrir en esas cuatro paredes.

—¡Yo no quiero cruzar! le conteste a mi madre con una voz muy triste, como aquel que ha perdido toda esperanza.

—De aquí nadie regresa hijo, hasta que estén lavados todos sus pecados. Hasta que desaparezcan todas tus culpas. Anda, no temas, dijo esto mientras me empujaba levemente para que pisara la arena.

Luego sentí que la multitud de gente me empujaba obligándome a cruzar. El sol se asomó en el horizonte iluminando con sus rayos la parte más alta de un imponente edificio de piedra, rodeado de fortines y ventanas protegidas con gruesas rejas de varillas oxidadas. Apareció

frente a nosotros, levantado sobre una cuesta empinada y seca, al lado de un callejón de cerca caída, con un árbol sin hojas y varios nopales de pencas arrugadas.

Volteé la vista atrás para buscar a mi madre y ya no la encontré. Tampoco estaba la multitud que cruzó conmigo. Habían desaparecido. Me senté a las puertas del edificio para buscar una señal, al menos una mancha perdida en el horizonte, una señal que me indicara que ella estaba ahí, pero nada pude ver y eso me llenó de tristeza. De pronto la puerta se abrió. Me levantaron los rechinidos de dos puertas enormes hechas de tablones de madera con rústicos remaches de fierro, una llave enorme, una aldaba y un picaporte por donde salió un hombre alto y corpulento, con bigote grueso y un paliacate amarrado al cuello.

—Siéntate, dijo señalando a los costados unos bancos de piedra. —Voy a avisar que ya llegaste. No puedes pasar estas rejas.

De la pared de enfrente colgaba un Cristo clavado a una cruz de mezquite con una corona de espinas de huizache que sacaban hilos de sangre de su frente con una herida en el costado y úlceras lacerantes en codos y rodillas. Al otro lado de la reja había un enorme patio donde jugaban varios muchachos harapientos y mugrosos, descalzos con la cabeza llena de liendres. Tenían costras de mugre en la cara, los mocos embarrados en los cachetes y los talones partidos, con uñas largas en los pies y las manos.

El cancel sonó con fuerza al abrirse, como campana mayor, y aparecieron dos monjes vestidos con largas sotanas negras y enormes capuchas.

—Este es el endemoniado, dijo uno de ellos. —No puede estar con los demás porque los contagia y todos los separos están ocupados. Llama a Anastacio para que lo amarre a un árbol mientras muere alguno y una celda se desocupa.

Abrió el cancel y al instante entró el Sapo con una soga en la mano. Me la puso al cuello y comenzó a jalarme mientras el monje me empujaba. Me sacaron afuera, me sentaron y me ataron al tronco de un árbol seco con las ramas descascaradas, sin una hoja que me protegiera del sol.

—¿Querías matar mi burro, verdad? dijo mientras me ataba las manos y el cuello. —Aquí te van a enseñar lo que es bueno muchacho cagado.

Los dos se alejaron mientras me pegaba de lleno el sol ardiente del mediodía. El sudor brotaba y se me dibujaba un surcos en mis labios

y sentía la boca reseca, con un sabor áspero como si hubiera tragado tierra. De pronto el árbol comenzó a cubrirse de sombra cual si de repente le hubieran brotado las hojas. Volteo hacia arriba y las ramas secas estaban llenas de zopilotes y cuervos. Comenzaron a cagar sobre mi cabeza un desecho podrido y pestilente que se deslizaba por mi cara en forma de larvas y gusanos.

De la esquina del callejón apareció una parvada de patos, que se acercaba graznando fuerte y moviendo la cola. Volaron sobre mi y comenzaron a picotear sobre mi pelo, tragando los excrementos que me caían. Asustado sin poder defenderme, metí la cabeza entre mis piernas por temor a que me sacaran los ojos con sus filosos y aserrados picos. De pronto volaron todos en parvada, como si algo los hubiera asustado y los rayos del sol me cobijaron nuevamente.

Luego del fondo del barbecho, entre la reverberación, apareció una manada de cerdos flacos y hambrientos que venían trompeando la tierra. Se acercaban gruñendo y mordiéndose unos a otros. Tuve el presentimiento de que me iban a tragar vivo y comencé a retorcerme desesperado. Me sentí invadido por el miedo y jalando, tratando de zafarme mientras la sogá rompía mi piel brotó la sangre, y la sogá se metió en mis canillas hasta que llegó a los huesos. Sentí que todos se me echaban encima y de un salto desperté sobresaltado con el corazón golpeando el pecho, como un badajo, bañado por chorros de sudor y el cuerpo desvanecido.

Ya era de día. Los rayos de luz entraban por las aberturas de la puerta, formando un hilo de polvo. Ya no estaba mi madre, sólo mis hermanos dormidos. De pronto escuché sus pasos en el patio que se acercaba. Pensé que había llegado mi hora, que ya iba por mi. Entró y se dirigió a la cama de mis hermanos, hablando con una voz pausada y suave.

—Levántense hijos. ¡Corran que amaneció una vaca enferma! Está tirada de largo y yo sola no puedo enderezarla. ¡Pronto, ayúdenme antes de que se ahogue! Yo fui el primero en incorporarse, pero mi madre todavía estaba enojada conmigo y se acercó diciendo que no era a mí a quien hablaba.

—¡Quédate donde estás! A tí no te necesito. Tú eres el causante de estas desgracias, de lo que pasa... un castigo de Dios por todas tus maldades. Dijo esto y salió al patio a cortar unas plantas del huerto.

Mientras Alfonso y el Zarco ordeñaban la otra vaca, mi madre preparó un brebaje de hierbas en un balde con agua. Las refregó para

extraer su jugo hasta dejar el puro bagazo. Luego le agregó un chorro de vinagre y carbonato y le hicieron tomar a la vaca enferma varias botellas hasta que vaciaron el balde.

Yo me asomé desde la ventana del alto, y desde allí contemplaba su trifulca. Hacían los tres un gran esfuerzo para enderezarla. Le amarraban un lazo a la barbilla y la jalaban para que abriera el hocico. Luego le metían la botella y no la sacaban hasta que quedaba vacía. Después de varios tomos se terminó el brebaje, la soltaron y la vaca volvió a tirarse de largo. La dejaron reposar, esperando que el remedio causara efecto, pero todo fue en vano. Se le fue llenando de espuma poco a poco el hocico y más rápido, la panza le aumento de tamaño hacia un bulto enorme. Sin duda agonizaba, levantaba la cabeza, lo más que podía y la dejaba caer sin ningún aliento. Sonaba con fuerza un golpe hueco que daban al chocar los cuernos en el suelo, como cuando se quiebra una rama, o un leño seco.

En ese instante, comencé a sentir dentro de mí el corazón vacío. Me llegó la zozobra y volví a sentirme asustado. Me acordé de mi sueño y apareció de nuevo el remordimiento. ¿Cómo era posible de que por mi culpa hasta los animales sufrieran de esa manera?! Me acordé del reformatorio pero no con la imágen que me contaba mi madre, sino con la visión que había tenido en mi sueño.

Alfonso me llamó para que fuera a almorzar. Bajé con la cola entre las patas, como perro asustado y me senté a un lado del Zarco, lo sentí distante ofendido, aunque no pude verlo a la cara. Él también estaba muy serio y mi madre muy preocupada. Fue un desayuno rápido porque ya era hora de irse a la escuela. Los dos salieron corriendo y yo tras de ellos salí al corral y me detuve a contemplar la vaca. Ya se estaba muriendo. Apenas se movía tenía las patas tiasas, los ojos hondos llenos de lagañas los abría y los cerraba, le corrían las lágrimas, como si no quisiera morirse, y un ruido salía de su pecho igual al que se escucha cuando se juega una sumba.

Me tuve que ir porque ya me había advertido el maestro de que no podía llegar tarde; si no me hubiera quedado ayudándole a bien morir. También iba dispuesto a afrontar las burlas de los compañeros, pero para mi sorpresa, ninguno mencionó nada, solo el maestro al verme pasar me miró con gesto de burla, y dijo —llegó el alzado, pero ninguno entendió el sarcasmo. A la hora del recreo no les di tiempo. Fui el primero en salir y subí corriendo, a ver cómo estaba la vaca. Cuando llegué ya estaba muerta. Había arrojado por el hocico toda el

agua que le dio mi madre. Tenía la panza reventada y las costillas llenas de estiércol emanaba un olor podrido a calabacilla hedionda. Varias gallinas picoteaban sobre su cuerpo en busca de granos de maíz que quedaron regados por la explosión. De pronto escuché una voz que me gritaba y volteé sin saber de dónde salía.

—¡A qué hora tiran esa vaca?! Dile a tu madre que ya me apesto toda la casa. ¡Que rápido la saque, antes de que comience a pudrirse!

Luego ubiqué la cabeza que se asomaba sobre la barda de la casa de enfrente. El vecino era hermano del dueño de la casa. La casa no era nuestra; mi padre la consiguió antes de irse porque la nuestra que estaba cerca de la tienda, no estaba en condiciones para vivir en ella. Aunque no era suya, el hermano sentía cierto derecho, y lo manifestaba como si él fuera el dueño, y esto le daba poder para presionarnos o aprovechar la ocasión para sacar su coraje, ya que todo el tiempo andaba enojado. No tenía hijos aunque siempre quiso tenerlos. Tal vez eso le amargaba la vida.

Fui a darle la razón a mi madre que estaba en la tienda. Me hizo que regresara a decirle que ya le había mandado un mensaje al Zopilote para que viniera a recogerla; que llegaba de un momento a otro, y que por las dudas, iba a mandar otro recado con el maestro. El Zopilote era un señor que compraba todos los animales muertos y de ahí le vino el apodo. Siempre andaba borracho. Los compraba con la promesa de pagarlos después de que los realizaba. Llevaba la carne a Guadalajara, la vendía y lo que sacaba se lo tomaba de vino. Rara vez pagaba sus deudas pero la gente se conformaba con lo que le diera porque evitaba el trabajo de tirar aquello. Aparte de que les dejaba el cuero para más tarde hacer barzones o encorrellar canastas.

Estábamos comiendo cuando el vecino llegó a tocar la puerta del zaguán. Salió Alfonso y a él le dijo que quería hablar con mi madre. Ella salió y hasta la cocina escuchamos cómo le habló de golpeado.

—¡Si no sacan ese animal voy a mandar decir a mi hermano que venga a sacarlos con todo y chivas! No podemos estar en ningún lado porque todos los rincones apestan y a ustedes no les veo traza de hacer algo para sacarla.

—No te preocupes que si no viene el Zopilote yo misma la saco. Te aseguro que aquí no pasa la noche y no es necesario que mandes avisar a tu hermano. En dos semanas desocupo tu casa.

—Yo nomás decía 'pa que la sacaran. ¿A dónde vas si tu casa no esta habitable?

—No importa. Si sólo tuviera un chiquero allí mismo me iba. ¡Malaya la hora en que Gregorio se le ocurrió dejarme aquí! En mi casa, aunque no sirva, puedo pudrirme viva con todo y vacas, sin que nadie me refute por eso.

Entró mi madre pálida a la cocina, apenas podía sostenerse en pie. Se dejó caer sobre una silla y ahí se quedó por largo rato, sin probar bocado, sólo masticando un puño de hierbas. Después de que se repuso, salimos a destazar la vaca con el cuchillo de picar la cebolla y unas rozaderas viejas. Era casi imposible abrirla. Me mandaron a la casa de Anselmo y allí conseguí dos cuchillos y una chaira de afilar y con estos, mis hermanos lograron sacar el menudo y las vísceras. Avanzamos en despegar la piel, ya poco sobraba de la tarde, y solo habíamos bajado el cuero a la mitad de las costillas, cuando el vecino volvió a sacar la cabeza por sobre la barda. Mi madre entró desesperada a la casa, y salió con una hacha en la mano.

—Es lo único que tiene filo en esta casa, dijo. Se dirigió a Alfonso y dijo:

—Ve hijo. Asómate a la plaza a ver si hay alguien que quiera venir a ayudarnos, que se nos acaba el día.

Se acercó a la vaca y comenzó a descargar el hacha con todo su coraje. Mi madre era de cuerpo pequeño, frágil y delgada pero cada vez que levantaba el hacha parecía crecer con la fuerza que le daba toda su rabia. Golpeó una y otra vez, y siguió, hasta partir la vaca en dos. Hasta que no pudo más, aventó el hacha a un lado porque se le cortó la respiración. Chorreando gotas de sudor, se recargo a la cerca para recuperar el aliento y después de que su respiración se tranquilizó, siguió otra vez sin detenerse hasta sacar dos cuartos de la vaca. Luego se sentó en el batiente de la puerta desfallecida y exclamó, con los ojos llenos de lágrimas,

—¡Ya no puedo más! Sigán ustedes hijos. Se fue a sentar al batiente de la puerta. Clavó la cabeza sobre sus rodillas, metiendo los dedos en su cabello enmarañado, mientras su cuerpo temblaba, como invadido por los fríos de la fiebre.

Atamos un lazo a la pierna y comenzamos a jalarla. Todavía estaba pesada, pero ya pudimos moverla. No llegamos a la puerta del corral, cuando entro Layo.

—¿Qué pasó aquí? dijo confundido al ver la vaca descuartizada. Y se sorprendió más al ver a mi madre recargada a la puerta temblando

y salpicada de sangre —¿Y a tí qué te pasó Dionicia? dijo acercándose a mi madre.

—No tengo nada. Sólo el aliento acabado, la fuerza perdida y los huesos y los brazos agarrotados. La sangre no es mía, es de la vaca. Tengo que sacarla de aquí antes de que se apeste.

No le dijo nada del vecino porque el vecino era hijo de Layo, y Layo para nosotros, era una persona de mucha estima.

—Esperen un momento, dijo Layo. —Regreso en cuanto ensille la yegua y con esa la sacamos.

Regresó rápido. La amarramos por los cuernos y la sacó a cabeza de silla. No alcanzamos a llegar a la plaza cuando llegó el Zopilote. Por poco le toca ir a sacar la carne del arroyo.

Alzado por los faros de su camioneta, terminó de cortar la vaca. Ya era de noche. Mi madre ya no bajó a hacer el trato. Nos prometió pagar ciento veinticinco pesos después que vendiera la carne.

Cuando regresamos a la casa mi madre nos esperaba en la cocina para darnos de cenar. Nadie hablaba. Todos cenamos en silencio. Comimos porque había que comer no porque tuviéramos hambre.

—¡Vayan a dormir al alto, hijos! Hoy no tengo fuerza para subir esa escalera.

Ellos obedecieron pero yo me acosté donde dormí el día anterior. Todavía estaba hecho el nido y no quise dejarla sola. Aquella noche mi madre no durmió, atormentada por los calambres. Apenas tocaba la cama y se levantaba gritando, llorando y maldiciendo como una poseída, con los nervios enroscados, las piernas y los brazos tiesos. Asombrado desde mi rincón, observaba con el pecho oprimido, sin saber, hasta dónde llegaría el castigo de mi pecado.

Así anduvo toda la noche, caminando alrededor del cuarto y sobándose con árnica remojada en alcohol toda aquella bola de nervios anudados que no daban de sí. Hasta ya muy entrada la noche, casi de madrugada se quedó dormida en el respaldo de la cama, y no despertó hasta después de que habían cantado los gallos.

Antes de dos semanas, nos fuimos a vivir a nuestra casa. Era una casa vieja de adobe solo con un cuarto grande y una cocina pequeña. El piso era de tierra. Tenía tanto tiempo abandonada que hasta un nopal estaba prendido en las paredes del techo. Sólo le dimos una blanqueada de cal a las paredes y ahí nos acomodamos. Después abrimos una chimenea en la cocina porque cuando mi madre cocinaba algo con leña, el humo era insoportable. La única ventaja que tenía era

que estaba a unos pasos de la tienda, y de allí se podía atender mejor la clientela. No servía ni el cebadero de los puercos ni el corral de las vacas pero poco a poco fuimos levantando las cercas.

A los cuatro meses que nos movimos, mi madre recibió una carta certificada con un cheque de mil dólares que mandaba mi padre para pagarle a la última persona a quién le debía. La deuda era de tres mil pesos, más los intereses acumulados por cerca de cuatro años. El dinero se lo debía a Jesús el Cacarizo, un hombre con fama de agiotista. En la carta le decía a mi madre que llevara suficiente dinero porque no tenía la menor idea de lo que le iba a cobrar de interés después de todo ese tiempo transcurrido.

Llegamos temprano a la casa del Cacarizo. Temerosos por lo que de él la gente contaba, íbamos los tres acompañando a mi madre. Tocamos la puerta y nos atendió una hermana que mi madre ya conocía. Nos saludó muy amable y nos sentó en unas bancas del patio, mientras fue a hablarle al hermano.

La casa era grande y cómoda, como yo imaginaba que eran todas las casas de los prestamistas de aquellos que les sobraba el dinero. Era como casi todas las casas de los pueblos. Parecían diseñadas por la misma persona. Tenía una puerta y dos ventanas al lado, un corredor con cancel, el patio, al fondo el comedor y la cocina y más atrás el corral. Don Jesús y su esposa salieron de un cuarto al fondo. Primero le saludó a mi madre, después le presentó a su esposa y enseguida se dirigió a nosotros.

—¿Cómo les va niños? Y a cada uno nos preguntó por el nombre. Luego nos hizo sentar y se dirigió a mi madre.

—¿Cómo ésta Gregorio? le preguntó. —¿Que ya no piensa volver? ¿Tan mal lo tratamos que ya no quiere vernos?

—No es eso don Jesús. No quiere venir hasta cumplir con todos sus compromisos, y no eran pocos. Precisamente a eso vengo, a liquidar su cuenta. Disculpe que lo haya dejado al último, pero como usted nunca nos molestó, abusamos de su confianza.

—Qué bueno que me dejó hasta el fin. Nunca estaba en mi mente cobrarle. Al contrario, celebro que conmigo se terminen todas sus deudas. No lo conozco de ayer acá; somos amigos desde jóvenes. Él me consiguió el primer dinero cuando me fui en busca de fortuna porque mi padre era tan duro que primero le arrancaremos un brazo, antes que arrancarle un peso.

—También yo me alegro que usted piense así. Eran tantos los compromisos de Gregorio, que en el camino de pagarlos encontré de todo; gente buena como usted, pero también recibí muchas caradas. Aunque ellos le hayan puesto precio a sus intereses, no todos quedaron conformes. Por eso me gustaría que usted hiciera la cuenta. Para que entre usted y mi marido no quede ningún recelo.

El señor se levantó. Entró a su cuarto y salió con una paca de documentos amarrados con una liga. Se volvió a sentar y comenzó a buscar la letra que mi padre le adeudaba. Después que la encontró, se la entregó a mi madre.

—El documento es por tres mil pesos, y eso me debe. Ni un cinco más, no quiero réplicas, dijo, haciendo un ademán con la mano para que no insistiera mi madre. —Y dígame a Gregorio que cuando regrese aquí tiene las puertas abiertas.

Mi madre salió conmovida de aquella casa. No esperaba aquello de ese hombre que gozaba de mala fama. Tal vez porque con otra gente era duro y no les perdonaba nada, porque a ellos no les debe ningún favor, o no les despertaba la simpatía que sentía por mi padre. Con los demás era duro, los trincaba y eso le había ganado el apodo de Cacarizo.

Después de salir de ahí, mi madre nos llevó al templo. Entramos de rodillas desde la puerta al altar, para darle gracias a Dios porque ya no teníamos deudas. Luego nos llevó a la tienda y nos compró dos cambios ordinarios de ropa. A mis hermanos les compró zapatos y a mí me compró mis botas de vaquero que tanto me gustaban y que con tanto tiempo le había pedido. En otra tienda nos compró otro cambio de vestir; pantalón negro, camisa blanca y corbata. Nos fuimos a un estudio y allí le pidió al fotógrafo que de favor le proporcionará algún rincón donde pudiéramos vestir la ropa nueva. Luego nos sacaron una foto para mandarsela a mi padre, donde yo estaba en medio de mis dos hermanos. De allí pasamos a la oficina de Luz y Fuerza, para que le restablecieran el servicio de la luz eléctrica, que había cortado años atrás, para poder ahorrarse unos centavos.

Días después, le escribió una carta a mi padre. En ella le mandó un informe completo de cómo estaba nuestra situación. Le envió un inventario detallado de todo lo que teníamos, desde gallinas, puercos, vacas, guajolotes, patos y hasta el gato y el perro que también se tenían que mantener. También mencionaba en su reporte la triste condición en que se encontraba la casa y lo surtido de la tienda.

Después de algunos meses decidieron que se iba a quedar un año más para agregar más cuartos y hacerle mejoras a la casa. Cuando mi madre nos dió a conocer el acuerdo, a ninguno nos causó sorpresa y mi madre tampoco. Notó que ya nos habíamos acostumbrado a estar sin él, solos. Que ya para nosotros daba igual; ya era lo mismo que fuera un año o fueran dos.

Se dió cuenta sólo cuando a mis hermanos les llegó la prisa por irse. Hasta entonces despertó de su letargo. Abrió los ojos y vió lo que por mucho tiempo había dejado de ver. Mis hermanos ya eran jóvenes y yo ya no era un niño. Cayó en la realidad y pensó que si no regresaba mi padre de todos modos ellos se iban a ir. Y si no regresaba pronto, corrían el riesgo de que se cruzaran con él en el camino.

De inmediato le escribió a mi padre poniéndolo al tanto de lo que pasaba con sus hijos. Habían pasado más de cinco años desde aquella mañana en que salió de la casa. Tal vez ni mi padre había reparado sobre el paso del tiempo, porque cuando recibió la carta, supe que se quedó largo rato pensando. Su devaneo se prolongó por horas y ya muy entrada la tarde, después de haber meditado, tomó una decisión, y se la comunicó a Gil su sobrino. Gil era un compañero de exilio que trabajaba con él y vivían en la misma casa.

—El viernes es el último día que trabajo aquí. No trabajo un día más. ¡Tengo hambre de ver a mis hijos!

—Ya se llegó el momento de volver y no puedo salir de aquí como si una raíz me fijara en esta tierra. Esto me jala como un imán del que no puedo desprenderme. Estoy aquí como un barco encallado.

El viernes llegó de trabajar a la misma hora y trató de hacer lo que hacía el fin de semana, como de costumbre. Cuando reaccionó que no era momento de perder el tiempo. Sacó su velíz y con cierto dejo de nostalgia comenzó a empacar sus pocas pertenencias. Al ver que le sobraba espacio en la maleta, decidió buscar la alegría que había perdido en el camino para llevarla de regreso consigo. La buscó en un rincón de la maleta, en los recuerdos del pasado, pero no la encontró. Luego salió a los campos de papas con sus plantas ya marchitas y quemadas por los primeros hielos de noviembre. Buscó en los montes azules con sus copas nevadas; en la nieve que bajaba camino al valle por las faldas de los cerros pero tampoco encontró nada. Luego contempló la inmensidad del mundo y el viento que movía las hojas secas acariciando las copas de los árboles pero no la pudo hallar. Sólo sintió removerse su tristeza. Después cerró la maleta con la esperanza

de encontrarla más adelante, en el camino, pero tampoco la encontró. Vino a encontrarla a la llegada, en las puertas de la casa, porque allí fue donde la había dejado.

Todos estábamos profundamente dormidos cuando el grito de mi madre nos despertó.

—¡Rápido, hijos! ¡Levántense que ya llegó su padre! gritó mientras brincaba de la cama. Y sin prender la luz corrió a abrir la puerta y lo abrazó sin poder contener el llanto. ¡Entra, ven a ver lo que han crecido tus hijos! dijo jalándole la mano. Entró como asustado, como alguien que entra a un lugar desconocido y no sabe con lo que adentro se encuentra. Lo rodeamos para que nos abrazara y extendiendo los brazos. Nos abarcó a los tres al mismo tiempo. Después le limpió las lágrimas a mi madre que no dejaba de llorar.

—Sécate esas lágrimas mujer que ya estoy aquí. Ya terminó la pesadilla pues, ya no es tiempo de llanto.

—Es que yo todavía no despierto de mi sueño. Fueron tantos los años de esperarte, que te veo y me afiguro estar soñando.

Llegó de madrugada antes que amaneciera, igual que cuando se fue. Los tres seguimos despiertos asimilando su llegada, hasta que la luz de la mañana entró por las rendijas de la puerta. Nos levantamos y fuimos saliendo uno en uno para volver a hacer las cosas de costumbre, continuar con la rutina de cada mañana y una vez afuera, nos miramos fijamente a la cara, y por la mente de los tres cruzó el mismo pensamiento, un desconocido había llegado, un extraño se encontraba en la casa.

CAPÍTULO V
Ciriaco Martínez



Escogimos ese día para dar sal al ganado porque había fiesta en un poblado cercano. David era de aquel rumbo. Su padre Ezequiel Reynoso llegó a Atenguillo muy joven cuando estaba recién casado y allí nacieron sus hijos. Venía acompañando a un tío que había matado a dos hombres en los Cañones, un pueblo pequeño de gente recia en las regiones serranas y áridas de Zacatecas, donde los favores nunca se olvidaban y los agravios se cobraban con la muerte.

Su tío Don Guadalupe Reynoso venía huyendo del gobierno y los agraviados y ellos tuvieron que seguirlo por temor a represalias. El señor era un hombre de edad avanzada pero muy hecho al trabajo, alto, desgarrado y flaco, de ojos claros y nariz aguileña que todavía conservaba el acento gachupín de los españoles.

Al llegar a Atenguillo compró una casa con unas huertas en el centro del rancho y allí se establecieron después de haber tratado en varios ranchos de acomodarse. Sus hijos ya estaban grandes, algunos ya casados, pero la familia lo consideraba como el patriarca, el pilar fuerte donde todos se protegían; un eje sobre el cual la vida de ellos giraba. Como no era suficiente el terreno adquirido, para sus hijos y el sobrino, ellos tenían que buscar acomodo como medieros o jornaleros en otros lados para completar el sustento.

Mi padre los conoció cuando compró el rancho y a todos les dió trabajo con Don Guadalupe. A la cabeza hicieron una especie de sociedad para poner a trabajar nuevamente un trapiche que se encontraba abandonado en la rivera del Río Atenguillo. No era una empresa fácil; era tal vez descabellada por la falta de infraestructura y lo remoto del sitio, pero mi padre los convenció y los contagió con su entusiasmo.

Era una bodega muy vieja hecha de cal y canto con varios fogones dentro. En éstos se hervía el jugo de la caña y una acequia larga ademada de piedra y mezcla que conectaba a un arroyo de aguas cristalinas. Por medio de este arroyo, desviaban la corriente para llevar

agua hasta el molino, el cual tenían que lavarse a diario para que no se tapizara de moscas, mosquitos y mariposas.

El molino estaba formado por dos enormes ruedas de piedra china, una fija y otra que hacían girar sobre un eje con un yugo al centro uncidos al tiro de dos indomables machos. A un lado se encontraba una casa de adobe cocido, techos de mezcla con morillos de palo Colorado y tabletas de varaduz. Ahí se anidaban víboras y lagartijas que perforaban el techo provocando un sinfín de goteras en la temporada de lluvia. Un cuarto lo utilizaban como dormitorio y el otro les servía como cocina, aunque en ocasiones también lo usaban para dormir. En esas condiciones tan precarias y en ese lugar tan reducido se hacían vivir durante la temporada de zafra, el cultivo y la cosecha.

A lo largo del río había varias huertas donde sembraban la caña, camotes y remolacha. Por tres años realizaron la misma actividad de siembra, cultivo, cosecha y proceso que prácticamente les llevaban todo el año. Para ellos no había domingos ni días de fiesta. Su jornada comenzaba al amanecer y terminaba entrada la noche. Todos los sábados se iba mi padre al atardecer en una yegua vieja, jalando un macho, con dos sacos de camote al lomo, y regresaba el domingo con el macho cargado de víveres para la semana.

Una mañana antes de comenzar la molienda, divisaron en lo alto de la barranca, tres hombres a caballo que venían bajando. Aunque se escondían por momento en las curvas y vericuetas del camino, no los perdieron de vista hasta que bajaron la cuesta y cruzaron el río. Don Guadalupe, desconfiado, se refugió en la casa. Mi padre y los demás esperaron a que llegaran con los machos uncidos sin comenzar a moler.

El que venía al centro era un hombre que pasaba los cuarenta años. Era corpulento de estatura mediana, cara ovalada, de piel blanca enrojada por el sol, con personalidad recia que hablaba fuerte y claro. con voz de mando, usaba ropa color *beige*, camisa con hombreras e insignias de la defensa rural. Portaba una pistola calibre 45 reglamentaria de las que usaba el ejército, con cuatro cargadores en sus fundas de cuero. Usaba un sombrero tejano con una águila en la solapa y lentes color verde olivo.

Se llamaba Ciriaco Martínez. Era el Comisario ejidal de la zona. Era un hombre acostumbrado a mandar que también formaba parte de las defensas rurales, con varios ejidatarios a sus ordenes. Los otros dos que lo acompañaban también venían armados con pistolas y cara-

binas, pero lucían más como gente ordinaria. Ellos nunca hablaron; sólo Ciriaco se dirigió a mi padre después de haber hecho un saludo general.

—Siempre te han gustado los retos, las cosas difíciles Gregorio. Ahora, ¿qué idea traes? ¿Qué cosa se te ha metido en la cabeza?

—Cosas que se me ocurren nomas “pa matar el tiempo”. Estoy tratando de resucitar todo esto que está más muerto que un palo, con la idea de ganar un centavo. Ya ves que la carga hace andar al burro, de una forma u otra tenemos que movernos. Cada día la situación se pone más dura.

—Lo que pasa es que siempre te ha gustado el trabajo. Yo nunca te he visto hacer otra cosa; puro trabajar. Pero bueno, es que todos tenemos una encomienda. Tu en tu trabajo y yo en mi oficio, aunque en ocasiones para mi resulte difícil ¿sabes? Sobre todo cuando se trata de los amigos. Espero que no me interpretes mal y sepas entenderme Gregorio, a veces las cosas se entienden mal.

—Traigo un oficio para tí un papel que deberían haberte entregado en la notaría antes de que firmaran las escrituras cuando compraste el rancho. Pero ya ves aquí cómo todo se maneja. Todo se mueve a base de sobornos y compadrazgos.

—Lo que pasa es que tu terreno está afectado. Como era parte de la hacienda de “La Jarilla” cuando éste se repartió quedaron pendientes estos terrenos y ahora está en litigio. Te aviso para que te ampires y te protejas antes de que se te adelanten.

—Yo creo que si se lo llevaran hasta nos harían un favor. Ve cómo andamos Ciriaco. El puro bagazo. Si se pierde nos quitan de tantos sufrimientos ¿no crees?

—No, no te van a quitar nada. Sólo necesitas meter un amparo. Yo se todo lo que significa para nosotros la tierra, por eso vine hasta acá para ponerte al tanto.

—Lo tendré en cuenta, sobre todo que te hayas molestado en bajar esa ladera. Tú que tienes tantos entenderes.

—¡Faltaba más Gregorio! Para eso son los amigos. Yo también te debo favores y si algo necesitas, me buscas. Sabes que estoy para servirte.

Agradeciéndole se despidió de él con un fuerte apretón de mano y deseándoles un buen día a los señores que lo acompañaban. Dieron la vuelta a sus caballos, cruzaron otra vez el río y comenzaron a subir la cuesta.

Cuando Don Guadalupe salió de la casa se dirigió a mi padre.

—Que temido era ese hombre en aquellos años.

—Sí pues, contestó Don Gregorio. Dicen que llenaba los árboles de Curas y Cristeros. Los amarraba de las patas y allí los dejaba colgados como huachales. Cuentan que hasta José Estévez y el Catorce le tenían respeto.

—¡Si, bragado el hombre! dijo Don Guadalupe. — Lástima que haya terminado convertido en un bandido. Los agraristas no son personas de confiar, Don Gregorio. Si se roban la tierra nada bueno de ellos se puede esperar. Debe tener cuidado con esa gente.

—Son gente que anda ladrándole a la gorda, igual que nosotros. De ellos no tengo ningún temor. Son más peligrosos los otros, los que me vendieron, sabiendo que esto era parte de un latifundio.

—Tiene razón Don Gregorio. En parte son ellos los que les han dado esa mala imagen, y uno sin razonarla, la pasa más adelante. Nos infunden miedo diciendo que nos pueden quitar nuestro pedazo de tierra.

—La tierra que ellos pelean es la de aquellos que la tienen toda, para satisfacer su gula. Ellos sólo buscan un pedazo para matar el hambre. Son personas que luchan y sobreviven como nosotros, dijo mi padre, y comenzó a azotar a los machos. Ciriaco era un hombre que él ya conocía de tiempo y aunque poco se veían se consideraban amigos.

Pasaron más de tres años después de aquella visita y su empresa ya flaqueaba. No porque quisieran quitarles la tierra, que se volvió un litigio eterno donde se podían amparar hasta por diez años; el problema era el agotamiento. Ningún ser humano aguanta tanto. El último año ya no se distinguían todos entre sí. Todos parecían la misma persona. Hasta ellos mismos se confunden con la piel renegrida por el sol del mediodía, curtida por el frío de la mañana y rosada por el ahuate de la caña. Adquirían una apariencia extraña, similar a los charales que ellos mismos desecaban con el salitre del río.

Los machos ya no se movían por más azotes improprios, gritos y maldiciones que les lanzaba mi padre. Sus pasmadas eran incurables. Por más sebo y cal que les untaban ya no sanaban. Al menor tirón se les removía aquella costra podrida y les volvía a quedar la carne viva. Se habían negado a tragar y apenas probaban el agua, como si estuvieran decididos a morir. Ya ni siquiera patean. Con la fuerza perdida para jalar el yugo. Mi padre desesperado de ver su empresa tan mermada, y con pocos recursos para sustituirlos, ya con la esperanza apagada,

se compadeció de ellos y decidió liberarlos. Les quitaron las alforjas, cadenas y cabrillas para lanzarlos al monte donde pudieran curarse solos, o por lo menos morir tranquilos, protegidos bajo la sombra de un monte espeso.

Ese día también decidieron terminar su empresa. Con el común acuerdo de todos, repartieron las escasas ganancias y mercancías que les quedaban y regresaron a descansar a su casa abandonando la esclavitud a la que ellos mismos se sometieron, y volvieron a sus actividades tradicionales del campo. Al darse cuenta mi padre que su deuda había crecido, en vez de disminuir, y al ver que no le quedaban alternativas, decidió emigrar a Estados Unidos. Por cinco años trabajó cultivando papas en la frontera de Oregon y California, para pagar las deudas que había originado su fallido proyecto. Don Guadalupe acomodó a sus hijos en un terreno que compró después de haber vendido sus propiedades en los Cañones, a donde no podía regresar. La sociedad se terminó, pero siguieron siendo amigos. Mi padre nunca indagó lo ocurrido en Zacatecas. Con él siempre fueron gente honesta y eso era suficiente para él. De lo que pasó allá sus motivos tendrán.

Todo el tiempo lo visitaban para tenerlo al tanto de lo que ocurría en el rancho. Cada año llegaba Alfredo, el hijo mayor, con una carga de camotes que mandaba Don Guadalupe aunque no estuviera mi padre. Solo Don Ezequiel quedó a la deriva, algo desamparado porque no le gustaba mucho cultivar el campo. Lo hacía sólo por necesidad. Con mi padre trabajó como arriero. Era el encargado de vender el azúcar y el dulce en los pueblos y rancherías cercanas.

Durante cinco años Don Ezequiel anduvo a salto de mata de un rancho a otro, trabajando en granjas, ranchos ganaderos, pero en ninguno se acomodaba. Árbol que no enraíza no crece, le decía Don Guadalupe, pero él seguía buscando, con la esperanza de que algún día en un lugar pudiera detenerse. Cuando regresó mi padre, lo recomendó al dueño de la hacienda. Encontró trabajo como caporal y a sus hijos se les asignó la ordeña. También sus hijas encontraron qué hacer en las diversas labores que realizaban en la hacienda.

Llegaron una tarde cuando yo paseaba un caballo. Los vi pasar por la brecha mientras yo cortaba vereda. Venían los tres hermanos a caballo, jalando un burro cargado con cuatro botes de arroba y media en una cabrilla especial. También venían arreando un par de vacas criollas con becerros añejos. Al pasar junto a ellos mi caballo escarió,

asustado por los botes que brillaban con el reflejo del sol y por poco me tumba, los tres se burlaron de mi.

—A ese caballo le falta jinete, dijo uno de ellos y los tres soltaron la risa.

—Lo que pasa es que no está acostumbrado a ver tantos feos y chamagosos juntos. Por eso se asusta, les conteste enojado. Y ellos se volvieron a reír. Traían la cara sucia por el polvo del camino, y surcos de sudor les corría por las mejillas. Luego el mayor se apartó de ellos y comenzó a mover su caballo. Lo hizo girar a un lado y a otro. Lo cejó y lo arrancó rayándolo frente a mi.

—Así se hace muchacho. Ahora enséñame tú qué sabes hacer, o tienes miedo que el caballo te embroque.

—Lo que hiciste no fuiste tú fue el caballo. Otro día los enseñó. Seguí mi camino por temor de quedar en ridículo y ellos siguieron el suyo.

Cuando regresé, un camión estaba estacionado junto al guardaguardado tapando la única puerta de entrada al rancho y el único acceso para llegar a mi casa. En ese camión había llegado Don Ezequiel con su esposa y sus hijas. La carga asomaba por encima de las redilas. Traía camas y colchones viejos, sacos de maíz y frijol para todo el año y varios cartoneros con utensilios de cocina, platos, jarros, cazuelas de barro, y un molino de piedra.

Amarré el caballo a un poste para ayudarles a bajar la carga y a ese tiempo salieron sus hijos. Cuando terminamos de descargar Don Ezequiel se acercó a mí para agradecer la ayuda, y me presentó a los tres muchachos.

—Los conocí en el camino hace un rato, le dije. —Y a usted también lo conozco, aunque usted no se acuerde de mí. Lo vi hace unos seis años en el molino. Soy Gregorio.

Al escuchar mi nombre supo quién era y se alegró bastante. Me puso un brazo sobre el hombro y me preguntó cómo estaba mi padre. También me prometió que al día siguiente, cuando acomodará un poco su casa, iría a visitarlo.

Se les había quedado un cartón a la mitad de la plaza. Sólo eso faltaba por recoger. Lo dejaron allí porque lo sintieron frágil. David trató de levantarlo y le pareció demasiado peso para el sólo y les pidió ayuda a sus hermanos, pero ninguno se acomió a ayudarlo. Al verlos desentendidos me acerque a David y jalamos el bulto con tanta fuerza que se le rompió el fondo y todo el contenido se estrelló en el suelo

haciéndose añicos. Eran jarros de barro y sólo unos cuantos se salvaron. A ese tiempo salió Don Ezequiel con un balde de agua en la mano y le ordenó a Rigoberto, el mayor, que me sirviera un poco de agua.

—Y en qué le vamos a servir el agua si ya Gregorio quebró los jarros, dijo David recogiendo los tepalcates mientras yo me sonrojaba de vergüenza.

—No te preocupes, dijo José, el otro hermano al verme apenado.

—No los necesitamos. Rigoberto toma su leche pegado a la ubre de la vaca, como los becerros y David ni leche toma, sólo se chupa el dedo. ¿Para qué queremos jarros? y todos volvieron a reír.

Rigoberto y José eran alegres y bromistas. Desde el primer momento te hacían sentir bien porque te demostraban confianza. David era lo contrario. Él era esquivo, apartado melancólico y triste. Se sentía un paria que no encontraba acomodo en ninguna parte porque cargaba siempre con la nostalgia de los lugares que había dejado. Sentía que no pertenecía a ningún lado. Apenas sonreía. Siempre callado y reseco como el polvo. Expresaba poco pero guardaba mucho porque siempre te escuchaba. Con el tiempo me tomó confianza y me comenzó a hablar y hablar de todo lo acumulado. Seguramente de lo que a otros no se atrevía a contarles, a mí me lo contaba con desahogo. Yo le ponía atención y en ocasiones lo hacía reír con mis ocurrencias.

Por esos tiempos la mayoría de mis amigos de infancia se habían marchado a diferentes lugares. También mis hermanos habían emigrado y yo sólo esperaba el momento de irme, que se acercaba tan a la carrera, que sentía el tiempo correr como caballo desbocado, imposible de detener. Estaba tan solo y apartado como David, perdidos en aquel agujero, rodeado por una ceja donde el horizonte era corto y para ver lejos, sólo se contemplaba el cielo. Sin duda eso ayudó a que nos entendiéramos mejor. Llegaba todas las mañanas después de terminar la ordeña y no se regresaba hasta la tarde cuando yo me iba a la escuela. Me ayudaba a mover el ganado, una diversión para los dos porque lo hacíamos a caballo. Luego revolvíamos el forraje, limpiábamos los cebaderos de los cerdos y el fin de semana montábamos el día entero recorriendo los ranchos cercanos.

Tenía años invitándome a las fiestas de los rumbos donde últimamente había vivido. Se emocionaba al platicarme como si en realidad estuviera disfrutando de aquella fiesta; como si anduviera en el fandango.

—Para mujeres hermosas en el Capulín, decía. —Todas son amables y coquetas. Te sonrían al pasar. Muy diferentes a las apretadas y presumidas de estos lugares, que hasta se enojan porque volteas a verlas.

—Las asustas. Es que tienes una mirada muy pesada, le decía bromeando. Hay que ser menos bobo.

—Es que allá son abiertas, alegres y bailadoras, por eso no te intimidas. Allá la fiesta no para en toda la noche.

—¿Y en caso que fuéramos, dónde vamos a dormir? ¿En la Iglesia, abajo de un árbol o tienes algún amigo que nos aloje?

—Para dormir aquí en tu casa, si el baile dura hasta el amanecer. los músicos de Santa Clara tocan día y noche, siempre y cuando les den frijoles fritos con sopas de tortilla y café negro. Vete preparado porque no nos vamos a acostar en toda la noche.

Por dos años habíamos propuesto la ida y esta vez ya no me pude negar. David me había ayudado tanto, que estaba en deuda con él.

Muchas veces quise pagarle por su trabajo pero siempre rechazaba la paga. Cuando salíamos a algún lado yo siempre pagaba lo que consumíamos como una forma de compensarlo, porque él siempre rechazó mi dinero. Con solo tener mi amistad se sentía pagado.

—Estás tú peor que los músicos de Santa Clara, le decía. Trabajas gratis todo el año sólo porque te acompañe a una fiesta, y además los criticas.

—Yo no los critico. Sólo comento lo que dice la gente.

Salimos al amanecer. Subimos dos caballos a una camioneta, y a la salida del sol llegamos a la Labor de Vargas porque solo hasta allí llegaba la brecha. Teníamos que cabalgar un buen tramo para llegar a Atenguillo. El potrero donde pasteábamos el ganado, tenía una loma de la cual se divisaba muy cerca el Capulín pero para llegar allá había que bajar y subir la barranca del río y eso lo hacía relativamente lejos.

La idea era juntar el ganado antes de mediodía para estar allá a la salida de misa, que se convertía, según David, en un verdadero desfile, donde las mujeres, lucían sus mejores galas y presumían sus cuerpos esculturales. El primer ganado lo encontramos en la meseta del rancho frente al Capulín. Desde allí se divisaba el templo, y algunas casas. Se escuchaban las voces, aunque no se distinguía lo que hablaban. También se escuchaba la música y los cohetes hacían eco en la ladera. Por todos los caminos que conducían al rancho llegaba gente. Se oía

el estruendo de largas ristras que estremecía la tierra dejando sólo el humo y la polvareda.

Conforme fuimos bajando la cuesta, las voces y los sonidos se nos fueron perdiendo. Solo algunos truenos hacían eco en la barranca. Al llegar a la rivera del río ya poco se escuchaba. Allí encontramos tomando agua y reposando bajo los sabinos del río el último ganado que nos faltaba. Al vernos, se levantaron y comenzaron a seguirnos atraídas por el olor de sulfato; le tiramos la sal cerca del molino, por donde subía el camino hacia el Capulín.

Al comenzar a subir volvimos a escuchar truenos, pero yo no le di mucha importancia. Sentía que íbamos más tarde de lo que habíamos calculado. Era cerca de medio día y con la vegetación el calor arreciaba. El cielo comenzó a llenarse de abejas que extraían la miel de las malacateras y varaduces llenas de flores. Se respiraba el olor a miel y se te irritaban los ojos con el polen. Por ningún lado soplaba el viento y los caballos sudaban mientras subíamos en silencio. Después de pasar recodos, curvas y cañadas, llegamos a lo más alto y divisamos las primeras casas.

Lo que más nos llamó la atención era que todo estaba en silencio. No cantaban las cigarras ni los pájaros y hasta el aire se alejaba. Ya no se escuchaba la música, los vendedores ambulantes se habían callado, y el tiempo parecía detenido.

—Se terminó la fiesta, David. ¡Se cansaron los músicos de Santa Clara!

—Siempre que llego a un lugar en el que ya he vivido, como que me asalta el miedo, dijo David. —Pero ahora tengo un presentimiento raro, como si algo malo pasara. Desde que escuché los últimos truenos al comenzar a subir se me vino la idea de que no eran truenos de cohetes, sino de balazos.

—Ya vas a echar a perder la fiesta a medio camino, cuando para nosotros no ha comenzado. Es que toda la gente está en misa. Vamos a llegar justo al desfile a pasar revista con las muchachas.

—Sí, tienes razón. Esto es cosa mía. Siempre que entro a un lugar donde ya he vivido, siento miedo al llegar pero estando ahí el miedo desaparece.

Entramos a un callejón cercado de piedras con casas a ambos lados que hacía ángulo y no permitía ver el fondo. Sólo divisamos la iglesia, con el atrio vacío. Conforme fuimos avanzando, se comenzó a escuchar un murmullo que salía de adentro y se incrementaba conforme

nos acercábamos. Era gente que rezaba dentro en voz baja, casi en silencio. Sólo la mujer que dirigía el rezo lo hacía fuerte con una voz melancólica y triste, casi a punto de tornarse en llanto.

Nos paramos al frente del atrio, pero no entramos. Desde allí se divisaba el fondo del callejón, donde doblaba la calle y se agolpaba la gente que no hablaba. Sólo el aullido de perros rompía el silencio. Luego nos acercamos hasta aquella multitud que nos cerró el paso y ya no pudimos avanzar. Me bajé del caballo, le di el cabestro a David y me metí entre la gente para indagar qué pasaba, sin imaginar que me iba a encontrar con el escenario más triste de mi vida.

En un rincón de la calle se encontraba un hombre arrodillado, en medio de sus dos hijos muertos, revolcados en un charco de sangre y polvo, tratando inútilmente de levantarlos. Sólo arrastró a uno. Los juntó enderezando un poco y los recostó en sus piernas, acariciándole la cara y derramando gruesas gotas de lágrimas que le corrían bajo sus anteojos, empañando los cristales, que al tratar de limpiar con las manos sucias de sangre, solo los embarraba más.

Se quedó allí al centro, con la camisa manchada, volteando al cielo, con la voz ahogada por el llanto, implorando, pidiendo a Dios que lo ayudara. Pero su Dios estaba tan lejos que hasta allá sus palabras no llegaban. Estaba desamparado y solo, aunque una multitud lo rodeaba, nadie podía ayudarle a soportar su desgracia.

Al otro extremo de la calle un niño de escasos trece años lloraba a grito abierto inconsolable y desesperado. Se golpeaba contra la cerca sin que nadie impidiera que se dañara, hasta que dos mujeres lo sujetaron cuando ya se había golpeado. Sangraba de la nariz y la boca y también traía raspadas las manos.

El hombre arrodillado estaba perdido e indefenso, aunque andaba cuajado de armas que de nada le servían. Había perdido la noción del tiempo y el espacio. No sabía dónde estaba, cómo llegó hasta allí y que lo llevó a semejante tragedia. Se sentía perdido, acosado como un conejo vencido por el miedo cuando ya no hay salida.

Daba lástima su indumentaria. Vestía casi en harapos, con la camisa vieja con una hombrera desprendida, el pantalón perforado y los zapatos con una suela sobrepuesta ya despegada. Llevaba una tejana con una mancha de sudor que le rodeaba la copa y se le extendía a la falda. parecía un viejo, aunque apenas pasaba los cincuenta años, armado con pistola y rifle, portando insignias de la defensa rural con una águila en la solapa y lentes color verde olivo. Era Ciriaco Martínez,

el mismo hombre que le llevó el oficio a mi padre cuando trabajaban en el molino.

Los dos muchachos eran delgados, altos y pálidos. El mayor no cumplía veinticinco años y aunque no eran gemelos tenían el mismo aspecto, el mismo tamaño, la misma expresión. Los dos estaban de lado con los ojos abiertos como si se miraran con las mismas ganas de vivir, reflejando en sus rostros la ansiedad de la vida y el terror de la muerte. Ambos andaban armados con pistolas 45 reglamentarias fajadas a la cintura, metidas en sus fundas de cuero. Estas armas sólo las usaba el ejército y la defensa. La gente común portaba otro tipo de armas con otra nomenclatura, pero que igual mataban. Lo ocurrido no te dejaba ninguna duda de que hubiera ventajas entre una y otra. A ellos de nada les sirvió, porque no les dieron tiempo de defenderse. Los aseguraron tanto, que el primero no supo ni qué pasó, sólo sintió los impactos en la espalda, y cuando reaccionó ya estaba en el suelo, con el pecho bañado en sangre sintiendo que se le acababa la vida, pues las balas le habían atravesado el cuerpo.

El otro alcanzó a sacar la pistola pero no le dieron tiempo a usarla. En él descargaron toda su furia ya que por lo menos tenía dos descargas en el pecho. Cayó con el arma en la mano y no se le desprendió hasta que su padre lo arrastró tratando de enderezarlo la pistola quedó a sus pies.

Su padre, como Comisario ejidal formaba parte de las autodefensas, y tenía la encomienda de guardar el orden en la zona. Como parte de su trabajo, los mandó a vigilar el área y tratando de apaciguar un pleito de borrachos, que nada tenía que ver con ellos, encontraron la muerte. Por lo menos eso dijeron porque detrás existía otra cosa, algo orquestado. Lo de los borrachos fue un pretexto.

Ciriaco había luchado por años, carabina en mano, al igual que su padre, para conseguir un ombligo de tierra donde sus hijos pudieran crecer y jugar. Quería que al menos tuvieran un jacal, una choza donde abrigarse. No querían vivir como sus abuelos o sus bisabuelos, siempre a los pies del amo. Tenían que romper la cadena, tirar el yugo y luchar para hacerse de un pedazo de tierra para tener por lo menos dónde caer muertos y ese fue el precio que tuvieron que pagar por su ligereza.

Le cobraron muy alto el precio. Caros los intereses por el usufructo de la parcela que le dieron, que le prestaron, y no conformes con eso, los que se sentían agraviados lo persiguieron por años. Lo acosaron y esperaron a que estuviera a punto para arrancarle lo máspreciado.

Destruyeron la base de su último sueño, cortándoles el camino a ellos, sus hijos, que comenzaban a andarlo. Y a él lo aplastaron porque ese día comenzo a morir.

Ese día comenzó su agonía, en el momento que cayó de rodillas en medio de sus dos hijos muertos. Sintió todo el peso de su cuerpo sobre sus huesos, pero no se movió aguanto el recio sol de la tarde, la mirada de todos los curiosos, los lamentos, las voces, y los rezos que salían de algún rincón. Hasta él llegaban como un murmullo distorsionado que se perdía por la reverberación del suelo.

Sintió tanto dolor que para esa hora ya no sentía nada. Conforme fue avanzando la tarde fue desapareciendo y comenzó a sentir su cuerpo invadido de una rabia que lo atormentaba más que el dolor. Sentía unas ansias que lo paralizaban y no lo dejaban moverse. Por eso estaba allí estático como una estatua, inmune a lo que pasaba a su alrededor. Pero por dentro su corazón comenzaba a latir con tanta fuerza que por un momento sintió que le reventaba el pecho al bombear una sangre envenenada que contaminaba todo su cuerpo, y comenzaba a circular como una savia podrida, que le invadía todos los tejidos sanos, y le dejaba un fuerte sabor a sangre en la boca.

Ya muy entrada la tarde, terminaron de levantar el acta. No dejaron ninguna base sólida para iniciar más tarde una investigación, porque así se acostumbraba. Sólo preguntaron a varios testigos que dieran su versión de lo ocurrido, tan sólo para llenar el papeleo, aunque no era necesario ya que todo mundo sabía quién fue y cuál fue el móvil de tan horrendo crimen. Todo era solo una formalidad, para dejar algo asentado.

Después procedieron a levantar los cuerpos. Los colocaron en el cajón de una camioneta. El Señor del ministerio público y un policía ayudaron a levantar a Ciriaco, que no lograba mantenerse en pie y por momentos parecía desplomarse. Le ofrecieron la cabina, pero la rechazó. Prefirió irse atrás con sus hijos. Una buena mujer se acercó, le regaló dos almohadas y taparon los cuerpos con sábanas blancas que poco a poco se tiñeron de sangre.

Rodearon a la multitud y emprendieron la marcha despacio, seguidos de todas las miradas. Lentamente subieron la cuesta hasta llegar a la parte más alta, donde comienza el llano y se divisa el valle, las barrancas y el pequeño cauce del río. Pero Ciriaco Martinez no vio nada. Iba con la cabeza baja, hundido en su pensamiento. No vio las parvadas de tordos que nublaban el cielo al pasar y se perdían en los

maizales del campo. Tampoco vio las nubes coloradas y grises que enlutaban la tarde como si reflejaran la sangre derramada, mezclada con el polvo pardo de la tierra. Tampoco vio la corriente del río que atravesaba su tierra, ni contempló su parcela por última vez porque ya no la necesitaba y tampoco le importaba porque jamás volvería a sembrar. Iba directo a enterrar su última cosecha que comenzaba a pudrirse bajo el sol ardiente de la tarde.

Siguieron derecho por una brecha polvorienta y seca, sin detenerse hasta llegar al anochecer a una casa oscura y sola donde los esperaba su madre destrozada por el dolor y la impotencia. Lloró toda la tarde, desde el momento en que le avisaron, sin consuelo, con un llanto fuerte, desesperado, eterno, que se escuchaba en el pueblo entero. Hasta ya entrada la noche se cayó. No lloró más, como si hubiese enjuagado y agotado todas sus lágrimas. Abrió el zaguán acompañada por dos mujeres y se sentaron en el patio a esperar a que llegaran sus hijos. Entraron adelante los guardianes del orden y ella les ordenó que llevaran los cuerpos a un cuarto del fondo cuyo piso era de barro, para que tocaran el polvo y regresaran los cuerpos a su origen de donde provenían, colocar los cadáveres en el suelo, era un viejo ritual para cerrar el círculo. Después improvisaron dos camas y sobre las tablas tendieron los cuerpos mientras llegaban los ataúdes. Cuando entró Ciriaco, ella lo vio con una mirada de desprecio y asco. Él se acercó a santiguar a sus hijos y les limpió la cara con una toalla mojada y quiso colocarles las manos sobre el pecho pero los cuerpos ya estaban tiesos.

En ese momento entró el párroco acompañado de dos acólitos con cuatro candelabros y cirios que colocaron a la cabeza y los pies de las camas. Luego comenzó a llenarse la casa de curiosos y familiares que rodeaban los cuerpos, algunos por afecto y la gran mayoría por morbo y curiosidad.

—Recíbelos en tu seno señor. Perdónalos con tu infinita bondad y colócalos en el sendero infinito del cielo. Compensa con la eternidad el corto camino que vivieron aquí en la tierra y perdona la maldad que causaron sus agresores porque sólo tú puedes hacerlo. Apíadate de ellos señor y dale resignación y fortaleza a su padre. No permitas que se anide el rencor en su corazón y se envuelva su alma en el deseo de la venganza. Ten compasión de la madre que en estos momentos pasa la misma agonía que sufrió la madre de Jesús al ver a su hijo crucificado, decía el padre mientras rodeaba los cuerpos seguido de los

acólitos, rociándolos con un hisopo empapado en agua bendita. Luego dio media vuelta y salió sin despedirse de nadie.

Ciriaco se colocó a la entrada del cuarto respaldado a una esquina donde dejó el rifle a sus espaldas y acomodó la pistola sobre sus piernas. Ahí permaneció toda la noche, sin moverse, contemplando la escena, la pálida luz de los cirios que iluminaban a la madre con su hijo pequeño recostado en el regazo, con el rostro desgarrado por la pena y el sufrimiento. También observaba la entradera de gente que rodeaban los cuerpos y volvían a salir sin ninguna expresión, sin ningún dejo de compasión, sin ninguna mueca de sufrimiento. —Sólo llegan movidos por la curiosidad pensó, no porque les merezca ningún afecto. Era un desfile interminable que solo se detenía cuando comenzaban a rezar un rosario, y se reanudaba al terminar el rezo.

A la mitad de la noche, comenzó a escuchar gritos, voces y risas de gente alegre que venían de la calle arrastradas por el viento, y Penetraban por sus oídos como dardos para estrellarse en su corazón, que estaba de luto, estremeciendo su alma pues ya no soportaba el duelo. De pronto lo asaltó el miedo. Comenzó a sentir temor y unas ansias insoportables. Le llegó un deseo inmenso de salir corriendo, de refugiarse, de esconderse donde no lo encontrara nadie. Se le vino la idea de que en cualquier momento, entre aquella gente, alguien iba a entrar a matarlo. Se levantó decidido a abandonar el cuarto y buscar un lugar más seguro, pero volteó y vió a su mujer con su hijo abrazado, indefenso y volvió a desplomarse sobre la silla, resignado a afrontar lo que viniera. Comenzó a observar a todos los que entraban sin perderlos de vista, sin pestañear. Veía un enemigo en cada uno de ellos y le daba la impresión de que antes ya habían entrado. Y así estuvo en su desvarío hasta ya muy entrada la noche cuando disminuyó la gente decidieron cerrar la puerta para que no entrara nadie.

Regresamos a la puesta del sol, hasta que se llevaron los cuerpos. Bajamos la barranca sin pronunciar una sola palabra. Hasta después de cruzar el río David rompió el silencio.

—Tanto tiempo planear, tanto entusiasmo, para acabar en esto. De veras que tenemos mala suerte.

—Mala suerte, mala suerte la de ellos. Una fiesta para nosotros qué importa. Ya vendrán más fiestas. Ya tendremos otra oportunidad, pero a ellos no les quedó ninguna.

—Yo los conocía bien, dijo David. —Eran un poco broncos, algo altaneros, amparados en el poder del padre, que les daba alas. Pero por lo demás eran gente buena.

—El señor daba lástima con su expresión. Se le notaba que se sentía culpable porque en el fondo debe haber algo más grave. Todo lo hicieron con mucha saña.

—Tenían muchos enemigos. Eso de quitar tierras, nomás por nomás causa problemas. A nadie le gusta que le quiten lo suyo.

El camino comenzó a hacerse angosto y ya no pudimos ir acuatados. David ganó delante y comenzamos a subir la cuesta cuando comenzaba a caer la noche. Todavía se divisaba el camino en medio de la vegetación que se hacía cada vez más espesa. Cuando llegamos arriba, estaba completamente oscuro y yo solo lo seguía sin saber bien a bien por dónde iba, pero el caballo de David ya sabía el camino, lo había caminado tantas veces que podía soltarle la rienda y solo regrezaba a su casa.

Al llegar tuvimos dificultades con los caballos. No se querían subir a la camioneta. Por más intentos que hacíamos, no logramos que subieran. Ya desesperados comenzamos a azotarlos y a sujetarlos con fuerza y hasta después de varios cuartazos brincó el primero, y el otro ya no se resistió. Cuando llegamos al rancho ya no había gente en la plaza. Todos estaban acostados. Mi padre se levantó al escuchar ruidos y supo que era yo porque vio la camioneta y allí esperó a que regresara de darle de cenar al caballo.

—¿No que regresaban hasta mañana? Que bueno que los corrieron pronto, dijo mi padre. —Si no has comido, asómate a la cocina a ver qué le sobró a tu madre. Hasta en ese momento me di cuenta de que no comimos en todo el día, y aún no sentía hambre.

—Regresamos hoy porque en el Capulín pasó algo grave. Mataron a dos hijos de Ciriaco Martínez.

—¿Y quién los mató?! ¿Ustedes vieron cuando pasó? dijo mi padre muy conmovido.

—No, se fue más temprano. Cuando llegamos ya estaban muertos. Lo hicieron entre varios, yo solo oí mentar un tal Audón. Ya no había fiesta y la gente estaba muy asustada. Ciriaco llegó después, cuando ya todo había pasado y allí se estuvo arrodillado toda la tarde junto a los cuerpos, hasta que levantaron el acta.

—Acuéstate para que mañana te levantes temprano. Después de ordeñar tenemos que ir al sepelio.

Aunque madrugamos bastante, llegamos tarde, a la hora en que se terminaba la misa. Desde afuera del templo esperamos a que pasara la gente que salió a la calle y dobló la esquina, por la entrada principal, a las afueras del pueblo donde se encontraba el panteón. El cortejo iba resguardado por varios hombres armados con pistolas y viejas carabinas 30 30 del tiempo de la revolución. Eran gente de la defensa rural que nunca depuso las armas. Llevaban los cuerpos en hombros y a cada rato se iban sustituyendo. Mi padre se arrimó a cargarlos y cuando regresó nuevamente conmigo, traía el hombro de la camisa manchado de sangre.

Pegado a los ataúdes iba la madre, apoyada en su hijo pequeño y seguida de varias mujeres. Más atrás iba el párroco con su libro de responsos, un rosario y a un lado, un acólito moviendo un incensario. A un lado iba Ciriaco con el sombrero en la mano, encandilado por el sol que reflejaba sus rayos sobre su cabeza calva. Lo acompañaban tres hombres que le cubrían los flancos y la espalda, protegiéndolo, para que nadie se le acercara. Ellos le iban indicando que hiciera; daba la impresión de que había perdido el sentido y caminaba sin rumbo.

En el panteón la ceremonia fue rápida. El padre solo bendijo la sepultura y rezó una corta oración de despedida a los cuerpos. Luego bajaron los ataúdes en fosas separadas. No se escucharon llantos, sólo caras tristes y desencajadas por la pena que reflejaba la madre cuando les arrojó el último puño de tierra. El dolor la hacía estremecer y en su cara huesuda y pálida se le dibujaban los surcos del sufrimiento. Casi a punto de desfallecer, les pidió a las mujeres que la acompañaban, que se retiraran.

—Sáquenme de aquí que ya no puedo más. Que te hice señor para que yo tenga que pagar por esta infamia.

No soportaba más. Se abrió paso entre la multitud que la siguió con la mirada, hasta que salieron del panteón y se perdieron al dar vuelta en una esquina y agarraron la calle que las llevaría rumbo a su casa.

Ciriaco se colocó a la puerta del panteón para agradecer a todos que lo hayan acompañado. Les pidió a sus hombres que vigilaran pero que dejaran que se le acercara la gente. Tenía que arriesgarse, no podía hacerles ese desprecio a aquella multitud que llenaba la calle. Y sin ocultar su temor y desconfianza fue despidiendo a cada uno de ellos. Cuando llegó mi padre le dio un abrazo fuerte. Se le cortó la voz y se secó las lágrimas con su pañuelo rojo. Luego puso la mano sobre mi cabeza y le dijo a mi padre.

—Cuídalo Gregorio. Tiene la misma edad que tenían mis hijos y sacó otra vez su pañuelo porque no pudo contener el llanto.

—Sea por Dios Ciriaco, dijo mi padre. —No encuentro palabras que te puedan servir de consuelo, porque no las hay. Sólo vengo a reiterar mi amistad. Puedes disponer de ella, si es que en algo te sirve.

Solo le dio las gracias y tuvimos que movernos para darle paso a la gente que venía tras de nosotros. De allí nos fuimos hasta la plaza donde dejamos la camioneta, para emprender el regreso.

—Aguarda un un poco, me pidió mi padre y entró a una tienda y de rato salió con una bolsa de arepas en la mano.

—Toma para que le lleves algo a tu madre.

—¿Por qué no se las da usted si usted las compro.

—Porque a ella le dará más gusto que tú se las lleves.

Me sorprendió su respuesta, pero no indagué más. Fue todo lo que hablamos durante el viaje, pero no era raro en él. Hacíamos viajes más largos y nunca platicaba conmigo. Se limitaba solo a hacerme preguntas. Si ponía el radio cuando se enfadaba me lo apagaba, aunque sabía que de rato lo volvería a prender. Nunca hablaba conmigo, ni yo con él. Me imagino que así fue la relación con su padre, porque igual eran sus hermanos. Tampoco se platicaban entre sí, sólo se carcajeaba y disfrutaban conversando con los amigos. Ese día ni siquiera le hice preguntas. Los dos íbamos conmocionados por lo sucedido. Aún llevábamos frescas las imágenes que revoloteaba en la mente como golondrina que da vueltas al llegar a su nido.

Al pasar frente al panteón, salía Ciriaco acompañado de sus hombres que siempre lo habían seguido. Levantamos la mano para decirle adiós, pero ya no nos vio. Sólo contestaron algunos de sus amigos.

—Pobre hombre, dijo mi padre. Parece un muerto vivo.

Al decir aquellas palabras, nunca se imaginaba, que también a él se le aproximaba su año negro, acompañado de días difíciles.

Al llegar a su casa, Ciriaco se paró en el batiente de la puerta y agradeció a todos el apoyo, su solidaridad y atenciones.

—No esperaba menos de ustedes, dijo con la voz cansada, apoyándose en el muro de la puerta para sostenerse. No podía con el peso que cargaba sobre sus hombros.

—A lo largo de estos años luchando, no soy el único que ha sufrido agresiones. Todos hemos sido víctimas, todos hemos perdido parientes, familiares cercanos, amigos, pero como conmigo, con nadie se han ensañado. Me dieron donde más duele. Me cortaron las dos piernas

que me sostenían y me tiraron al suelo de donde no voy a poder levantarme cuando ya soy un viejo ciego que con trabajos camina.

—Me voy a encerrar un año a pasar mi luto, solo donde nadie me vea no quiero que mis penas y mis lágrimas les cause risa a los que con tanto coraje me odian. Nombren a alguien más que los represente. Yo ya cumplí con ustedes; bien o mal pero siempre hice lo que me pidieron. No abandonen lo que ya tienen en la bolsa. No se les olvide el reguero de sangre que hemos dejado en el camino para conseguir lo que ya tenemos. Espero verlos pasado un año, si es que llego. Sólo saldré cuando esto cicatrice un poco, si es que tiene cura. Mi herida es tan profunda que no cualquier costra la tapa. Gracias por su apoyo y que Dios se los pague.

—¡Que viva Ciriaco Martinez! gritaron todos en coro, como en los viejos tiempos, y algunos descargaron sus armas, llenos de rabia. Luego se dispersaron. Cada quien agarró su camino, mientras Ciriaco entraba y cerraba la puerta.

Sólo entró a enterrarse vivo. Hizo de su casa un purgatorio. Construyó su propia tumba. Hizo un gran agujero sin salida donde cada día iba sintiendo más el peso de la tierra que le caía encima, palada tras palada, haciendo más cortos los espacios hasta dejarlo inmóvil.

No se hablaba con su esposa. Cada uno en su rincón, con su cruz a cuestas. Sólo su hijo pequeño solía hacerles el más mínimo mandado. Su esposa no le perdonaba que desde pequeños hubiera traído a sus hijos armados y en él descargaba toda la culpa de su desgracia.

Tenia meses que no probaba el sueño. Los mismos que tenía encerrado, sentado en un sillón. Se pasaba el día entero dormitando por minutos. Entraba a comer cuando su hijo y su esposa dejaban la cocina y al comenzar a comer algo se le atragantaba en la garganta. Le volvía el recuerdo de sus hijos y se le venía el chorro de lágrimas y se levantaba del pretil cuando apenas había probado bocado. Al caer la noche, comenzaba a dar vueltas alrededor del patio hasta cansarse, esperando que le viniera el sueño, pero nunca llegaba. Ya cansado se tiraba sobre la cama boca arriba y se quedaba ahí contemplando la noche, que se le venía encima como algo pesado, que le apachurraba el pecho. Comenzaban los remordimientos y aparecían las imágenes del pasado que lo horrorizaban. Le venían los recuerdos que no dejaba de atormentarlo. Tenía en su mente muy fresca la imagen de aquella tarde en que llegó su padre, pálido con la boca seca y el rostro desencajado, con un mauser M1 en la mano. Le pidió que se alistara porque

los del gobierno los estaban esperando. Tenían que ayudar a sofocar la rebelión cristera, que ya se extendía por todos los municipios de los altos y no querían que se pasara a otros estados. En ese jacal que les servía de cocina se arrodilló para recibir la bendición de su madre, quien se quedó ahí desfallecida frente al fogón. Ellos salieron a reunirse con los demás hombres que los esperaban al otro lado del arroyo. Nunca imaginó que a su corta edad se iba a encontrar con semejantes horrores que provoca la guerra. Recordaba cómo sus superiores los llevaban a propósito a ver el rostro de la muerte. Los paraban frente a los árboles, les enseñaban los colgados y mutilados, los sin ojos, y los amagaron frente a ellos diciéndoles, mirenlos bien. Veán lo que hacen los soldados de Cristo. Cuídense de caer en sus garras. Hacían esto para provocarles miedo, para que su rencor creciera, y cuando los otros llegaran a sus manos, ellos se cobraban con otro tanto. Y así se enfrentan; matándose sin ninguna compasión, aumentando el odio ya desbordado, que crecía como un incendio descomunal que quemaba cerros enteros. Y sobre aquellos tizones chamuscados crecía la saña y el rencor, en una guerra santa sin una brizna de misericordia.

Después sentía ahogarse porque pensaba que sus hijos habían pagado por él los pecados de su pasado. Saltaba de la cama empapado en sudor y salía al patio sudando a chorros cuando ya ni calor hacía porque se aproximaba el invierno. Su hijo, en su desesperación de ver muriendo vivos a sus padres, salía a la calle y le gritaba a Dios que detuviera aquel suplicio, que por piedad, cambiará su inexorable destino. Caminaba largas distancias para visitar un Cristo, y allí se martirizaba con sacrificios descomunales. Se tiraba sobre aquella brecha empedrada y recorría desproporcionadas distancias con todo el peso de su cuerpo sobre sus rodillas, que comenzaron a rasgarse poco a poco. Primero el pantalón, luego la piel, hasta que sentía el contacto de las afiladas piedra raspando las coyunturas de sus huesos desnudos.

Con el peso de la pistola fajada a la cintura y su corta edad, usando las camisas de sus hermanos perforadas por las balas, se desplazaba, ayudado por mujeres piadosas, que le tendían cobijas o petates viejos a su paso, llegaba desfallecido hasta las puertas del santuario. Ahí se despojaba de sus armas. Las dejaba a un lado y entraba indefenso con el corazón latiendo y el alma desnuda. Haciendo los mismos movimiento de un anciano para incorporarse suplicante frente a aquella imagen. Luego salía, tomaba su ajuar con sus cuatro cargadores en su mano y comenzaba a subir de regreso la ladera para llegar a su casa

contrariado, disminuido, sediento, y encontrar a sus padres atrapados en el mismo limbo.

Esperaba a cicatrizar sus heridas y regresaba de nuevo a recorrer distancias más largas. Cuando todavía las costras de sus rodillas estaban frescas, entraba a la iglesia sudando, dejando en el piso gotas de sudor y sangre. Se paraba otra vez frente a su Cristo, lo miraba y veía en él como si se viera él mismo, reflejado en un espejo. Con la fe perdida, tomó su sombrero y regresó trepando la cuesta como subiéndolo su calvario. Atravesó el llano. Llegó a su casa apoyándose en las paredes de la calle. Entró y vio a su padre sentado en su deshilachada silla, sufriendo la misma agonía. Luego vio a su madre tirada en un rincón y los sintió lejanos, perdiéndose en un ocaso sin mañana, en una oscuridad sin alba.

Después lo invadió una profunda tristeza y comenzó a llorar inconsolable, porque se dio cuenta de que su Cristo estaba muerto. Luego sintió fuertes dolencias en su cuerpo y un intenso frío penetró en sus huesos. Se tiró a la cama y se encogió. Tapó con la sábana los huesos desnudos de sus rodillas y se cobijó con su dolor, tapando el dolor con otro dolor y se quedó dormido.

Por otro lado, los enemigos de Ciriaco esperaron pacientes por más de un año. Estuvieron contando los días, las horas, pensando noches enteras cómo iban a completar su hazaña. Mientras él seguía muriendo poco a poco, ellos imaginaban lo contrario. El miedo se había apoderado de ellos y los perseguía como una sombra que los seguía a todas partes y no desaparecía hasta que el sol se metía, caía la noche y se convertía en penumbra pero esta volvía a aparecer cuando encendían la lámpara, para que se dieran cuenta de que ahí estaba, acechando en la oscuridad sin poder verla y horrorizados, comenzaron a desconfiar hasta de su propia sombra.

Desde antes que completara el año comenzaron a vigilar su casa, su parcela y todos los lugares que antes frecuentaba, que eran pocos. Sabían que en cualquier momento iba a salir más fortalecido que nunca como una fiera herida con todo el rencor a flote, las garras afiladas para utilizar con ellos la misma crueldad que utilizó en la guerra cuando el enemigo caía en sus manos. Y allí se sentaron a esperarlo con la misma paciencia que un cazador espera un lobo a que salga de su madriguera.

Que equivocados estaban. Si alguno de ellos lo hubiera visto, si se hubieran asomado por una cuarteadura del patio, se habrían dado cuenta lo poco que sobraba de él. Bastaba con que hubieran levantado

la vista sobre el cielo de su casa para darse cuenta de que ya lo rondaban los zopilotes. Porque lo que estaba allí no era Ciriaco, sino un anciano decrepito que ya no tenía fuerzas ni 'pa espantar las moscas.

Entraba a su cuarto arrastrando los pies y se tiraba en la cama y sentía que aquella cosa podrida que le circulaba por dentro le comenzaba a regarse por todo el cuerpo, como siguiendo la gravedad. Empezaba a quemarle todo hasta que le llenaba el estómago y se le venía en eructo ácido que le quemaba la garganta y le pudría los dientes. Luego se paraba para que aquel veneno no le llegara a la cabeza y volvía a regresar a su silla, para que ahí se le bajaría hasta los pies y le molestaría menos. Así pasó días y días, luego meses, hasta que una tarde no aguanto más, y comenzó a caminar. Primero entró a su cuarto y se dio cuenta de que allí no había aire para respirar y volvió a salir al patio. Pero también se le terminó el aire del patio, y abrió la puerta desesperado, para buscar en la calle el aire que le faltaba. Al salir escuchó los primeros truenos y luego sintió los impactos en el pecho, en la espalda, y se fue deslizando poco a poco por la pared, hasta quedar boca arriba, atravesado en la banqueta. Luego sintió como aquella sangre envenenada brotaba de su cuerpo a chorros, para agarrar su cauce entre la tierra, y se sintió aliviado. Ya nada le dolía. Salió el dolor mezclado con la rabia y también el pensamiento que tanto lo atormentó durante años. Se fue perdiendo hasta desaparecer, como una pluma que se lleva el viento y la revuelve con la nada. Así terminó su pensamiento y dejó de sentir mientras se le dibujaba una leve sonrisa, que siempre le negó la vida.

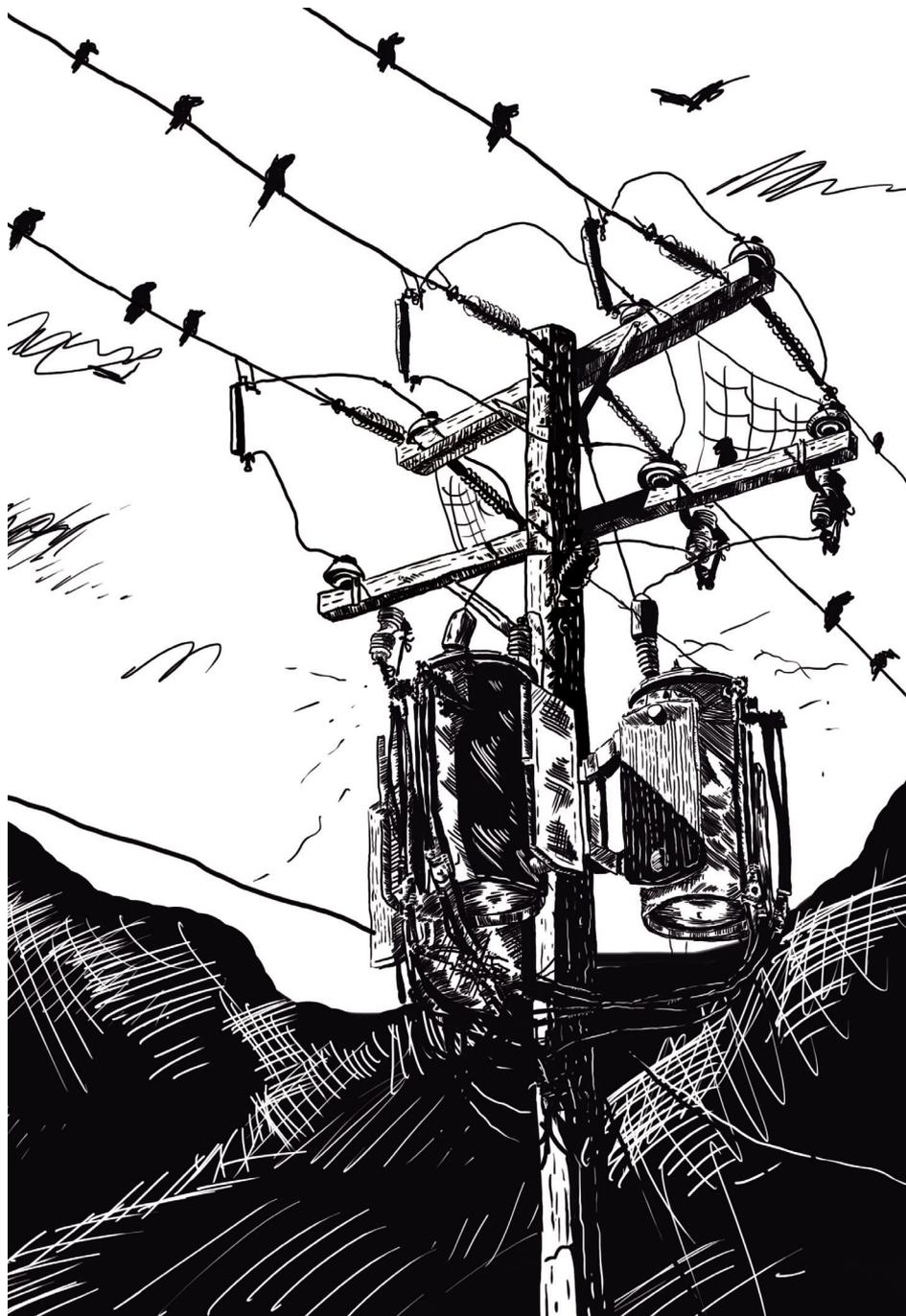
Quedó con la cara al sol, los ojos abiertos viendo un cielo azul que no tapaba ninguna nube. Llevaba en la cara una mueca dibujada, con la expresión del que ha cumplido; de aquel que no deja ningún saldo, porque ya le han cobrado todo. Quedó a mano con todo porque nada puede deber un hombre que con la vida no pague.

La esposa escuchó los disparos recargada en la cama y ni siquiera se movió porque imaginaba lo sucedido. No tuvo fuerzas para asomarse al patio. En el fondo estaba más muerta que él sólo se prolongaba su agonía. Contaba las horas, pidiendo a Dios que terminara su infierno. Sólo el niño salió corriendo y vio a su padre desangrándose, en la banqueta. Brincó sobre el cadáver y no se detuvo. Siguió caminando sin detenerse. Día y noche caminó por las calles del pueblo con la razón perdida, mientras que a su madre ya no encontró fortaleza para salir a buscarlo. Se quedó en su rincón resignada a perderlo

todo, a esperar sólo a que le llegara la muerte. Dejó abierta la puerta para que su hijo entrara a descansar de su interminable recorrido y sólo escuchaba ruidos todas las noches de alguien que llegaba. Por la mañana revisaba los cuartos cuando aclaraba y los encontraba vacíos.

El muchacho siguió caminando por el pueblo hasta mucho después de que muriera la madre. Se paraba en las casas cuando estaban comiendo, frente a la cocina, a esperar que alguien le diera un taco, para saciar el hambre, o algo de beber para calmar su sed. Luego seguía su recorrido sin salirse del pueblo. Nunca le faltó comida ni ropa para vestir. Le regalaban cuando lo ven en harapos y así siguió por el resto de su vida, vagando sin que le faltara sustento, en ese pueblo que con tanta saña le había arrebatado todo; donde la maldad no tuvo límites pero también donde abundaba la gente buena.

CAPÍTULO VI
Plutarco El Del Molino



A media mañana llegó Plutarco del Norte. Bajó del autobús en la carretera donde comienza la brecha. Traía el corazón crecido de tanto gusto y los pulmones hinchados, cargados de aire puro. Caminó por la cuesta bañada de un sol hermoso que iluminaba los cerros, adornados por la sombra de su silueta. El resplandor le daba un color más verde a los árboles. La hierba seca se teñía de dorado y hacía más profundo el azul del cielo. Iba contemplando el paisaje, abarcando todo con la mirada, metiéndolo a sus adentros con la sensación que un cosquilleo suave le rasguñaba el alma. Se le removía por dentro la alegría, tratando de escapar, como si no cupiera en el pecho. La prisa que traía por llegar le hacía más ligero el peso de su equipaje. Cargaba en sí una mochila llena de dulces, una grabadora negra, con dos bocinas enfrente, una cartera repleta de dólares y un velíz azul marino, enorme como un mundo, y tan pesado que ninguno de los que fuimos a encontrarlo pudo cargarlo. El velíz tenía herrajes cromados en las esquinas como baúl de corsario. Tenía presillas de cuero igual a un cincho de mula y una chapa de argolla remachada por un candado de combinación con una rueda que giraba llena de números, y se abría igual como se abren las cajas fuertes.

Todos jugábamos en la plaza a la hora de recreo, cuando nos deslumbraron sus rayos. Dio vuelta en la última curva y agarró la recta final, donde la brecha termina, cuando una luz se dibujó en las paredes del templo. Eran los destellos que reflejaba el velis azul reluciente de Plutarco que desviaba los rayos con el zangoloteo de cada paso. Todos corrimos a su encuentro llenos de júbilo, sin saber de quién se trataba. Era sólo el que venía sudando a chorros agobiado por el peso y la larga distancia que había recorrido antes de llegar a su casa.

Aunque era alto y corpulento, el peso lo traía ladeado. Venía empapado de sudor con el cabello mojado, como recién salido de un charco de agua. Tenía las mejillas infladas por la gordura con un color rojo encendido a flor de piel y parecía que la sangre estaba a punto de bro-

tarle por los cachetes. Al ver que todos nos acercábamos, se detuvo a esperarnos y se sentó en su vélez a descansar un poco y normalizar su respiración.

Desde el primer momento en que lo vi me cayó mal porque se comportó como si fuera un pícaro. Se hizo el interesante aunque a todos nos conocía. Nos trató como si fuéramos unos extraños que tenía varios años sin ver y eso no era así, sí a cada rato venía. Tenía un chorro de muchachos y ini modo que los hijos le hayan llegado por el correo! Lo hacía con la intención de endilgarnos a todos un sobrenombre, que para eso se pintaba solo.

—Tú el de la panza de batea y aquel que parece pinacate, deben de ser hijos de mi tía Rebeca. Seguro que sabía bien de quién se trataba —Y tú con el pelo de cepillo, debes de ser sobrino de don Bombillo. Y ese mulo que anda peleando, ha de ser pariente de don Chalío, que cuando se enoja, le da mordidas a su burra, dijo, porque me vio discutiendo con los demás, tratando inútilmente de levantar el velíz.

A pesar de que se negó a que le ayudáramos con el equipaje, todos lo acompañamos hasta su casa, donde lo recibió su esposa y sus hijos, con más sorpresa que gusto. Al instante nos dimos cuenta de que era un hombre acostumbrado a mandar porque llegó dando órdenes. Primero le pidió a su hija mayor que fuera al arroyo y le cortara un manajo de berro y luego le pidió a su hijo que le llevara una bolsa de guaches. Mientras le llevaron el encargo, abrió su mochila y a cada uno nos dio un puño de colaciones y cacahuates forrados de azúcar en forma de huevo de pájaro Después que llegaron con lo pedido, tomó un balde y todo lo desinfecto con agua de sal luego entró a la cocina, tomó un plato, lo llenó de frijoles con abundante caldo, le picó dos chiles de árbol y la mitad de una cebolla. Colocó a un lado los guaches y el berro y comenzó a disfrutar su banquete hasta que termino sudando de nuevo. Acabado el almuerzo lanzó un fuerte eructo, salió con un vaso de agua en la mano y comenzó a enjuagarse los dientes, escupiendo los desechos sobre las hierbas del patio, dejando salpicadas las flores blancas que colgaban de los floripondios.

Todos tuvimos que regresar a la escuela y una vez que se quedó sólo, tomó a su esposa por la cintura y los dos se encerraron en su cuarto. Encendieron la radio y ahí permanecieron hasta el siguiente día. Sus hijos regresaron de la escuela y no se atrevieron a despertarlo hasta que comenzó a caer la noche. Cuando ya no soportaban el hambre, les tocaron la puerta.

—Estamos grabando, respondió Plutarco. No podemos abrir porque estropeamos la cinta. Cenen lo que puedan y se acuestan a dormir que ya mañana nos vemos. Después de nueve meses apareció la nueva grabación de Plutarco, nació su quinto hijo.

Como Plutarco no era hombre de iglesia, a la mañana siguiente no hizo lo que hacían los demás cuando llegaban de lugares lejanos. Se hincaban en la puerta del templo y de rodillas se iban hasta el altar, agradeciendo a Dios que les dio licencia de emprender el regreso y llegar sanos y salvos a su querencia, la tierra que desde lejos les arrancaba suspiros porque fue ahí donde dejaron extraviados los sueños.

Él agarró el camino del plan, cruzó el arroyo y subió la ladera a revisar la fauna y la flora. Buscó entre los matorrales nidos de codorniz y echaderos de conejos. Bajó los arbustos, revisó los espiaderos de las palomas, se acercó a la ceja buscando guarichos de somotillo colgados en la peña luego se regresó abriendo los garruños en busca de panales de abeja real. Después se trepó a los palobobos y no bajó hasta que se llenó de miel como las abejas, dejando exprimidas un sin fin de flores regadas en el suelo como plumas de escarcha. Hasta que se sintió satisfecho, regresó a la plaza a saludar a varios de sus amigos que ya se encontraban reunidos, sentados en las gradas, calentándose bajo los intensos rayos del sol. Entre ellos estaba el Cuervo y otros que no simpatizaban mucho con él como don Bernabé el de la tienda y Layo, al que poco le agradaban sus comentarios y bromas.

—Pasan los años y aquí no se ve progreso, dijo Plutarco, recorriendo el entorno con la mirada. —¡Ve nomás qué viviendas, todas cuarteadas! Vale más una cornisa de ese templo que todas las casas juntas. Somos el rancho más atrasado de la comarca, el que menos trabaja, pero eso sí, el que más reza. Todas las piedras donde se sientan tienen dibujadas sus nalgas de tanto que las usan. Mañana mismo comenzamos a transformar todo esto, ¡ya lo verán! y se fue acompañado del Cuervo, mientras los que ahí se quedaron lo tildaron de loco.

El siguiente día llegó a la hora de recreo, manejando una camioneta equipada con cajones para la construcción, una cuadrilla de ladrilleros y dos albañiles. Entre ellos también andaba uno que se jactaba de ser titulado, no porque tuviera un certificado, sino por el número de cervezas que ingería cada fin de semana cuando cobraba la raya. El otro era apenas media cuchara. Los instaló en un cuarto de la casa a pesar de las protestas de su esposa, que tenía que moler y hacer tortillas

media mañana para dar de comer a todo el ejército de peones que su marido había acuartelado.

—Serenate mujer, con calma, decía. —Que muy pronto vas a tener una máquina que sola haga las tortillas. Tú lo único que vas a hacer es comertelas. No te desesperes, hay que desayunar antes de almorzar.

—Mientras eso ocurre se me pudre el lomo de tanto moler. Me voy a hartar antes del desayuno si no acabas pronto con esto, le contestaba la esposa enojada pero con cierta resignación, porque era de las que pensaba que no hay mal que por bien no venga, o no hay cosa mala que se prolongue toda una vida.

Por la tarde nos invitó a todos a dar un paseo por el pueblo. En poco rato tenía la camioneta llena de muchachos. Después de recorrer varias calles paramos en una tienda. Entró y casi al instante salió con una nota en la mano acompañado de un empleado que portaba una llave para abrir la bodega. Luego nos llamó a todos para que ayudáramos a recoger lo que había comprado. Eran sacos de cal y cemento para la construcción. Después de que regresamos y descargamos aquello, nos invitó a pasear por el río y al terminar el paseo nos pidió que le ayudáramos a llenar la camioneta de grava. Para él fue sin duda una forma de aprovechar el potencial y la fuerza de trabajo que a su alcance llevaba. Y para todos nosotros fue la oportunidad de asomarnos al mundo porque había varios que no habían caminado más allá de la ceja. Al final todos formamos parte de su proyecto porque algo aportamos en cada cosa que hizo, en cada piedra que movió y en cada ladrillo que puso, a todos nos aprovechó. Pero también de él aprendimos otra forma nueva de percibir el mundo. Nos enseñó que todos éramos iguales, que ninguno era superior al otro. Era mejor trabajar unidos en equipo y a pensar en hacer cosas más grandes. Nos enseñó a soñar. De él aprendimos que los sueños van lejos y son infinitos como el horizonte que se pierde o se encuentra cuando se trasmontan los cerros.

Antes de que amaneciera ya habían comenzado la construcción de la nueva tienda a un lado de la plaza. Cuando los vecinos se levantaron ya tenía los cimientos hechos. Caminaba como un agrimensor, con su cinta en la mano y una libreta echando medidas, anotando números y haciendo cálculos. Todos los que llegaban le preguntaban que qué andaba haciendo y a cada uno le daba la misma explicación hasta que se fue enfadando de repetir el mismo cuento a todo aquel que llegaba.

—Voy a hacer una tienda donde se vende de todo, porque en las que hay aquí no se encuentra ni un huevo, ni un rábano, ni una cebo-

lla ni un tomate. Todo el que llega a visitarnos se va con la sensación de que nos estamos muriendo de hambre, porque no encuentra nada para comer. El que viene se regresa con la misma hambre que trajo y de tanto repetirlo término en estribillo.

—De veras que esta vez Plutarco llegó más trastornado que nunca, dijo don Bernabé, el de la tienda que veía con desconfianza la competencia.

En tres meses inauguramos la tienda. Era un edificio amplio con dos grandes ventanas al norte y al sur, dos puertas hacia el poniente, y una marquesina para proteger a los clientes del sol y la lluvia. Era el mismo diseño que tenían las otras tiendas, solo que esta tenía ventanas y no claraboyas como las otras. No abrió hasta que todos los anaqueles estaban llenos de mercancías y el mostrador cubierto de frutas y legumbres de varias clases. Bajó un tocadisco de su casa y colocó las bocinas al lado de las puertas para que la apertura fuera con música. Allí lo dejó para los que andaban enamorados, por unos cuantos centavos podían dedicarle una canción a la novia. Pero también para aquellos despechados que andaban derrapando podían mandar por medio de la música un mensaje a la ingrata. Todo le salió como lo había pensado, lo único que le faltó fue la bendición del cura, como era costumbre en estos lugares.

Más tarde llevó un proyector de películas mudas, pero como solo tenía cinco rollos, en poco tiempo nos enfadamos de tanto repetir las mismas películas. También llevó un refrigerador para que en tiempo de calor dejáramos de tomar la Coca-Cola hirviendo.

Después de la apertura de la tienda construyó una bodega a un lado que comunicaba a la tienda solo por una ventana. Era el lugar donde sacrificaban los cerdos, hacían las carnitas, chicharrones y el chorizo. En unos cuantos meses él abarcó la mayor parte de la clientela. Mi madre que era de las que no daba su brazo a torcer, fácilmente se empeñó en darle frente. Todos los sábados recorría todos los puestos del mercado, regateando los precios para poder vender más barato que el adversario, y así por un tiempo logró hacerle sombra, hasta que regresó mi padre del Norte y convirtió la tienda en casino.

La plaza dejó de ser el centro de reunión para todos. Al caer la tarde uno a uno comenzábamos a llegar a la tienda ya cuando Plutarco se había desocupado de sus quehaceres. Al anoecer comenzaba la música, el cine, las partidas de dominó, la baraja o simplemente discutimos los temas del día, la política o tontos alegatos de cosas super-

fluas, que no tenían ninguna importancia, pero que hacían parte del ambiente que se prolongaba más allá de la medianoche.

Plutarco era atento y a todos nos trataba igual. Para él no había diferencia de clases. A todos nos daba consejos y a todos nos regañaba cuando era necesario. Todos lo seguíamos como los pollos siguen a su gallina. A donde quiera que iba siempre andaba rodeado de muchachos. Nos atraía como la miel cuando se llena de moscas. Para nosotros nunca hubo otro como él. Jamás llegó alguien que lo igualara, que tuviera ese arrastre. ¿Cuántas veces nos enfrascamos en acaloradas discusiones, que estuvimos a punto de llegar a los golpes y al siguiente día, al amanecer, me estaba tocando la ventana para que lo acompañara a algún lado? No había un espacio en él, donde acumular los rencores.

Más tarde con la ayuda de todos, comenzó la construcción de la bodega para su molino. Era un espacio grande que se separaba por un muro que hacía un cuarto pequeño, en donde colocó el molino de maza y en el espacio más grande colocó el molino para el forraje, con un motor de varios caballos de fuerza. Al centro colocó el motor, podía girar a ambos lados; sólo cambiaban y utilizaban la misma banda. El electricista que fue a instalarle el motor le advirtió que para mover esa maquinaria iba a necesitar una fuerza trifásica, puesto que la fuerza de luz que aquí tienen para hacer girar esto no es suficiente.

—Usted instale todo y deje sólo los cables para la toma de fuerza y el resto déjelo por mi cuenta.

—Recuerde usted que el motor es trifásico, le volvió a repetir don Manuel el electricista antes de despedirse.

Poniendo oídos sordos a las advertencias de don Manuel, después que lo dejó en el pueblo, pasó a la compañía de luz y fuerza para que le instalaran la corriente eléctrica en su bodega. Cuando estos fueron encontraron un edificio cerrado y sin indagar lo que adentro había hicieron su trabajo. Plutarco entusiasmado mandó a imprimir cientos de volantes para hacer propaganda de su negocio y hasta en su camioneta, mandó pintar en las puertas lo que los volantes decían con letras grandes MOLINOS PLUTARCO; en el papel con letras pequeñas daba una lista detallada de lo que se hacía en el complejo.

En las vísperas de la inauguración, recorrimos todos los ranchos y en cada uno, nos dispersamos por las casas, repartiendo volante y anunciando la inauguración del molino para el próximo fin de semana.

Era un sábado, y desde temprano comenzó a llegar la gente con atajos de burros, machos y yeguas viejas, cargados con sacos de mazorca,

molonco podrido, cargas de manojos de hoja y rastrojo, paja de frijol, y hasta costales de olotes. Fueron descargando sus bestias conforme iban llegando, separando las cargas para que no se confundieran y cambiaran de dueño. En poco rato ya no había espacio donde colocar tanta carga y en los árboles ya no cabían los animales amarrados de sus ramas, y comenzaron a tirar patadas unos a otros.

Por fin Plutarco abrió la bodega acompañado de varios peones frente a aquella multitud que se mostraba impaciente. Revisan que todo estuviera en orden, la banda bien colocada y a una seña de Plutarco levantaron la palanca del interruptor. El motor comenzó a girar despacio. Se escuchaba el sonido de los martillos al caer, haciendo un ruido ensordecedor, pero no se percibía que aumentará su vuelo. El avance era lento, luego Plutarco tomó medio manajo de hoja y lo empujó por la boca del molino. En ese instante se escuchó un trueno que venía de donde estaba el transformador. El motor se detuvo, terminó el ruido y el molino quedó atascado. Desde el transformador, comenzó a escucharse un chillido ensordecedor, más intenso que el que hacen cientos de chicharras en punto de medio día. Todos corrimos en dirección al sonido y al llegar encontramos las dos barras de los fusibles colgando de los alambres, y una flama azul se dibujaba entre el cilindro y las dos cuchillas. Esto era lo que provocaba el sonido.

Al pie de los postes había un hombre tirado en el suelo, revolcado en el polvo con la cabeza metida en un matorral, y un balde al lado. Pensamos que estaba muerto, pero no, era don Bernabé, que al ver arder aquello, le lanzó el agua del balde sobre la flama y al contacto, la llama se inflamó y se regreso siguiendo el agua como una lengua de fuego. Él asustado, se tiró al piso y para protegerse escondió la cabeza bajó la yerba y se tapó con el sombrero. Tenía la frente hinchada por el impacto de un tronco.

La gente decepcionada comenzó a cargar nuevamente sus burros y sus machos. Molestos lanzaban pestes contra Plutarco que no sabía cómo disculparse. Estaba tan asustado que no encontró qué decir. Todos comenzaron a descolgar sus bestias para cargarlas nuevamente. Así como llegaron se fueron. Comenzó el desfile interminable de animales cargados hasta que el último se perdió en la primera curva de la brecha desde donde todavía le lanzaban maldiciones o le hacían con la mano señas obscenas a Plutarco que estaba aturdido y preocupado, porque ya sabía lo que se le venía encima.

Mi padre y sus amigos, desde la tienda, esperaron a que llegara don Bernabé porque no tenían el cuadro completo. Llegó demacrado y pálido por la impresión. Tenía la frente untada de sebo para que se le bajara lo hinchado. Todavía se quedaron viendo el desfile de animales cargados que regresaban. No comenzaron su partida de dominó hasta que desapareció el último arriero.

—Las cosas que se le ocurren a Plutarco, dijo Layo. Querer comenzar un negocio sin la bendición del padre, es irse derecho al fracaso.

—Eso es ofender a Dios, dijo don Bernabé. —Por eso manda sus señales. Si fue el “mesmo” diablo que salió de adentro del tambo, lanzando bocanadas de fuego. Eso no era humano si no le hubiera topado.

—Que te “dites” de topes con él no hay duda, dice mi padre. —Si todavía “trais” las llaves del diablo pintadas en la frente, y soltó la risa.

Todos se rieron menos don Bernabé. Se sentaron a mover sus fichas, sabiendo que iba a ser corta la partida porque se acercaba una noche oscura. A ninguno le alcanzaba la vista para ver las jugadas con la lánguida luz de una vela.

A pesar de todo, Plutarco no perdió la ecuanimidad y mandó a uno de sus empleados a que le llevara dos cajas de aparatos de bombilla porque sabía que los iban a necesitar por la noche. Como siempre quería estar a la vanguardia, también pidió que le llevaran una lámpara de queroseno para iluminar la tienda. Cuando vio que esta no alumbraba lo necesario, la cambió por una de gas butano, y se iluminó la tienda como si estuviéramos un día de abril en punto de medio día.

Ya cuando se acercaba la noche comenzamos a buscar en los muladares los aparatos de petróleo viejos que ya se habían desechado. Los que no encontraron nada, acudieron al curato a comprar velas para alumbrarse con tal de no comprar las bombillas de Plutarco. Él era el causante del apagón y todavía se aprovechaba de la ocasión para hacer negocio con ello.

El siguiente día fue domingo, día de misa. Cuando llegó el padre Ambrosio, sus más cercanos ya lo esperaban con la noticia. No sé qué le molestó más, si la mala disposición que ya sentía por Plutarco, o que esta vez no iba a poder imponerles la misa a todo aquel que no quería oírlo, porque había colocado unos parlantes en lo más alto de la cúpula, para los que no se acercaban al templo. A la fuerza tenían que escuchar su sermón en cualquier lugar que estuvieran. La ladera regresaba el eco y eso hacía que sus palabras penetraran hasta en los rincones más escondidos de las casas. Toda la misa mostró su mal humor. Tenía la

ceja arqueada y el ceño fruncido y a cada palabra le asomaba la muina. No dijo nada hasta que terminó la misa, antes de dar la bendición final los detuvo. Antes de irse a casa, les pidió a todos que lo escucharan unos minutos, para que juntos hicieran una reflexión.

—Mi misión de sacerdote, al igual que mi deber de cristiano, es velar por este rebaño que el señor me ha encomendado y conducirlo a buen puerto. Los últimos acontecimientos me han consternado y me obligan a preguntarles: ¿saben bien dónde y en qué pasos andan sus hijos? ¿Saben si vienen a misa o se han alejado del templo? Se dan cuenta a qué horas del día salen? Y por la noche ¿los escuchan cuando regresan? Los invito a reflexionar y hacer un examen de conciencia para quitarse de los ojos la venda y limpiar esas lagañas que les producen ceguera. Deberían de vigilar en qué pasos andan antes del tropiezo. Sólo un ciego no ve que toda la juventud se ha alejado del templo, tentados por la mano del diablo, movidos por las influencias de aquellos que vienen de fuera; esos que llegan del norte trastornados, llenos de soberbia y no son capaces de asomarse a la puerta del templo. Llegan con ideas raras, queriendo hacer más que Dios, tratando de construir la torre de babel en un pozo. Son los causantes que nuestros hijos en vez de recogimiento, se pierden en el placer, el juego, el libertinaje, y quizá hasta la herejía. Cuidado con aquellos que los arrastran como borregos, que quieren cambiar las leyes divinas convirtiendo en día la noche y la aprovechan para hacer sus desmanes amparados por la sombra. Esto que pasó no es más que un aviso de Dios, antes de descargar el látigo del castigo. Es una advertencia para que se enderecen y vuelvan a tomar el camino. Ese al que todos conocemos es el culpable de que nos hayamos quedado a oscuras y nosotros las víctimas que vamos a sufrir las consecuencias, nomás por su terquedad e imprudencia.

Mi padre tomó su sombrero y salió del templo. Pasó frente al tío Juan de Dios y le dió un puntapié para que despertara. Todo el tiempo lo hacía como una costumbre. El tío sólo entraba a misa para dormirse en el templo. Se sentaba bajo la pila del agua bendita y el sermón del padre Ambrosio, que a muchos hacía llorar, a él lo arrullaba, y mi padre a la salida, lo despertaba.

Se fue derecho a la tienda y al frente vio a Plutarco que ya esperaba por su clientela y le preguntó a mi padre el porque se había alargado tanto la misa.

—Allá adentro están hablando de ti Plutarco, le dijo mi padre, con una sonrisa burlona. —El padre te esta dando tu enjabonada. Vale

más que te escondas antes de que vengan todos a lincharte, porque ya te torearon el avispero y no tardan en salir. Se te van a venir encima, como enjambre. Será mejor que te vayas.

—¿Cómo así Gregorio? contestó Plutarco descolorido e inquieto y preguntó: ¿Serán capaces? ¿Verdad que no?

—Son capaces de eso y más, y más mereces por terco, bien granjeada tienes una sogueada, mira que dejar a todos sin luz nomás por tu capricho.

—No me jodas Gregorio, en vez de ayudarme. Ves como ando de atribulado ¿Tú crees que se atrevan a hacerme algo? y vaciló en irse.

—No lo creo, porque todos son una bola de faldillones. Pero bien ganado lo tienes. Se le quedaba viendo fijamente a mi padre implorando con la mirada para que no hablara así mi padre notó y optó por cambiarle el tema.

—Piensa bien lo que haces Plutarco. Guarda tu dinero. Se me figura que nomás lo estás tirando con lo que haces. Estás gastando la pólvora en infiernitos y te va a pasar lo que a mi, que por quererme hacer negociante, tuve que vivir por casi seis años en el destierro.

—¿Y qué hago pues? ¿Ponerme a jugar dominó todo el día como hacen ustedes? ¿Qué negocio es ese?

—No es ningún negocio, pero por lo menos no pierdes y te diviertes y no tienes que andar escondiendo la cola como tú andas ahora, contestó mi padre. —En estos lugares, lo que más te reeditúa, es no hacer nada, lo dijo sin poder esconder cierta amargura volteando hacia la ladera. —Aquí sólo está bien venir para esperar la muerte.

Cuando todos salieron del templo, pasaron frente a Plutarco pero ninguno se atrevió a decir nada. Solo algunos lo miraron de mala manera y se pasaron de largo. Luego todos los muchachos lo rodeamos, haciéndole bromas y burlas, y hasta exagerando lo que el padre dijo, para que se relajara, y así demostrarle que en las buenas y en las malas, podía contar con nosotros.

El coraje que sentía el padre Ambrosio, en parte, se debía también porque uno de los que ahí nos reunimos por la noche traía intranquila la conciencia. Para apaciguarla en una forma ingenua fue a confesarle al padre que en la tienda de Plutarco, pasada la medianoche, pasaban películas obscenas. De las cinco películas que Plutarco tenía, cuatro eran cómicas y sólo una era de una mujer que bailaba una danza oriental y en los quince minutos que duraba la película la mujer iba dando saltos y tumbos de un lado a otro, arrojando un sinnúmero de pañuelos con

los que andaba cubierta, para terminar desnuda de la cintura hacia arriba mostrando los senos. Esto le causó tanto desasosiego al muchacho que tuvo que ir con el padre a confesar su pecado.

Ese día Plutarco sólo abrió un rato su tienda. No nos llevó al cine como hacia todos los domingos. Nos pidió a todos que fuéramos a ayudar porque ya no soportaba el ruido que hacia el transformador. El ruido le entraba por los oídos y se le quedaba en la conciencia. Pensaba que con la explosión del transformador algunos cables se habían juntado y eso era lo que provocó el cortocircuito y levantó la flama.

Comenzamos con el transformador y recorrimos toda la red eléctrica, que se alzaba entre los nopales y copalillos que habían prendido después de haberlos colocado como postes, retoñaron y ahora eran árboles, subía sobre los huizaches y en partes casi arrastraba al suelo y se perdía entre la milpa. Luego se sostenía en un poste ladeado y entraban los cables a las casas por algún agujero de la pared, por una cuarteadura, o el hueco de una ventana. Cortamos ramas y pencas para cerciorarnos de que no estuvieran entrelazados los cables, pero no encontramos nada. Regresamos a la tienda cuando ya era de noche y como un día de tantos comenzamos con el mismo relajo hasta que a todos nos llegó el sueño y nos fuimos a dormir.

Plutarco llegó a su casa con un sueño espantoso, cansado y con el cuerpo molido. Sentía los párpados pesados y los muslos de las piernas tiesos por la caminata del recorrido. Se tiró en la cama y se quedó profundamente dormido. No pasaron más de dos horas cuando despertó sobresaltado. En el silencio de la noche no se escuchaba otra cosa que el sonido que venía desde el poste que sostenía el transformador. Se asomó desde la ventana del alto y pudo ver la iluminación que provocaba la llama. Se quedó un rato contemplando y regresó a su cama. Se acostó boca arriba con una mano doblada sobre su frente y se puso a reflexionar, hasta que se le acabó la noche y escuchó cantar los primeros gallos. Pensó que aquel sonido lo había despertado pero la realidad era otra. Aunque hizo un compromiso de pagar los daños, estas eran cosas menores. Existían cuestiones más importantes que le robaban el sueño.

En primer lugar sabía que el dinero se le estaba acabando y los ingresos no llegaban por ningún lado. El libro de las cuentas se iba llenando y ninguno se reportaba a pagarle. El fracaso del molino que si no se hacía una inversión fuerte para cambiar la red eléctrica iba a quedar allí como una inversión muerta. Pensó también en la humilla-

ción que sintió cuando la gente molesta le gritó y después hablaban y se burlaban de él mientras levantaban sus cargas. Se acordó de lo que le dijo mi padre, y volvió a pensar en el norte. Y así estuvo toda la noche; dándole vueltas al pensamiento hasta que los gruñidos de los puercos hambrientos y el bramido de las vacas lo obligaron a levantarse.

Ocupado charlando, ayudando a sus peones y dando órdenes a sus albañiles, señalando donde quería la construcción de los nuevos cebaderos, con el Cuervo a la par de el contándole chistes, deteniendo la cinta de medir, y el cuaderno de los apuntes, se le pasó media mañana. Entró a almorzar a su casa antes de bajar a abrir la tienda. En ese transcurso ninguno se dio cuenta a qué horas bajo la camioneta de la policía municipal y le entregaron un oficio al Comisario, para que se lo hiciera llegar a Plutarco.

Cuando este bajó a la tienda el Comisario lo esperaba en la puerta, con el oficio en la mano.

—Traigo este oficio para ti, Plutarco. Parece que algunos no se aguantaron y fueron a quejarse. Quieren que te presentes mañana temprano para que les des una explicación de cómo vas a resolver este asunto.

—Ya hoy o mañana vienen por el transformador para llevarlo a arreglar. Si ya me comprometí a pagar, ¿qué más quieren? ¿Que les regrese ahora la luz? ¡Ni modo que haga milagros! contestó Plutarco molesto.

—A mi no me tienes que dar explicación que yo no te cuestiono. Allá donde te la piden, es donde tienes que darla.

—Ya nomás eso me faltaba. Tener que ir a rendirle cuenta a esos tales. Le arrebató el sobre al Comisario, dio media vuelta y metió la llave en la chapa. El Comisario se retiró para evitar altercados. Plutarco entró a la tienda y se recargó al mostrador. Quiso abrir el sobre y lo aventó a un lado muy pensativo.

Otro día madrugó. Todavía no abrían la presidencia municipal y él ya estaba esperando, sentado en su camioneta. Pudo observar cómo todos los empleados del municipio fueron llegando, hasta que a lo lejos del portal divisó cuando se acercaba el presidente municipal, don Abundio Toledo, el secretario, Zeferino Macías y el candidato presidencial, don Juventino Limón. Iban rodeados de asesores y lambiscones. Venían charlando y caminando despacio. Pasaron junto a él y ni siquiera lo saludaron, a pesar de que andaban en plena campaña. Él los conocía a todos pero sólo tenía trato directo con don Juventino. al

entrar a la presidencia, todos se dispersaron. Solo los tres se dirigieron al despacho principal. Plutarco bajó tras ellos pero ninguno volteó a mirarlo. Sólo pasaron y dejaron entreabierta la puerta, cuando este se asomó. Ya los tres habían entrado al privado y comenzaron a discutir los pormenores de la campaña. Plutarco entró y se sentó en una silla a esperar que salieran pero ninguno se percató de su presencia.

—Ya escucharon el domingo las advertencias del diputado González, dijo el presidente municipal. No quiere sorpresas, aunque la oposición no pinta mucho, es mejor que tengamos mucha gente reunida. Es más fácil justificar así el triunfo que tener que meterle la mano a las urnas.

En ese tiempo no había mucho interés de otros grupos por el poder. Eran los mismos que a través de los años manejaban el gobierno y para comprobar que había eso que llaman democracia. Pero la democracia no era más que una cacareada forma de acceder al poder, donde la gente común era la que menos oportunidad tenía de obtenerlo, porque no contaba con los recursos para comprarlo. Cada tres años la presidencia se ponía a la venta, sin que hubiera otro grupo que por ella ofertara o que tuviera suficiente dinero para llegarle al precio. El mismo gobierno le destinaba a la oposición unas migajas del presupuesto para que hicieran un ruido que sólo se percibiera pero que no se escuchara.

El candidato era un comerciante muy conocido. Era de gente de mucho respeto, bien conocido en todo el municipio. Era alto y delgado con una personalidad fuerte y una presencia extraordinaria como de actor, pero era escaso de verbo.

—Tenemos presupuesto para tres ranchos importantes y sus conhornos, agregó el presidente. Pero ese dinero lo vamos a utilizar para arrimarnos gente. Hay quince mil pesos para cada delegación.

—El próximo domingo, dijo el secretario Macías, —Vamos a estar en Casas Viejas y la Quemada. Allí la gente se ha organizado y van a aportar otro tanto del presupuesto que se les asignó y quieren utilizarlo para llevar la luz eléctrica y bombear el agua hasta del mismo Río Verde si es necesario. Son gente de mucho empuje. Allí centra tu discurso en las bondades de la fuerza eléctrica y el progreso que lleva, le dijo al candidato. — Por gente no hay que preocuparse. Yo creo que la tenemos asegurada con tan importante obra.

Cuando Plutarco escuchó hablar de luz eléctrica se le avivó el seso, comenzó a imaginar y le dio vuelo al pensamiento. Se acercó hasta la silla más próxima para escucharlos mejor.

—Para el otro domingo la cita es en la Víbora y el Sombrerito; allí no se ha decidido en qué vamos a utilizar el presupuesto, así que podemos usarlo en las partes más vulnerables de la campaña.

— En ese lugar lo que necesitamos es concentrar gente, le dijo el secretario Macías al candidato. —Lo que usted necesita es un discurso cargado de promesas. Después que lleguemos ya veremos qué hacer, al fin que prometer no empobrece.

—Por último, para cerrar la campaña vamos a estar en El Encino, volvió a hablar el presidente. —También tenemos quince mil pesos; el problema es que ya le echó ojos el señor cura. Ya van dos veces que viene, y ese dinero quiere que se lo donemos a ellos para la construcción del templo que ya van para veinte años haciéndolo y no se vislumbra que lo terminen. ¡Listos los curas! ¡Para que no se les acabe el negocio! Allí de todos los lugares acuden a escuchar misa y el padre Ambrosio se compromete a desbordarnos la plaza.

Plutarco, que había cambiado de lugar, escuchó toda su conversación, y cuando notó que iban a salir, quiso moverse a donde estaba en principio, pero el secretario escuchó ruido, se asomó a la puerta y se dio cuenta de que un intruso había escuchado todo.

—¿Qué se te ofrece? le preguntó a Plutarco con una voz ronca y áspera. ¿Cuánto rato llevas aquí?

—Acabo de entrar señor, hace apenas un ratito, contestó Plutarco intimidado por aquel vozarrón. —Vengo porque ustedes me mandaron llamar. Aquí traigo el oficio y estiró la mano con el sobre.

—Siéntate. Vamos a ver de qué se trata. Tomó el sobre, sacó y leyó el oficio.

—Así que tú eres el que ocasionó el corto circuito. En buen lío te metiste Traes a toda la gente indignada y no digamos al padre Ambrosio que llegó con todos echando chispas y pidiendo que no te vallas de balde y te lleves un buen castigo.

—Sí, ya me comprometí a pagar por todos los daños. ¿Qué más quieren? Eso debe ser suficiente.

—¿Y todos los días que los vas a dejar oscuras? El gasto de bombillas y velas para aluzar. Eso no es cualquier cosa. Bien te vale un encerrón, que es lo que todos quieren; que te demos un buen escarmiento.

El secretario trataba de intimidar porque no sabía hasta dónde pudo haber escuchado, y tampoco sabía quien era Plutarco. Tenía temor a que este fuera a difamar sus comentarios.

—Pero ¿cómo encerrarme nomás por eso? preguntó Plutarco muy ofuscado. Son cosas que a cualquiera le pasan. Además, ¿para qué me quieren adentro? Nomás ‘pa que les aumenten el gasto de la comida? Si yo en mi vida nunca he pisado los batientes de una cárcel.

—Pues lo siento mi amigo. Va a tener que brincarlos porque de esto ni el bendito lo salva.

Plutarco palideció. Se levantó de su silla con ánimos de correr pero imaginó lo peor si intentaba huir. Ya se sentía agitado imaginando la carrera y sentía en sus espaldas los hierros de la policía. Antes de que nada ocurriera, volvió a sentarse porque sabía que él no estaba hecho para tal aventura. Si antes de iniciarla, ya había llegado al arrastre.

Cuando el candidato y el presidente salieron, lo vieron muy afligido y lo sacaron del desvarío. El candidato, don Juventino Limón lo saludó muy amable. Él era el dueño del almacén donde Plutarco se surtía de mercancías para vender en su tienda.

—Cómo van a encerrar a este muchacho, si no lo conocemos de ayer acá, dijo el candidato. —A menos que haya hecho algo grave. ¿Supongo que no mataste a nadie, Plutarco?

—¡Qué va! A quién voy a matar si soy yo el que estoy muriendo con tantos sustos.

—Ven acá Plutarco. Lo separo a una esquina, le puso una mano en el hombro y comenzó a decirle, —Yo te arreglo todo este lío que traes, pero tú a cambio, échanos una mano en eso de la campaña. Tú tienes buen arrastre con la gente, siempre traes el carro lleno. Llévalos a los lugares en donde vamos a estar. Apóyanos, no te vas a arrepentir. Piensa que el que a buen árbol se arrima buena sombra lo cobija. Ahora vete a tu casa y recuerda que nos vemos en La Quemada.

La noche del sábado en una olla enorme, Plutarco coció frijoles, y después en un cazo donde se hacían los chicharrones, los puso a freír con bastante chorizo y entre todos ayudamos a hacer los lonches. A puños rellenamos los panes, los envolvimos en papel, y los colocamos en canastas de pisar maíz, para el siguiente día darles un refrigerio a la porra del candidato. Plutarco, desde temprano comenzó a llevar gente. Recorrió todos los ranchos cercanos echando viajes. Era cerca de mediodía cuando el candidato llegó a La Quemada acompañado del diputado González. La plaza estaba atestada de tanto acarreado

que había llevado Plutarco. Los recibieron con ¡vivas! y un tamborazo que formó una familia con cinco músicos desafinados amenizando las porras.

Después de leer un breve discurso y agradecer por su presencia a los allí presentes, el candidato observó desde el templete que la mayor atención del público se la llevaba Plutarco cuando al pie de su camioneta repartía lonches y destapaba refrescos para toda la concurrencia. Bajó y se abrió paso entre la gente seguido del diputado González, el comandante de la policía municipal que les servía de guarura, y otros policías que delante separaban la gente. Se dirigieron a donde estaba Plutarco. Don Juventino le dio un abrazo de agradecimiento y lo presentó al diputado González. Después pasaron a una mesa a contestar preguntas del público donde Plutarco en una forma imprudente, se colocó en medio del candidato y del diputado. Se sentía ancho por las atenciones y se desbordaba de euforia. El comandante quiso cambiarlo de asiento, pero no sólo se opuso él a dejarlo, también el diputado, quien le ordenó al comandante que lo dejara en su sitio. Desde que cruzó con Plutarco las primeras palabras, se sintió atraído por su entusiasmo y como buen político sopesó el alcance de sus acciones.

También Plutarco se dio cuenta de que con otras tantas ollas de frijoles y varias cajas de refrescos, hasta él podía ser presidente.

La política siempre se manejó desde el centro como un pulpo enorme cuyos tentáculos alcanzaban todos los rumbos de la patria a través de los engendros que se regaban por los estados. Estos a la vez, con estructuras más pequeñas, controlaban los municipios y al final eran tantos brazos para llegar a los gentiles que bastaba una orden para comenzar a mover todo el sistema y peinar todos los rincones. Todos se movían como si se les tocara una trompeta o los alertara una campana. Todos querían ser los primeros en llegar como hijos del mismo padre que acudían a su llamado porque iban a repartir una herencia. El diputado González, no sólo midió el brazo de Plutarco, también calculó su peso y su alcance y comenzó a cortejarlo.

—Gente como usted son las que necesitamos en el partido, dijo.
—¡Estoy impresionado! ¿Cómo logró reunir a tantos? En ningún lugar a lo largo de la campaña habíamos logrado una concentración como esta.

—Pues verá usted Sr Diputado, que yo siempre he sido medio lengua suelta. El pico que le falta a don Juventino a mi me sobra y hasta se me hace rosca como perico. Por eso me dije: yo creo que entre él y yo

podemos hacer buenas migas, o como dirían por acá, si nos juntamos los dos vamos a hacer buena yunta.

—Ahora dígame una cosa don Plutarco, ¿a quien se le ocurrió hacer tantos lonches y quién le dio el presupuesto para hacer una cosa tan simple con semejante impacto?

—La idea fue mía. Los frijoles los aportaron mis muchachos. Cada uno llegó con su bolsita. Yo puse la manteca, el chorizo y el pan. Los lonches los rellenamos entre todos y lo demás lo hice con mis centavos, nadie me ayudó con un cinco.

—Mire diputado, dijo levantando la mano, señalando todo hasta donde la mirada alcanzaba. —Todos estos lugares están llenos de gente buena, a la que por años todo les han arrebatado, sin regresarles nada. Les cobran hasta por los rezos y cuando les vuelves algo son personas agradecidas, que se pueden echar a su bolsa, como si guardara unos centavos.

El diputado comenzó observar los rostros de hombres resecos de piel, curtida y dorada por el sol, que reflejaban el mismo semblante como si se tratara de la misma persona. En ese instante se dio cuenta de cuántas veces había pasado frente a aquellos rostros y nunca había sentido la curiosidad de detenerse a mirarlos. Sintió un poco de vacío y le pregunto a Plutarco.

—¿Apoco vienen porque tienen hambre?

—¡No, que va! contestó Plutarco. —Vienen porque los invitan, no porque se les da una torta. Les gusta que los tomen en cuenta. Se sienten incluidos no por la comida que ya acostumbrados están a comer poco. Cuando los buscas sienten que también son importantes aunque los tengan marginados.

Después que el candidato terminó de contestar las preguntas dio por terminado el mitin. La gente comenzó a retirarse y él se dirigió a Plutarco para agradecer los servicios prestados. También Plutarco aprovechó la situación para lanzar el sablazo. Se quitó de en medio, se retiró un poco y con las mejillas encendidas, como si sintiera vergüenza, comenzó a decirles, vacilando un poco con las palabras.

—Aprovechando pues, que, están aquí juntos pues, me gustaría contarles algo. A lo mejor, pos no es el momento apropiado, pero son cosas que me urgen porque ya hace días me traen muy mortificado. Y es que como en su tierra nadie es profeta, pos yo en la mía, conmigo, anda toda la gente molesta. Y aquí como don Juventino sabe, traigo a todos encima nomás porque les troné el maldito transformador. Lo

peor de todo es que tengo mis molinos parados. Pero aunque tengo que arreglar el perjuicio, allí la luz apenas tiene fuerza pa que prenda un foco. En la noche sólo nos vemos en sombra, pero no podemos distinguírnos las caras. ¿Por qué no hacen como aquí y nos ayudan con la mitad? Puede que yo logre juntar el resto.

—No veo porque no. ¿Tú que opinas Juventino? preguntó el diputado.

—La cosa no es simple porque ese dinero ya lo tenemos comprometido. Además, tú Plutarco tendrás que comprometerte a juntar otro tanto, que es lo que aquí pagaron. Y lo otro es hacer algo para arrebatarle la lana al señor cura, que ya siente que lo tiene en el bolsillo.

Lo que planteaba Plutarco, aunque parecía sencillo, no lo era tanto, porque con eso se podía ventilar algo que siempre había existido: la cooperación entre los dos poderes. En este caso trataban de mantener esto oculto, para aparentar los principios revolucionarios de la separación de la iglesia y del estado. Algo debieron haber acordado entre el candidato y el diputado. Eran cosas tan añejas que a lo mejor la gente ya ni se acordaba. Si ni siquiera sabían qué querían decir cuando hablaban en sus discursos que el gobierno era laico. Mientras Plutarco acomodaba su gente, los dos tuvieron un consenso y cuando regresó, ya tenían el visto bueno para que él siguiera con su proyecto.

Lo queremos compensar don Plutarco. dijo el diputado. No le vamos a regalar nada, pero usted debe ganarlo. Ya vimos que para eso usted se pinta sólo. Así es que piense como conseguir esos fondos en quince días cuando cierre la campaña en su rancho. En ese momento, para Plutarco se abrió el cielo. Le tomó las manos al diputado y sintió impulsos hasta de besarlas

—Por favor señor, no me llame de usted. Dígame Plutarco nomás, y ya verá cómo le voy a recompensar esto y más.

Quedaron tan comprometidos los tres que al final dejaron a un lado todas las formas y terminaron hablando de tú. Plutarco logró juntar tanta o más gente en la Víbora y el Sombreretillo y espero a que llegara el gran día.

Las reuniones de la noche ya no fueron de diversión. La tienda se convirtió en un cuartel de campaña política donde discutimos parte de la noche la estrategia para conseguir esos fondos. Hablábamos de cómo convencer a los vecinos de aportar el faltante. Con la ayuda de los que Plutarco consideraba que éramos los más letrados, porque ya asistíamos a la escuela secundaria, escribimos breves discursos para

que el candidato los escuchara, y el público quedará convencido de la importancia de ese dinero para tener una luz fuerte de calidad, que respondiera a las necesidades actuales y no frenará el progreso en beneficio de las generaciones que vienen.

El domingo, después de la salida de misa, llegaron los candidatos. Al mismo tiempo llegó la caravana del candidato oficial, acompañado de todos los funcionarios de la presidencia. Venían en sus mejores carros mientras la oposición llegó en camionetas viejas, destartaladas y se colocaron en un rincón. Sólo se les acercó un puñado de inconformes, mientras don Juventino se situó al centro de la plaza en una fila de mesas que Plutarco había colocado, llenas de jarras de agua fresca para todos los asistentes. Esto les valió que toda la multitud los rodeara porque en la oposición no regalan ni agua. Las gradas les sirvieron como templete, tocaban Los Doroteos, la misma banda que los había acompañado las dos semanas anteriores, y el mismo pregonero dirigía las porras y anunciaba a los personajes. Sólo faltaba el diputado González. Como toda la concentración estaba dirigida a don Juventino, los opositores que no tenían tan siquiera una mesa, rápido levantaron su campamento y por falta de forum se retiraron. El puñado de hombres que los seguían, después de que se fueron, también se mezclaron entre la bola y terminaron con su vaso de agua fresca en la mano. La presencia del candidato hubiera sido breve porque él era de pocas palabras. Los que más hablaban eran sus allegados. Al igual que en los anteriores lugares el mitin se alargó mucho por las peticiones de Plutarco y la insistencia del padre Ambrosio de no dejar perder esos diezmos que ya eran suyos si no se hubiera atravesado Plutarco.

El Secretario Macías puso el tema sobre la mesa dándole una apariencia de democracia, honestidad y transparencia que ninguno de los ahí presentes pudo poner en duda.

—Tenemos ese dinero que el municipio le ha destinado al pueblo, dijo. —Y son ustedes a los que les corresponde decidir, dónde quieren emplearlo, porque sólo ustedes saben las necesidades que les aquejan. Nosotros sólo somos el conducto para hacerlo llegar y los responsables que los dineros que pasan por nuestras manos llegue a los más necesitados y favorezcan al pueblo.

—La gente se desvivió en aplausos y la banda comenzó a tocar una diana y el pregonero comenzó a corear las vivas al candidato.

Casi a empujones lograron arrimar a Antonio que iba a leer un discurso bien elaborado que Plutarco había encomendado a don

Secundino Legazpi un escribano del pueblo. Lo hizo con palabras tan elevadas y frases tan rebuscadas que ni el propio candidato logró entenderlo, mucho menos el pueblo. El que lo estaba leyendo lo hizo con tan mal lectura que dio la impresión de que hablaba en un dialecto raro o un idioma lejano.

Desde los corredores del curato el Padre Ambrosio escuchó con asombro las peticiones manipuladas de Plutarco y las intervenciones de sus enviados. Uno de ellos era don Marcelino Agredano un señor colorado y fornido de casi dos metros de altura que le decían el becerro, por lo bien dado; pelechado como un ternero cuando se crían con toda su leche. Tenía los pies tan grandes que no había calzado que le quedara. Cuando usaba huaraches los dedos se le salían entre las correas como chupón de niño. Los zapatos los cortaba en forma de cruz a la altura del dedo meñique para que respiraran los callos, aunque nunca hubo nadie que lo confirmara. Se jactaba de haber peleado en la revuelta cristera al lado de los soldados de Cristo, comandados por José Estévez y José Gómez, que protegían la frontera de los municipios que separaba el Río Verde desde su nacimiento en Zacatecas hasta su desembocadura en el Río Lerma.

—Si Dios hizo la luz y es el dueño de todo, ¿por qué le estamos regateado un dinero que es suyo? dijo. —Desde que yo era pequeño... y provocó la risa de todos, que lo vieron y se mofaron por su tamaño. —Siempre he sentido la presencia de Dios que camina a mi lado y nunca he necesitado luces artificiales para alumbrarme. porque siento que él me protege, y sin temor a equivocarme les digo, que sí, esos fondos los destinamos a la construcción de su templo. Él en agradecimiento, día y noche velará por nosotros. Podremos caminar a ciegas sin temor a machucarnos un dedo por un tropiezo.

Hasta al corredor del curato llegaron los aplausos que recibió el enviado del padre Ambrosio, —¿A quién acudimos para que llueva cuando el temporal es reseco? ¿A quién le rezamos para que desvíen las culebras o desbarate el granizo? Si no es a él. En la imagen de su Cristo, siempre hemos confiado y nunca nos ha dejado de la mano. Con sólo sacarlo a recorrer el campo se apiada de nosotros y nos manda la lluvia. Aleja las tempestades y hasta el viento detiene. ¿quienes son los ciegos que no ven estas bondades y las quieren cambiar por un triste foco que apaga una gota de agua cuando Dios es capaz de apagar el sol con un dedo? Vergüenza nos debería de dar, estar aquí tratando de arrebatarle unos pesos.

— Ya nos jodió el Becerro con tanta labia, dijo Plutarco. Sigues tú Gregorio, eres la última carta. Me paré en medio, entre el candidato y el público. Sentía que las corvas me temblaban, pero la cara de tribulación de Plutarco me dio valor y comencé a exponer las bondades y el progreso que trae consigo la fuerza eléctrica. Hasta al candidato que estaba a favor de Plutarco se le iluminó la cara, pero luego se me atravesó un gallo en la garganta y comenzó a apagar mi voz que terminó en chillido, casi en llanto. La idea se perdió en el camino porque no puede explicarla.

—Yo con todo respeto, dijo el Cuervo levantando la mano, tratando de remediar la situación. Digo aquí con pena, contradiciendo al tío Marcelino, al que le tengo el respeto de un padre, que Dios, con todo el poder que dice que tiene, pos ¿pa qué le sirven esos mugrosos centavos? Pos nos hacen más falta aquí a nosotros que a veces no tenemos ni pa comer un taco de sal. Y la luz que tanto peleamos, por si nos da una ayudita, pa que “aiga” más trabajo y comer tan siquiera frijoles o un taco con chile. Además, yo con tanto muchacho, cuando salgo al muladar a hacer mis necesidades, pos ya voy a oscuras sin saber donde piso. Cuando había luz yo salí sereno, sin miedo a los fantasmas y podía ver donde estaba el peligro. Si Dios desde arriba nos echara una miradita siquiera, se va a dar cuenta de nuestras calamidades. Seguro que también él prefiere que nos pongan la luz, al fin que su templo ahí va despacio. O a no ser que quiera que estemos oscuras, para que al menos en la noche no vea que nos rodea tanta miseria.

Los aplausos que recibió el Cuervo remendaron un poco la situación. La mayoría estaba a favor de que el dinero se entregará a la iglesia, aunque la verdad, ya todo estaba decidido a favor de Plutarco. Sólo hicieron un poco de sainete para que no resultara tan obvio. El día de las elecciones la plaza del pueblo estaba atestada de gente. El triunfo de don Juventino fue unánime, como eran todos los triunfos de los candidatos de ese partido, que a lo largo de muchos años no le había cedido a la oposición en toda la república un sólo municipio. Quince días después de su triunfo, mandaron llamar a Plutarco a la presidencia. Lo esperaban los mismos tres que estaban el día que lo citaron para pedirle cuentas, pero ahora lo recibían en circunstancias distintas, como uno más de los suyos. Lo abrazaron y se felicitaron unos a otros por su incuestionable triunfo, y hasta lo hicieron brindar con ellos. Haciendo gesto y con mucho trabajo logró atragantarse una copa de brandy, luego le entregaron un cheque por quince mil pesos

a nombre de la Comisión Federal de Electricidad. También le dieron una credencial para portar armas firmada por el General en jefe de la Quinceava Zona Militar, y otra credencial que lo acredita como Comisario del rancho. También le entregaron una pistola.

—Toma Plutarco, dijo don Juventino. —La vas a necesitar ahora que eres Comisario. Aquel que se te ponga pesado lo encañonas, nos lo traes a como dé lugar, y nosotros aquí lo arreglamos. Todo lo dijo en son de broma pero Plutarco, que siempre imaginaba las cosas más adelante lo tomo en serio.

—No señor, guarde su pistola, dijo con la voz trabada por la copa de brandy. —Yo para qué quiero eso si nunca las he usado. Capaz que me doy un balazo yo solo.

—Tómala Plutarco, dijo el secretario Macías. —Es nomás para que te vean con respeto.

Otro día acompañado del tío Juan de Dios y Anselmo, salió Plutarco a Guadalajara para firmar un contrato con la Comisión Federal de Electricidad. Dejaron allí los quince mil pesos de anticipo y se comprometieron a pagar otro tanto en dos plazos. Sería cincuenta por ciento al iniciar el trabajo y el resto cuando todo estuviera terminado. Lo firmó él como representante del rancho, con todas las credenciales que lo acreditan, y los otros dos como garantes comprometidos.

No pasó un mes cuando llegaron los ingenieros con su equipo de balizas, teodolitos, estadales, cadenas y cintas para hacer un levantamiento topográfico de la zona. Clavaron estacas sencillas con banderitas de colores: rojas, donde iban a colocar los postes de alta tensión, verdes para la corriente normal y estacas dobles donde se colocarían los transformadores. Alinearon la red de acuerdo a la calle y la distribuyeron de acuerdo a la posición de las casas, formando cuadros bien definidos para futuras calles.

Antes de tres meses bajó por la brecha una brigada. Venían en dos camionetas, seguidos de una caravana de camiones cargados de postes de concreto, rollos de alambre y herramientas de todo tipo y un ejército de obreros. Los hombres eran fuertes, atléticos, de piel áspera, curtida por el sol, uniformados de color *beige* con sus recias botas y sus cascos blancos. En menos de quince días levantaron toda la red pero después de eso tardaron meses en los detalles. La gente comenzó a murmurar de Plutarco. A él lo culpaban del atraso sin ningún fundamento. Primero lo hacían en secreto y al pasar el tiempo el murmullo infundió en varios desconfianza. Se arreciaron y se multiplicaron las

voces. Varios pensaban que las obras estaban detenidas porque se acabaron los fondos o se habían malversado y sin ninguna base, se fue divulgando de boca en boca, hasta que llegó a ser la comidilla de todos. Entre los mayores se comentaba que él utilizó el dinero en su negocio. Pero esto eran puras especulaciones; nada más alejado de la realidad porque el único dinero que tomó en sus manos fue el cheque que le entregaron los del municipio. Y los que perdieron ese dinero fueron los mismos que se encargaron de difundir los rumores. No se iban a quedar así porque lo consideraron como un despojo. No se hablaba de otra cosa en las concentraciones que se hacían a la salida de misa bajo los árboles que sombrean la plaza o fuera de los tendejones. Eran ellos los que lo pregonaban con el ardor de un perdido, regándose como pólvora que se inflama con un fósforo encendido.

Plutarco fue el último en enterarse; aunque le caló hondo logró fácilmente disimularlo.

—Cuando los perros ladran es porque están inquietos o alguna cosa les falta. Yo prefiero callarme mientras sienta que tengo mi pecho sano. Ellos que sigan azotando hasta que se les acabe la vara.

Desde su tienda observaba las bolitas que se concentraban en la plaza. Don Marcelino el Becerro, o don Bernabé, fuera de su tienda, o Layo y el antiguo Comisario, que se sintió desplazado y hablaba por despecho. Él, desde lejos los escuchaba con la pura intuición, como si sus palabras las acercará el viento. Con toda la paciencia del mundo, esperó que el tiempo le brindara una ocasión para poder encararlos. Hasta la tarde aquella Cuando Anastasio el Sapo arreaba una partida de ganado rumbo a la hacienda, una de las vacas fue empujada por la manada y cayó patas arriba. Al resbalarse en un pequeño risco, y al no poderse enderezar, esta se ahogó. El dueño de la hacienda que andaba de prisa atribulado porque tenía que salir a Guadalajara, le dio órdenes al Sapo para que se repartiera la carne entre los vecinos y le guardara el cuero para encorrellar canastas.

Anastasio se acercó a la plaza y les dijo que todo aquel que quisiera carne fuera a su casa por un cuchillo y una vasija y se repartieran entre todos el animal por que esas habían sido las órdenes del Aliado.

El primero en llegar fue El Becerro y su hijo. Traían un macho y dos canastas piscadoras atravesadas, colgadas de la cabrilla; varios cuchillos de diferentes tamaños y una chaira de afilar. Todos los que nos acercamos sólo nos quedamos rodeando la vaca porque don Mar-

celino y su hijo no dejaban que otro se arrimara. Plutarco bajó por la brecha en su camioneta y se detuvo a preguntar lo que pasaba.

—Se nos mató un animal, dijo el Sapo que ya andaba tomado con el pretexto de soportar la pena de que su patrón haya perdido una vaca. —Míralos cómo están todos rodeados, parecen perros, esperando que esos dos les avienten un hueso, si el dueño dijo que se repartiera entre todos.

El Becerro y su hijo siguieron su trabajo sin inmutarse a pesar de que Plutarco se les quedaba mirando, y todos esperábamos con la vasija en la mano con la esperanza que algo sobrara.

—¿Qué llevamos? le Preguntó Marcelino a su hijo cuando estaban a punto de terminar su trabajo. El muchacho le contestó.

—Llevamos el menudo, las tripas, el corazón y el hígado para una pepena, una paleta y las dos piernas.

—Bueno, contestó don Marcelino. —Entonces sólo vamos a cortar pa un caldito. Y con una hacha partió la costilla y el espinazo en dos y la embocaron sobre la mula y dejaron el resto de la costilla para que se repartiera.

—¿Así que nomás un caldito? les pregunto Plutarco. —¿Pos que van a hacer el caldo en la tarjea o qué? Si el dueño dijo que se repartiera entre todos, y ustedes ya se agandallaron de todo. ¿Para qué quiere tanto? Si usted ni siquiera necesita comer porque Dios lo protege. Así que deje la carne para todos y usted solo se lleva las tripas y el menudo, con todo y mierda si quiere, pero el resto se queda.

Lo dijo con el rostro encendido, y una voz grave, la sangre agolpada en la cara y los labios secos y una determinación tan firme, que dejó entre lucir la pistola para que reconocieran su autoridad de Comisario. A don Marcelino que sabía por qué lo increpaba, no le cupo duda que Plutarco andaba enojado. Muy bien sabía que le había dado motivo. Don Marcelino dejó que colocaran los trozos de carne sobre el cuero extendido de la vaca, y nos repartieramos mientras él se alejaba resignado, jalando del cabestro su mula.

Pasaron meses y la luz no llegaba. Ya no solo los del rancho estaban enfadados con Plutarco, también los de la Comisión Federal de Electricidad, que los visitaba cada semana, para exigirles, para regañarlos y nada le daba resultado. Puras promesas le hacían para sosegarlo hasta que enfadado con tanta vuelta acudió a pedir ayuda al Diputado González. Pasó por los pasillos y se sentó en los salones de espera, en el elegante despacho del Diputado, sin intimidarse. Hablaba con las

secretarías impecablemente vestidas, sin importar que él fuera usando sus peores garras, sus botas de trabajo raspadas por las piedras y descoloridas por tanto uso; sus pantalones deshilachados y sus camisas desteñidas de tanta lavada. Tenía una seguridad admirable.

El Diputado González que estaba acostumbrado a tratar con toda clase de gente lo trataba con amabilidad y hasta dejaba entrever cierta admiración que sentía por él, cuando salió a recibirlo.

—¿Como te va Plutarco? ¿Dime qué te trae por acá? Te he hecho esperar porque llegas así nomás de sopetón, sin ninguna cita. Yo tengo que hacer un hueco en mi agenda para poder recibirte. Pero dime ¿en qué puedo ayudarte?

—Vengo de la compañía de luz Diputado. Por eso ha de dispensar estas fachas. Ya hace días que quería llegar pero no me atrevía porque sé que usted tiene harto trabajo y yo no quiero darle más para que resuelva mis cosas. Lo que pasa es que estoy desesperado con lo que me presiona la gente. Ya me ven como un embustero, y hasta de rata me tratan. Y aunque no soy muy celoso al decir la verdad, ahora sí le aseguro que solo voy y transmito lo que aquí me dicen; puras mentiras y con la fama que tengo pues ellos piensan que yo las invento.

—A ver, a ver Plutarco. Barajéamela más despacio, que así no hay demonio que entienda qué pasa con la luz. ¿Y qué le hiciste a la gente para que ande molesta?

—Hacerles, nada. Sólo quise hacer un favor, pero me salió a medias. Todavía no lo completo, y como son unos tales que no entienden nada, ahora a mis espaldas me ofenden. Pero es algo que no está en mis manos resolver. Todo iba muy rápido. En quince días levantaron la red pero ya va para un año y los transformadores no llegan. Todo está detenido y conmigo todos están ofuscados. Piensan que yo tengo la culpa.

—Ten calma Plutarco, dijo el Diputado. Esto pasa en todas partes. A esa gente no les circula la savia y como todos sus equipos los ordenan del extranjero es normal que tarden meses. Pero vete sin cuidado que yo hoy mismo les llamo. No te prometo que mañana te resuelven, pero te aseguro que pronto van a tener el servicio.

Semanas después llegaron con los transformadores y un equipo de electricistas. Colocaron medidores y conectaron a la nueva red todas las casas. Cortaron los viejos alambres, los hicieron rollos y se los llevaron. De los pocos postes que había, algunos los aprovecharon haciendo leña.

Tardaron tanto en ir que a todos se les evaporó el entusiasmo. Plutarco probó sus molinos solo con la ayuda de dos peones, sin hacer ninguna propaganda, por temor a que le ocurriera lo que ocurrió en el pasado. Lo hizo sólo con la presencia de todos los que lo seguíamos, que llegamos arrastrados por la curiosidad de ver incorporada a nuestra aldea nuevas máquinas. Todos estábamos impresionados de ver cómo el molino se tragaba las brazadas de rastrojo y las lanzaba por una tolva ya trituradas. Primero le arrojaban puños, después brazadas y al final manojos enteros, y solo el ruido le cambiaba pero no se detenía todo lo convertía en polvo. Daba la sensación que entre más le arrojaban, más fuerza agarraba.

Todos estábamos fascinados pero en él no provocó ningún sentimiento. Ya hacía meses que lo habían desilusionado tantas habladas. Recibió tantas caradas y le hicieron tantas ofensas que cualquiera hubiera desistido. Pero él no. Siguió firme en su proyecto porque lo que inició como una ilusión, con el tiempo se convirtió en un capricho. Él pensaba así; que las cosas las consigues por obcecado, por qué te aferras a ellas, aunque te cueste, y en el camino te van arrebatando y se llevan algo de tí. Ese es el precio que hay que pagar hasta quedar incompleto y cuando todo se cumple no puedes seguir siendo el mismo; no puedes evitar que te quede un vacío.

Al día siguiente la desilusión fue mayor. Cuando inauguró el molino de masa sólo unas cuantas mujeres llegaron con pequeños baldes y ollas y al arrojar el nixtamal al molino se quedaba embarrada la masa en las paredes del depósito, y las señoras se iban disconformes porque pensaba que se les entregaba una cantidad menor a la que llevaban. Tampoco en el otro molino se vislumbraba un futuro. La caravana de arrieros que llegó el primer día jamás volvió a repetirse. Fueron llegando uno a uno como gotas de lluvia que cae en el desierto y se pierden entre la arena.

Fue entonces cuando Plutarco se dio cuenta de que cuestan caros los caprichos. Aquella aberración, que duró años, meses y meses, le robó completamente el pensamiento y el tiempo, haciendo a un lado lo que ya tenía, que también necesitaba de sus cuidados. Descuidó su granja. Las engordas de cerdos que salían en tres meses se prolongaba más de los cuatro y no salían al peso deseado. La engorda de ganado también se había retrasado y los molinos apenas generaban para pagar la mano de obra. No aportaban ni el gasto de la corriente que se consumía y la tienda la tenía muy descuidada con tanto viaje. La fruta y

la verdura se le podrían en el mostrador hasta que la arrojaban a los cebaderos de los puercos

Todo eso le fue mermando el ingreso hasta que se formó un enorme hueco, que al pasar de los meses ya no pudo tapar, y comenzó a acosarlo sus acreedores. Volvió a la boca de todos, los que como animales de rapiña, olfatean la pestilencia y se juntaban atraídos por el olor para destrozar a su presa con la lengua o a fuerza de picotazos.

Las noches se le fueron haciendo cortas y se le acababan sin probar el sueño. En puro pensar pasaba las horas. No dormía y toda la mañana andaba como sonámbulo. Los días eran agotadores. Trabajaba sin descanso para incrementar el volúmen de sus ingresos, pero los intereses comenzaron a devorarlo, y no había dineros que le alcanzaran. Destapaba un agujero para tapar el otro y comenzó a separarse de todos. Cerraba la tienda temprano y se refugiaba en su casa para encerrarse a pensar en la oscuridad de su cuarto, tratando de encontrar una ventana que le permitiera salir del atolladero.

Todos nos preguntamos: ¿qué le pasa a Plutarco que ya no es el mismo? El que siempre andaba rodeado de muchachos, ahora madrugaba y se iba sin invitar a nadie. Muchas veces se perdía todo el día sin hablar, y regresaba al anochecer derecho a su casa para no abrir la tienda. Yo que había encontrado con él mi primer trabajo, lo veía distinto y muchas veces no lograba entenderlo. Se movía de un lado a otro sin que terminara lo que andaba haciendo, con una inseguridad que no se conformaba con nada. Siempre andaba de mal humor con el pensamiento en otro mundo, perdido, hasta el punto que me repetía varias veces lo que tenía que hacer y en ocasiones se regresaba de la brecha para venir a repetirme lo mismo. Me orilló a dejarlo y me fui a pedirle ayuda a mis tíos y comencé mi propio negocio. Sin desligar completamente de él le seguí ayudando en mis ratos libres. No podía dejarlo así nomás por nomás cuando andaba tan perdido.

Pasaban los meses y Plutarco seguía en las mismas. En lugar de encontrar solución, más se le agrandaban los problemas hasta que no aguantó más. Una mañana llegó a tocarme la puerta cuando yo ya andaba levantado dando de tragar al caballo.

— Mándame ese muchacho en cuanto se levante, le dijo a mi padre, —que quiero hacer un negocio con él. Me gustaría hacerlo contigo, pero tú ya sólo piensas en las fichas del dominó. Además el que está chico me va a ser más fácil convencerlo; a ver si logro enredarlo.

—Con esa lengua tan larga que tienes eres capaz de atrapar cualquier mosca. ¿Qué te dura ese inocente bicho?, dijo mi padre y los dos se rieron por la ocurrencia.

Cuando llegué a su casa ya me estaba esperando con un rifle en las manos. En cuanto me vio se encaminó a la puerta. Se notaba muy serenado, así como fue antes porque de mucho divagar había solucionado su problema en una forma sencilla. Después de tantas noches de desvelo se sentía aliviado, liviano como aquel que por años lleva una carga y de la noche a la mañana se la quita de encima. Todo era cuestión sólo de tomar una decisión firme y pasar por encima de lo que sea.

—¿Te vas a la guerra? Le pregunté. ¿Por qué tienes tantas ansias de verme? y me contestó con la sonrisa de pícaro como lo había conocido.

—Qué guerra ni que nada. Voy a la ladera a ver si mato un conejo, para el almuerzo. ¡Pero que no me encuentre en el camino uno de esos habladores, porque se lo mandó a san Pedro!

—Qué vas a mandar; si tú eres incapaz de matar un Becerro.

—¡No! Es que ese becerro está muy grande; ese ya no es becerro, es buey, y se rió como en otros tiempos.

Subimos por el lado opuesto a la ceja y al no encontrar ninguna presa por el camino nos sentamos a media loma. Desde allí de la falda de la montaña se divisaban todas las casas. Él se quedó viendo todo el paisaje con el mismo detalle con que lo contempló la última vez que llegó, pero esta vez sin una pizca de gusto. Quería abarcarlo todo para llevar bien registrada la imagen. Sabía bien que se iba para siempre, que tal vez la vida era la última ocasión que le permitía desde esas alturas contemplar la sepultura de su proyecto. Y desde allí también contempló la muerte de todo lo que quedaba.

—Todo esto se acaba Gregorio, dijo muy triste. —No porque yo me voy; yo soy sólo uno más de los que se va, y a mi me lleva la vida. Lo digo por los que se lleva la muerte; aquellos que ya no les queda nadie que levanten sus ruinas, y señaló las casas caídas.

Era una mañana gris sin nubes, llena de un sol opaco, acompañada de un viento suave que arrastraba las voces de los niños que en la plaza jugaban. Se llevaba también, los bramidos de las vacas y los relinchos de los caballos, como el eco de una vibración que se aleja por la ladera, hasta perderse en el llano.

—No te pongas así, Plutarco. Te vas porque quieres. A poco te vas a intimidar por lo que habla la gente.

—¡No, qué va! Esos son los que menos importan. Pero ya tengo tiempo dándole vueltas al asunto, y aquí nomas no le veo solución. La única solución que encuentro la veo lejos. Se encuentra allá de donde vine y de donde nunca debí haber salido. Quería revivir todo esto que parece un enfermo que agoniza, pero ya veo que no tiene cura. Ya todo lo tengo decidido. Por eso te fui a buscar, para proponerte un trato. A todos los conozco porque han crecido conmigo, y tú sin duda eres el más terco de todos; el único que sólo ha iniciado un negocio. Siento que eres el que más lo merece. Espero que con tu estable no te pase lo que a mi. Lo último que me sobra son 18 vaquillas, y quiero que tú te quedes con ellas.

—¿Por qué vendes todo? le pregunté. —¿Y qué le dejas a tu familia?

—Es que ellos también se vienen conmigo. Voy a cargar con Chila y toda la Juanada, dijo bromeando, pero mostrando cierta amargura.

—¿Y qué pasa si ellos no quieren irse? Aquí nacieron y siempre han vivido aquí.

—Pues, si no quieren ni modo. Van a tener que conseguirse otro padre que los mantenga, y ella tendrá que buscar a otro muñeco, y uno como yo, ¿pos donde? Siempre bromeaba para dar salida a decisiones amargas.

Lo que me ofertaba era algo que no podía rechazar. Todo era a mi favor. El ganado en su precio. Aparte, me ofreció más de la mitad de lo que había construido, que utilizaba para la engorda de toros, para usarla el tiempo que yo quisiera sin pagar un cinco de renta. Y aún así, hubo algunos que le advirtieron a mi padre que tuviera cuidado con Plutarco porque yo estaba chico y podía amolarme enredándome con sus mañas para hacer tratos.

—Él sabrá lo que hace, decía mi padre. Ya está grandecito para llevarlo de la mano. Si se cae, el sólo que se levante, que también los golpes te hacen jinete.

—Además de las vaquillas que están en precio, me dijo, —Te presto por el tiempo que quieras mis corrales y una bodega y le dejo la tienda a tu padre antes de que se les vaya a venir encima la de él, y tengan muerte de sapo que esa, en cuanto venga un viento fuerte se cae. Y no creas que me importan los habladores que allí se juntan, pero sí me da apuro tu padre que siempre jaló parejo conmigo.

Salieron al atardecer cuando la plaza estaba vacía, soportando todo el dolor que causan los desarraigos. Su esposa que era una mujer admirable, abnegada y sería, sentía vergüenza de que la vieran. Hubiera

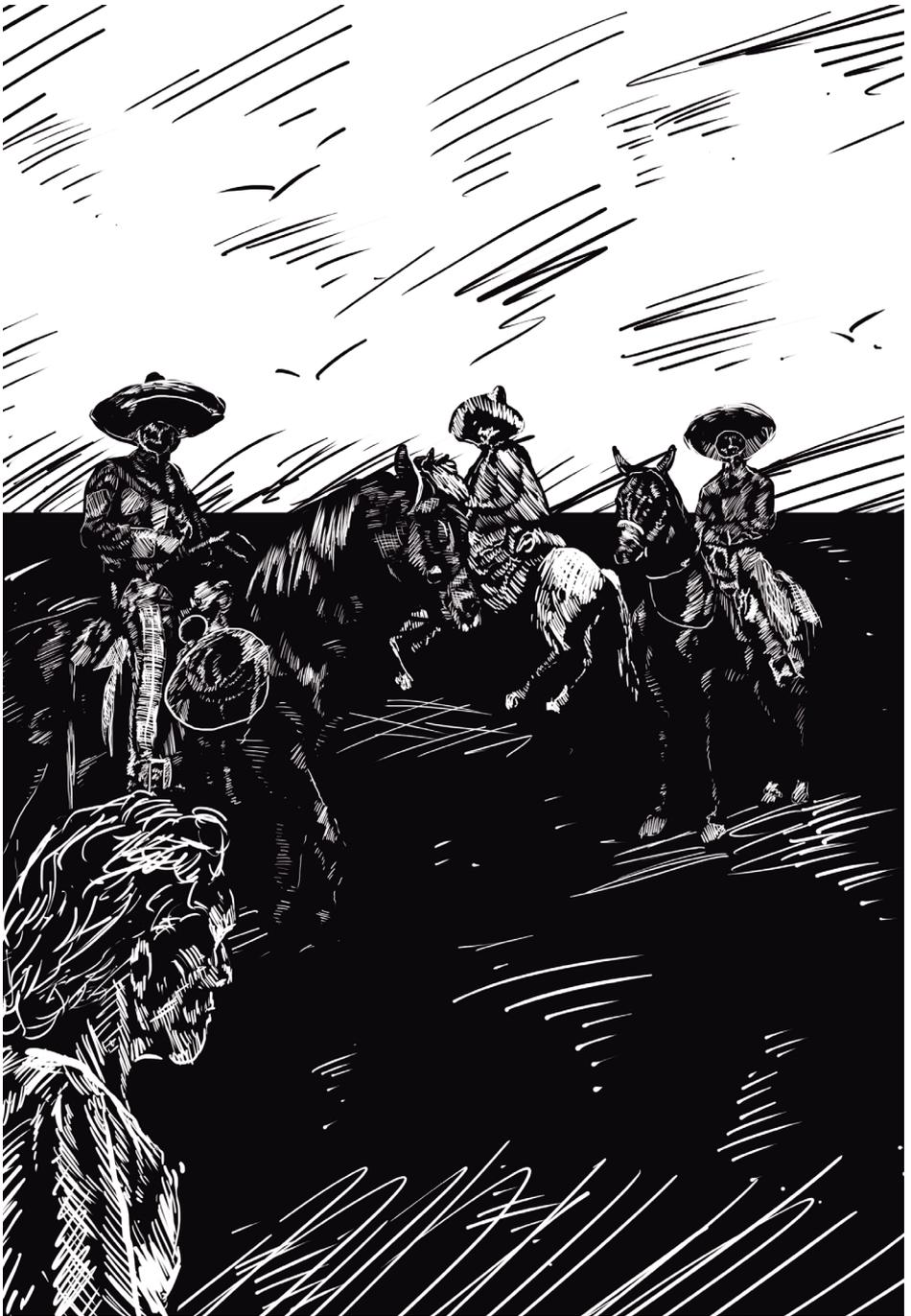
deseado que mejor en ese momento se la tragara la tierra con todo y sus criaturas, para dejar de sentir el oprobio y la humillación de tener por fuerza que abandonar su tierra. Iban todos bañados de un mar de lágrimas y Plutarco se atragantaba, tratando de tragarse el nudo que se agolpaba en su pecho, pero siguieron adelante mirando sólo de frente sin voltear a los lados para no ver a los pocos que salieron a levantar la mano, para decirles adiós.

Plutarco se fue para siempre. No regresó hasta después de muchos años cuando ya había pagado todas sus deudas, y era dueño de una cuadra de casas en el Norte. Sólo vino a malbaratar lo que le quedaba, y a contemplar sus ruinas. Ya no traía velís, sólo una pequeña maleta con espacio suficiente para meter su recuerdo.

La quiebra de Plutarco fue como un terremoto que inclinó no sé por cuántos grados la tierra, pero este centro de gravedad, por leguas fue desplazado. Desde que el molinero se fue el engranaje comenzó a descomponerse hasta que se detuvo el molino y el tiempo. Los mismos vientos que arrastraron a Plutarco, también se llevaron a los demás. Salieron en desbandada como si otra vez hubiera llegado la peste. Sólo quedaron los viejos y algunos ilusos que todavía pensábamos que era posible revivir un muerto.

Plutarco no murió, sólo se fue. ¡Hubiera sido mejor que se haya muerto! para que los demás no se fueran y no se hubiera llevado sus ideas a otra parte. Sino que nos las hayan dejado aquí, sepultadas también con él.

CAPÍTULO VII
Los Cuatro Hermanos



Gregorio era el mayor de cuatro hermanos. Una familia que ya venía marcada por la tragedia. Como si el destino les hubiera pintado una raya y alguien les haya dicho que estaba prohibido cruzarla, ya que en forma trágica y en término de un año los cuatro perdieron la vida. Los cuatro hermanos terminaron atrapados en un camino limitado ya señalado, donde no había salida, ni forma de emprender el regreso. Regados quedaron en un círculo pequeño marcado por el tiempo, en un espacio bien definido donde no había frontera. Cayeron como manojos secos que tumba el viento. A media vida quedó el tronco seco y todas sus ramas a mitad de la vida también murieron.

Su padre murió cuando el mayor tenía doce años. Cuando apalaba una vaca para ordeñarla, esta le dio una patada en la boca del estómago, que lo dejó inconsciente y sofocado por largo rato. Logró recuperarse para más tarde incorporarse al trabajo, y aunque el dolor desapareció, le quedó una pequeña molestia y una sensación de que algo malo le había ocurrido. El golpe fue tan fuerte que era inimaginable que no tuviera consecuencias más adelante.

Con el tiempo comenzó a sentir una pequeña inflamación al centro, en medio de las costillas. Resultó ser un tumor que fue creciendo. Aunque no le dolía cada mañana se tocaba y le daba la certeza de que algo se estaba desarrollando dentro de su cuerpo. Así como un azar del que brota una naranja que va ganando tamaño hasta convertirse en una fruta madura que comienza a pudrirse, después de haber terminado su ciclo.

Con el tiempo, el tumor le reventó, contaminando órganos vitales que en pocos días le causaron la muerte. Murió temprano igual que todos los hombres y mujeres de estas tierras que fallecen de enfermedades simples y se hacen grandes porque no tienen los medios ni el conocimiento para atacarlas. Y se van, sólo con la bendición del cura y el limitado efecto de los remedios tradicionales.

Quedaron los cuatro huérfanos y una viuda desamparada y sola, a su suerte para enfrentar el mundo. En un lugar hostil donde abundaban los buitres y la carroña que aparecían al menor olor a carne podrida.

Anselma, su madre, era una mujer recia acostumbrada al trabajo y a los sufrimientos como toda la gente de acá, a la que pocas cosas la intimidaba. Como solía decir, ya estoy vieja y curtida, para asustarme con el petate del muerto. Ese carácter heredado y transmitido a sus hijos les ayudaba para hacer todo más llevadero y enfrentarse al mundo.

Se lo ganó a pulso. Con el tiempo Doña Anselma adquirió cierto liderazgo en la región. Se fue ganando el respeto de la gente con sus bondades y su rechazo a la injusticia y una gran capacidad de resolver problemas de propios y extraños. Eso le ayudó a incrementar su humilde negocio de renta de bueyes que habían adquirido de su esposo y que más tarde utilizaron como base para desarrollar otros pequeños negocios que ayudaban a su subsistencia y a mantener activos a sus hijos que iban creciendo y todos tenían que estar activos. Para ella el ocio y la pereza eran padre y madre de todas las maldades y vicios.

Con mi padre, como hombre a la cabeza, convirtieron la casa en un lugar donde la gente de la región acudían a proveerse de lo más simple. Desde temprano bajaban por la ladera o por el camino real y aquellos que no tenían vacas llevaban leche; otros pedían frijol habilitado al tiempo, o maíz. Llegaban a rentar bueyes y pagaban con cargas de maíz las rentas pasadas. Llevaban novillos para amansar, Compraban quesos y panelas, pedían puercas o gallinas a medias. Era una casa donde siempre había gente y se conseguía lo indispensable. La gente comenzaba a llegar poco después de amanecer y se iban a la puesta del sol.

El lugar estaba situada en la desembocadura de un cañón, en medio de dos pronunciadas laderas y un diminuto valle. Allí estaba sentada la casa a un lado de un arroyo seco con vegetación abundante, que corría por el bordo de la ladera y solo llevaba agua cuando había lluvia.

Era una casa amplia de adobe con tres cuartos grandes, la cocina y un alto que se extendía a lo largo de los tres cuartos. Ahí se guardaban el maíz de la cosecha y el que recibían como pago de la renta de bueyes. Tenía puertas hacia donde sale el sol, un patio grande circulado por altas cercas de piedra, con huertos en frente, pegados a las paredes de la casa llenos de malvas, amapolas, orégano y hierbabuena. En las entradas no había puertas, solo un brinco y piedras empotradas a la pared, que sobresalen a ambos lados de la cerca en forma de escalera.

Era una protección nada segura que con frecuencia la violaban cerdos amañosos que trepaban los peldaños para entrar y hacer maldades en el patio. Había otro al otro extremo, a la salida donde se encontraba un corral que utilizaban como paridero o cebadero de puercos.

La mayor parte del día el patio estaba sombreado porque a lo largo de la cerca se levantaban altos árboles de guamúchil y un zapote que protegía la entrada de los rayos del sol por la mañana. Por la tarde se cubría de sombra por las paredes de la casa.

A la entrada de la propiedad había una puerta hecha de tablones de madera con dos columnas de piedra al lado. A la izquierda había una plaza de cerca con pilas de cantera alrededor donde tragaban las vacas y apartaban los becerros. A espaldas de la casa, por todo lo largo se extendía una canoa echa de piedra y mezcla donde engordaban puercos por manadas, que conviven amigablemente con vacas y gallinas. Hasta las ardillas bajaban a llevarse su sustento.

La propiedad se extendía al oriente por la ladera. Subía y pasaba al otro lado de la carretera donde Valentín, su otro hijo, cultivaba la tierra ayudado por medieros. Juan de Dios que era el más pequeño hacía lo mismo ayudado por peones que se encargaban de enseñarle el trabajo. Al poniente, la ladera era más pronunciada, la propiedad seguía por el bordo de la ladera y bajaba al norte donde había planadas para sembrar. Volvía a subir hasta llegar a los potreros del llano que utilizaban como agostaderos.

Todos estaban ocupados la mayor parte del tiempo. Cada uno tomó sus obligaciones desde muy chicos. Gregorio era el encargado del ganado y de los puercos. Era muy rudo porque así tenía que ser con los animales para dominarlos. Con la gente era amable. Aunque muchas veces andaba como un condenado lanzando maldiciones y piedras, con un garrote en la mano para poner orden con su establo de vacas o su manada de puercos. Cuando alguien llegaba, a pedir algún favor, se sentían intimidados por los gritos. Él al instante cambiaba. Era incapaz de ofender una persona sólo por que estuviera enojado. Los que ya lo conocían no le temían, pero los que no, se aproximaban a él con cierto recelo.

Habían pasado cuatro años desde la muerte de su padre y ya todo parecía superado. Habían comprado nuevos terrenos, pequeñas huertas pegadas a lo que ya tenían. Cuando una tarde a las metidas del sol, Apolonia, la hermana, divisó dos hombres que bajaban por la ladera y corrió a decirle a Gregorio, que estaba en el cebadero donde una

puerca estaba pariendo. Desde allí comenzaron a observarlos, aunque trataban de esconderse en la maleza. Aparecían en los claros que separan los arbustos. Uno venía sosteniendo al otro porque andaba herido. No los perdieron de vista hasta que llegaron abajo y se refugiaron en los matorrales de un arroyo. Al ver que no salían de allí, mi padre decidió ir a su encuentro antes de que cayera la noche. Se paró en lo más alto de los tepetates donde los alcanzó a ver y de inmediato los reconoció.

Era Norberto y Alifonso, dos primos que habían vivido allí en la casa de su tío Pedro, hasta que un día, de la noche a la mañana, desaparecieron. Traían a la gente encima, enfadada porque cada vez que llegaban a una casa, algo se llevaban. Tenían varios años perdidos y varias cosas se murmuraba de ellos. Por las condiciones en que regresaron, era obvio pensar que nada bueno les había hecho volver.

La casa del tío estaba situada más abajo de la casa de ellos, al bordo del mismo arroyo y separada por un plano de tepetate. El tepetate es una porción del suelo erosionado, que se va petrificando donde no crece ninguna planta. Esa franja les impidió llegar por temor a que al pasar por ese pedazo desnudo alguien los divisara. Esperaban que oscureciera para cruzar cuando mi padre los descubrió.

Venían estragados de varios días con el pelo alborotado y sucio, la barba crecida, la ropa desgarrada y sin sombrero; los labios partidos y resecos como si en varios días no hubieran probado el agua. Alifonso traía una pierna herida, desgarrada por un alambre de púas que le había cortado desde media pierna hasta la rodilla. Arrojaba pus por la herida y la manga del pantalón estaba tiesa, llena de sangre seca. Cuando se arrimó mi padre, percibió el olor a carne podrida, un tufo pestilente de animal muerto que comienza a descomponerse.

Ninguno ocultó el malestar que provocó su presencia. Los dos se sintieron intimidados y para contrarrestar comenzaron a hablar en tono agresivo, amenazante y fuerte.

—Buscamos a mi tío Pedro, pa que nos ayude a curar a este. Ven y asómate a ver si está y dile que aquí estamos. Pero ten cuidado de decirle a solas, no se te vaya a ir la lengua y le cuentas a alguien más que nos viste.

—Yo sólo vine a ver quienes eran para saber a qué atenerme. Para mi lo que hagan ustedes me tiene sin cuidado y si quieren cruzar háganlo ahora que de mi boca no va a salir una palabra. Pero tampoco

voy a llevar mensajes que no soy su mandadero ni mensajero de nadie. Les contestó así, en las mismas condiciones en que ellos le hablaron.

Se regresó como si nada le importara pero desde ese día ya no vivió tranquilo. Aunque no salían de la casa, ni se daban a ver, cuando Gregorio bajaba por la ladera de enfrente los llegó a ver a media mañana, asoleándose en el patio. Después de un mes Alifonso logró recuperarse. Al ver que el tío se incomodaba por su presencia, los dos desaparecieron en forma misteriosa. Igual como llegaron se fueron, sin dejar rastro, sin que nadie los viera. Pero a Apolonia y a mi padre les quedó la sensación de que andaban rondando, escondidos en la noche u ocultos en la maleza. La desconfianza se hizo mayor cuando Teodoro Escobedo, un amigo de mi padre, que trabajaba en las haciendas del llano, le contó todo lo ocurrido, y le advirtió que tuviera cuidado porque de un momento a otro podían venir a refugiarse al terruño.

En ese tiempo el camino de herradura que conectaba las ciudades de Guadalajara y Aguascalientes estaba infestado de bandidos. Una colina en forma de espinazo de puerco se desprendía de la sierra madre y se extendía por varios kilómetros, separando dos municipios al norte donde comenzaban los altiplanos del llano, y al sur donde comienza el valle que se extiende hasta las barrancas del Río Santiago.

La colina estaba densamente poblada de vegetación mayor, cubierta de grandes árboles de roble, encino, capulín y palo colorado. Era el lugar idóneo para que los malhechores se refugiaron. Los comerciantes de los dos municipios estaban cansados de tanta inseguridad al transportar sus mercancías y acordaron organizarse para acabar con esas bandas de rufianes que formaban grupos bien organizados. Comenzaron a dismantelar los lugares donde vendían mercancías robadas, luego se fueron al campo donde operaban. Disfrazaron a arrieros bien armados para tender emboscadas. apoyados por grupos de vigilancia, lograron que fueron cayendo una a una, hasta desbaratar la organización más importante: la banda del Víboro. Esta era la más temida por la crueldad con que trataban sus víctimas. Se decía que no sólo robaban sino que mataban y violaban mujeres. A ese grupo pertenecían, Norberto y Alifonso. Contra ellos fue el ataque más grande y en el que más cifraron su esfuerzo haciendo una operación bien planeada para proteger a su gente. Les tendieron un cuatros y ellos mordieron el anzuelo no les dieron tiempo de defenderse. En el operativo dejaron colgados de un roble al Víboro y a varios de sus hombres. Algunos lograron escapar, entre ellos los primos que se fugaron, gracias a que

conocían muy bien el terreno. Se internaron en el monte y después de varios días llegaron al rancho.

Después de que se fueron, mi padre sintió que se le quitaba un peso de encima, pero su tranquilidad duró poco. Cuando ya todo parecía normal volvió a aparecer Norberto. Venía solo sin ocultarse de nadie. Llegó en pleno día. Cuando el tío le preguntó por su primo, este no supo qué contestarle. Inventó una sarta de mentiras que no convenían a nadie. Para confirmar la mentira, a los pocos días encontraron el cuerpo de Alifonso, flotando en un remanso del arroyo, muy cerca de la junta del Río Verde. Más tarde, bautizaron el lugar como la pila del muerto.

A partir de allí y hasta el día de su muerte, la imagen de Norberto persiguió a mi padre como una sombra que ni con el tiempo pudo sacudirse. Fue como una enfermedad congénita, como un mal heredado incurable y siempre lo llevó en su conciencia.

Mi abuela Anselma los había acostumbrado a madrugar. Siempre se levantaban al amanecer, con el canto de los gallos. Todos se dispersaban, cada uno a sus obligaciones y regresaban a la hora del almuerzo.

Aquella mañana, como de costumbre, mi padre salió al corral llevando en la mano la cabrilla y los suaderos del burro. Después de apretar el cincho, colocó dos tarros y fue a encontrar a Apolonia su hermana, que ya lo esperaba con el balde en la mano, para irse al pozo negro donde acudían todas las mujeres del rancho porque el agua de allí era cristalina y fresca. La vio alejarse y perderse después de haber pasado la franja de tepetate, mientras acercaba las vacas al corral para empezar la ordeña, antes de que llegara la gente.

Apolonia llenó sus tarros de agua y regresó de prisa, sin poner atención a la conversa de las demás mujeres. Era la hora de más trabajo y tenía que ayudar a su madre. Antes de entrar a la propiedad había una vieja terrona donde la esperaba Norberto, que sin ningún recato le cerró el paso y comenzó a jalarla. Mi padre comenzaba a ordeñar la tercera vaca cuando escuchó los gritos.

Se paró y alcanzó a ver a su hermana tratando de escapar. A él no pudo verlo pero al instante imaginó de quién se trataba. Aventó el balde, corrió hacia la casa, saltó la cerca a un lado del brinco, apoyándose en las piedras y entró a la sala donde tenía el arma.

Su madre lo vio pasar frente a la cocina donde preparaba el almuerzo. Pasó como una sombra. Ella sólo alcanzó a preguntar qué pasaba, pero él no le contestó. Rápido sacó la cazuela de la lumbre para

asomarse a la puerta y en cuestión de segundos escuchó los disparos retumbar en la ladera. Salió corriendo y encontró fuera del corral, una vaca apalada con un becerro amarrado a los cuernos, el balde tirado y la leche regada por el piso. Se hizo a un lado en la puerta de tablones para que no la atropellara el burro que venía desbocado, asustado por los truenos y el ruido de los tarros y enseguida vio a su hijo. Estaba con la cara desencajada, pálido como un muerto y el arma levantada. Después vio a Apolonia llorando por el piso abrazada a los pies de mi padre con el vestido desgarrado, gritando que por piedad ya no le disparara más. Más adelante vio a Norberto ladeado, trabando los pies y agarrándose el pecho, ya casi por perderse en el arroyo. Al volver la vista, siguió el reguero de sangre que sobresalía como pétalos de rosas rojas, esparcidas sobre la superficie blanca de los tepetates. Norberto siguió caminando hacia abajo por el arroyo, escondiéndose entre las piedras y los arbustos hasta llegar donde cruza el camino, siguió por el. Alcanzó a pasar el brinco, dio unos cuantos pasos más apoyándose en las piedras y cayó muerto a un lado de la cerca. Allí los familiares le levantaron una cruz de cantera sobre una base de piedras. No sé si sería para honrar su memoria o para martirizar a mi padre que todos los días tenía que transitar por ese camino mañana y tarde.

Años después, llegué a pasar con él por ese sitio y a propósito me adelantaba y me detenía frente a la cruz a mirarlo. Quería que él me explicara lo que la gente contaba, cada quien con su versión. Oía voces que callaban cuando entraba a algún lugar donde se hablaba de eso, pero él le cambiaba de semblante, esquivaba mi mirada y se pasaba de largo sin decir una sola palabra.

La muerte de Norberto les acarreó serias consecuencias que a todos les cambió la vida. Mi padre tuvo que irse por más de dos años. Anduvo huyendo; el que nunca había salido de su casa. Tuvo que alejarse, pero no solo sino que tuvo que llevarse al muerto atravesado, cargando en sus espaldas, escuchando una voz que repetía, como un eco, el quinto mandamiento. Cuando más apartado en la soledad de la noche se encontraba, oía la voz de su conciencia que gritaba, no matarás, y solo se revolcaba horrorizado bajo las estrellas, durmiendo a campo raso, sin poder siquiera prender una fogata, para calentarse, por temor a que la lumbre lo entregara. No podía llorarle al viento para calmar su pena, ni a grito abierto descargar su rabia. Eso lo hizo madurar de un solo golpe. La mañana le robó la inocencia y toda la maldad le regaló la noche. Tuvo que vivir siempre con la desconfianza

en una tierra extraña, sin amigos ni familiares y cuidándose hasta de su sombra. Fueron, sin duda, los días más difíciles que pasó en su vida.

Venía a asomarse a su casa, sigiloso, de vez en cuando por las noches, a ver como iban las cosas. Llegaba cuando todos dormían, sólo hablaba con su madre y se iba al amanecer, desconsolado porque su caso no avanzaba. Los encargados de impartir la justicia lo enredaban todo, convirtiendo la desgracia en un negocio como quien exprime una cabra. Así sacaban provecho de la enreda, mientras él se hundía en la desesperación. Sin que nadie lo viera al salir el sol tenía que cruzar el Río Verde, o el Río Atenguillo. No tenía un sitio fijo, sólo tenía que pasar a otro municipio para quedar protegido. En ese tiempo, un municipio no podía intervenir en la jurisdicción del otro. Si alguien cometía un delito, sólo era perseguido por las autoridades del lugar donde se cometió la falta. Cruzando la línea que dividía las jurisdicciones, ninguna autoridad lo perseguía. Allí solo tenía que enfrentar a los dolientes que no los detenían demarcaciones ni líneas divisorias. Ellos sí podrían buscarlo en cualquier sitio.

Por otro lado, mi abuela Anselma, que no le gustaba salir de su casa, se vio obligada a hacer un sin fin de vueltas al pueblo, batallando con una serie de trámites interminables, largos, engorroso y caros, que no entendía porque utilizaban el lenguaje para confundir. Tuvo que atender a infinidad de citas que nada le aclaraban, sino que la dejaban más confundida. Necesitó de vender varias yuntas de bueyes para pagar a abogados y notarios, los alegatos de inocencia de su hijo para que quedara asentado en las actas lo que varia gente sabía: que mató a Norberto en legítima defensa, ya que después de escuchar los tiros se juntó el rancho entero a presenciar la escena.

Llevó más testigos de los que le pidieron a declarar pero de nada le sirvió. Su asunto cada día se enredaba más en una madeja enmarañada donde se había perdido la punta entre la bola.

En estos lugares las leyes siempre han sido letras muertas. La corrupción, el compadrazgo y la gula son los causantes de su deceso. El mejor Abogado no es el que mejor litiga, sino el que más hábilmente soborna, y el mejor juez no es aquel que mejor imparte las leyes, sino el que más barato se vende.

Ya habían perdido toda esperanza. En las últimas citas solo le dijeron que pagara y estampara su firma en un papel, y estuviera pendiente a pagar otra vez, para no cerrar su caso. Regresó más desconsolada que nunca, pero ese día, por la tarde, recibió una visita inesperada.

Llegó don Miguel el caporal de las haciendas del llano, que le llevaba un mensaje de su patrón, le urgía verla.

El dueño de la hacienda era un prominente abogado que había sido juez en dos municipios del estado. Había heredado esas tierras de su padre. Mi abuela Anselma ya lo conocía porque los potreros del llano lindaba con la hacienda. Era una familia numerosa que su padre llevaba los domingos a misa antes de que los mandara a estudiar a Guadalajara.

Al día siguiente llegó a la hacienda temprano un poco cohibida porque el abogado era gente pudiente, ostentosa, acostumbrados a mandar y a mostrar el poder en base a lo que tenían. Había tratado a sus padres pero a él solo lo vio crecer y no tenía la menor idea cómo eran sus tratos con la gente de a pie. Se llevó una sorpresa porque nunca imaginó tanta amabilidad de su parte. La trató como lo que eran: viejos conocidos. La llamó por su nombre, y para entrar en confianza comenzó hablándole de sus hijos. Estaba enterado de lo que cada uno hacía. También sabía lo que había ocurrido con mi padre. El abogado era un gran político que sabía cómo tratar a las personas y a ella inmediatamente le transmitió su simpatía. Se apoderó de su confianza porque ella siempre tuvo una gran fascinación por la gente educada.

—¿Cómo le va Doña Anselma? Me alegro que haya venido. Hace tanto tiempo que dejé de verla, que pensé no reconocerla. Pero está usted igual; para usted no ha pasado el tiempo. Es un gusto volver a verla, dijo esto cuando salió afuera. Ella lo esperaba a las puertas de la hacienda.

—El gusto es para mí licenciado. Créame que yo tampoco imaginé encontrar de aquel muchacho un hombre tan apuesto y sobretodo con tanta fama.

Le pidió que entrara. La tomó del brazo para ayudarla a subir los escalones mientras le preguntaba por sus muchachos.

—Cuénteme señora, ¿cómo están sus hijos? Estoy enterado de lo que pasó con Gregorio, y lo lamento mucho. Por favor siéntese, dijo señalando una silla frente a su escritorio. —Lo que hizo su hijo fue heroico. El día que se entere mi hermano Francisco, hasta acá viene a darle un premio. ¿Sabía usted que fue mi hermano quién acabó con el Víboro?

—Sí señor, estoy enterada. No tanto como usted porque yo estoy siempre metida en mi rincón, pero ya ve que las malas noticias son como el viento; por cualquier abertura se cuelan. Referente al premio,

para mi la muerte de ningún ser humano merece ser premiada, trátese de quien se trate.

—Desde luego que no señora. Disculpe usted, yo sólo hablé en sentido figurado.

—Lo entiendo. Lo que no logro entender es la forma en que manejan sus leyes, porque ya voy para dos años batallando para que regrese mi hijo y cada día veo las cosas más enredadas. Ya he gastado hasta el último centavo de mis ahorros y las cosas van para largo. No le veo fin.

Se llevó una mano a la quijada, reflexionó un momento, y se adelantó para que mi abuela no pensara que iba a utilizar su desgracia para obligarla a aceptar lo que pensaba pedirle más adelante.

—Desgraciadamente así se manejan las cosas, señora. estas leyes están bien hechas. Los que andan torcidos son los que las imparten, pero prometo ayudarla. Le garantizo que a más tardar el lunes yo personalmente le entregó el salvoconducto para que su hijo regrese.

—Le agradezco en el alma señor y confío en usted. Ojala ya pueda despertar de esta pesadilla tan larga y disculpe que sólo haya hablado de mi sin preguntar siquiera, el porqué me a mandado llamar. Estoy tan enajenada con eso que no ronda otra cosa en mi cabeza.

Mi abuela sintió que en ese momento amaneció después de haber vivido por más de dos años en la oscuridad, sufriendo ausencias, hostigamientos y agresiones de parte de los dolientes que llegaron a ir a insultarlos. Ellos tuvieron que callarse, no les quedó otro remedio que agachar la cabeza. También mis tíos tuvieron que comprar armas para protegerse porque cuando menos esperaban les salían al camino y comenzaban a insultarlos. La tranquilidad se fue con la tragedia, arrastrada por una borrasca espesa que les dejó un horizonte nublado y esta fue la primera señal, después de mucho tiempo, que les pintaba un panorama más claro.

Por ese tiempo había comenzado la construcción de la carretera que comunicaría al municipio. Era un proyecto grande del gobierno con la idea de comunicar todos los pueblos de la región de los Altos. Ese fue el motivo por el cual el licenciado mandó llamar a mi abuela; quería que le vendiera un terreno, un tramo que iba a quedar dividido por el proyecto que partía en dos los potreros del llano. Era una superficie de unas quince hectáreas que se extendía desde las inmediaciones de la hacienda hasta la carretera donde él pensaba colocar una caseta de vigilancia, para limitar el acceso de su propiedad a la gente común.

Todo aquello llegó como venido del cielo. No sólo porque regresaba su hijo, sino porque permitió a la familia con la venta del terreno ventilar sus finanzas, que andaban disminuidas. A mi tío Valentín se le había metido en la cabeza la locura de casarse y quería construir su casa pero les faltaban recursos.

Después de que regresó mi padre la situación comenzó a normalizarse. Llegó a hacerse cargo del ganado y sus hermanos regresaron de lleno a su trabajo sin tener que dividir su tiempo entre los animales y la siembra. Más tarde comenzaron a construir la nueva casa. Una vez que le dieron forma, pero todavía en solera, decidieron ir a pedir la novia, como era costumbre en ese tiempo. Les pidieron un año de plazo antes de darles una respuesta. En todo ese tiempo tanto el novio como la novia, tenían el suficiente espacio para reflexionar el paso tan importante que iban a dar.

Esto le dio tiempo a Valentín, no de reflexionar, porque ya lo tenía bien pensado, sino de terminar la casa y además compró todo el excedente del frijol que a la gente le sobraba de la cosecha. Consiguió varias recuas de mulas, se hizo acompañar de algunos arrieros y lo llevó a vender a Guadalajara. Esto le rindió una ganancia suficiente para hacer la fiesta y hasta le sobraron algunos pesos para comenzar su nueva vida de casado. Al cumplir el año fueron por la respuesta y la novia estaba dispuesta y la decisión fue a su favor.

Organizaron una fiesta que duró dos días, donde asistieron todos sus primos y sus tíos que sólo se juntaban en los velorios a lamentar la muerte de un familiar. Esta vez llegaron a festejar. Desde temprano, bajaban por ambas laderas a desayunar chocolate con pan y gordas de horno. Más tarde almorzaban chorizo, quesos y panela acompañado de frijoles y leche, y en la comida no faltaba el mole de guajolote y la sopa de arroz. En la noche comían cualquier cosa que sobrara del día, luego regresaban a sus casas y volvían al día siguiente ya que preparaban un puerco entero en diferentes viandas.

Era una fiesta sólo para que conversaran los mayores, nada de música ni baile. Se separaban las mujeres y los hombres en grupos. Los jóvenes convivían unos con otros, las mujeres iban a presumir sus encantos, se coqueteaban entre sí y más tarde resultaban casados entre primos, sin que ninguno se preocupara de la consanguinidad.

Cuando mis bisabuelos llegaron de Castilla España, después de la conquista, se apoderaron de grandes extensiones de una tierra de nadie, que se defendía sola de los invasores, arañando aquel que se

le acercaba, con sus espinas de uña de gato. Todos los llanos estaban cubiertos de garruños. Valles y cerros estaban plagados de acacias con largas y afiladas espinas. Sus terrenos comenzaban en las faldas del Río Verde y se extendían hacia el sur, hasta el Río Atenguillo, límite del municipio y subía entre lomas y cañadas hasta las planadas del llano. Toda la región estaba despoblada porque aquí la conquista fue brutal. Los originarios de estas tierras eran guerreros, gente decidida que luchó contra los invasores hasta quedar reducido casi a nada. La mayoría fueron exterminados y los pocos que quedaron se refugiaron en los cañones de la sierra madre al sur de Zacatecas. Allí se reorganizan en el cerro del Mixtón, una fortaleza que defendieron hasta la muerte. En ese lugar los Españoles sufrieron vergonzosas derrotas en las que pasaron muchas noches tristes similares a las que pasó Hernán Cortés, llorando bajo el viejo Ahuehuate. Los españoles huyeron a la Vieja Guadalajara donde reclutaron varios indígenas para el contraataque valiéndose del viejo refrán, que dice: “pa’ los toros del jaral, los caballos de allá mismo” y así en esa forma lograron someterlos. Los pocos que lograron escapar subieron a las montañas más altas, dejando prácticamente lo que hoy es el municipio, abandonado.

En esta región dieron muerte al conquistador Pedro de Alvarado, el cual resultó herido en la batalla del Mixtón, tratando de tomar el cerro del mismo nombre, que les servía de fortaleza. Fue derribado y el caballo le cayó encima, cuentan los historiadores; no los que escriben los libros, sino aquellos que platican historias, relatos que escucharon de sus abuelos y les contaron a sus nietos para que sus nietos les contaran a sus hijos, que los indígenas desesperados se lanzaban como proyectiles humanos a las patas de los caballos para hacer caer la bestia y el jinete en el desfiladero. Antes de que les robaran lo suyo, preferían morir sin entregarles nada. Era una forma de proteger todo lo propio. Quedaban regados por las faldas del cerro los cadáveres de hombres y caballos y el cielo azul se nublaba con tanto zopilote. Hasta lo más alto del cerro el aire levantaba en remolino, la peste de la sangre y el gemido de la muerte y cuando el invasor llegó a la cima solo encontró ardiendo los jacales.

Ninguno quedó de aquellos hombres que defendieron el orgullo y no entregaron nada; sólo los muladares cubiertos de ceniza. También quedaron los vestigios regados desde lo más bajo. En la falda y en la cresta hay huellas de la piedra y del acero, del arco y de la flecha, de la herradura y el huarache, como testigos mudos de todo lo que cuentan.

No puede ser mentira que tanto corrió la sangre en aquel cerro, que se quedó revuelta con la tierra y germinó de nuevo aquella mezcla, como un botón que brota, dando origen a una nueva raza, producto no del amor, sino de la maldad y la ignominia.

Defendieron con sin igual valor aquella fortaleza, hasta que al fin cayeron. Alvarado logró escapar de la región serrana muy mal herido y vino a caer muerto en pleno llano, en un lugar conocido como la cerca blanca, donde la iglesia mantenía una cruz para que no se perdiera con la muerte la memoria de su capitán que tantos beneficios les había aportado a la corona Española.

La descendencia de mi bisabuelo fue numerosa. Con el tiempo fueron recogiendo, cada uno, una porción de terreno y así aquella gran extensión se fue reduciendo en fracciones pequeñas, donde todos los ocupantes eran parientes, que se reconocían y convivían entre ellos, y se apreciaban como una sola familia.

Iba a ajustar dos años de casado Valentín, cuando murió Josefa, su esposa. Se fue como todos, de la noche a la mañana sin que nadie conociera la causa. Llegó el luto a la familia cuando mi tía Apolonia ya estaba pedida. Tuvieron que posponer la boda un año, hasta que terminara el duelo. Después de que se cumplió el año de la muerte de Josefa, reflexionaron, y por los hechos se dieron cuenta de lo vulnerable que era la vida, y quizá esto los impulsó, porque a los tres les entró la prisa por casarse.

Primero se casó mi tía Apolonia con Emilio, un mediero de las haciendas del llano. Lo hizo a pesar de la oposición de toda la familia que se resistía, no porque él fuera un labriego, o porque no fuera de la familia, como estaban acostumbrados. Se resistían porque entre las dos familias existía cierto recelo, porque un hermano de mi abuelo había matado al padre de Emilio cuando él y sus hermanos eran muy niños. Temían que sobre ella recayera la venganza y el rencor que una persona va acumulando después de que le arrancan lo más preciado. En nada se equivocaron. Emilio era una persona recia, violenta, voluble, que seguramente sufrió todo tipo de humillaciones que sufre un huérfano pobre, que desde muy niño tiene que trabajar como mediero y se expone a todo tipo de abusos, que no siempre vienen del patrón, sino que más bien llegan de caporales y de lambiscones allegados al amo.

Después de andar de un rancho a otro sembrando con aquel que le proporcionará un terreno a medias y cuando ya se habían llenado de hijos, decidió irse a trabajar al norte. Aquí le resultaba imposible

mantener aquella familia que crecía sin ningún control y que no podían detener porque los hijos Dios los mandaba, y corrían riesgo de caer en pecado haciendo algo para vulnerar las leyes que la iglesia había establecido.

Con el tiempo y la distancia su relación se fue deteriorando al grado que cada quien comenzó a hacer su vida. Los unía la familia y el carácter fuerte que los dos tenían porque decidieron, a través de la distancia, mezclar ese coraje, luchando cada uno en su trinchera, para sacar adelante a los hijos. Los dos unieron fuerzas para salir de aquel hoyo de miseria en el que la vida los había metido. Para ninguno fue fácil. Después de pasar miles de calamidades y trabajos haciendo un gran sacrificio, lograron adueñarse de uno de los ranchos más bonitos del llano, por el cual tuvieron que pagar un alto precio; no tanto en dinero, sino en sufrimiento, privaciones, y ausencias, mientras que la distancia y otros acontecimientos se encargaron de borrar cualquier sentimiento que sobraba, si es que quedó algún rescoldo perdido entre las cenizas.

Mi tía Apolonia luchó largo tiempo sola, contando únicamente con el pequeño apoyo que le daba mi padre, porque los otros hermanos jamás le perdonaron el que se haya casado sin su consentimiento. Ya cuando sus hijos comenzaron a ayudarla, los sometió a una serie de privaciones, casi infrahumanas, para apoderarse del rancho. Emilio los apoyó en todo lo que pudo, pero se quedó allá haciendo sólo unas cuantas visitas de ocasión a través de los años. Después cuando ya sus hijos cumplían la mayoría de edad, se los iba llevando, hasta dejarla solo con los hijos pequeños que habían nacido después de sus visitas ocasionales.

Después de casarse mi tía Apolonia, mi tío Valentín se casó de nuevo, y para el asombro de todos, se casó con Jesusa, hermana de su esposa muerta. Cuentan que cuando el hermano se la entregó a los pies del altar, le dijo en un tono ceremonioso:

—Por favor esta sí cuidala Valentín, porque ya no tengo otra. Lo único que queda para reemplazarla es Benigno, el sacristán.

El hermano pudo habérselo dicho en broma pero él lo tomó tan en serio que siempre vio a Jesusa como la niña de sus ojos. Tuvieron dos hijos y aunque con ellos fue duro, porque esa idea les habían inculcado, con ella fue frágil y a su modo tierno porque ella era la única persona sobre la faz de la tierra que lo podía regañar; que lo podía mandar y hacerle ver que estaba equivocado cuando le gritaba a sus hijos sin

motivo aparente. Siempre que salía de su casa regresaba con algo para Jesusa y Jesusa siempre lo esperaba por su regalo.

Ella era delgadita y frágil de voz muy suave, abnegada, sufrida y sería, todo lo contrario de él. Mi tío Valentín que era fornido y chapeteado, de bigotes retorcidos y voz muy ronca, con una carcajada fuerte que espantaba las palomas del patio. Después de que murió su suegro, le heredaron dos porciones de tierra en pleno llano, más allá de las haciendas. Era la herencia de las dos hermanas. Allí construyó otra casa y se fue a vivir lejos de sus hermanos. Dejó las tierras bajas y se internó en la llanura donde se dedicó a hacer lo que le gustaba. Era un gran aficionado a las carreras de caballo y los caballos fueron su vida, pero también su muerte.

Conseguía garañones viejos que sus dueños iban a desechar. Él les aprovechaba los últimos reductos de semen para mejorar la raza y así de yeguas viejas y caballos de desecho logró hacerse de una cría de animales magníficos; unas yeguas alazanas, cuarto de milla, pintas de frente blanca, de anchas caderas, abultado pecho y patas delgadas y cabeza pequeña, inalcanzables en las trescientas varas. Nunca perdieron una carrera.

Para mi tío Valentín el secreto de ganar una carrera no era tanto la condición del caballo, sino el modo de cazarlo. Allí te jugabas todo porque si perdías no sólo ibas a perder tu dinero, sino que ibas a reducir el valor del animal. Una carrera no se hace si no llevas el cincho de ganarla. A él le interesaba más conservar el prestigio del animal que ganar unos cuantos pesos, porque tampoco apostaba grandes cantidades.

Todo lo contrario hacía mi padre, que también hacía carreras, no tanto con el interés de ganar, sino para disfrutar el placer de apostar. Las únicas carreras en que ganaba era cuando la caza la hacía su hermano Valentín.

Ese mismo año también se casó Juan de Dios. Construyó su casa al otro extremo de la propiedad, al bordo de otro arroyo, que aunque también se le terminaba el agua, está permanecía más tiempo corriendo y la vegetación se mantenía todo el año verde. Toda la ribera estaba llena de jarales y esto lo consideraban como un indicio que a baja profundidad del suelo se encontraba el agua. En efecto, perforaron una noria que a poco más de cinco metros le brotó un venero, que por poco saca el agua a la superficie.

Juan de Dios era un hombre recio, callado, que no mostraba ningún sentimiento, menos con la familia. Luego comenzó a llenarse de hijos pero ninguno de ellos le mereció ningún cariño. Todo lo que sentía se lo guardaba tan adentro que no se le escapaba ninguna mueca, y así educó a toda su familia; a no mostrar lo que sentían y a no pedir lo que deseaban.

Rebeca, su esposa, se dio cuenta de cómo era desde el primer momento, porque jamás le pidió nada y tampoco le exigió. Siempre se conformó con lo que él le daba. Ella también venía de gente recia como todos los demás; no se podía ser diferente cuando la vida es dura y a todos los mide con la misma vara. Todos acababan siendo como los demás. Era una cadena que iba embonando en eslabones que no se revientan. Era una vida que los iba arrastrando y los iba poniendo al frente, siempre a la defensiva, para no quedarse atrás, para no dejarse rezagado, y así vivían los dos. Aparentemente solo para ir pasando sin demostrar su interés el uno por el otro, trabajando desde el amanecer hasta terminar el día, para sacar adelante, a los que iban llegando.

Después de procrear tres mujeres y seis hombres en escalera donde los peldaños tenían el mismo tamaño, a la tía Rebeca la alcanzó la muerte. Murió de parto cuando nació el Zarco dejando un reguero de huérfanos desamparados, donde el mayor no llegaba a los quince años.

Juan de Dios acostumbrado a no mostrar ningún sentimiento, siguió dedicado a sus actividades cotidianas, en su afán de acrecentar su fortuna, mientras su hija mayor se hacía cargo de aquella numerosa familia. También mi madre que había perdido su primer hijo, contribuyó a aligerarles un poco la carga y se llevó al Zarco a los pocos meses de haber nacido. Vivió con nosotros por más de quince años y se regresó a su casa después de que su padre sufrió un percance que por poco le cuesta la vida.

Aunque el tío quedó viudo muy joven, nunca se volvió a casar. Tuvo más hijos con diferentes mujeres, pero nunca arrimó mujer alguna a su casa, para no darles en qué sentir a sus primeros hijos. Tampoco fue duro con ellos. Rara vez los reprendió y hasta se dejaba hacer bromas pesadas. Él solo los ignoraba sin dirigirles la palabra. Permanecía allí como una sombra que los protegía día y noche, sin molestarlos, sin hacer ruido.

Conforme fueron creciendo sus hijos, se fueron yendo y lo fueron dejando solo. Se fue el primero y este comenzó a llevarse a los otros, hasta que todos terminaron en el norte, portando un similar carácter

y acostumbrados a realizar los trabajos más rudos. No fue difícil acomodarse y como si estuvieran en competencia, comenzaron todos a mandarles el excedente de su trabajo mientras él aquí se los duplica con sus ya natas habilidades para hacer tratos y su rígida disciplina que había tenido siempre para dirigir sus finanzas. En poco tiempo logró ser uno de los más importantes ganaderos del municipio y con el paso de los años fue acumulando grandes extensiones de tierra. Fue haciéndose de varios cascos de haciendas que le iba asignando a cada uno de sus hijos.

La imagen de él que siempre llevo grabada en mi memoria es la de aquella mañana en que mi madre y yo desayunábamos en la cocina. Todavía en la casa de la abuela, cuando escuchamos un grito. Mi madre y yo salimos al patio. Era el tío Juan de Dios montado en un hermoso caballo con un lucero en la frente. Llevaba lazados un par de burros. Le habló a mi madre muy serio, como siempre, con su barba crecida y sus cabellos pelirrojos, enmarañados y el sombrero caído hacia la espalda.

—Les traigo estos animales a los muchachos para que vayan en ellos a la escuela. El burro es para Alfonso y la burra es de Rodrigo. Los voy a soltar en la plaza y me voy a llevar las vacas de Rodrigo que ya me dejó encerradas Gregorio.

Antes de morir, la abuela le había regalado una vaca parida al Zarco. Con el tiempo la mata fue creciendo y al ver esto el tío que tenía más terreno que mi padre, decidió llevarse aquel ganado a pastar en sus terrenos, mientras el Zarco crecía y decidía qué hacer con su herencia.

—Está bien, dijo mi madre. —Ábrele la puerta a tu tío para que no se apeee del caballo. Ella se quedó en el patio mientras nosotros avanzamos a la plaza. Me acerqué a la puerta y antes de mover la tranca le dije en forma de reproche:

—¿Por qué a mi no me trajistes nada?

Se le dibujó una sonrisa en la cara que nunca le había visto y me dijo:

—Porque estas muy mocoso, y porque todavía no vas a la escuela.

—Pero pronto voy a ir, ianda a mi déjame el caballo!

Comenzó a reír con ganas. Se bajó del caballo y se acercó diciendo:

—Anda, abre la puerta niño. El caballo te tumba, es muy brioso. Abre que me voy a llevar las vacas.

—¿Te vas a llevar las vacas y no me vas a dar el caballo? mejor llévate tus burros.

Entró al corral con la cara roja de tanto reírse. Sacó las vacas y me dejó los burros. Se subió al caballo y comenzó a arrear el ganado delante, mientras yo me quede mirando, con la sensación de que mientras se alejaba todavía se iba riendo. Fue el único día que lo vi reír.

Ya los tres hermanos tenían encaminadas sus vidas mientras mi padre seguía solo sin dar traza de casarse viviendo entre parrandas y trabajo, visitando la casa del mezquitito, y cuantas casas del mezquitito había en la región. Dionicia que era la novia eterna ya había perdido toda esperanza. Ya se había acostumbrado a escuchar las malas noticias que sus amigos le llevaban cuando una de sus conocidas lo encontraba en sus parrandas paseando con otra y le llevaban el chisme. Ella ya no le reprochaba nada pero tampoco quitaba el dedo del renglón. Muy dentro sentía que a pesar de sus andanzas, en él existía una delgada llama que no se apagaba, como un hilo casi invisible que tanto se había estirado a través del tiempo y que con los años se habían hecho tan resistente que ninguna sacudida logró trozarlo. Ella siguió esperando y mi padre seguía vagando en sus juergas interminables hasta que un hecho trágico le cambió la vida.

Después de muchos años que había trabajado como caporal de un rancho pegado a las juntas del Río Verde con el Río Atenguillo, su tío Genaro y su tía Arcadia, hermana de su padre, regresaron. Tuvieron un malentendido con el dueño del rancho y decidieron volver a unos terrenos que ella había heredado de su padre y que nunca los habían ocupado porque tenían hecha su vida allá en el terreno que su esposo tenía la encomienda de cuidar. Era una familia de tres hermanas y dos hijos que tenían la misma edad de mi padre. Desde que llegaron se hicieron inseparables, unidos por el parentesco, la cercanía de sus ranchos y su afición a las parrandas y el juego.

Andrés el mayor se casó joven, al poco tiempo de haber llegado, pero esto no le impidió que siguiera acompañándolos en sus fiestas. Santiago el menor permaneció soltero igual que mi padre. Eran los promotores de carreras, peleas de gallos, jaripeos y todo tipo de fiestas para matar el ocio los fines de semana, y fiestas de guardar que tanto abundaban en estos lugares.

Después de que terminaron la carretera a la región, llegó mucho progreso. Comenzaron a llegar gentes de otros lados a trabajar en las nuevas obras porque además de la carretera se construyeron presas, canales y escuelas. Era un plan del gobierno bien diseñado para lograrlo a largo plazo, dotar de agua a cada municipio para regar varias

hectáreas de tierra y construir escuelas primarias y secundarias para acabar con el analfabetismo. Se establecieron nuevos comerciantes con buenas ideas pero también llegaron otras gentes llenos de mañas.

El licenciado que ayudó a mi abuela se encumbró muy alto. Llegó tan lejos que alcanzó a ser secretario de la presidencia de la nación, para más adelante regresar a gobernar el estado. Cuando ya se perfilaba como presidente de la república, murió en un trágico accidente en condiciones no muy claras. Nunca se supo la realidad, pero mucho se murmuró que fue un crimen de estado.

Después de que terminó la revolución, arribaron al poder un grupo de hombres preocupados por sacar adelante al país y formaron gobiernos progresistas con proyectos como el plan Lerma donde su idea era comenzar por lo más pequeño. Se fijaron como meta el desarrollo del municipio.

El licenciado que tenía el sartén por el mango, se esmero en favorecer a su tierra y no sólo derramó talento para hacerlo, sino que consiguió todos los recursos que pudo. Regó dinero a manos llenas para adornar sus obras, palacios, plazas, escuelas hermosas de educación básica y nivel medio, plaza de toros, hospitales y centros de salud.

Mientras él se mantuvo en el poder se hicieron la mayor parte de las obras. Era un hombre que miraba muy alto; solo los ciegos no veían el progreso. Lo malo de todo esto fue que los familiares se apoderaron de varios municipios amparados en el poder del hermano. Formaron cacicazgos donde hacían y deshacían a su antojo. Eran ellos los que a su propia conveniencia modificaban las leyes o las aplicaban a modo. Fueron ellos los que acabaron con el bandidaje. No permitían el hurto ni el abigeato, pero se lo apropiaron. Eran ellos los que cobraban las multas, los impuestos, los que detenían a los ladrones y confiscaban lo robado, pero jamás regresaban a sus dueños lo que les robaban. De todo lo que caía en sus manos, ellos disponían a su antojo. Después de que murió el licenciado, a todos los mataron. Fueron cayendo uno por uno, pero el poder lo fueron heredando a sus primogénitos.

Aquel día, Epifanio y mi padre ordeñaban de prisa, porque cuando subieron al llano notaron que un potrero estaba vacío. Después de recorrer el terreno, rápido se dieron cuenta de que les faltaban varias cabezas. Cruzaron la carretera, llegaron al corral que les servía como establo y se pusieron a ordeñar antes de ir en busca de lo perdido. Estaban por terminar cuando llegó Santiago su primo. Venía desde su rancho siguiendo el rastro de su ganado porque también ellos amane-

cieron con varios animales perdidos. Su rancho conectaba a la carretera por un camino real y fue fácil detectar las huellas. Las siguió sin perderlas hasta llegar a la hacienda donde encontró la plaza llena. Estaba su ganado revuelto con el ganado de mi padre que al instante reconoció por la señal que llevaban en la oreja.

Después de tener un enfrentamiento fuerte con los caporales que no quisieron entregarle nada, salió furioso y fue a avisarle a su primo. El pretexto que ellos ponían para confiscar el ganado rayaba en lo absurdo. Entre el presidente municipal y sus allegados habían aprobado un decreto que confiscaba todo tipo de ganado que pastaba o transitan por la carretera federal sin la custodia de los dueños, ya que ponía la vida en peligro de los automovilistas que se desplazaban por ella. En una carretera donde el flujo de vehículos no sobrepasaba los tres o cuatro por día, su ley sonaba ridícula.

Se fueron a la hacienda acompañados de Epifanio el Cuervo que no quiso quedarse. El Cuervo era un muchacho muy joven, hijo de un vecino de mi padre que mi abuela había arrancado de los brazos de la muerte cuando ya todo mundo se la había pronosticado debido a una desnutrición severa. Ella lo curó con remedios caseros y comenzó a nutrirlo con atoles y pequeñas porciones de leche que lo fueron reviviendolo hasta normalizarse. Después de eso en agradecimiento, se quedó a ayudarles. Hizo tan buenas migas con mi padre que se convirtió en su sombra y aunque ese día le advirtieron a lo que podían enfrentarse, él no escarió. Se puso al frente con tanta gallardía para que a los otros no les quedará ninguna duda de que las habladas no lo asustaban. Él iba decidido a ayudarles. Santiago, al verlo decidido, en broma le comentó a mi padre:

—Con dos Cuervos de estos sería capaz de asaltar el pueblo, quemar la hacienda y rescatar las vacas.

Le decían el Cuervo por su cara de chiste. Era flaco de cara muy delgada ojos muy pequeños, piel muy morena y orejas pronunciadas. Todo lo que hablaba lo decía con una gracia innata.

Llegaron a la hacienda cuando ya no estaban los caporales. La puerta de la plaza estaba asegurada con una cadena y un candado. Ya no hablaron con nadie; tumbaron la cerca y por el portillo sacaron el ganado. Llegaron al callejón, embocaron el ganado de Santiago y mi padre y el Cuervo siguieron por la carretera hasta llegar a su rancho.

Tres días después llegó el comandante municipal a la casa de Santiago. Venía acompañado de varios hombres armados. Le dejaron un

oficio a su padre y siguieron de paso a la casa de mi padre donde dejaron otro. Los oficios decían que tenían diez días para presentarse al juzgado municipal a pagar una multa o de lo contrario se les iba a girar una orden de aprehensión en su contra, acusándolos de haber robado bienes confiscados, por el gobierno del municipio.

Los dos se pusieron de acuerdo y en los siguientes cuatro días decidieron enfrentar aquello. Partieron al salir el sol y llegaron a media mañana. El Palacio Municipal era un edificio nuevo que ocupaba media manzana. Todo era de cantera con amplios portales y corredores adornados de imponentes arcos y largos ventanales. En el segundo piso habían tres balcones al centro, cercados por rejas y medios arcos invertidos en las cornisas del techo que terminaban en espiral. En lo más alto había una asta que portaba la bandera de tres colores, con el escudo de la patria al centro: una águila devorando una serpiente. Un par de policías custodiaban la entrada, mientras otros dormían en las bancas de la plaza, arrullados por los rayos del sol. Entrando al frente estaba el juzgado, luego la cárcel, después un patio con salida a la otra calle y al lado un cuartel, donde se hallaba un escuadra del ejército.

En frente del juzgado estaba la oficina del presidente municipal. Se dirigieron al juzgado en el que estaba solo el notario que lo atendía. Le mostraron los oficios y después de analizarlos, este salió y entró a la tesorería y al cabo de un rato regresó con las cuentas hechas.

—Esto es lo que adeudan, dijo, dando un papel a cada uno. —Si no completan el dinero, dejen lo que traigan y en un plazo no más largo de un mes pueden completarlo. Pero tengan cuidado porque si se pasan, quedan sujetos a más sanciones y a pagar intereses. Pasen a la tesorería. Allí les van a extender un recibo por lo que traigan, y allí mismo firman el documento por lo que adeudan.

Entró mi padre adelante y pagó su multa, pero Santiago se negó a pagarla

—Firma este documento si no tienes suficiente dinero para pagar, dijo el tesorero.

—Traigo para pagar eso y más, contestó Santiago alterado. Me opongo porque fueron sus propios jinetes los que recogieron el ganado de mi potrero, no de la carretera, como afirman ustedes. ¿Creen que soy tonto? Si me viene siguiendo huellas desde la puerta. Habían pisadas de caballo y esas huellas me llevó derecho a la hacienda.

El Presidente Municipal que estaba escuchando todo abrió una puerta interna que comunicaba las dos oficinas y entró con las meji-

llas rojas, muy indignado, hablando fuerte, insultándolos. Mi padre le dijo que no era necesario que les gritara y eso lo enardeció más hasta que Santiago perdió el control. Se le acercó, lo tomó por el cuello de la chaqueta, lo levantó y lo aventó sobre el escritorio. Al ver esto, el tesorero quiso salir a pedir auxilio, pero mi padre se lo impidió.

—¡Por favor Santiago, cálmate! dijo mi padre —Deme ese documento, yo me comprometo a pagarlo y si es menester hacerlo, se lo liquido hoy mismo. Nomás aguarden un rato y enseguida regreso.

Tomó el documento, lo firmó y al entregarlo Santiago se lo arrebató, lo hizo cuatro pedazos, lo arrolló y lo lanzó al piso.

—No le vamos a dar el queso a las ratas porque después se suben al zarzo. Si me va a cobrar, hágalo ahora que le voy a dar la espalda porque después tendrá que hacerlo de frente, le dijo al presidente.

Después los dos salieron apresurados, sin voltear atrás esperando lo peor. Pasaron por la puerta de entrada donde estaban los policías y siguieron hasta el Mesón, donde dejaron los caballos. Luego abandonaron el pueblo. Nadie los siguió y así siguieron hasta alcanzar el llano, sin hablar, con la mente revuelta, ensimismado en su pensamiento, como si una mariposa volará sobre su cabeza y no se despega ni un momento. Hasta que después de largo rato dijo Santiago:

—Siento como si trajera un peso en la espalda, como si viniera cargando al Viejo con todo y rabia.

—Tienes que andar con cuidado, le dijo mi padre., —Porque esa gente no se queda con nada. Son como víboras con suficiente veneno para matar a una vaca.

—Eso me he preguntado todo el camino ¿Por qué nos dejaron salir así cómo así, si son capaces de todo?

—Estaban tan asustados como nosotros, sino allí mismo nos matan. Esos no se tientan el corazón.

Siguieron el camino tratando de olvidar lo que pasó, hablando de otras cosas, pero ninguno pudo apartarlo de su mente. Seguía allí dentro de su cabeza el incidente girando, como un remolino que todo lo revuelve y lo atrapa; lo dirige al centro, pero no lo suelta.

Pasaron por la hacienda de donde rescataron el ganado y allí volvieron a sentir el mismo miedo; un hielo les cubrió la espalda, la misma zozobra que los invadió al dejar la presidencia. Más adelante estaba el callejón que dividía el camino, donde se separaron. Se despidieron y no se volvieron a ver hasta el día de la tragedia.

Era el 29 de septiembre, día de San Miguel Arcángel y el último día de las fiestas, cuando ya la gente sentía los desmanes de los días anteriores. Ya pasada la medianoche, los que habían llegado de los ranchos regresaban en desbandada. Andrés había venido desde el otro lado del Río Atenguillo, donde vivía. Llegó acompañado de su familia a disfrutar el jolgorio que duraba tres días. Se perdía la noción del tiempo y se confundía el día con la noche. Todo era alegría cuando primos y amigos se juntaban a disfrutar de la música, la bebida, el juego, las apuestas y toda clase de eventos para todos los gustos. En las celebraciones se mezclaba la religión cristiana con lo pagano.

Mi padre llegó al pueblo a media mañana, acompañado de otro primo y ya estaban los dos hermanos con la música tocando en la plaza, rodeados de amigos. Desde lejos se escuchaban sus risas y la alegría desbordada. Cuando Andrés vio a mi padre, se apartó de la bola, lo encontró, le dio un abrazo y le pidió a los músicos que callaran.

—Por favor, tóquense ‘Las Cuatro Milpas’ para el Niño. Era la canción favorita de mi padre.

A mi padre le decían el Niño porque ya pasaba de cuarenta años y todavía conservaba en su rostro algo de niño; denotaba en su cara cierta inocencia. era de piel muy fina y resistente que ni el viento ni el sol la maltrataban.

Allí estuvieron hasta la tarde, luego se separaron. Unos se fueron a la corrida de toros, otros a sus casas y al caer la noche regresaron al jardín a disfrutar la serenata y volvieron a agarrar la banda hasta que quedó el jardín vacío, todos comenzaron a despedirse.

El primero que se despidió fue mi padre y su primo. Tenían que hacer una jornada larga de más de tres horas y levantarse a ordeñar temprano, al siguiente día. En poco rato quedaron sólo los dos hermanos y en vez de irse a su casa, se metieron a la cantina. No sintieron el tufo de la muerte que detrás de sus espaldas caminaba.

Tenían todo el día vigilándolos sin que nadie se diera cuenta. No los perdieron un momento de vista. Esperaron que ellos solos cayeran y cuando entraron a la cantina, los agresores entraron con ellos. Tomaron unas copas que ellos mismos les ofrecieron. Esperaron a que se fuera la gente y cuando sólo quedaba un par de borrachos dormidos sobre las mesas, se hicieron una señal y comenzaron su trabajo tal como se los habían encomendado. Les dispararon por la espalda cuando ellos menos esperaban. Se vieron tendidos en el piso, revolcándose en un lodo amasado con su propia sangre, después de que los

acribillaron. Los apuñalaron cuando ya estaban muertos. A Santiago lo arrastraron hasta la calle. Tenían que cobrar con saña el precio de la ofensa. No era necesario que mostraran tanta crueldad, pero tal vez ese fue el trato.

El Cuervo y mi padre estaban terminando la ordeña cuando llegó Teodoro Escobedo con la mala noticia. Mi padre se levantó sorprendido, incrédulo con el rostro encendido, lanzando maldiciones, juzgando con la mera intuición sin tener la certeza. Colocó el balde en la cerca y preguntó a Teodoro:

—¿Y quién fue?

—Gente de fuera, matones que a eso se dedican.

Mando al Cuervo a buscar un carro y bajó la ladera derramando lágrimas para avisarle a su madre.

Llegaron en la tarde cuando los cuerpos estaban tendidos. Sentada a un lado estaba la madre con el rosario en la mano rezando en silencio, con el rostro perdido, metida en un abismo sin fondo. Cuando los vio entrar se levantó y se encaminó a abrazarlos. Primero abrazó a Anselma, la acercó a los cuerpos y le dijo:

—Velos Anselma, aún después de muertos lucen hermosos. No tiene perdón de Dios la maldad que han hecho estos infelices. Llenaron de desgracia esta casa. Ya tenía tiempo que lo presentía; me lo decía mi pecho oprimido. Ya días que el corazón me avisaba que mis hijos se habían metido en apuros.

—Es muy delgado el hilo que separa la vida de la muerte, dijo Anselma. —Pero los muchachos con su juventud no lo ven, sólo los viejos lo vemos.

Después estrechó a mi padre y con la voz entrecortada le dijo:

—Apártate de todo esto, hijo. Dejen esa vida, por Dios. Piensa en tu madre que ya está vieja como yo. Puedes evitarle un sufrimiento como este; no la mates antes de tiempo como a mi, que me han dejado muerta viviendo la vida como un desecho, a mi edad, eso no se resiste, y comenzó a llorar.

Las palabras de su tía le calaron hondo, aunado a la pérdida de sus primos, que lo dejaron consternado por meses. Eso lo hizo reflexionar y comenzó haciendo un recuento del pasado. Se dio cuenta de que su vida estaba vacía y ya iba en descenso. Los años corrían desbocados, no terminaba de amanecer y ya la noche venía llegando y por primera vez se puso a contemplar a su madre. La encontró vieja, acabada, ya una anciana que con trabajo ensartaba la aguja. Después pensó en él,

en su egoísmo, viviendo solo para él y enseguida pensó en Dionicia que había pasado media vida esperándolo.

A partir de allí comenzó a vivir su vida de prisa, tratando de recuperar el tiempo perdido. Se casó a los seis meses en una forma simple, sin ceremonias, antes de que terminara el luto que envolvió largo tiempo a la familia; la tragedia no llegó sola sino acompañada de otras desgracias. Antes del año nació su primer hijo, el primer Alfonso que murió a los cinco meses de haber nacido. El pesar que no se alejaba volvió a entrar en sus corazones y muy lejos de superar aquello, los envolvió una mayor tragedia: la muerte de Rebeca, la esposa del tío Juan de Dios, que impactó a todos por lo repentino del caso, y por el número de pequeños huérfanos que quedaban sin el amparo de su madre.

Mi padre se refugiaba en el trabajo pero no encontraba sosiego. En ningún lugar se sentía agusto. Todas las tardes regresaba cansado a su casa y se desesperaba más al encontrar a su esposa llorando, mortificada y sin consuelo. Así siguieron hasta después que murió su cuñada y se llevaron al Zarco. Eso los animó bastante porque en él cifraron sus esperanzas; todo su esfuerzo lo recibieron como quien recibe a un hijo. Con él llenaron el vacío que había dejado su primer niño y siempre lo consideraron como el primero. Nunca disminuyó su afecto ni después que nació el segundo Alfonso, ni cuando nació yo; ellos lo consideraron toda la vida como el primogénito.

Cuando ya todo estaba en calma y se divisaban asentadas las aguas, como para cerrar aquella mala racha, murió su madre. En los cuatro hermanos ocasionó un fuerte impacto porque siempre la consideraron padre y madre; una fortaleza que no había sido sacudida por los años cuyos muros se extendieron a los cuatro vientos para que sus hijos construyeron sus nidos y orgullosos los mostrarán al cielo. Fue un duro golpe para los cuatro, pero a ninguno le cambió la vida porque la suerte de todos ya estaba echada.

Ella por su parte esperó la muerte en un profundo sosiego. Desde con tiempo la miró venir y la esperó serena sin ningún temor. Tenía todas las cuentas arregladas con la vida y no esperaba que la muerte le cobraría ninguna deuda. Siempre quiso morir así, sin depender de nadie, como las estrellas que casi se apagan a lo lejos, aunque a pesar que las ilumina una luz tenue, todavía brillan antes de llegar al ocaso.

Los cuatro hermanos se pasaron la vida luchando por sus hijos sin detenerse a pensar en ellos mismos. Se les fue la vida sin darse cuenta

de que arrojaban a un río crecido sus sacrificios, porque siempre vivieron equivocados. Nunca se supieron situar en la dimensión correcta. Hasta muy tarde se dieron cuenta de que eran ellos y sus hijos. Sólo eran sus hijos perdidos en su mundo. No supieron en qué momento se fueron quedando solos, hasta que una mañana se levantó Juan de Dios con el canto de los gallos. Recorrió sus potreros, revisó su ganado y cuando volvió a almorzar encontró la cocina sola y el fogón apagado. La única hija que le quedaba se casó sin el consentimiento de él, que opuso una resistencia férrea al matrimonio. No pudo detenerla porque su hija estaba decidida y tenían el mismo carácter recio de su padre. Los dos eran como hierros forjados por el mismo herrero. Tuvo que resignarse a su soledad, a vivir en aquellas casas donde sobraban los cuartos y donde el polvo se tapaba con otro polvo. Después comenzó a llenar aquellos espacios vacíos con costales de diferentes cosechas que le llevaban sus medieros y arrojaban sobre las pertenencias de sus hijos, acomodadas en baúles en las esquinas de los cuartos. Colocaban en alteros los costales sin importar lo que tapaban. Llenaron hasta la cocina dejando libre sólo el espacio donde él colocaba su cama, su ropero y la petaquilla donde guardaba su dinero y sus armas. Así siguió llenando todos los rincones en las haciendas de sus hijos, desde los corredores hasta las caballerizas. No se deshacía de aquello hasta venderlo al último precio cuando ya la nueva cosecha estaba en puerta. Luego volvía a llenar aquel espacio libre como si llenando trojes cubriera el hondo vacío de su corazón, que sólo desempolvava un poco con amores de paso que no le dejaban ninguna huella.

Mientras Juan de Dios vivía obstinado en aumentar su patrimonio, mi padre hacía todo lo contrario. Después de que regresó del norte, rogó a sus hijos que no se fueran y todo fue en vano. Se desilusionó tanto, que perdió todo interés por su rancho. Dejó que el poco ganado que tenía se reprodujera solo. Sólo acudía a verlo cuando ya necesitaba vender algunos porque ya no tenía dinero o como decía él, porque ya le andaba llegando la lumbre a los aparejos.

El que siempre fue el más emprendedor dejó todo y se dedicó buena parte de su tiempo a jugar baraja y dominó con sus amigos. Convirtió la tienda en un casino donde tardes enteras se reunían los hombres a disfrutar el placer del juego. Llegaban los clientes cuando él estaba empeñado en ahorcar la mula de seises y los dejaba que se despacharan solos, con tal de no distraerse. Perdió casi toda la clientela

femenina que ya no llegaban por la tienda porque consideraban que estaba siempre llena de vagos.

La primera mujer que puso el grito en el cielo fue mi madre que no soportaba ver la tienda que había levantado tanto, ahora luciendo tan arruinada. Le reclamaba a diario mientras él llegaba y comía deprisa, y en ocasiones salía con el último taco en la mano, con tal de no escuchar las protestas de mi madre. Una mañana mientras yo ordeñaba, llegó mi padre agitado con la llave de la camioneta en la mano y un billete de mil pesos en la otra, y con la respiración casi cortada me dijo:

—Corre hijo que tu madre ya cruzó el guardaguanado. Va con una ensarta de gallinas en la espalda y una caja de huevos a venderlos al pueblo. Ve a Alcanzarla y regresala. ¡¿Qué va a pensar la gente?! ¡¿Que ya andamos de maritateros?! Mi madre había perdido la paciencia y tenía razón. Después de decirme e insistirle a mi padre que ya el maíz se estaba acabando, que tenía días haciendo las tortillas con suelos, y al no obtener respuesta, quiso demostrarnos una vez más, que no era nada maneada; que todavía podía y decidió ella misma ir a comprar lo que necesitaba.

Cuando la alcancé, mi madre se iba acabando. Llevaba las mejillas rojas y sudaba a chorros. Muy lejos estaba de aquellos tiempos que hacía esa jornada sin descansar, con el doble de carga. Se le había secado la boca y los ojos le brillaban como entelados y con dificultad encontraba respiro. Apenas me emparejé, arrojó sobre el cajón toda su carga y descanso. Apoyándose en las redilas, abrió la puerta y se sentó en la cabina sin aclarar el habla y bajó rápido el vidrio para que entrara el aire.

—¿A dónde va? Si no llego, se desmaya antes de llegar a la carretera.

—Ojalá, ojalá y me hubiera quedado tirada a media brecha, a ver si les da vergüenza a tí y a tu padre que no les importa si me muero de hambre. Tengo semanas pidiéndoles unos granos de maíz y tú en tus vagancias y tu padre en su juego. ¡Qué les importa lo que a mí me pase! Prefieren tragarse el tamo del maíz antes que vender una vaca.

Hice un intento de dar vuelta y regresarla a su casa pero ella se opuso con una decisión tan firme que no tuve otra alternativa que llevarla conmigo. Tomó una cuarta que yo siempre llevaba en el asiento de la camioneta. Lanzó un golpe al respaldo que me alcanzó el hombro para que no me quedara duda.

—Regrésate y te acabo esta cuarta por la cabeza. Ahora me vas a llevar a donde yo te diga. Y trata de hacer otra cosa y vas a saber si traigo fajadas las enaguas.

Al no ver otra salida, sólo me quedó obedecer o agachar la cabeza para esperar el golpe y seguir sus instrucciones. No podía desafiar tan decida y temeraria advertencia. Seguimos el camino, y ella volvió a la carga.

—¡Tu padre y tu son unos desobligados, que no pueden mantener a esta garra de vieja! ¿Qué vas a hacer tu el día que te cases? ¿seguir el ejemplo de tu padre, que no sabe como tratar a una mujer? ¡que piensas! ¿que te vés a encontrar una tonta como yo que te aguante?

—¡Ya párele madre! ¡Deje de seguir cacareando como gallina! ¿Qué más quiere: si el ya le dio dinero y yo voy a donde usted me dice?

Apenas terminé la frase, y sentí la cuarta descargar sobre mi hombro.

—¡Cállate hocicón desbozalado, o te acabo esa boca con la cuarta, nomás eso me faltaba, que me pierdas el respeto!

Ya no dije nada para no contrariarla mas, solo de vez en cuando la miraba de reojo, para notar cómo le cambiaba el semblante. Llegamos al mercado a media mañana. Estaba lleno de gente. No había forma de evitar que algunos de mis amigos me vieran con mi puño de gallinas cacareando, con mi caja de huevos y mi madre de capataz dando órdenes. Recorrimos todas las fondas porque nadie le pagaba lo que ella quería, hasta que por fin le llegaron al precio. Luego nos separamos. Ella se quedó en el mercado, comprando sus cosas y yo me fui a cargar el maíz, cuando regresé, estaba en una esquina rodeada de bolsas llenas de mandado.

En el camino de regreso, ya iba contenta. Sacó un par de manzanas y las limpió con la punta de su rebozo. Me dio una y comenzó a comerse la otra.

—¿Para qué quiere tantas cosas? le pregunté. —¿Va a poner otra tienda para hacerle competencia a mi padre?

—¡Qué más quisiera yo! Con tal de no ver a tu padre de holgazán, toda la tarde rodeado de arguenedos... Aunque en el fondo tiene razón. ¿Qué caso tiene luchar toda la vida cuando los hijos son unos ingratos que se van y te dejan hundido en un mar de ausencias?

—Así es la vida madre. ¿Qué quiere? Todos se van. Somos pájaros que tenemos que emprender el vuelo, y aquí, no se puede volar.

—¡Volar! Es su ambición desmedida la que no tiene límites. A dónde van si aquí nada les falta. No lo ven porque están cegados por

su soberbia. El hombre no puede volar porque está pegado a la tierra, y por más que se eleve, vuelve a la tierra. Lo jala porque pertenece a ella, es parte de ella, polvo del mismo barro.

—Es usted muy drástica madre. Al rato vuelven. Además, ¿para qué los quiere aquí?

—¿Tú qué sabes de hijos? Hasta el día que los tengas vas a entender. Hasta los pájaros se van y regresan como las golondrinas que cada año vienen y los hijos se ausentan y se pierden, porque son más pequeños que un pájaro.

Al siguiente día me levanté temprano, con nuevos proyectos. Le comenté a mi padre todo lo que pensaba. Me escuchó a medias y no me dio ninguna respuesta. Quería hacer algo que me fijara a este lugar. Yo no quería irme no solo por ellos; quería hacer algo más grande que abarcara todo el entorno, que a todos nos arraigara más. Quería escarbar hondo, remover la tierra y plantar los árboles que extendieran sus raíces y se elevarán al cielo cubriendo con sus ramas el suelo seco; llenar con nuevas ideas, contagiarlos de nuevos sueños como Plutarco. Despertar esperanzas y borrar las ilusiones de otras tierras. Eso era mucho pedir porque el que aprendía a caminar ya estaba pensando en correr, y yo era demasiado joven para que se me tomara en cuenta.

Días después, ensille un caballo. Subí la cuesta y me interné en el llano. Eran los días de enero cuando todavía el frío calaba fuerte. A pesar de que usaba una gruesa chaqueta de pana con ancho cuello de lana que me cubría las orejas, llevaba la nariz roja y las manos entumecidas. El caballo expulsaba gruesos chorros de vaho por la nariz. Todo el campo era color dorado y los potreros estaban llenos de manojos de plantas de maíz, parados, secándose al sol con las puntas amarradas. El sol evaporaba el rocío y salían de la maleza tejiendo redes de infinidad de arañas verdes, blancas y coloradas.

La salida del sol me pareció hermosa. Apareció entre los cerros aquella bola roja que creció como una enorme rueda de fuego y comenzó a lanzar sus dardos de colores, que se estrellaban contra los bultos de rastrojo parados y alineados, como firmes soldados que resistieron el impacto de aquellos rayos. No permitían que pasaran al otro lado, donde solo se proyectaba una sombra sobre la hierba seca que iba disminuyendo mientras el sol trepaba por el cielo, para más tarde abrazarlos y cubrirlos con toda su fuerza luminosa.

Contemplando ese paisaje llegué a la puerta del rancho del tío Valentín y desde allí se divisaba la casa a medio potrero. Los caballos

sacaban la cabeza de las caballerizas relinchando impacientes para que los sacaran de aquel encierro. Más adelante había una plaza que pasaba a otro potrero donde andaba el tío Valentín con varios peones, amarrando bultos de rastrojo. En cuanto me vio, dejó su trabajo y se encaminó a encontrarme. Era el más abierto de los cuatro hermanos. No disimulaba el gusto. Me saludó con una sonrisa franca, me apretó fuerte la mano y me puso el brazo sobre el hombro, pero no se atrevió a darme un abrazo.

Les pidió a sus hombres que trabajar un rato más y pararan cuando el sol arreciara y regresaran temprano al siguiente día. Regresamos a su casa, amarré el caballo a una argolla de las muchas que había a lo largo de la pared y entramos a su casa. Me dejó en el patio y entró a la cocina a avisarle a su esposa.

—Ni te imaginas Jesusa que visitón tenemos hoy, le dijo esto mientras la tía se acercaba a la puerta.

En cuanto me reconoció, me abrazó me besó las mejillas, me hizo una caricia y se le llenaron sus ojos de lágrimas.

—¡Qué ingrato, hijo! ¿Cuántos años hace que no nos visitas? ¿Cuánto tiempo tenemos solos tu tío y yo, y ni quién se acuerde de nosotros? Nadie se para por aquí. Tardes enteras me siento bajo el zapote y me pongo a contemplar el llano, con la ilusión de que alguien aparezca. Paso horas viendo las nubes de polvo que se levantan y me hago ilusiones de que alguien se acerca. Así la paso hasta que llega la noche, pero nadie viene, como si hubieran olvidado que existimos el par de viejos.

Sus dos hijos se fueron hace muchos años. Su hija se casó y se estableció en Estados Unidos y por cuestiones migratorias que no le permitían regresar, se fue quedando. Luego nacen los hijos y eso los va arraigando al nuevo lugar. Después tienen que colocar en una balanza las cosas y por desgracia la balanza siempre se inclina al destierro, y te quedas allá aunque dejes parte de tu corazón en el origen. Con el tiempo regresas y cuando regresas ya no encuentras lo que dejaste, y te quedas sujeto a una cuerda que te jala con una punta muy larga al frente que no le ves fin, y una cola muy corta al otro extremo donde se divisa el descenso.

Su hijo regresaba más a menudo, pero tenían ideas muy distintas. Chocaba con su padre en el modo de ver la vida, en la forma de hacer las cosas, y acabaron viviendo cada uno en su mundo.

Aunque vivían solos seguían adelante con todos sus proyectos. Tal vez alentado por el amor de Jesusa que siempre estuvo allí cuidándolo como quien cuida un niño cuando está enfermo. Él veía la vida con el mismo entusiasmo de cuando estaban sus hijos. Ese día, después de almorzar, sacamos sus caballos. Los dejamos reposar un rato hasta que descargaron todo su brío. Los ensillamos y nos fuimos a recorrer sus potreros. Andaba muy ilusionado porque dos años antes compró un pedazo de tierra que aparentemente no tenía ningún valor. Era sólo un arroyo seco y profundo lleno de nopales con una parte muy estrecha al final, donde colocó un tapón y con poca inversión, construyó una presa que en ese momento se derramaba de agua. Calculaba el que tenía líquido suficiente para incorporar al riego dos potreros que utilizaba de agostadero y en los cuales ya mostraba trazas de haber comenzado el desmonte.

Aproveché, contagiado más por su entusiasmo, para expresarle cual era el motivo de mi visita. Y un poco tímido porque no tenía idea cuál iba a ser su reacción le dije:

—Vengo a pedirle que me rente los potreros de la loma. Siempre que paso por allí los veo vacíos, llenos de pasto, con el riesgo de que se los devore un incendio porque usted no mete allí ni una vaca.

—¿Y qué vas a meter tu allí si no tienes ganado? Y ¿cuánto me vas a pagar de arriendo?

—Ese es el problema. Que no tengo ganado ni dinero para pagarle la renta, sólo ideas, ganas de hacer algo y vengo a proponerle un trato para que esto no se quede en idea.

—En mala hora se cansó tu padre. Ahora que debería darte el ejemplo y ponerse a trabajar para que no andes de vagabundo, se echa a descansar como caballo espionado.

Luego se echó a reír porque pensó que estaba jugando, pero reaccionó después de verme muy serio.

—Quieres hacer algo y no tienes dinero. ¿o se te hace que andas desviado, muchacho? Pero dime ¿qué clase de trato? Para todo se necesitan pesos mi amigo. ¡Pero bueno! Voy a probar a ver qué tan decidido estás a hacer lo que quieres. ¿Ves esos potreros? Todos están llenos de pastura y todo lo tengo que acarrear hasta esa plaza. Si tu me recoges todo y me lo dejas bien acomodadito, las lomas son tuyas. Favor por favor. No te regalo nada, porque todo hay que aprender a ganarlo.

Al siguiente día amanecí allí. Cuando él llegó, yo ya tenía la camioneta cargada. En dos semanas le terminé el trabajo y el mejor recuerdo

que guardo de aquellos días fue la convivencia que tuve con ellos. Solo ese día regresé a mi casa. Me llevé una ropa y no volví hasta el fin de semana. La siguiente semana hice lo mismo. Trabajaba hasta las dos de la tarde. Luego me llevaban a comer y después de una siesta, ensillamos sus caballos y nos íbamos a recorrer el llano. Sus charlas eran interesantes, interminables. Tenía una forma muy particular de contarme aquello que me hacía sentir como si lo estuviera viviendo. Me contó de sus hermanos, de cómo sufrieron al quedar huérfanos tan pequeños, de lo mucho que para él representaba mi padre. Me contó sus aventuras de arriero, las jornadas que tenían que hacer de posada en posada antes de llegar a Guadalajara. Desgraciadamente fue muy corto el tiempo de mi convivencia; sólo dos semanas. Después regresé a la escuela pero quedaron grabadas en mi memoria para que hoy pueda escarbar en lo hondo de mi corazón, tratando de encontrar los relatos dormidos de aquellos años. En esos cuantos días, supe también, lo unido que mi tío estaba con Jesusa y no me quedó duda de que habían nacido el uno para el otro. La tía extrañaba a sus hijos pero al lado de su marido se sentía protegida. No concebía la vida sin él porque para él vivía, mientras que sus hijos sabía que eran prestados. Eran como semillas que arrastró el viento para ser fecundadas por otro suelo, pero que a través de su recuerdo daban un complemento de vida a su existencia.

Más pronto de lo que imaginé, logré conseguir las primeras quince vaquillas para mi establo. Mi padre me consiguió un poco de dinero con el tío Juan de Dios y el resto lo compré a crédito. Después entre Alfonso y yo compramos otras dieciocho vacas a Plutarco, y a partir de allí fuimos seleccionando las mejores crías.

Una mañana me desperté con los gritos de mi padre. Me levanté de prisa para averiguar lo que pasaba. Traía un toro lazado y con golpes y maldiciones quería arrimarlo a un horcón de la plaza. Andaba muy molesto porque el animal había saltado la cerca y agarró una vaca que andaba en brama. Le ganó la partida a un toro semental que habíamos traído desde Querétaro para mejorar el establo. Era un toro muy bonito, pinto de negro, de caderas anchas que se desplazaba con gracia; coqueto, con la cabeza levantada, mostrando sus largas pestañas y sus ojos azules. Era un animal hermoso, pero con una libido muy baja al que cualquier toro roñoso le comía el mandado.

Ese día mientras ordeñamos, mi padre dejó amarrado el toro intruso. En cuanto me fui a entregar la leche él volvió a la carga con

un puño de sogas. Le ató las patas, luego le puso un braguero para sofocarlo y jalando la soga, amenazado con gritos y maldiciones, logra lanzarlo al piso. Una vez caído, lo aseguro, atándolo de pies y manos y con la navaja que encontró más afilada, procedió a castrarlo él sólo sin ayuda de nadie. Después de batallar largo rato, entró sudado a la cocina donde estaba mi madre. Arrojó las criadillas sobre el pretil y le dijo:

—Toma Dionicia. Prepararlas para la comida.

—Pareces un loco, Gregorio, dijo mi madre. —Te escuchó todo el rancho maldiciendo ese pobre animal.

—Sí, todos me escucharon, pero ningún tal vino a ayudarme.

—¿Cómo te van a ayudar?, si asustas a todo el mundo con esos gritos.

—A veces que ando ordeñando, grito más fuerte y a llevar leche regalada sí vienen.

Por ese tiempo regresó Emilio, el esposo de la tía Apolonia. Llegó para quedarse. Abandonó el norte, ya jubilado, después de haber trabajado por veinte años en los ferrocarriles, construyendo vías. Traía todo su porvenir asegurado. Aparte de recibir una buena pensión, encontró el establo lleno de vacas y su rancho en plena producción, pero él considero que ya había trabajado bastante. Aquellos trabajos brutales de jornadas descomunales, soportando temperaturas extremas con calores de infierno y fríos que te congelaba los huesos, donde sólo sobreviven los más capaces. Había sufrido eso muchos años como para llegar al rancho y hacer lo mismo. Se dedicó a vivir lo que no había vivido, con días enteros de parranda, tratando con eso de allanar todos los momentos de privaciones que había pasado en su infancia.

Con su dinero como escudo, quiso tapar las humillaciones que había sufrido en su niñez y que todavía lo atormentaban. Llegó con la idea de disfrutar y no permitir que nadie lo viera por encima del hombro.

Comenzó a hacer amistad con gente pudiente, políticos que sólo se le acercaban para sacar ventaja; gorriones que lo alababan para que les invitara a un trago de vino. Se fue metiendo despacio a un mundo donde todo era interés y te sopesan no por lo que eres, sino por el dinero que llevas encima y la facilidad con que lo gastas. Pero él era feliz en aquella vida donde todos lo alababan. Nunca imaginó ser tratado tan amablemente. Qué importaba que aquellos halagos fueran falsos si el su único recuerdo que tenía de estas tierras eran sufrimientos,

humillaciones y malos tratos. A diario encontraba nuevos amigos que lo seguían pero de su familia cada día vivía más ausente.

Varias veces lo llegué a encontrar en los lugares donde se reunía con sus amigos. Siempre me saludó con mucho agrado. Tal vez por lo mucho que estimaba a mi padre, que fue el único de los hermanos que le tendió la mano cuando él lo necesitaba. Era un hombre agradecido que nunca olvidaba los favores, pero tampoco perdonaba las ofensas.

Era alto, delgado, moreno, de facciones finas y personalidad recia. Hablaba fuerte y ronco con mucho conocimiento del mundo, bien informado. Era de conversación amena pero no permitía que le llevaran la contra. Todas las tardes se reunía con sus amigos en restaurantes a tomar y hablar de política. En ocasiones se enfrascaba con otros, en acaloradas discusiones, fijando posturas y discutiendo temas controversiales que provocaban altercados, cuando ya estaban alterados por el calor de las copas.

Esto ya le había ocasionado algunos problemas serios, pero nunca había llegado a mayores. Así fueron pasando los años y él seguía metido en esa vida donde sobraba el tiempo para encontrar personas que mataran el ocio. Sólo visitaba su rancho de vez en cuando por la mañana y de prisa, porque le parecía que ya lo esperaban. Todas las tardes como de costumbre, llegaba a su casa sin darse tiempo a preguntar lo que allí pasaba. Sólo llegaba a cambiarse, se desaparecía y no regresaba hasta muy entrada la noche, y en ocasiones, hasta el siguiente día.

No se dio cuenta cuando a la tía Apolonia le detectaron un cáncer muy avanzado. Tampoco la acompañó a una serie de citas médicas a las que tuvo que asistir sola antes de que le diagnosticaron la enfermedad, ni después cuando la sometían a revisión, tratando de encontrar una posible cura. Tampoco se detuvo el día que llegaron sus hijas por su esposa porque al día siguiente la iban a someter a un tratamiento de radiaciones.

Ese día salió, como todas las tardes, y como era fin de semana, el restaurante ya estaba abarrotado. Desde que lo vieron entrar, ya sus amigos lo esperaban. Le hicieron un lugar donde ya habían juntado cuatro mesas, porque la reunión era en grande. Estuvieron allí degustando hasta las dos de la mañana y salieron cuando cerraron el local, a seguir la parranda en los portales. Luego comenzaron a dispersarse hasta quedar un grupo pequeño: unos amigos de él y otros muchachos jóvenes que vivían por su mismo rumbo. Caminaron hasta llegar al

frente de su casa. Él llevaba una botella de brandy en la mano y antes de entrar a su casa, uno de los jóvenes le pidió un trago. Él con una rotunda firmeza se lo negó. Al muchacho se le hizo fácil quitarle la botella por la fuerza. No se dio cuenta de lo que hacía porque fue como torear un toro de lidia bruto; un animal inconsciente que no razona y solo responde al color rojo que enfurece su sangre. Trató inútilmente de recuperar su botella y comenzaron a jalarla, los dos a no dejarse, hasta que él cayó al suelo y su botella se hizo pedazos en el piso. Se levantó humillado, gritando y maldiciendo mientras entraba de prisa a su casa donde tenía el arma.

Su esposa no había dormido en toda la noche por las secuelas de la radiación. Escuchó toda la discusión y los gritos inconfundibles de su marido que había escuchado toda una vida. Se levantó a enfrentarlo para que no saliera. Se le colgó de la mano para quitarle el arma, pero no pudo con él. La aventó a un lado y salió, cegado por la cólera. Alcanzó a los muchachos al doblar la esquina, ya en las puertas de su casa. Sólo le pidió al otro joven que se separara y comenzó a disparar toda la carga. Después corrió desesperado al escuchar los gritos de la madre y las hermanas, que salieron y encontraron al muchacho agonizando en la banquetta, y a media calle, tirado el sombrero del malhechor.

Emilio caminó todo lo que sobraba de la noche por caminos secundarios que lo condujeran a las haciendas del llano donde había pasado su niñez. Allí tal vez encontraría un refugio para escapar de su conciencia o protegerse de su desgracia, mientras encontraba la forma de irse lejos, fuera del alcance de la justicia y los dolientes. Ese día marcó su destierro y comenzó el ocaso de los cuatro hermanos.

Dos días después de aquel incidente, se despertó mi padre con un fuerte dolor en el pecho y así anduvo toda la mañana, tratando de curarse con remedios caseros que le preparaba mi madre para sacar el aire, me pidió que por favor lo llevara con un doctor porque sentía que en cualquier momento iba a dejar de respirar. Después de que lo revisó un doctor del pueblo, vio que su enfermedad era seria y no se atrevió a ponerle mano sino que lo mandó con un especialista a Guadalajara para que le hicieran unos estudios.

Llegamos por la tarde a Guadalajara. Después de tomarle radiografías y hacerle varios análisis, nos pidieron que regresáramos al siguiente día, mientras se revisaba todo para poder dar un diagnóstico.

Nos fuimos a pasar la noche a la casa de una tía, hermana de mi madre, sin imaginar que allí íbamos a encontrar a Emilio. La tía no estaba allí, solo dos primos que le habían dado refugio mientras se calmaban las cosas, para que pudiera viajar a Estados Unidos.

Se mostraba erguido, cobijado con su soberbia. No mostraba ningún arrepentimiento, como si hubiera matado a un perro. Pero solo aparentaba para no mostrar el lado flaco de su orgullo. Si lo observabas con detalle, veías que de que de un rato a otro agachaba la cabeza y se sumergía en su pensamiento. Cada día que pasaba más se daba cuenta de su error. Sabía que había destrozado vidas ajenas, la de él y la de los suyos. Había perdido un mundo que él había construido pero que él mismo había derrumbado.

El siguiente día nos levantamos temprano, impacientes por regresar. Ninguno estaba acostumbrado a la vida de la ciudad. Sólo esperábamos los resultados de los análisis para poder regresar a casa. Desde antes de llegar me había asaltado la desesperación y el miedo. Se metió dentro de mí un sentimiento de ansiedad y no encontraba sosiego, un presentimiento extraño que no se apartaba de mí a pesar de ver a mi padre tan animado, disfrutando de la ciudad, mientras nos desplazamos por sus anchas avenidas llenas de automóviles.

¿Le gusta la ciudad? Le pregunté.

—Es bonita, pero es más hermoso lo nuestro. Mejor será para el que está acostumbrado a estos trotes. Los que nacimos en el campo, somos como las cabras que encuentran la libertad en el monte.

El doctor era hijo de un viejo amigo de mi padre, originario del Comal, un rancho al otro lado del Río Verde, cuando todos sus hijos eran chicos se fue a vivir a Guadalajara para que su familia estudiara y su esfuerzo no fue en vano. Su hijo era un prominente médico que todavía conservaba el modo franco de hablar de la gente del campo.

Después de hacernos esperar un largo rato, entramos al consultorio, donde nos esperaba, sentado el médico con cara de preocupado, el codo encima del escritorio y sosteniendo la cabeza con la mano sobre la frente. Se paró, nos saludó a los dos, nos hizo sentar y se volvió a colocar en la misma postura y sin voltear a vernos le preguntó a mi padre:

—¿Como se ha sentido Don Gregorio?

—Mejor doctor, pero todavía adolorido del pecho, como si trajera algo atorado.

—En efecto señor. Una arteria de su corazón le está obstruyendo el paso de la sangre. De momento no podemos hacer nada; sólo esperar que la medicina haga algo. Pero usted también debe cooperar. No me va a beber ni un trago y va a dejar de fumar, aparte de una serie de cosas que no debe comer. Le voy a dar unas pastilla para que se las coloque bajo la lengua en cuanto sienta que se le corta la respiración. Y recuerde, estas pastillas son su vida, no le deben de faltar nunca en su bolsillo o al pie de su cama cuando duerme porque en cualquier momento las puede necesitar.

Cada palabra del doctor cayó como algo helado en la espalda. Era algo frío que me mostraba la realidad; una realidad que no quería aceptar y me negaba a reconocer.

—¿No hay otra cosa que se pueda hacer doctor? ¿Sólo resignarme y esperar la muerte o espantarla con estas pastillas? preguntó mi padre.

—De momento sólo esperar, Don Gregorio. Más tarde quizá podamos operar, pero ahora no, y si me permite, me gustaría hablar un momento a solas con su hijo.

—¿Qué vamos a hacer doctor? Espero afuera para que a solas le lea a mi hijo mi sentencia. Se levantó despidiéndose con cierto dejo de tristeza.

—Le prometo Don Gregorio, que haré todo cuanto esté de mi parte para ayudarlo. Siento en el alma tener que darle de momento esta mala noticia. Sólo le pido, que no pierda la fe, que yo voy a consultar con otros colegas y en cuanto tenga otras opiniones yo le hago saber nuestra decisión.

En cuanto salió mi padre, el doctor se paró, se encaminó a la puerta, se aseguró de que estuviera bien cerrada y regresó. Se sentó y en una actitud seria comenzó a dar su diagnóstico.

—La situación de tu padre es muy delicada. Deben de tener cuidado con él. No lo dejen solo, ni permitan que haga mucho esfuerzo. Eviten mortificaciones. Trae grasa acumulada en las arterias. No podemos operar porque tiene muy desarrollada una hernia en el hiato. Le di un medicamento que le hace más ligera su sangre, además de las pastillas que le van a servir por un tiempo. Pero después de mucho usarlas, las arterias se vuelven elásticas y corren el riesgo de reventarse. Esto le permitirá alargar su vida hasta por un año o dos quizá más, depende de la frecuencia con que las use.

Abandonamos la ciudad de prisa, sin hablar, porque ninguno encontramos palabras. ¿Quién iba a expresar una palabra de consuelo,

si nunca aprendimos a hacerlo menos el que salió con la esperanza perdida?

Cuando regresamos, mi madre estaba muy preocupada. Pensó que llegábamos el mismo día y no al día siguiente. Por la mañana habían llevado un recado de la tía Apolonia que le urgía ver a mi padre para despedirse porque en dos días salía a Estados Unidos. La partida de la tía distrajo un poco la atención sobre la enfermedad de mi padre que ni él mismo creía la gravedad de su situación. Todavía rondaba en él una breve esperanza de que el médico se equivocara. Y como era de pocas palabras, sólo le dio una explicación vaga a mi madre de lo que tenía con la intención de no preocuparla. Se enfocó más en contarle del médico, hijo de su amigo don Trino Aceves que había dejado su rancho para ir a Guadalajara y le había valido la pena.

Al día siguiente fuimos a despedir a la tía Apolonia, que estaba consternada por los sucesos, devastada por la enfermedad, preocupada por sus hijos e invadida de una profunda tristeza por la partida. No era mujer de llantos, pero al ver a mi padre no pudo contener gruesas lágrimas que le corrían por sus mejillas. Estaba demasiado dolida para esconder su martirio.

—Maldita la hora en que regresó este infeliz, dijo, refiriéndose a su esposo. Sólo vino a traer la desgracia a esta casa. ¿Qué compromiso les ha echado a mis hijos? ¿Cuándo van a volver a caminar por el pueblo, con su sombrero a media cabeza? Estoy pagando el pecado que cometí por haberlos tenido hasta con hambre, con tal de guardarle un peso, para que este viniera, a aventarlo todo por el caño.

—No esperaba verte así, con las alas tan bajas. A tí que no te ladeaba la vida. Por desgracia lo ocurrido ya no tiene remedio. No se puede volver atrás. Por tus hijos, tienes que ser fuerte para salir adelante, dijo mi padre.

—Y de dónde sacó esa fuerza si ya apenas me alcanza para sostenerme en pie. Si me acuesto tengo que arrastrarme como una culebra para enderezarme. ¡Me estoy pudriendo viva! Y tengo que irme a morir lejos, donde no ponga mis muchachos en peligro. Mañana nos vamos. Ya no los volveré a ver porque se que voy directamente a ver el final allá lejos, en el destierro. Me despedes de mis hermanos que ninguno ha sido capaz de asomarse a ver lo que sobra de mí. ¿Qué están esperando? ¿Que me muera para venir a enterrar el puro copino?

Según le contó a mi madre, que después de haber pasado por esa impresión, al escuchar los disparos, todo el cuerpo le ardió como si

la hubieran embarrado de pólvora y le prendieron fuego, el vientre lo sentía lleno de brasas que levantaban flama y le quemaba todo su cuerpo. A partir de allí no le cesó el ardor que la quemaba por dentro, esos dolores la acompañaron hasta la muerte.

Regresamos a las metidas del sol. Ni mi madre ni él hablaron palabra, ella llevaba la vista fija en el camino, y mi padre iba con la mirada perdida en el horizonte, viendo como el sol llegaba al ocaso. La enfermedad de mi padre hizo una pausa pero continuamos con el mismo entusiasmo. Sacamos el ganado de las barrancas del Río Atenguillo que habíamos acumulado por varios años. Después de engordarlos, los vendimos y sacamos fondos para agrandar la casa. Yo estaba preparando mi partida y ellos esperaban el regreso de Alfonso que venía ya casado, para hacerse cargo del establo, mientras yo me iba a terminar de estudiar a Guadalajara.

Mi madre estaba feliz porque regresaba su hijo, en el cual había puesto siempre todo su entusiasmo, aunque hiciera un gran esfuerzo por ocultarlo. La distrajo un poco la noticia. Fue como encontrar una luz perdida entre la noche de un cielo negro. Para mi también fue una buena noticia porque sentía que lo que estaba pasando, en todas formas afectaba mis planes. Me negaba a perder lo que en los últimos años mi padre y yo habíamos logrado con tanto esfuerzo, y el dilema estaba en escoger, si terminar mi carrera o dejar que se perdiera el establo. Mi padre ya no tenía fuerzas ni tiempo suficiente para continuar con aquéllo. Sus días estaban contados.

Regresaba en cuanto terminaban las clases. Comenzamos la adición de la casa y el tiempo no daba más. Se acortó tanto que no sentía cuando llegaba la noche. Entraba a mi cuarto y me tiraba cansado sobre la cama como quien avienta un costal. En la posición en que me quedaba, al otro día amanecía. hasta que un día desperté sobresaltado a mitad de la noche. Los ladridos del perro que se abalanzaba contra la puerta de entrada y los gritos de un hombre interrumpieron mi sueño. Abrí la puerta y bajo la luz opaca de un foco, pude distinguir la silueta al otro lado del cancel.

Era Catarino Aguayo. La misma imagen que guardé desde niño, estaba allí, con su misma indumentaria, su rostro sombrío y su cara de lástima; sus ojos hundidos llenos de tristeza y su frente arrugada, intimidado por el perro que amenazaba con salirse, lanzando aullidos como si presintiera la muerte, fiel compañera de Catarino.

—Que bueno que salistes, Gregorio. Más te tardas, el perro brinca y me hace pedazos.

—¿Qué anda haciendo, Catarino, a estas horas de la noche, cuando toda la gente duerme.

—¡Sólo la muerte no duerme! Malas noticias me trajeron hasta aquí, como si fuera el elegido, destinado a llevar y traer las malas nuevas. Hoy el destino me acercó hasta la casa de ustedes para anunciarles nada bueno. Vengo a decirles que murió tu tío Valentín. Lo mató un caballo. Acaba de morir en el hospital. Me mandó a que les avisara, Genaro su hijo. Él se fue rumbo a su casa con el cadáver y yo agarré pa acá a decirles de la tragedia, pa que fueran a acompañarlo. Está muy atormentado, él solito, sin un alma que lo acompañe. Dale la razón despacio a tu padre, que no le caiga por sorpresa. Prepáralo antes, y rápido vayan a acompañar a tu primo que mucho los necesita. Avísale a tu tío Juan de Dios, yo me regreso con el que me trajo. Más tarde los acompañó a rezar un rosario. Salúdame a tus padres y que Dios los ayude.

No supe quién lo llevaba; sólo vi que se fue perdiendo entre la noche como un fantasma. Desapareció como alma en pena, igual que como llegó. Me volví para darle el mensaje a mi padre, pero él ya estaba afuera. Había escuchado todo y a pesar de la impresión, estaba jugando con el perro.

A esa hora salimos. Llegamos a la casa del tío Juan de Dios, como quien llega a la morada de un fantasma, rodeada de altas cercas de piedra y perdida en una oscuridad absoluta. No alcanzamos a pasar la puerta de la plaza cuando salieron del patio dos perros como unas fieras que nos hicieron retroceder. Mi padre comenzó a gritarle desde allí pero él estaba lejos para escucharnos. Vivía en la más profunda soledad. Buscamos un garrote y amenazamos a los perros para que nos dejaran entrar. Se replegaron pero regresaban, embravecidos como lobos hambrientos, hasta que por fin escuchamos la voz del tío Juan de Dios, parado en la puerta del patio, con una linterna en una mano y la pistola en la otra.

—¿Qué quieren a estas hora y quienes son ustedes? preguntó, cubriendo su cuerpo con la pilastra.

—Soy yo, Gregorio, tu hermano, dijo mi padre. Guarda esa pistola. No vayas a tirar. Venimos por ti, porque aquel Valentín, está enfermo y queremos que nos acompañes a verlo.

—Esperen un momento, enseguida salgo. Bajó la pistola y levantó la linterna.

Lo vi desde lejos y me acordé de la imagen aquella que mire de niño cuando fue a recoger las vacas del Zarco; sólo un poco más viejo, con la misma barba el pelo enmarañado, pero sin reír, y con toda su soledad sobre sus hombros, cobijado por la sombra de la noche.

Entró a la camioneta y se sentó sin saludar. Luego arranqué y hasta después de un rato nos preguntó:

—¿Es tan grave lo que le pasa a Valentín que vinieron a despertarme a estas horas? Si hace un par de días lo vi en las carreras muy animado. ¿Qué fue lo que le pasó?

—No sabemos, dijo mi padre. Sólo nos dijeron que lo tumbó un caballo.

—¿Y a qué hora murió? dijo presentía lo que nosotros sabíamos. — Si hubiera sido una simple caída, no hubieran venido a despertarme a estas horas. ¿Por qué no me dicen la verdad?

—Porque tampoco la sabemos, dijo mi padre con la voz apagada y se le escapó un suspiro.

Llegamos a la casa y todavía estaba solo Genaro. Estaba la puerta de par en par y todas las luces encendidas y el ahí contemplando el cadáver, parado a los pies de la caja en medio de los cirios, sosteniéndose con la mano la barbilla, y los ojos enrojecidos por el llanto. Le dieron los dos hermanos un fraternal abrazo y le expresaron toda su solidaridad, tratando de que con eso menguara su dolor.

Gracias por haber llegado tan rápido. Estoy aquí como amarrado al cuero sin poder moverme ni saber qué hacer. Tengo que ir a recoger a mi madre y avisarle a mi hermana, ¿pero cómo me muevo?

—Ve hijo, dijo mi padre. —Nosotros nos quedamos. A eso venimos. Dale con cuidado la noticia a tu madre; prepararla antes de darle semejante golpe.

Salimos al zaguán, mi padre y yo, a encaminar a Genaro. Sólo el tío Juan de Dios se quedó sentado en un equipal, con la cabeza baja pensando, adentrado en su mundo, haciendo un repaso de su vida desde el principio, hasta llegar a sus días más difíciles, rodeado de todas sus riquezas inútiles, donde sólo le quedaba por compañera su soledad que ya comenzaba a reclamarle. Al no saber qué responderle, comenzó a llorar con un llanto ronco, profundo y desgarrador que sacudió la noche, bajando hasta lo más profundo de su abismo, donde se encontraba dormida su conciencia, olvidada, cobijada por los recuerdos que

despertaban, y subían al cielo como parvada de pájaros recordando los tiempos idos.

Al salir el sol, llegó Genaro con la tía Jesusa, vestida con su ropa negra de luto, un luto que guardó el resto de su vida. Su cara blanca, pálida, pequeña y dulce, jamás volvió a ser igual porque después de sepultar a su esposo, la cubrió un velo de amargura que transformó su cara, llenándola de arrugas como surcos donde sólo se cultivaba el deseo que le llegara el final. Su última esperanza era de alcanzar la paz y volver a verlo en un cielo lejano, que le habían prometido desde niña, donde no existe el dolor y todo es gozo cuyas puertas se abren donde termina el camino de la vida y comienza el misterio de la muerte.

—¡Qué ingrato y porfiado fuiste! ¡Cuántas veces te pedí que no montaras esos animales? No entendiste que lo hacía por ti y también lo hacía por mi, que temía quedarme sola. Estoy tan muerta como tú, como si a los dos nos hubiera caído la bestia encima. Luego se sentó. Ya no pudo continuar con su reproche porque las lágrimas le empañaron la vista y un nudo en la garganta sofocó su voz.

Hasta el siguiente día llegó su hija, después de hace muchos años. Llegó a aquel país de ilegal y volvía a su tierra casi en similares circunstancias, rogando por un permiso para poder regresar; implorando a los amos del mundo que con una arrogancia ciega, deciden sobre la vida de los demás y señalan con el dedo, quien puede y quien no puede regresar a ver a sus muertos. Ellos ajenos al sufrimiento de las personas que ven insignificante, como un objeto que sólo sirve a su conveniencia y consideran, como un tornillo más, que sujeta el engranaje de su maquinaria, que los mueve como monigotes sin corazón y sin cerebro, indiferentes a cualquier sufrimiento.

Ya estaban llamando a misa y en el segundo doble de campanas, se me acercó Genaro a pedirme que recogiera la camioneta de su padre aparcada frente al hospital. Desde aquel domingo que llegó después de haber recorrido el pueblo en busca de médicos que lo atendieran, entró con la pierna rasgada por la herradura del caballo, desde la pantorrilla hasta el tobillo, y cayó muerto a la entrada del hospital, cuando ya no le quedaba una sola gota de sangre.

Al abrir la puerta salió de aquel espacio sofocado un aire pestilente y podrido, un gas comprimido por el calor que se acumula y se inflama por la falta de viento. Aquel tufo inesperado me pegó de lleno, me nublo la vista, me revolvió el estómago y comencé a vomitar, después que logre recuperarme me enderece buscando el aire y alcancé a ver

embarrado en el asiento y amontonada sobre el piso un cuajaron de sangre hirviendo de gusanos. En ese pequeño espacio quedó regada su vida, devorada por las larvas, transformada para volver a mezclarse con el suelo.

Al terminar la misa su hija dio las gracias a todos los presentes, y agradeció a Dios por todas sus bondades, sin reprocharle nada, sin ningún rencor, por haberle arrancado la vida a su padre a una edad temprana. No se sentía agraviada por todas las vicisitudes que pasó al regresar, no llevaba sombra que empañara su fe. Pidió a todos los ahí presentes, que despidieran de la casa de Dios con un fuerte aplauso, el cadáver de su padre.

Terminado el sepelio, los hijos del tío Valentín y sus dos hermanos, despidieron a toda su gente. Colas largas de hombres mujeres y niños se arrimaron a expresarles sus condolencias. Sólo en ese momento noté a mi padre pálido y devastado por el dolor, haciendo un gran esfuerzo por seguir en pie con los ojos húmedos de lágrimas. Me acerqué a pedirle que nos retiráramos y no quiso moverse de su sitio hasta despedir el último de los asistentes.

En el camino al panteón, llevaron la noticia. La tía Apolonia agonizaba allá en el norte. Le avisaban a sus hermanos para que por lo menos rezaron un rosario, para ayudarlo a bien morir o encomendarse al cielo, por el descanso de su alma, una vez que ocurriera el desenlace. Gregorio escuchó la noticia resignado se concentró en reunir la fuerza suficiente para hacer su viaje. y dos días después, salió mi padre al norte, rogando a Dios que la encontrara viva, y la encontró.

Cuando ella supo que mi padre estaba allí, hizo un gran esfuerzo y recobró fuerzas para recibirlo, tal vez porque eran los mayores la vida los trato con más dureza y la complicidad que tuvieron desde niños fue lo que más los hermanaba. Su tragedia los unió tanto que los envolvió en el mismo manto, y no podía morir con ese sentimiento, tenía que verlo por última vez para cerrar su círculo. Para emprender su viaje.

—Sabía que ibas a venir a despedirme, Gregorio, dijo la tía Apolonia con la voz cansada. —Ya te esperaba porque tu siempre estuviste cerca de mi, pronto a protegerme desde que era una niña. Pusiste tu vida en frente como un escudo y se que lo volverías a hacer, si fuera necesario, con tal de que nada me pase.

Gregorio se arrodilló, se inclinó en la cama, le tomó la mano, y la oprimió contra su pecho.

—Ya que puedo hacer por ti si se nos fue la vida Apolonia. Tu la dejaste regada allá en el llano. Con tanto sufrimiento se te cayó en pedazos. Y yo la fui perdiendo por los caminos de tanto andar corriendo como judío errante. ¿De eso quién nos protege? ¿Quién puede hacer algo cuando ya el destino nos está llamando.

—La muerte tiene varios días rondando mi cama, pero no llega, como si me tuviera miedo, o ¿será que la espanta mi madre? Ella no se despega de mí. Está día y noche postrada en mi cabecera. Apenas llegaste y salió. Fue a prepararte el almuerzo como lo hacía siempre cuando te escucho llegar.

Al escuchar, Gregorio se dio cuenta que su final estaba cerca. Pronto dejaría de sentir aquel martirio porque ya estaba invadida su mente con el misterio de otro mundo, y en sus desvaríos, hablaba con los muertos que entraban penetrando las paredes y salían por las puertas cerradas.

—Ayer vino a visitarme Valentín, después de tantos años. Entró por esa puerta, temprano apareció, acompañado de la brisa. Traía las mejillas rojas. Llegó muy agitado, como si hubiera recorrido un largo trecho; un largo camino para venir a verme, traía las mejillas coloradas muy guapo. ¡Qué descrédito de hombre! Se sentó en esa silla con sus bigotes retorcidos, sonriendo, enseñando sus dientes blancos y macizos, pero no me habló. Como siempre, nunca tuvo palabras para mí. Sólo se me quedó mirando, fijamente, como si dudara quien era. Después se puso muy triste y se salió del cuarto para que no lo viera llorar, como si fuera un niño, y ya no regresó.

Murió sin darse cuenta de que Valentín ya estaba sepultado. Nadie le dijo nada. Ya no tenía caso mortificarla más con cosas de este mundo, cuando ella también estaba ya a un paso del sepulcro. Por fin después de muchos meses que comenzó a pudrirse lentamente, soportando las llamas de ese infierno hasta que la dejó consumida, sin un tejidos vivos, solo sus huesos envueltos en la piel como un copino.

Conforme fueron pasando las horas se fue perdiendo en un mundo inimaginable y lejano que sólo ella recordaba. Después de muchas horas, cuando comenzó a caer la noche, tuvo unos momentos de lucidez y recordó a su hermano pequeño sin poder ocultar un aire de rencor.

—¿Por qué no “trajites” a Juan de Dios? preguntó a mi padre. En todos estos años no me pudo perdonar, si yo nada le hice. Sólo hacer mi vida como el hizo la suya. Cada cual tiene derecho de escoger su

infierno, pero tiene orgullo sobrado para poder comprenderlo. Está bien, que se quede allá contemplando su riqueza, al fin y al cabo que de nada le sirve porque está más solo que un cuervo.

Después cerró los ojos y cayó en un sueño profundo del que ya no volvió a despertar. Mi padre regresó al siguiente día porque ya no soportó estar allá. A los dos días, mi tía Apolonia murió. Cuando le avisó mi madre, para él no fué sorpresa. Desde que la vio, supo que había ido a visitar a un muerto. Ella ya no pertenecía a este mundo; solo regresó unos momentos, para aclarar paradas y regresó al camino a continuar su viaje.

En esos días regresó Epifanio el Cuervo, después de haber recorrido el mundo. Llegó igual que se fue o quizá más pobre venía sin un centavo en el bolsillo, y con más hijos que un conejo, pero igual de feliz. A mi padre le llegó como caído del cielo. Aparte de que lo ayudaba todo el día, lo hacía reír porque todo lo contaba con gracia. Le recordaba todas las aventuras que habían pasado juntos desde que eran adolescentes. Lo veía tan animado, que muchas veces imaginé que sentía que había recuperado el hermano perdido, y en el fondo el Cuervo, también regresó porque lo vio en el velorio de su hermano tan apagado que decidió volver a arrimarse a él. Quizá también porque estaba cansado de andar el mundo y en todos los lugares era lo mismo, como él mismo se lo dijo a mi padre.

—Si me das trabajo, me quedo contigo, Gregorio, Para trabajar lo mismo es aquí que allá, ¿A dónde puede ir el buey que no are?! Para seguir de bruja cualquier lugar es bueno. Qué mejor que aquí donde ya todos me conocen y cualquiera me avienta una gorda, antes de dejar que me muera de hambre.

La llegada de Epifanio nos modificó un poco los planes. Alfonso decidió posponer su viaje hasta después de que naciera su primer hijo, para que naciera allá en el Norte y así tuviera la opción de dos mundos para escoger cuando fuera grande. Eran dos polos diametralmente opuestos, donde la debilidad del Sur siempre era arrastrada por la atracción del Norte.

Reanudamos la construcción de la casa detenida por los sucesos. Queríamos terminar antes de mi partida, que se acercaba deprisa y a la que se eliminaban obstáculos. Decidimos también meter otra engorda, sacando las vacas de desecho para mermarles el trabajo. Conseguimos nuevos medieros para cultivar más tierra y así tener más abundancia de forraje. Iba a ser una partida largamente planeada que no permitía

descuidar detalle y en la que todas las cosas se iban acomodando. Cuando todo estaba hecho, cuando ya no faltaba nada, volvió a aparecer el diablo.

Terminamos de ordeñar aquella mañana y mientras el Cuervo terminaba de alimentar la engorda, mi padre y yo salimos, cargando un tarro cuando vimos cruzando el guardaganado a Catarino Aguayo. Dejamos el tarro sobre el suelo porque a los dos nos llegó un presentimiento. Mi padre se puso pálido y ya no lo perdimos de vista deseando que pasara de largo, pero no. Dobló la esquina, atravesó la plaza y se paró frente a nosotros. Lo denotaba todo en su mirada, Su sola expresión lo decía todo. La mala noticia había llegado.

—Mi padre impaciente por saber, preguntó quién era el muerto.

—Se trata de Juan de Dios, Gregorio. Que un toro le acaba de meter un cuerno en la espalda. Lo llevan muy grave, rumbo a Guadalajara.

—¡Maldita sea mi suerte! exclamó Gregorio dando un fuerte golpe sobre el cofre de la camioneta —y tu como lo viste Catarino. Yo no pude verlo, a mí solo me buscan para que lleve los mensajes, como a nada me niego, me usan y lo siento ya como un oficio, pero no dejo de sentir pena ser portador de malas nuevas.

—Perdona Catarino, hazme favor. Me saca de mi cabales la forma en que me acorralla la muerte, la siento tan cerca, pisando mis talones, que hasta veo su sombra cuando se agazapa, pero que culpa tienes tú. Gracias por venir a avisarme.

—Dios me colocó en el centro el punto que separa la vida de la muerte, y es el motivo de mi oficio, los mismos pasos hay desde mi casa al templo, del hospital hasta mi casa y desde mi casa al cementerio. Por eso todos acuden a mí que no me puedo negar aunque sólo vengo a regar el dolor y la tristeza donde paso. Es mi destino señalado, desde que tengo uso de razón lo hago, y si yo no lo hiciera, pos más de alguien tendría que hacerlo.

Me llevé a Catarino conmigo. Era un hombre bueno que no ocultaba sus sentimientos que de verdad nos apreciaba, que también sufría al llevar sus mensajes.

No dejé la leche en la carretera como lo hacía siempre, sino que me fui derecho a la planta donde la procesan. Desde allí llamé al hospital, buscando un médico que era de la familia, al que todos acudían y veíamos con orgullo. Me contestó una mujer y después de un rato me contestó él con la mala noticia.

—El tío murió hace un largo rato. Estamos arreglando todo para regresar en la tarde. Esperamos llegar con él al caer la noche. Avísale a toda la familia que todos los de aquí estamos preparándonos para salir.

Al tío Juan de Dios lo llevaron a Guadalajara, solo a juntar sus pasos perdidos, porque cuando llegaron con él ya estaba muerto. La embestida del toro fue tan fuerte que el cuerno le entró por la espalda, le perforó el pulmón y por poco le sale por el pecho. Sólo lo metieron al sanatorio a prepararlo para que no se descompusiera el cuerpo y aguantara dos noches mientras llegaban sus hijos.

Ya muy entrada la tarde llegó su hija mayor, acompañada de su tío, un canónigo hermano de su madre, encargado de una parroquia de un pueblo de Sonora en que los dos vivían. En cuanto les dieron la noticia salieron a toda velocidad sin parar, con riesgo de reventar el carro. Ya sus dos hermanos y su hermana más chica, que vivían cerca, habían desocupado varios cuartos de la casa y tenían todo preparado para el velorio. Sólo esperaban que llegara el cortejo y sus hermanos ausentes.

Era de noche cuando llegó la funeraria, acompañado de varios carros. Venían con él muchos de los familiares que habían emigrado a Guadalajara. En poco rato se llenó la casa de gente y las voces fueron interrumpidas cuando Catarino Aguayo comenzó el rosario con su voz fuerte, pausada, con una melancolía y tristeza que penetraba en los oídos de los oyentes, y pasaba de largo hasta tocar el alma.

Rayando el sol, llegaron los del norte. Venían todos juntos y con ellos Alfonso y el Zarco, todos muy bien vestidos con sus abrigos negros de lana, pero con la misma expresión de tristeza en su rostro, mi padre había pasado la noche en un rincón del cuarto, sentado a un lado del cadáver, sin dormir en toda la noche y todavía tuvo fuerzas para darles ánimo cuando vieron a su padre tendido y no pudieron contener las lágrimas. Después se sentaron a su lado y Alfonso y el Zarco, se colocaron en su espalda parados apoyando una mano sobre su hombro. Otro día salió el cortejo temprano. Era una larga fila de carros y camionetas llenos de gente, siguiendo la carroza. A un lado del chofer iba el Zarco acompañando a su padre muerto. La misa fue en la parroquia del pueblo y de allí se lo llevaron en hombros hasta el panteón. El Zarco y sus hermanos lo iban cargando. No dejaron que nadie los reemplazara. La mayoría de carros quedaron aparcados a un lado de la iglesia. Todos caminamos las siete cuadras que separan el panteón de la plaza. Todo el camino acompañé a mi padre, que aunque esa segunda noche no había velado, se notaba como si no hubiera pro-

bado el sueño. Por momentos se detenía y se apoyaba en mi hombro. Miraba el cortejo que se alejaba y con una voz agitada me suplico que me esperara.

—Deja que se vayan hijo. Está muy largo el camino. Nunca pensé que estuviera tan lejos. Ya comenzaban a pesarle las distancias. Alfonso, que iba acompañando a mi madre, no se dio cuenta en qué rato nos detuvimos, y se quedaron esperando a que llegáramos en el portón del panteón. Cuando ya había entrado toda la gente, sólo pasamos la puerta y se sentó en una banca colocada a un lado de la entrada. Ya no quiso ver el entierro.

—Vayan ustedes. Yo aquí me quedo. Ya se me acabó la fuerza. ¿Qué caso tiene ver cuando lo entierren?, si de todos modos ya está perdido, y sacó su pañuelo para secarse el sudor. Allí nos quedamos los tres para acompañarlo y no lo dejamos hasta que salió toda la gente, a la que despidió con lágrimas.

Al día siguiente almorzamos juntos los tres hermanos. Mi madre estaba contenta porque nos tenía allí reunidos como en los viejos tiempos. Hasta mi padre se sentó un rato con nosotros. No podían ocultar el orgullo que sentían por sus hijos aunque eran momentos de sentimientos encontrados. Terminamos el almuerzo bromeando y mi padre presumiendo la casa.

—Espero que terminemos esto para el día que me muera. Así, si regresan, tengan donde quedarse, dijo, mientras todos callamos y nos miramos unos a otros como si un viento helado hubiera entrado por la ventana.

Después, los tres nos fuimos a conocer la hacienda del Zarco. Nunca había regresado desde el día en que se fue. Tampoco él la conocía. Fue un deseo que tuvo desde niño. Varias veces nos dijo: cuando yo sea grande voy a tener una hacienda como don Porfirio. Así se llamaba el dueño de la hacienda del rancho. Se le concedió, aunque no lleguen a cinco las veces que ha venido a verla. Había hecho un esfuerzo enorme para hacerse de ella, ayudado por su padre que contribuyó con otro tanto. El pasó más de ocho años trabajando sin descanso, hasta los domingos y días de fiesta. Trabajaba a las puertas del infierno, en la entrada de un horno de fundidora, donde supervisaba la entrada del fierro y la salida del acero fundido. Desde que era un adolescente, llegó allí y se quedó en ese lugar donde nadie aguantaba. El trabajo le moldeó su carácter, con las mismas llamas que desbaratan el fierro,

haciéndolo tan resistente como aquellas vigas que salían al mundo, forjadas a toda prueba para resistir cualquier embate.

Alfonso se fue en la camioneta, rodeando por la brecha, con todos los víveres para la comida, mientras nosotros nos fuimos a caballo atravesando el monte. A la salida del rancho, terminaba el camino real en una puerta de entrada, a un potrero abierto. Allí quisimos revivir lo que hacíamos de niños. Pasé adelante y antes de que cruzara, yo le aventé la puerta para espantar al caballo, pero él la detuvo y pasó sin problemas al otro lado. Luego le dio un golpe a la enanca de mi caballo y trató de pasarme.

—¡Hazte a un lado! ¡Muévete con tu cojitranco! y volvió a descargar la cuarta. El caballo dio un salto que por poco me tumba mientras él se reía, pero no lo dejé que pasara al frente. Corrí a lo que daba el caballo. El sombrero se me fue a la espalda y sentía que el barbiquejo me ahogaba cuando chocaba con las ramas de los árboles, que también me arañaban la espalda. Seguí azotando, tendido sobre la cabeza de la silla. Veía cómo pasaban los árboles y el fresco aire de la mañana me golpeaba la frente, hasta que llegué a la puerta de entrada. Me regresé haciendo saltar el caballo, gritando lleno de júbilo.

—¡Te gané Zarco, te gané! ¡Antes me ganabas porque hacías trampa! ¡Me dabas el caballo más viejo, el más cansado el que no traía herraduras, por eso me vencías con pura trampa! le gritaba agitado, pero el no se contagió de mi entusiasmo, lo vi muy serio, noté que al llegar a esa puerta lo invadieron los recuerdos. Era un rancho que su padre ya tenía desde que le ayudábamos cuando éramos chicos. Fue el primer casco de hacienda que compró con la ayuda de su hermano Arcadio, y al llegar allí lo invadieron los recuerdos.

—La vida es una trampa, dijo con un voz lánguida y triste. —Para poder ganarle, necesitas hacer trampa.

Abrí la puerta y lo dejé pasar delante, pero él ya no corrió. Yo llegué al corral y desde allí lo vi contemplando las laderas, los arroyos, la hacienda, los lugares que había recorrido su padre y el corral donde encontró la muerte.

En la hacienda de Arcadio tenían reunido todo el ganado para hacer las partes, antes de que todos se regresaran. El corral estaba situado al lado de una presa. Era el mismo lugar en que el toro embistió a su padre. Desde lejos observamos que ya estaba la plaza llena y en multitud se encontraba el toro que lo mató. Era un animal que él mismo había recogido desde que nació quedó pepe. Lo crió como

un huérfano más, con más atenciones que las que tuvo con sus hijos. Era el que lo acompañaba en su soledad. Andaba por todo el patio y en ocasiones se metía hasta a su cuarto. Tantos mimos lo volvieron malcriado y nunca imaginó que de grande lo desconociera. Era tanto el ganado, que si hubieras aventado el sombrero, no caía al suelo sino en el lomo de los animales.

Todos sus hermanos lo esperaban sentados sobre la cerca, protegidos por la sombra de un frondoso mezquite. Antes de que dejáramos los caballos le preguntaron:

—¿Dinos cuántos animales quieres antes de que te bajes? Te los echamos fuera para que los llesves a tu rancho.

—Échenme los que sean su voluntad, contestó el Zarco, mientras todos se rieron. La sorpresa era que casi la mitad del ganado pertenecía a él. Era el resultado de la descendencia de aquella vaca que mi abuela le había heredado. Era ganado que se fue acumulando en más de veinticinco años. Su padre nunca le vendió nada, esperando que un día regresará para entregarle todo completo. Pero se fue, siendo casi un niño y no regresó porque no encontraba algo que lo motivara a volver, hasta que la muerte le hizo un llamado para que regresara. Su padre no pudo entregarle aquella herencia, pero sí dejó una marca en la oreja de cada animal que le pertenecía.

Sacaron los animales del Zarco y quedó la plaza vacía, mientras sus hermanos se repartieron y señalaron el resto. Los tres llevamos su ganado hasta su hacienda. Alfonso no quiso montar el caballo que le ofrecieron.

—Me voy en la camioneta, dijo. Por poco me caigo de la cerca que no se mueve. Cuanto y más del caballo que salta como un chapulín. Siempre fue tímido.

Después de subir una cuesta, pasamos una mesa y al comenzar a bajar, estaba la entrada del rancho, donde nos esperaba el encargado al pie de la puerta. Desde lo alto se divisaba la hacienda como un rectángulo con dos naves y un patio al centro. La puerta de entrada al norte, varios cuartos a ambos lados y al fondo un corredor con tres arcos donde estaba el comedor y la cocina. Tenía una salida a un corral donde había una troja y dos caballerizas. En una pequeña loma se encontraba la escuela llena de costales de maíz y rastrojo, porque no había niños que la habitaran. Era el casco de la hacienda y unas doscientas hectáreas de tierra, rodeada de barbechos, y a la orilla una ladera pronunciada, llena de aguacates silvestres. Recorrimos sólo

lo más parejo de prisa. Entramos a la casa por la puerta de enfrente y salimos por la plaza de atrás. Cuando regresamos, ya había terminado el reparto. Todos estaban tomando y comiendo en los patios de la casa. Desde afuera se percibía el rico olor a carne asada. Después de comer formamos un amplio círculo y seguimos tomando y conversando. Todos los hermanos se habían relajado y ahí, al calor de las copas, comenzaron a hacer bromas, a contar chistes y a conversar del pasado, de cuando éramos niños y nos criamos como una sola familia. Comenzamos a crecer y todos nos fuimos dispersando. Pasó el tiempo y tuvo que ocurrir esta tragedia para juntarnos de nuevo. Todos estábamos tan animados, que no nos dimos cuenta a qué hora el Zarco desapareció.

Salió sin decir nada, cuidando que nadie lo viera. Iba ligeramente mareado por los tragos, y los recuerdos volvieron a aparecer como una sombra que caminaba con él conforme avanzaban sus pasos. Se dirigió al corral donde todavía estaba el ganado de sus hermanos. Entró y fue derecho al lugar donde cayó su padre. Todavía estaban las piedras en el suelo por donde quisieron escapar del toro, su padre y el hombre que lo acompañaba. Habían manchas de sangre por la cerca y las piedras que cayeron, casi todas estaban salpicadas. Después de que lo embistió el toro, se quedó sentado allí, mientras el hombre abrió la puerta del corral para que saliera todo el ganado. Comenzó a gritarles a los peones para que lo ayudaran a subir al herido a su camioneta. Al ver la sangre derramada, sintió asco y quiso devolver el estómago. Se imaginó el horror de su padre, atravesado por la espalda y pisoteado por la bestia, y sintió como de su cuerpo se apoderaba una compasión espantosa; un dolor de pecho insoportable, una lástima por él, que ya no le cabía dentro. Lo miró desprotegido, solo, sin aliento, agonizante sobre esas piedras, sin ninguna esperanza de seguir vivo. Solo y su alma, alejado de todos sus hijos que habían sido su vida. Lo imaginó abatido, sin poderles echar una última mirada o darles un adiós, o decirles una palabra de despedida. Luego se sintió que lo invadieron los remordimientos.

Hundido en su pensamiento, apoyando el brazo sobre la cerca y la cara encima del brazo, el Zarco cavilaba sobre la vida. Llegaban a su mente una serie de pensamientos revueltos y distintos que lo envolvían de prisa. Revoloteaban y salían como un remanso que rodea la mente, o un viento que te envuelve, se eleva, y se pierde por el cielo.

De pronto, de la manada de animales que estaban replegado en la otra orilla, comenzó a separarse el mismo toro que mató a su padre. Escarbando la tierra, se fue separando poco a poco de los demás, mugiendo, amenazante bramaba y volvía a amenazar y volvía a escarbar. Ya separado de la manada, listo para embestir de nuevo. Al verlo, sintió miedo y quiso brincar la cerca, pero se llenó de rabia y decidió enfrentarlo. brinco la cerca y de la camioneta sacó el arma, le dio cerrojo, volvió al corral y le salió al encuentro mostrando todo su coraje. Se fue acercando despacio con una expresión siniestra, que hasta el toro presintió la muerte y comenzó a disparar sobre la frente del animal toda la carga, mientras el toro muerto como un costal que se desploma y cayó sobre sus propias patas.

Escuchamos los disparos en el patio y salimos todos corriendo hasta el corral donde estaba el Zarco con la pistola baja, viendo como el toro temblaba después de dar sus últimas boqueadas.

—Por favor, saquen esto de aquí Tirenlo allá lejos, en un arroyo donde se lo tragen los coyotes y los perros. Y el que sea dueño, agarre lo que quiera de mis animales en pago. Yo ya no quiero saber nada de todo esto.

Se fue caminando despacio con el arma en la mano, con pasos lentos sin voltear atrás. Subió por la ladera y cuando se sintió alejado de todos, se sentó sobre una piedra, viendo cómo sacaban el toro arrastrando a cabeza de silla, con dos caballos que se perdieron en unas matorrales después de atravesar aquel barbecho. Se agarró la cara para sentir que aún estaba vivo. Se le empañó la vista y no soportando más, se estremeció y rompió en sollozos.

Dos días después, regresaron al Norte. Mi madre sólo les pidió que se arrodillaran para darles la bendición, ya lejos de insistir. Ni siquiera les pidió que se quedaran unos días más. Los dos ya estaban casados, ya tenían quien esperara por ellos. Sin dar asomos a sus sentimientos, también ella los sintió lejanos. Supo desde que los vio llegar que ya no le pertenecían, aunque ninguno de los dos tenían hijos, ya habían comenzado a construir su propio mundo.

Mi padre sólo alcanzó a levantar la mano para decirles adiós. No pudo pronunciar palabra. Con un nudo en la garganta, los envolvió en una mirada profunda, como tratando nuevamente de registrar su imagen que para él ya había empañado la distancia. No quería conservar los cambios que en cada persona provoca el paso del tiempo. Quería guardar en su memoria como son, no como fueron para más tarde

reconocerlos con la certeza de que era la última oportunidad que le daba la vida para hacerlo.

Más tarde, mi padre cayó en una depresión que ya no pudo superar, porque conforme avanzaba el tiempo, su tristeza fue creciendo como lluvia que se vuelve tormenta. Perdió el interés por las partidas de dominó, que ya no le traían ningún sosiego, y los chistes del Cuervo tampoco le hacían gracia. A las ocho de la noche ya estaba en la cama y despertaba horas antes que llegara el alba. Sentado en las gradas de la plaza, escuchaba el canto de los gallos. Más tarde llegaba el dueño de la hacienda, ya un anciano que sufría del mismo mal. Se levantaba temprano a hacerle compañía porque también a él le molestaba la cama. Se sentaba a un lado de él, quejándose de sus dolencias, de su falta de sueño, de su soledad y mi padre sólo contestaba, con cierto dejo de nostalgia y sátira:

—Lo que nos pasa, Don Porfirio, es que ya andamos echándole los últimos pedos al mundo.

Un mes antes de irme a estudiar a Guadalajara, llevamos el ganado a agostar, al potrero donde estaba la casa de la abuela, para aprovechar el pasto antes de que terminara la lluvia. Una vez terminado el temporal, el arroyo se secaba y el pasto se perdía por falta de aguaje. Abocamos las vacas al Camino Real, y ellas solas emprendieron la marcha. Era lo mismo que hacíamos todos los años, y los animales ya sabían el camino. Pensé que mi padre sólo iba a ayudar en la salida pero decidió irse conmigo. El potrero estaba muy cerca, no más de un kilómetro. La mayor parte era Camino Real y después de que terminaba el callejón, los animales ya sabían su destino. Entramos a la propiedad, dejamos el ganado y brincamos el patio para entrar a la casa. Mi padre se veía fatigado. Se sentó en las gradas de la puerta cubierta todavía por la sombra de los viejos guamuchiles.

—Abre todas las puertas me dijo, —para que se ventilen los cuartos. Nomas ten cuidado, está todo esto tan viejo que se te puede venir encima.

Abrí primero la cocina. Todavía estaba el palo del molino al centro. Luego el cuarto que fue de él donde nacimos todos. Al frente de la entrada se encontraba una alacena de cantera en condiciones iguales, que cuando dejé de verlo. Sólo que ahora estaba vacía. Pasé a un lado de él y abrí el cuarto del fondo y por último el de la abuela, donde estaba la entrada del alto. Subí y sólo vi un cuarto enorme, perforado en las juntas del piso con las paredes por ratones y culebras, y en un

extremo, aún colgaba un zarzo donde mi abuela guardaba los quesos. El lazo del que colgaba estaba cubierto de excremento de mosca. No había más y me asomé por una ventana. Al bajar, vi a un lado de la puerta, la boca de un cántaro empotrado en la pared. Salí corriendo a decirle a mi padre.

—¡Encontré el cántaro donde la abuela guardaba su tesoro! le dije.

—¡Ten cuidado! gritó. Cual tesoro, es el cántaro donde mi madre guardaba los huevos para que no se hicieran gueros. No vayas a meter la mano porque va a estar lleno de alacranes y hasta una víbora puede estar anidada. Hizo un esfuerzo brusco para incorporarse, luego sintió que se le nubló la vista y algo se agolpo en su pecho. Agarró el frasco de pastillas, tomó una, la colocó bajo la lengua y el resto cayó al suelo. Caminó varios pasos mientras lanzaba un grito desesperado y se desvaneció sobre las piedras del huerto. Cuando llegué hasta él, tenía el color de un muerto. Le levanté la cabeza y volvió a respirar, desesperado. El infarto había cesado. Me pidió que lo ayudara a sentarse en las gradas nuevamente, mientras su respiración se normalizaba. Después de un rato le regresó el color y apareció su semblante casi normal, acompañado del aire de tristeza que últimamente lo acompañaba a todas partes.

—Acabo de ver pasar toda mi vida en cuestión de segundos, dijo con la voz arrastrada por la fatiga. —Recorrí desde el primer momento, desde que tengo memoria hasta el final, cuando vi a tu madre de luto parada sobre mi sepulcro. Tantas veces que tuve la muerte cerca, muy cerca, a la par de mi sombra, pero nunca pensé que llegara. Vengo a pensar ahora cuando ya no tengo duda, porque veo que viene al galope. Aunque la vi cerca, nunca me asustó. Tampoco ahora me asusta. Temí que llegará cuando todos ustedes estaban chicos y no podían llevarse la mano a la boca. Ahora me preocupa tu madre que es a la única que le puedo hacer falta. Ya ustedes ninguno me necesita; solo ella, que siempre se ha aferrado a mí como gusano a su caña.

—Ya no hable. Mejor dígame ¿cómo se siente? ¿Si puede caminar de regreso o voy por la camioneta? A ver a si encuentro un vecino que venga a cuidarlo mientras regreso.

—No es necesario, ya estoy mejor. Asómate a la puerta del callejón y asegurate que esté bien cerrada. Yo te espero afuera. Quiero contemplar las laderas. Cuando regreses, cierras toda la casa. ¡Anda ve! que nada me pasa.

Caminé por el borde del arroyo para estar seguro que todavía había charcos. Llegué hasta el callejón y regresé en línea recta por la ladera. Desde arriba lo vi mirando al norte y a las dos laderas. Seguro estoy de que estaba recorriendo su vida, pero no en un segundo, sino despacio, contemplando todo desde el principio. Cuando estuve cerca, me detuve a mirar su rostro sin que él me viera y todo lo podía descifrar en sus muecas, en su expresión que iba de la tristeza, a la risa, del encanto al llanto.

Después de un rato rodeé la casa y entré por el brinco de atrás para no perturbarlo. Cerré todo y salí al frente. Nos fuimos caminando despacio y cerramos el viejo portón de tablones apolillados. Llegamos a los tepetates, donde quedó regada la sangre de Norberto para que no brotara ningún garruño. Era un pedazo de tierra desnudo y liso como cuero de tambora, donde unos cuantos cacomites marchitos se pegaban al suelo como pelos adheridos al cuero, que no se desprendían ni con los golpes del jolgorio.

A un lado del camino estaban los pozos llenos de agua cubierta de lama verde y adornados con ranas de colores. Cada pozo era una casa porque de allí sacaron la arena, la mezclaron con boñiga de vaca y moldearon los adobes. Más abajo encontraron el barro para pegarlos uno a uno hasta formar el muro, de acuerdo al tamaño del agujero. Era el tamaño de la vivienda y habían tantas casas, como pozos en los tepetates.

Más adelante pasamos en medio de dos casas donde nos saludaron con mucho agrado los vecinos. Bajamos una ligera cuesta y pasamos a espaldas de la casa del mezquitito, ya abandonada, con el patio cubierto por la maleza, donde se dice que por las noches se escuchan ecos de risas que se lleva el viento. Después llegamos al pozo negro, donde el arroyo volvía a cruzar el camino. Todavía corría cristalina el agua, en un manto de peña negra que la hacía más transparente. Mi padre se agachó en un charco para lavarse los brazos y mojarse la cara. Yo seguí de largo y me paré a esperarlo al otro lado del brinco, y sin pensarlo me detuve frente a la cruz donde Norberto cayó muerto. Desde que él pasó el brinco, lo mire con el semblante turbio desconocido, agitado y molesto. Se acercó de prisa con la respiración alterada. Yo sólo pensé en que podía regresar el infarto nuevamente, pero no. Se le presentó la ocasión y aprovechó para aclarar aquella duda. Remover de su cuerpo aquella espina, y sacarse la pus que le quemaba. Se paró frente a mí y

me miró de frente, como haciendo un reto. Se agarró a un brazo de la cruz, y sin bajar la vista, me señaló gritando con los ojos rasos:

—Yo lo maté.

Y siguio hablando golpeado como si hubiera sentido la misma rabia:

—¡Sí, yo lo mate! volvió a repetir. —Y si vuelve a aparecer, lo vuelvo a matar. Que no te quepa la menor duda. Dijo mirándome a los ojos. —Lo maté porque se quería llevar a mi hermana. Porque rondaba a mi madre y ella no le daba motivo. El solo busco la muerte. Eso no se perdona. No sólo iba a arrastrar con ella, también iba a acabar con el honor de la familia, convirtiéndonos en el hazme reír de todos. La gente nos iba a ver como cobardes que a nadie infunden respeto. por eso lo hice. Y ahora ya lo sabes para que no me preguntes.

—Yo nunca le he preguntado nada.

—¿Cómo no?! Desde niño me has cuestionado con la pura mirada y yo nunca te dije nada. Me tragué todo porque eras un niño y no tenías edad para saberlo.

Se fue deslizand despacio hasta quedar sentado en una piedra, recargado sobre la base agachando la cabeza. Como si hubiera sentido vergüenza por las palabras confesadas y comenzó a agregar en tono suave.

—Cada que paso por aquí, me figuro que “deviso” el mismo cuadro. Veo a Apolonia arrastrándose a mis pies, llorando como una desvalida, con los pies cortados, sin zapatos, y las enaguas rotas, suplicando que ya no le disparara y escucho atrás a mi madre gritando a Dios, reclamando como una loca, por qué señor, por qué permitiste que mi hijo se manchara las manos de sangre. Después veo a Norberto, ya muriéndose, perdiéndose en el arroyo, agarrándose el pecho, queriendo detener con su mano su sangre para que no se le fuera la vida, pero todavía sacó fuerzas el infeliz para llegar hasta aquí. Como si fuera poco lo que me amargó la vida.

—Venga, vámonos. No tiene caso ya martirizarse. Le tendí la mano para ayudarle a incorporarse.

Una vez de pie se sintió aliviado. Después que cayeron sus palabras y logró vaciar su corazón repleto, a punto de escurrirse como jarro lleno, descansó su pecho. Salió aquella cosa atorada que lo sofocó por años y que al sentirse acorralado por la muerte, ya no puedo callarla. Le quitó el tapón y la dejó salir, para aligerar la carga y su conciencia, y en recompensa, la muerte lo dejó vivir unos días más.

Al comenzar a caminar se tocó la bolsa de la camisa y noto que no traía sus pastillas.

—Regresa a buscarlas. Ojalá que no hayan caído al agua. Yo me adelanto solo. Regresé y las encontré a un lado del charco. Volví y lo alcancé casi en el mismo sitio. Iba caminando despacio, con el tanteo perdido y el paso inseguro de los viejos. Recorté mis pasos para no pasarlo, viendo cómo se desplazaba lento. Ya no tenía que correr para alcanzarlo como cuando era niño porque había perdido el paso fuerte de caballo. Ya no hacían ruido sus pisadas. En ese momento pasaron por mi mente muchas cosas. Me di cuenta de que vivíamos juntos, pero que estábamos tan lejos. Nunca le veía la cara, mi mirada estaba empañada por una catarata de soberbia que no me permitía verlo de frente. Ese día supe también que fue la primera y la última vez que platicamos, y al conversar y verlo frente a mí, noté lo mucho que había envejecido. Cuánto tiempo tuvo que pasar para detenerme a contemplarlo, no porque yo lo hubiera buscado fue la vida la que nos puso frente a frente.

Caminaba encorvado. Lo vi como un árbol viejo, ladeado por el viento y arrastrado por las tempestades, al que ya no le quedaban retoños tiernos. sólo hojas secas y ramas muertas, arañando el suelo con sus raíces, aferrado a una tierra que ya no lo alimenta, Era sólo un tronco de brazos lampiños, de corteza reseca y agrietada donde apenas circulaba la savia.

Dos meses más tarde murió. La primera madrugada de noviembre, día de todos los santos, mientras yo andaba de juerga, disfrutando con mis amigos el baile de las brujas, mi madre despertaba de un sueño, que nunca supo si fue verdad o lo confundió con lo ocurrido.

—Despierta mujer que ha llegado mi hora, eso escuchó entre sueño y despertó sobresaltada, al tiempo que él daba su última boqueada. Aflojaba el cuerpo y soltaba los brazos, mientras un hilo de sangre salió de la orilla de sus labios y le corrió por la barbilla. Yo llegué unos minutos más tarde, cuando ya mi madre había salido a pedir auxilio a los vecinos, que llegaron a la par de mí con un médico, que ya no pudo hacer nada, porque cuando todos llegamos, él ya estaba muerto.

En ese momento regresé al pueblo para avisarle a mis hermanos. Entre al amanecer cuando todas las calles estaba desiertas y las campanas llamaban a la primera misa. Pasé frente al salón donde feliz pase la noche, sin tan siquiera imaginar que a la vuelta me esperaba el día mas triste de mi vida. Con la voz cortada y haciendo un gran esfuerzo

para detener el llanto, le avisé a Alfonso que contestó sorprendido, por la hora en que le hablaba.

—Vengan rápido que papá está grave. Avísale al Zarco y a todos los demás primos y por favor no me preguntes más. Salgan tan pronto como puedan y colgué el teléfono. De allí me fui a la funeraria. Arrimamos el ataúd hacia la puerta a esperar que llegara la carroza. En ese instante salió el sol, iluminó la calle arrastrando los colores de las casas. Formó un crisol de luces de colores que se desplazaban empujando la sombra, y bajo el resplandor de esos rayos, apareció de nuevo Catarino Aguayo con la humedad del sereno en las pestañas y la cara húmeda como salido de la briza.

—¿Quién es ahora el muerto, Gregorio? preguntó con voz pausada. La muerte siempre me avisa a tiempo, para que riegue sus recados.

—Hoy le tocó a mi padre, Catarino. Ya hace días que le andaba anunciando. Tenemos meses que llegó la muerte y no se retira. como una serpiente que se queda anidada.

—Voy a otro pueblo, de aquel lado de la sierra, donde tiene familias tu padre. Yo les aviso y rápido regreso para avisar en todos lados. Vete y no te preocupes, que a todos yo les hago saber.

—Gracias Catarino. No sabe cuánto se lo agradezco, le dije mientras le tendía la mano para despedirlo.

—Nada tienes que agradecer, muchacho, dijo sin soltarme y me puso su otra mano sobre mi hombro, como para que lo sintiera más cerca. Tu padre fue para mí, mi más querido amigo y sin duda el hombre mas bien nacido y el más querido en esta tierra. Te lo digo con el corazón en la mano, sin ánimos de elevar el mérito de un muerto ¿Tú que sabes lo que fue para nosotros tu padre? Nada, porque eres de aller “pa’cá”. Tu abuela no solo los crió a ellos, a todos nos mató el hambre. Eso me contaron mis padres y cuando conocí a tu padre, por mi hizo otro tanto. La deuda que con él tengo, no se paga con un rezo o llevando un mensaje; pero solo eso tenemos los pobres para ofrecer, y eso damos. Espérame en el velorio.

Pasada la medianoche llegaron nuevamente los del norte. Esperaron en la puerta para no interrumpir el rosario de Catarino que hacía eco en el silencio de la noche y rebotaba en los corazones entristecidos de todos los presentes que acompañaban a pasar la última noche de un amigo. Después de que terminó el rosario, entraron todos, pasaron frente al ataúd y rodearon a mi madre, que ya no aguanto más y después de saludar al último rompió a llorar:

—¿Donde estaban todos cuando murió? Por qué me dejaron sola con él? ¿Dónde estaban cuando más los necesitaba?

La vida es tan corta que en un rato se acaba. Se mantiene encendida lo que dura una vela en el espacio y el tiempo. Todos la tenemos prestada. El mundo te la da y el mundo te la quita. Es un gran fiador que te presta y un despiadado agiotista que te cobra. Por eso cada cual la vive a su modo y todos pagamos su precio.

Ellos la recorrieron de prisa, Largos fueron sus pasos, y en un instante llegaron. Nadie puede tenerlo todo solo la vida es tuya, completa, lo demás es prestado, arrojarla a las patas de un caballo, es hacerle un reto a la muerte. Si te revuelcas en el oro tu misma riqueza va formando una costra y el corazón te queda manchado, impedido para amar. En esta tierra donde el cariño es primero, no lo busques como un ciego, sólo porque así está establecido.

Cada uno vivió su vida así, no porque lo hubieran querido, solo esa oferta tuvieron. Al nacer, todos lo hacemos igual. Aparecemos como los hongos que brotan de la tierra, pero vivir y morir todos lo hacemos como los cuatro hermanos, que vivieron y murieron de diferente manera.

CAPÍTULO VIII
Los días difíciles



Días difíciles son aquellos cuando se junta el cielo con la tierra. Momentos duros en que la vida te arrastra, te tumba, te sacude y te pregunta, ¿de qué estás hecho? Ocasiones en que el mundo se detiene y hasta las estrellas se apagan cuando llega la noche, y te encuentras en un lugar envuelto en sombra con puertas y ventanas cerradas, donde no penetra el resplandor del sol. Y a la mitad de la noche, la soledad y el silencio son tan profundos que puedes escuchar los pasos de los asquiles trepando las paredes, o el ruido de los comejenes devorando los montantes de las puertas y los marcos de las ventanas.

Te quedas atrapado en una oscuridad absoluta, buscando la punta del hilo, en una madeja de pensamientos revueltos, que se han entrelazado con las vueltas del tiempo. Divagas en noches eternas que no acaban nunca y días tan cortos en los que apenas amanece y ya se ve pardeando la tarde. Los días difíciles son cuando la vida te da giros inesperados que te cambian el rumbo y te llevan a lugares opacos, fríos, donde el sol no calienta porque no penetran sus rayos y el cielo es gris, no por las nubes que bajan de las montañas, sino por el humo que se eleva del valle.

Es cuando llegas a lugares desconocidos donde la gente no camina, corre para alcanzar el mundo que se desboca a un ritmo tan veloz, que ves pasar frente a tus ojos los meridianos, como tirantes de carrusel en feria. Así recorres el día; con la ilusión de que con el cansancio venga el sosiego, pero de noche el mundo se detiene y en tu mente, se revuelven los pensamientos, revoloteando como pájaros desesperados que han perdido su nido.

Atrapado en los laberintos de calles, avenidas y callejones, la desolación pone a prueba tu humanidad y te das cuenta de que sólo el animal humano se adapta a cualquier medio más rápido que los demás animales. En pocos días el bullicio es tuyo y también el ruido. Dejas de caminar y aprendes a correr. Te acostumbras a andar solo entre la

gente. Te vuelves sordo a los gritos desesperados y ciego a los sufrimientos ajenos. Pasas frente a la gente sin que te vean y te acostumbras a pasar y no verlos. Te detienes frente al que come y no te ofrece ni un taco, y comes sin importar que te vea comer el hambriento. A esas cosas y a muchas más te adaptas pero no te acostumbras porque las costumbres ya las llevas arraigadas contigo.

Desde tu origen te enseñan a vivir en una forma distinta; a llevar una vida más apacible, a convivir con los demás porque son pocos, a compartir lo que tienes, a ofrecer lo que te sobra, a ayudar al que necesita y a respetar para que te respeten. Pero en estos lugares la vida es noble. La lucha es dura pero llevadera y allá no. La batalla es a muerte, salvaje, sin alma y para sobrevivir tienes que envolverte en acero.

Luego tienes que colocar la vida en una balanza. La levantas por la cuerda del presente y la sopesas. Pones en cada plato el futuro y el pasado para encontrar el parámetro que te indique hacia donde vas a dirigir tus pasos, qué decisiones tomar y cómo vas a vivir tu vida de acuerdo a lo que ella misma te ofrece.

El rancho para mí ya no era una gran ilusión porque de todos mis amigos de infancia sólo yo quedaba. Los demás se fueron siguiendo a Plutarco. Yo sabía que todo aquello desde hacía tiempo comenzó a morirse. Ya no eran los viejos tiempos en que al atardecer se llenaba la plaza y se prolongaba el fin de semana y la fiesta hasta el amanecer. Allí pasábamos noches enteras. Cocinábamos algo para la cena, cantábamos, reíamos a pecho abierto sin ninguna preocupación, sin molestar a nadie, cantar es como lanzar las penas al viento. Aquí conversamos, discutimos y con sentimientos solidarios en ocasiones también lloramos, cuando a alguno lo embargaba una pena y en grupo hacíamos una maraña de los sueños. Buscábamos ser felices, aunque la felicidad es algo intangible. Como el "pH" de una planta, que oscila entre lo ácido y lo alcalino regulando su crecimiento. Así la felicidad regula el desarrollo de la vida, que normalmente se mantiene en el centro, hasta que situaciones muy especiales lo alteran

Desde pequeños fue el centro de reunión para todos. Era el lugar para mostrarte a ti mismo, ajeno a lo que podías sentir. Ahí dejábamos asomar nuestras aspiraciones, talentos y habilidades. Cualquiera que nos observará con detalle se iba a dar cuenta de cómo sería el destino de cada cual si la vida nos dejará escoger a nuestro libre albedrío. Pero la vida te arrastra y te mueve como si fueras un títere cuyos hilos ella maneja a su capricho. ¿Cuántas veces he escuchado repetir que el hom-

bre es el arquitecto de su propio destino? Lo pregonan de una forma chocante, quizá porque hasta ellos mismos no se han dado cuenta de que hay un arquitecto que se ha adueñado del destino de todos.

Aunque no todos éramos familia, pareciera como si lo fuéramos. Así como astillas que se desprendían del mismo tronco y tablones pulidos con la misma garlopa, moldeados por los mismos carpinteros con similares principios. Cierta similitud debería haber en todos cuando nos alimentábamos de la misma tierra. A todos nos mojaba la misma lluvia, nos hacía temblar el mismo frío y calentaba nuestros cuerpos el mismo sol, que nos cubría como una sola cobija.

Todos los años, para navidad, varias familias se ausentaban. Para algunos era una tradición ir a pasar nochebuena con sus abuelos o familiares que se habían emigrado a Guadalajara y al regreso todos traían novedades. Al anoecer formábamos un círculo alrededor de ellos y atentos escuchábamos sus relatos. Pasábamos largo rato en la plaza para darnos cuenta de lo que ocurría. Más allá de la ceja, el único medio de comunicación que teníamos era la radio, mientras allá disfrutaban tardes enteras viendo el televisor. Los que venían nos contaban cómo eran los personajes que nosotros solo escuchábamos en las radionovelas. Sólo en la casa de Tirso existía una televisión y nos pasábamos horas enteras revisando las rayas que era lo único que se veía. Ni con el ingenio de Tirso que diseñó con láminas de lata una antena. La colocó en la punta de un quiote de maguey y con alcayatas y sogas la sujetamos a las paredes, colocándola en la azotea del alto que era la parte más elevada de la casa. Pero por más que la movimos en todas direcciones no logramos que captará una imagen. Lo único que hicimos con tanto pisar el techo, fue remover el hormigón, y en la temporada de lluvias comenzaron las goteras por todos lados. Su padre molesto, porque tuvo que reparar el techo, subió enojado y en presencia de todos agarro el enorme quiote y lo aventó hasta el mular desde lo alto, como quien tira una lanza en un duelo de gladiadores diciendo:

—Váyanse al diablo con su antena.

Ese año Antonio nos había comentado con un aire de misterio que algo extraordinario había aprendido durante su viaje.

—Es algo nunca visto que nadie imagina, y el que quiera saberlo, tiene que esperarse, hasta que venga la noche, porque lo que verán, se aprecia mejor en la penumbra. Todo lo decía con un toque de misterio y burla, hablando como un payaso de circo, que anuncia el espectáculo.

Todos lo rodeamos y con ansia esperamos a que oscureciera. Cuando ya todo estaba en tinieblas, se bajó de las gradas donde estábamos sentados, se paró frente a todos, se retiró un poco para que todos lo viéramos y nos pidió que pusiéramos atención, haciendo raros ademanes. Sacó un cerillo, se bajó el pantalón, se sentó un poco y lo prendió. Se lo arrimó y sobre la flama soltó un pedo. Se levantó una llama que iluminó la plaza, se enderezo fajandose el pantalón ante la risa de todos y dijo, sin que a él le causara ninguna gracia:

—Los pedos arden como el gas butano.

Después de eso todos corrimos a las tiendas a comprar cerillos y por largo rato anduvimos en la plaza haciendo esfuerzo para sacar el gas del experimento, hasta que nuestros padres nos llamaron a dormir porque otro día teníamos que ir a la escuela. Nos fuimos yendo uno por uno hasta dejar la plaza desierta.

Al día siguiente varios alumnos llegamos a la escuela antes de que llegara el maestro. Era una mañana fría de finales de enero. Todos nos refugiamos recargados a la barda para protegernos del viento helado que soplaba del norte, silbando entre las copas de los árboles y arrastrando por la calle las hojas secas de las casuarinas. Desde allí pudimos ver cuando de su casa salió Lorenzo, un sobrino de Anselmo que venía con su mochila al hombro, trotando, con una sonrisa pícaro, asomando sus dientes blancos y macizos como granos de elote. Su cara resplandecía contento, con la felicidad de un atleta que ha realizado una insuperable hazaña. Pasó de largo sonriendo. Subió las gradas que conducen a los planes que rodean la casa grande. Todos nos paramos curiosos por saber qué misterio llevaba, y cuando nos vio a todos asomar la cabeza por sobre la cerca, hizo lo mismo que Antonio. Descargó el cuerpo con tanta fuerza que la llama incendió la hierba seca, y con el viento, se propagó tan rápido el incendio que en pocas horas redujo a cenizas dos potreros llenos de pasto que la hacienda tenía de reserva para la temporada de estiaje. Duramos media mañana sofocando las llamas con ramas verdes y costales de ixtle remojados en agua. Él duró tres días desaparecido, con miedo de que lo fueran a llevar a la cárcel, hasta que su tío Anselmo se hizo cargo de pagar aquellos daños.

Lorenzo no era huérfano, pero como si lo hubiera sido, su padre se había ido cuando él era un niño. En ese tiempo, el gobierno de Estados Unidos invadió Vietnam. Lo que ellos consideraban una empresa fácil se convirtió en una guerra prolongada y sangrienta que requería infinidad de recursos, donde hasta nuestros campesinos, en forma

indirecta, tomaron parte. El gobierno requería de una gran cantidad de víveres para alimentar a los soldados que traían peleando en el frente. Mientras ellos se hallaban enfrascados en terribles matanzas, sus agricultores perdían sus cosechas que se podrían en los campos por falta de mano de obra. Y la fuerza de trabajo también se podría en los campos Vietnamitas. Los afortunados que volvían regresaron mutilados, impedidos para trabajar, o llegaban empacados en ataúdes.

Para solventar esta situación tan crítica, le pidieron a los guardias de la frontera, que siempre habían sido extremadamente celosos en cuidar su territorio; que cerraran los ojos al paso de indocumentados que ingresan en busca de trabajo pero eso no fue suficiente. Más tarde decidieron contratar jornaleros de su vecino del sur; gente que estuviera dispuesta a trabajar fuerte, y sobre todo a cobrar bajos salarios. Querían a personas que no protestaran por los abusos, vejaciones y humillaciones de las que eran objeto porque los trataban como animales de carga. Los ponían en cuarentena para vigilar que no llevaran enfermedades contagiosas, los desparasitaban y al final los fumigaban desnudos como si fueran ganado llenos de garrapatas. Tenían que entrar libres de todo contagio para proteger a su gente de las plagas de sus vecinos. Sólo así podían cruzar la frontera. De regreso muchos venían con la cabeza llena de piojos y liendres, con sífilis y gonorrea, pero volvían a su patria y en su país no había quien los revisara. Así fue como surgió el programa bracero. Fue un convenio entre los dos gobiernos donde México aportaba mano de obra barata, que debería regresar después de terminada la cosecha.

El coyotaje que no tenía mucho quehacer en la frontera, comenzó a moverse al centro y sur del país para encontrar a sus presas. Es así como llegaron a los ranchos a enrollar en sus filas al que estuviera dispuesto y tuviera el suficiente dinero para pagar su cuota. Se valieron de gente como Anacleto, el padre de Lorenzo, que era de los pocos que sabía leer y escribir para llenar sus listas. Después de haber completado, los llevaron hasta Empalme Sonora y hasta allí llegaron. De todos los que llevaron, ninguno pudo pasar al otro lado de la frontera. Se dice que Anacleto le entregó el dinero al coyote, la persona que le proporcionó las listas, y este lo estafó y nunca pagó por el pase a las autoridades migratorias. Otros dicen que no, que después de que los dejó en Empalme, Anacleto, que tenía años sin salir del rancho, siempre recorriendo el mismo camino, solo del coamil a la casa, sumiso, pagado a las faldas de la mujer, allá se sintió liberado, y comenzó a vivir

la vida. Se dice que visitó todos los burdeles que proliferan a lo largo de la frontera y todo se lo gastó en parrandas interminables, emborrachando prostitutas en San Luis Río Colorado. Bien a bien nunca se supo. Duró muchos años perdido, nunca pudo pagar sus deudas y no regresó hasta poco antes de morir. Para entonces ya todo estaba olvidado, ya era un viejo al que no se le podía cobrar nada porque ya le había cobrado la vida. Toda la familia ya estaba grande, ninguno lo necesitaba. Por compasión le dieron un espacio para que pasara sus últimos días en un rincón donde pudiera morir.

Todos conmovidos por lo desolado en que lo vimos y el desamparo en que había vivido siempre, a los tres días, le dimos la bienvenida a Lorenzo como a un héroe. En vez de recibirlo con burlas, lo fuimos a encontrar hasta su casa y lo llevamos en hombros desde el guardaguardado hasta a la escuela para que no se sintiera mal. En todos estaba presente la cara de desesperación y angustia cuando todo se salió de control. Él solo quería sofocar aquello, a pisadas, luego desprendió una rama de un árbol y se arrojó entre las llamas que arrastraba con violencia el viento, regando la lumbre de un lado al otro. Cuando parecía apagada volvía a aparecer más adelante, mientras que él, con su rama, desesperado golpeaba el suelo envuelto en una nube de humo, y sobre su cabeza brincaban y crujían las chispas, con un ruido devorador, mientras le caía sobre el lomo las brasas y cenizas de la maleza consumida. Después de que controlamos todo con la camisa perforada, la espalda quemada y los cabellos chamuscados como llenos de liendres, aventó el varejón que sobró de lo que fue la rama, y con el rostro negro cubierto de hollín, su boca seca sin gota de saliva, y sus ropas rasgada, se dejó caer sobre sus rodillas, ya sin aliento. Abrió sus ojos grandes y asustados, miro la devastación que había dejado, enseñó sus dientes blancos con una ligera mueca de sonrisa que parecía una burla de sí mismo. Quedó envuelto en sentimientos confusos que le mostraron su desdichada realidad. De pronto se levantó y comenzó a correr por la ladera como un loco hasta perderse en ella. Lo hizo con el mismo temor que llevaba su padre, muchos años atrás cuando llegó a aprenderlo el gobierno y le rodearon la casa, pero el ya andaba afuera, En cuanto los vio comenzó a correr y no se detuvo hasta perderse en el mundo antes de dejarse atrapar. Con la misma desesperación corrió Lorenzo, mientras que todos le gritábamos llenos de lástima, que no se fuera, que se quedara. Se detuvo y vaciló un momento, movió su

cara tiznada, apretó los dientes y dijo con una voz sofocada por su mismo resuello:

—No, si me encierran, ¿quién les va a llevar de comer a mis hermanos y a mi madre? Acá suelto al menos tengo otro chance de llevarles algo pa que no se mueran de hambre. Y siguió corriendo.

Iba tan aturrido que ya no nos escuchó mientras nos veíamos unos a otros, preguntándonos ¿qué sería de él, perdido en esos montes llenos de fiera? Volvimos a la escuela caminando entre las cenizas con el rostro enrarecido por el humo y angustiados por Lorenzo. A su regreso lo vimos en el patio de su casa, tímido y vacilante, y al mismo tiempo todos corríamos, sin preguntarnos, gritando, llenos de júbilo, mientras que el Comisario molesto, trató de detenernos diciendo.

—¿A dónde van? nos cuestionó? ¿Por qué alaban tanto a un vago?

Él lo consideraba un pirómano incendiario. Y quiso hacer de un accidente un gran escándalo, un motivo para lucirse, un lucro de su desgracia para quedar bien con el hacendado. Nosotros veíamos al Comisario como un lambiscón metiche, un bufón sin alma al que dejamos con la lengua suelta vociferando a media calle.

De todos aquellos que fuimos a encontrar a Lorenzo no quedaba ninguno. Ya todos andaban regados por el mundo. Se iban yendo uno por uno en cuanto se sentían hombres y allá se quedaban, lejos, sin dar traza de regresar a ver a sus padres. Desagradecidos, decían, como si los hubiera parido la tierra pobre, tepetatos y seca que no sirve ni para echar raíces. Tierra mala despoblada de yerbas que no les brindaba ningún arraigo.

Al irse todos se llevan lo suyo. Dejaban un vacío y así quedaba todo aquello lleno de huecos como panales sin hijos y sin miel. Algo más se iba con ellos porque desaparecían como el aire que arrastra el polvo y deja poco a poco los cerros desnudos y los suelos ácidos.

Solo quedaba en la mente de unos cuantos, el recuerdo regado de los tiempos idos. Aquellas mañanas de domingo cuando llenábamos la plaza antes de entrar a misa, cuando por el caracol subíamos al campanario a repicar, y desde allí, desde lo alto dominábamos todo el entorno poblado de casas y jacales con corrales tupidos de animales y huertos llenos de flores. A lo lejos veíamos potreros poblados de ganado de machos y caballos, manadas de asnos corriendo, rebuznando endemoniados tras una burra en celo, y mientras anunciábamos con cada llamada el inicio de la celebración, las gentes salían apresuradas de sus casas para alcanzar un espacio en el templo. Los hombres en el

camino corrían abrochándose la camisa y las señoras a medio peinar llevaban las medias en la mano y se fajaban las enaguas ya de regreso cuando terminaba la misa. Salían con las medias puestas quién sabe cómo y dónde terminaban de vestirse.

Sólo las muchachas salían impecables. Bajaban en grupos recién bañadas, presumiendo sus cuerpos esbeltos y sus vestidos nuevos dejando huellas con sus tacones que moldeaban sus piernas y se enterraban en el suelo mojado. Su pelo suelto abultado, brillante y perfumado, dejaban deliciosos aromas a su paso, sonrientes enseñando su dentadura blanca, y sus labios rosados, denotando cierta malicia en su mirada. Eran los inicios del despertar cuando mostraban otra imagen llena de encanto, diferente a la que conservamos de la escuela, de codos y rodillas percutidas, de cuerpos de adolescentes sin forma y mirada despreocupada que no enseñaba malicia alguna.

Estaban por desaparecer aquellas hermosas tardes de domingo en que llegabas al pueblo vestido con tus mejores ropas. Se hacían largas filas para entrar al cine, que se llenaba de parejas jóvenes, novios y esposos enamorados que aprovechaban la oscuridad del recinto para iniciar el romance temprano. Los enamorados disfrutaban la película abrazados, intercambiando caricias desconocidas y robando besos apasionados. Salían al comenzar la noche, tomados de la mano, embelesados con las películas poéticas de Emilio “El Indio Fernández” que mostraba en sus escenas, imágenes de recios charros y mujeres hermosas, extasiados en paisajes de ensueño, bajo cielos llenos de nubes. Se veían puestas desgarradoras, arrancadas de cuadros impresionantes de los más famosos pintores que plasmaron en sus lienzos la dureza de la vida, la desolación del paisaje y la brutalidad de la gente. Estas iban amenizadas con música que despertaba el alma, y te hacía vibrar, llenándote de sentimientos encontrados. Te elevaba el espíritu hasta situarse lejos, emocionado, en otro mundo.

Al salir te encontrabas la plaza llena de gente alegre, escuchando música por los parlantes de la presidencia municipal. Se escuchaban canciones de amor, de despecho, corridos de hombres valientes que hacían eco en la meseta redonda que regresaba las voces y se escuchaban hasta en los últimos rincones del pueblo. Eran voces inigualables de nuestros tradicionales cantantes de canciones rancheras, que como campanillas tocaban los timbres más escondidos del sentimiento. La banda irrumpía en el kiosco tocando para dar inicio a la serenata. Muchachos y muchachas giran a la inversa repartiendo flores, arro-

jando confeti y serpentinas de colores brillantes. De pronto te encontrabas como en un jardín tupido de claveles, nardos y rosas de colores, mujeres de caras afiladas y ojos hermosos con pasos de potranca fina, altaneras y presumidas, que parecían que en vez de abrigo llevaban el mundo encima. Daban vueltas alrededor del kiosco, coqueteando con apuestos galanes donde todo era júbilo y el corazón se desbordaba de alegría. Hombres y mujeres caminaban con la sonrisa en los labios; no existía un espacio pequeño para la tristeza porque todos la dejaban olvidada en el muladar de la conciencia. ¡No, nada era comparable a aquello! ¿Qué cosa podría ser más hermosa que una tarde y noche de domingo en el pueblo?

Como tampoco se puede encontrar días mejores a los del despertar de la vida donde comienzan las ilusiones, donde el mundo se abre a otro mundo, lleno de esperanzas y desencantos. Estos te tumban y te levantan, riegan y te marchitan el alma. Y cuando da inicio la búsqueda interminable de lo que se quieres te desbocas desesperado por encontrar, ¿cuántas cicatrices te quedan en el camino y hasta donde te arrastran los remolinos?

Estaba a punto de dejar todo esto para perderme en otro sitio, lejos de los amigos, alejado de los lugares donde quedaron astillas de vida y pedazos de piel entre los surcos y gotas de sudor regadas por el suelo. Allí se conocen a las mujeres que nunca se olvidan; aquellas que dejan huella con la primera caricia, cuando el corazón se abre con primitivos roces y el alma se envuelve en tinieblas con los desencantos. La mente se enreda con un nudo de caricias tiernas y fugaces que te atrapan como pez entre las redes.

Eran aquellos tiempos en los albores de la vida cuando conocí a Rosario una mañana de cielos revueltos, de tiempo embravecido donde los rayos estremecían el suelo. El aire sacudía los árboles y las nubes se descargaban a chorros. Apareció como una sombra gris. Caminaba por la brecha en contra de la tormenta. La divisé a lo lejos a través del cristal empañado por los vapores del resuello. Al acercarme la vi desesperada, sin saber qué hacer, ni en donde refugiarse. Era delgada y frágil. Parecía doblarse al impacto del viento. Tenía la piel muy blanca, labios rojos y delgados, ojos pequeños, de mirada triste, pelo corto empapado por el agua. Hablaba a pausas, llena de misterio. Caminaba rumbo a la escuela acompañada de varios niños que se abrazaban a ella. Los alcancé en la calle azotados por la tormenta. Trataban de resguardarse en algo para que no los arrastrara el viento. Los

encontré en una situación de desamparo y los llevé al poblado. Todos subieron a la cabina como pollos mojados. Al llegar se bajó y todos los niños salieron apresurados. Ella se quedó deteniendo la puerta y antes de cerrar, cruzamos una mirada. Todavía llevaba gotas de lluvia en sus pestañas, su falda mojada se le pegaba al cuerpo, resaltando su figura esbelta mientras le corría el agua por su cara pálida y delgada.

—Vengo a sustituir a la maestra que está enferma. Solo a entretener a los niños. Gracias por ayudarnos. Me voy porque me estoy mojando. Se despidió con una leve sonrisa y entró a la escuela bajo una lluvia intensa que no cesaba.

El siguiente domingo, la encontré al anochecer en el jardín del pueblo. Estaba sola, parada en una esquina, perdida entre la gente, ajena al bullicio. Vestía elegante con una falda azul pegada al cuerpo, una blusa blanca de bolitas y una chaqueta corta de torero, con el cuello parado que le daba forma a su cara angulada. Lucía muy diferente a la que vi bajo la lluvia y aunque mostró interés al verme, la sentí desconfiada, como si ocultara algo; un temor que la inquietaba. Tal vez era miedo a que la vieran conmigo, pero a la vez tampoco deseaba que me fuera. Comenzó a separarse de la gente y nos fuimos caminando hasta apartarnos del bullicio. Después nos seguimos viendo cada domingo en las puertas de su casa. Era difícil convencerla y sacarla de ese lugar.

Había demasiado misterio y una tristeza en su mirada. Su rostro dejaba entrever cierta dureza que no podía ocultar. Con un rencor heredado del pasado que no acababa. Trataba de verte por encima. La movía un orgullo marcado, cargado de soberbia que te hacía sentir disminuido. No podía hablarle porque no encontraba las palabras. Fue una relación de silencios prolongados, sin temas para conversar. Una relación un tanto tormentosa, en la que me sentía inseguro. Esto me molestaba, pero a la vez me atraía como un imán. Me jalaba como un cable que te atrapa y no te suelta. Ella era como un niño encaprichado; no quería que me quedara y no dejaba que me fuera. Desde niña conservó la imagen de su padre. Era ganadero y hacía tratos con el mio. Al poco tiempo de conocerla a ella, supe que su padre había muerto. Tenía una familia numerosa que había criado con delicadeza. Aunque no era hombre de mucho dinero se sentían como gente acomodada. Las más grandes eran mujeres muy guapas, con orgullo sobrado. Les parecía pequeño el pueblo y en cuanto pudieron, emigraron a Guadalajara. Rosario era muy pequeña cuando su padre murió. Tuvo una niñez y una infancia difícil que la marcaron muy dentro. No podía ocultar en

su forma rara de proceder aquellos tiempos difíciles. Se contagió con el mismo sentimiento de las hermanas y en cuanto pudo, una tarde también se fue. Yo sólo la encamine hasta la terminal de autobuses con su maleta. Nos dijimos adiós sin prometernos nada, y aunque a los pocos meses yo tuve que irme a la misma ciudad, allá nunca me dieron ganas de buscarla.

Fue en esos tiempos cuando me encontré con Valentina en su primer año de la escuela secundaria. Yo ya estaba en el segundo año. Era casi una niña que a pesar de su corta edad, la distinguía una gran personalidad. Era discreta y seria de carácter; fuerte, intolerante a cualquier broma. Era la mayor de la familia y la única mujer con tres hermanos celosos que la cuidaban como un regalo caro. Era la consentida de sus padres y estaba acostumbrada a hacer sus caprichos. Con una inteligencia marcada, tenía que ser cuidadoso al hablar. Primero era abrir los ojos, antes de abrir la boca, porque sabía analizar cada palabra. Yo con mi forma chusca de hablar, sin querer la ofendía. La veía todos los días y podíamos conversar horas enteras sin aburrirnos. Algunas veces en medio de la conversación resultaba enojada y yo después tenía que buscar entre lo escondido de mi talento, algo para dejarla contenta. Tampoco era difícil contentarla; todo era cuestión de encontrarle el modo. Me cautivaba su carácter fuerte, sus ojos negros y grandes, su sonrisa franca y su forma transparente y abierta. No había mentira en ella. Podía verlo en sus ojos y escucharlo en sus palabras.

Su padre era el recaudador de rentas y debido a su oficio se codeaba con la gente más acaudalada de la ciudad. Le rendían pleitesía con tal de que tuviera remotas consideraciones al pagar los impuestos, ya que gozaba entre los contribuyentes de mala fama, porque con todos era duro y estricto.

Su deseo fue siempre que su familia perteneciera a ese círculo de sentimientos dudosos y apariencias maquilladas, donde ni ellos eran lo que aparentaban, ni tampoco podían ser lo que deseaban. Vivían en un mundo de máscaras simuladas para esconder el rostro verdadero de la miseria, donde se sufre más para maquillarte y aparentar lo que no eres. El deseo era de no ser como los demás, sino estar por encima de ellos. Yo conocía bien todo eso porque sentía que estaba en el centro, en el término medio donde se dice que oscila la felicidad. Me movía hacia los dos extremos. Caminaba las dos veredas. Sabía muy bien donde estaban los tropiezos y cuáles eran los brincos. Yo nunca

pensé que era rico, pero tampoco me sentía pobre. Muchas veces había escuchado decir que la pobreza se llevaba en el alma.

Cuando se dieron cuenta de nuestra relación les cayó como un balde de agua helada. Mayor malestar le causó a la madre que no ocultaba lo que sentía y era directa con sus palabras. Nunca me dijo nada porque no le di oportunidad que me hablara, pero todo me lo demostraba con la mirada. Siempre soñó otra cosa para su hija. Lo menos que quería para ella era un vaquero, un rancharo salido de la nada con fama de vago, al que le gustaban las parrandas y el juego; que nunca comulgaba y pocas veces se paraba en el templo. Por cualquier cosa ponía el grito en el cielo y comenzaba a sermonear a su hija, a la que yo encontraba más tarde insegura, vacilante. La sentía añorada, lejana y esto me hacía sentirme distante como una piedra que no acomoda, y te deja un hueco en medio de la cerca.

Por esos días se casó Alfonso. Viajé a Estados Unidos por dos semanas. Tenía que acompañar a mi hermano. Él ya había encontrado lo que buscaba y yo estaba en proceso. Iba un cuanto emocionado, pero inseguro, pero por lo menos llevaba a alguien en el pensamiento. Me fui solo, nadie me acompañó. Mi padre se negó por no someterse a hacer el trámite migratorio que era engorroso y cansado. Se tomaban de dos a tres días de filas interminables y noches sin dormir. Él se sentía que ya no aguantaba esos trotes. Mi madre por su parte estaba dispuesta a soportar eso y más con tal de ver nuevamente a su hijo. Era capaz de cualquier sacrificio y al final no se animó por no dejar solo a su esposo que veía cansado y enfermo. Decidió quedarse. Tenía un temor bien fundado de alejarse, regresar y no encontrarlo.

Fue uno de mis viajes más placenteros porque en los pocos días que estuve allá, logré encontrarme con mi hermano y recuperar una relación que ya casi estaba perdida. Los pocos años que convivimos de niños fue una relación de choque; de polos opuestos que se rechazaban. Nunca hubo complicidad entre nosotros. Era muy abierto y le contaba todo a mi madre. La alianza la tenía con el Zarco que no denunciaba. Sólo lo amenazaba porque tenía una cola más larga que le podía pisar. Así acabamos solapándonos uno a otro, mientras que entre Alfonso y yo no habían lazos que nos ataran ni pensamientos que nos unieran. La relación era frágil pero era la única que yo conocía, la que tuvimos entonces. No había otra. Cuando ellos se fueron yo apenas pintaba la adolescencia y nos volvíamos a encontrar en circunstancias distintas ya como personas adultas, en otra tierra, como pájaros en otro nido.

Me presentó a su nueva familia con un sentimiento no simulado, como si se tratara de un personaje extraordinario que me hacía sentir apenado. Me demostraba un afecto que me llenaba de orgullo. Sentía una dicha que me elevaba a lo más alto, y en el vacío de la caída hacía sentir mi corazón pequeño. Eran cosas que sólo entiendes cuando llevas la misma sangre. Son sensaciones que no se borran con la distancia y el tiempo, y se quedan fijas como piedras en el desierto, que se formaron y quedaron en su lugar y allí permanecen; no importa con qué arenas se tapen.

Volver a verlo fue como comenzar a tratar un extraño. Ya nada quedaba de lo que había sido; de lo terco, la rebeldía y los caprichos. Eso se quedó perdido en el camino, o escondido como liebres en matorrales que solo saltan cuando se sienten acosadas o escuchan gritos. El trato entre los dos era de personas mayores que se infunden respeto mutuo. No tuvimos mucho espacio para conversar a solas porque estaba muy ocupado en su trabajo y en los preparativos de la boda. Las reuniones que teníamos eran con todos los primos y el tiempo se nos hacía corto para recordar y reirnos del pasado. Al despedirse me prometió que iba a regresar a hacerse cargo del establo. cuando yo me fuera a Guadalajara. Entre suspiros y recuerdos viejos me dio a entender que añoraba mucho su patria; que extrañaba las costumbres de su tierra y echaba de menos a nuestros padres y a sus amigos. Ya no soportaba vivir en el destierro.

—Hasta en los días de descanso, escuchó los gritos de los capataces, decía.

—Estoy harto de todo esto, de vivir en la esclavitud. Nosotros somos los esclavos del trabajo. Los otros son los esclavos de la droga y los demás, de la vanidad y del consumo. Todos estamos atrapados por una cosa o por otra, pero navegamos en el mismo barco.

—Si acaso vuelves, que sea porque tú quieres regresar. Tú sabes que lo necesito, pero también tengo que ser honesto contigo. La tierra que tú dejaste ya no es la misma. Vas a encontrar otra cosa cuando te vayas. Nadie está de tus amigos, y a los viejos, quien sabe hasta donde la vida les alcance. Piénsalo bien antes de hacerte falsas ilusiones. Aquí ya estás encaminado y allá tampoco la vida es fácil. No tienes patronos; tu único patrón es el tiempo, pero dependes de sus caprichos. Todas las mañanas te levantas viendo el cielo, esperando que pronto llueva, y lo encuentras vacío, azul, sin una nube, sin ninguna esperanza, y un

montón de vacas tras de ti bramando porque no tienen comida. Las charcas ya sin agua y los ajolotes muriendo sobre el zoquite podrido.

—La vida esta está jodida en todas partes. Estamos como acorralados, encerrados como machos de carga. Vamos a esperar a ver qué pasa. De aquí en adelante ya no voy a depender sólo de mí, y aquí ni nacer es gratis; hasta el aire que respiras cuesta. Te pasas esperando el cheque para pagar lo que ya gastaste por adelantado. Lo que veo enfrente a veces me asusta.

Me volví el día siguiente. Mientras yo regresaba él se iba feliz de viaje de bodas. Iniciaba un largo camino donde no sabía lo que el porvenir le tenía reservado; así cuando se juega el albur más decisivo de la vida.

Vivimos en un mundo tan diferente, tan lejos y tan cerca, separado por un muro. Allá donde se apropian de nuestro pensamiento e ideas y aquí donde se muestra la realidad al desnudo, con toda su dureza, donde es imposible ocultar tanta pobreza. Ni el sol puede simularla con algo de sombra y no hay rincón para esconderla o una cortina lo suficiente grande para tajarla. La pobreza de la patria es como un viejo borracho mostrando su miseria, contra dicha por otro lado que mantenía su realidad oculta, disfrazada y falsa; maquillada como mujer de la calle tapando sus arrugas. Pero no por estar embarrada de grandeza dejaba de ser menos hostil.

A mi regreso comenzó una actividad sin precedente en la escuela. Una semana cultural y una serie de eventos en los que yo estaba involucrado como presidente de la sociedad de alumnos, tenía que andar en todo; aunado al trabajo del rancho, esto me robaba todo mi tiempo. Con tantas cosas por hacer comencé poco a poco a retirarme de Valentina. Me fui separando sin darle a maliciar que también me molestaba el rechazo que me demostraban sus padres. Al poco tiempo, la encontré con nuevo novio y hasta me puse a pensar que tal vez era mejor para ella porque él sí era lo que sus padres deseaban. Yo mismo muchas veces deprimido por la resaca, me sentía un paria que fácilmente me dejaba arrastrar como un monigote por los amigos, y vivía una vida vacía. No estaba preparado a iniciar una relación seria. Me sentía muy joven para atarme a un compromiso que me quitara la libertad. Me fui alejando de ella, pero dentro de los dos quedó una chispa encendida; una semilla perdida en la superficie del polvo en espera de renacer cuando unas gotas de lluvia la fecunden.

Será el destino que te arrastra o la misma juventud te lleva al mundo de la fantasía, donde el sentimiento es el que manda. Le das rienda suelta al pensamiento y comienzas a volar porque sientes que todo el mundo es tuyo y toda tu mente se llena de egoísmo. Sólo piensas en ti, sin importarte nada. Solo tu sentimiento cuenta. El sentir de los demás es otra cosa. Sólo deseas vivir de tu capricho y caminas ciego, sin ver siquiera para atrás a quien lastimas; como un briago que no sabe lo que siente ni se detiene a contemplar a quien salpica.

Quería volar sin rumbo, sin importar la altura y no voltear hacia abajo, ni pensar en la caída. Como si los sueños fueran eternos y no existiera el despertar. Quería vagar sin límites hasta dónde pudiera llegar sin aliento y esperar a que la vida me detuviera. Pero no se puede soñar y andar eternamente en las alturas cuando hay leyes superiores que gobiernan normas ya establecidas; que te frenen. Hay riendas para todos; hasta las aves, por mas alto que se elevan, jamás podrán llegar al cielo, y las orugas por mucho que se arrastren, un día también van a dejar el suelo.

Cuando ya preparaba mi viaje, a pocos meses de graduarme, en los festejos y la fiesta, me encontré a Luciana, apareció como espejismo en medio de la nada. Cuando todavía andaba mareado por el trago y las parrandas. Con resacas acumuladas en que ya no te das cuenta si estás sobrio o embriagado; en aquellos momentos, cuando la soledad, la incertidumbre y el vacío te atrapa, ya deprimido, escuchas voces que te rondan y te dicen que algo te hace falta. Me acerqué a ella después que la miraba en todas partes. No se si alucinaba o es que ya la traía metida en mi conciencia, pero ella estaba ahí presente, siempre alegre como una flor que brota a la mitad del llano, rodeada de botones de colores. Era una niña hermosa de sonrisa diáfana, cristalina, y transparente, como una gota de lluvia que cae y se queda atrapada, posando en el cogollo de una milpa tierna. Era de cuerpo pequeño, delgadita, de mejillas rosadas, cabellos dorados como la miel. De labios de granada y ojos vivaces. Llegaba a todos los eventos disfrutando la vida, siempre alegre, sonriendo, rodeada de amigas contagiadas de entusiasmo, con ganas de vivir cualquier momento, y disfrutar de todo aquello en que la juventud empuja. Eran todas ellas como rosas frescas, presumiendo al sol sus tiernos pétalos que todavía no los marchita el tiempo.

Era distinta a todas las demás, Te contagiaba con sus ansias de vivir, fresca como el rocío que te salpica en cada roce. A cada paso me despertaba la alegría, me penetraba el alma con su risa tierna, podía

borrar cualquier enfado y convertir en polvo los necios brotes de los desencantos solo con escuchar su voz de niña. Fueron pocos los días que convivimos, pero el recuerdo se quedó para siempre. Es la relación que más placer me causa al recordarla, tal vez porque aprendí con ella a ver el mundo diferente. Me di cuenta de que no se puede vivir de la soberbia porque en la vida también los volantines te emborrachan. No se puede ir sólo por el camino como un perro que no tiene dueño, viviendo al día sin nada que motive, sin nadie que te consuele cuando llevas una pena. No se puede caminar por el mundo con el corazón vacío y la mente hueca, sin hilvanar un pensamiento; sin una idea, vagando por un camino que se pierde en un horizonte que lo apaga.

Me fui a Guadalajara el primer día de septiembre. La decisión estaba tomada ya nada me podía detener. Pasé por encima de las súplicas de mi madre, que entendía en forma vaga lo que hacía, y me pedía que aguardara un poco más. Ella ya presentía que estaba cerca el desenlace pero la suerte estaba echada.

Brinqué sobre el silencio de mi padre que nunca se opuso. Se encaminó hasta el quicio de la puerta, sacó unos cuantos billetes, y me dijo con la voz entrecortada:

—Anda, no te detengas. Camina hasta donde puedas, pero nunca olvides que esa brecha que te lleva también te trae de regreso, y recuerda que aquí se quedan dos viejos, que siempre van a estar esperando tu llegada.

Antes de irme, también fui a despedirme de Luciana que ya me esperaba, con su sonrisa y un regalo.

—Llévalo contigo para que por lo menos te acuerdes que aquí estoy y no te vayas a hacerte el que pierde la memoria y te olvides que yo existo.

—Gracias por el detalle. Me gustaría que me regalaras un retrato para ponerlo en el buró de mi cama y sentir que estás conmigo muy cerca, donde pueda verte o hasta quizás logre embrujarte, le dije.

—No te voy a dar nada porque ya me has embrujado, y se reía con el sol sobre la cara. Enrojecida por el resplandor. Sus ojos se cerraban encandilados, el aire enredaba sus cabellos y me veía fijamente a los ojos. Me abrazó y me despidió con un beso tierno.— Adiós no te olvides de mí, brujo y siguió riendo.

Cada ocho días regresaba al rancho. Nunca me acostumbré a la vida de la ciudad. Todos los viernes, con la ansiedad de un caballo de carrera en el portón de la partida, esperaba que sonara el timbre. Me

desbocaba en las curvas de una carretera de pendientes pronunciadas con vegetación abundante llena de capulines, mangos salvajes, encinos y árboles frondosos de ciruelas amarillas. Pasaba por barrancas profundas, por donde corría un caudaloso río de aguas pestilentes que arrastraban el desecho de una ciudad que crecía desbordada e inflada como un monstruo engordado con anabólicos. Daba la impresión de que este monstruo defecaba, orinaba y vomitaba todos sus excrecencias en la punta de un desfiladero, formando una cascada de aguas turbias y gases pestilentes que se deslizaban por el cauce del turbio río, cantando la misma melodía que canta un río de aguas diáfanas. Pero su aliento era de rosas muertas, cuyos olores marchitaban los girasoles, los cempasúchiles y todas las otras flores que crecían en las riveras de su paso.

Cruzaba sobre un puente donde las espumas con olor a azufre te revolcaban el estómago y los gases de amoníaco te hacían brotar las lágrimas. Después comenzaba a subir hasta dejar atrás los aromas podridos. Cuando subía al valle, todo era diferente. Recorría el mismo camino que un día recorrió el tío Valentín en sus tiempos de arriero. Pasaba por los mismos lugares y en las mismas posadas me paraba a contemplar el valle y sus maizales. Después subía la cordillera llena de robles donde decían que habían colgado al Vívoro y agarraba el llano y ya no me detenía hasta llegar al pueblo donde Luciana me esperaba. Nos reunimos con los amigos en el jardín como si fuera fiesta. Después caminábamos hasta su casa y ahí bajo la noche conversábamos sentados en el balcón de una ventana. Después llegaba al rancho donde mi madre me esperaba con la mesa puesta. Mientras cenaba seguíamos platicando lo de los días ausentes, hasta que a los dos nos vencía el sueño.

Aunque toda la semana estaba fuera, aquellos días siguieron siendo días felices, tanto que hasta me olvidé de lo que al doblar la esquina me esperaba. Aquel primero de noviembre que cambió mi suerte. Dos meses exactos después de mi partida, llegó la funesta madrugada en que murió mi padre. Fue el día más largo que cambió mi vida. Todo llegó de golpe como un viento que empuja y una corriente que te arrastra y te revuelca con su mismo lodo, para tirarte en un extremo. Me sentí en un mundo del cual no podía regresar porque las aguas me batieron y me arrastraron hasta la otra orilla. Era la vida que se va sin detenerse y en su camino pasa por montañas y valles.

¡Cuánto cambió mi vida el día que sepultamos a mi padre! Mi madre dejó de ser la misma. Se envolvió en tristeza. Sombras y recuer-

dos hurgaba en el pasado, queriendo inútilmente revivir aquel pasado muerto. Nada le consolaba. Se llenó de rencor y aquel coraje creció como una llama que quema; aquel ardor lo transformaba en rabia y no le perdonaba a la vida aquel agravio. Después descargó sobre mí toda la culpa y se volvió amargada.

Más tarde llegó Alfonso a hacerse cargo del establo y pensé que todo iba a cambiar con su llegada, pero nada pudo sacarla del *impasse* ni aminorar aquel suplicio.

—Tú lo mataste con tu maldita ambición. Ya sabías que estaba impedido para trabajar y no te importó que se forzara. Te fuiste y le dejaste a él toda la carga, sabiendo que ya sus días estaban contados. ¡Qué poca compasión tuviste!

—Él se murió porque llegó su hora igual que a todo el que se muere. También podemos morir usted y yo el día menos pensado y a quién vamos a culpar, si así es la vida. Nadie es eterno, bien lo sabe, pero sigue obcecada a un recuerdo, y con eso no va a lograr resucitarlo.

—¡Qué más quisiera yo que regresara! Si hasta me hago ilusiones pensando que va a volver a entrar por esa puerta. Todo me pasó como si fuera un sueño que se acabó en un abrir y cerrar de ojos en una pestañada. ¡Qué poco me duró mi gusto! ¿De qué sirvió esperarlo tantos años? Luchar como una fiera para conseguirlo, pelear para arrancárselo a tantas que lo querían, si ya de él nada me queda. Sólo el recuerdo que dejó regado en los barbechos, en la casa y en todos los rincones.

En aquel momento no podía entender de bien a bien toda su desesperación, toda su soledad. Alfonso, que era su hijo consentido, trató de reanimarla, invitándola a salir para distraerla. Pensó que con eso sería más fácil disipar su pena, pero ella se negaba a todo. Su depresión creció como un arroyo y se fue haciendo más profundo su letargo. Quedó relegada a su rincón y comenzó a sentirse desplazada. Ya no se sentía dueña de su casa y tenía la sensación de estar viviendo de arri-mada. Fue hasta ese momento cuando la entendí porque yo también comencé a sentir lo mismo. Trataba de escapar de todo aquello. Me perdía en los potreros todo el día y al caer la tarde me iba a refugiarme al lado de Luciana.

Caminábamos por el pueblo horas enteras por las calles desiertas. Al caer la noche, entre luces y sombras de pálidos faroles, sin hablar, tomados de la mano no eran necesarias las palabras. Con el ligero roce de la piel le transmitía mi pena y la sentía tan mía que con una leve sonrisa su mirada y una mueca bastaba para encontrar la paz perdida y

el sosiego. Me reanimaba con su risa tierna. Me acariciaba las mejillas como a un niño y me tomaba el pelo. Después me besaba con sus labios de granada y me elevaba al cielo mientras me olvidaba del mundo. Cuando la tomaba en mis brazos, de mis ojos brotaban lágrimas que luego me traían consuelo.

Cada fin de semana que regresaba de Guadalajara encontraba algo nuevo. La situación no mejoraba. El negocio iba disminuyendo, la depresión de mi madre iba aumentando, y la desesperación de Alfonso por revertir la situación ya no podía ocultarse. Él estaba acostumbrado a otro mundo, aunque se hubiera criado aquí. Sólo vivió de niño. Nunca tuvo una responsabilidad seria mas allá que las tareas que le encomendaba mi madre. Aprendió a tener un compromiso allá donde todo es diferente. En cinco días terminaba su jornada con sus horas contadas y el resto era divertirse. Aquí todo cambiaba; sólo era cuestión de hallarle el modo. No habían días de descanso y para divertirse se tenía que madrugar, ganarle tiempo a la mañana, y robarle muchas horas a la noche. El secreto era hacer del oficio un pasatiempo, y de todo aquel que te encontraras un amigo.

Él trató de vivir como allá con las mismas comodidades, sin renunciar a ciertos lujos. En poco tiempo comenzó a enredarse. Fue entrando a un laberinto sin salida y él sabía que iba pisando sobre el barro, y no hacía ningún esfuerzo por salir. Su mente estaba en otro mundo. Se vino porque se vio obligado por las circunstancias, pero su vida estaba allá igual que la de su familia. Nunca hicieron por convivir con los demás excepto con los pocos conocidos que quedaban de antes. Cuando vio que todo aquello iba acabando, decidió partir la herencia para no arrasar con todo, aunque nada fue legal, solo fue de palabra. Mi madre se sintió agraviada. Cuando ya se sentía despojada sin motivo, ya no se sentía dueña de su casa. Su mundo lo habían ocupado todo y la habían reducido a ese pequeño espacio donde día y noche divagaba.

—Agárrenlo todo y avientenme al muladar como si fuera un trapo viejo. Desde que murió tu padre para mí todo acabó. No soy dueña de nada. Todo lo siento ajeno, hasta este pedazo de rincón siento que no me pertenece, mucho menos la tierra. Ya no siento mío ni el lodo que se embarra en el zapato.

Me fui quedando en Guadalajara los fines de semana porque no sentía ganas de regresar a ver aquello que se estaba yendo; que se estaba acabando y se iba cubriendo con la misma tierra que cubrió a mi padre. Jamás pensé que se perdiera tanto en tan poco tiempo. Mes

y medio bastó para que todo terminara. Aquella tarde cuando regresé, ya no encontré a Luciana. Pensé que iba a ser algo pasajero y que de un momento a otro podía regresar y la encontraría de nuevo. Se fue a estudiar a una ciudad lejana, pero como todos los que nos vamos, nuestro deseo, es regresar, al lugar donde fuimos felices. Ella tenía que volver porque la felicidad siempre la llevaba en la cara, pero nunca volvió. Se quedó allá, se fue como se va el rocío que desaparece gota a gota en la mañana, y se pierde por completo cuando arrecia la tarde.

Siempre me pregunté por qué se fue, y qué pena llevaba que ya no quiso volver. Nunca me he perdonado no haberle dado ninguna explicación del por qué me ausentaba cuando sabía que la tenía embrujada. Pero a veces la vida te revuelca tanto que ni siquiera te detienes a pensar lo que haces, ni te das cuenta en tu delirio a quien lastimas.

Después que no encontré a Luciana, me fui a tomar con los amigos para matar el tiempo. No quería llegar a mi casa cuando estuvieran despiertos y al sentirme mareado sentí deseos de no llegar y volver por donde había venido. Con el calor de las copas volvió a envolverme la nostalgia y llegué, no sé a qué horas de la noche. Todo estaba en calma; sólo el perro me fue a encontrar más allá del guardaguanado porque conocía el ruido. Abrí la puerta y entró lleno de gozo. Me abrazaba y me lamía y en un momento me lleno de babas. Llegamos a la puerta del cancel y corrió adelante anunciando mi llegada. Aunque siempre me iba a encontrar nunca había visto tanto regocijo. Sólo me paré frente a la puerta de mi madre y le anuncié que había llegado.

—¿Me levanto a darte de cenar, hijo? contestó mi madre desde adentro.

—No se preocupe madre, que ya cené. Ya casi es hora de almorzar. Me voy a dormir. Nada me falta, lo único que me sobra es sueño. Entré a mi cuarto sin alcanzar a descifrar lo que me contestó. Dejé mi mochila a un lado y me tiré en la cama con todo y ropa, haciendo fuerza con los pies para sacarme las botas.

Dormí sin despertar un ciclo no muy largo pero sí profundo. Al despertar sentí el malestar de la resaca; la cabeza pesada ligeramente mareado y con la boca seca. La claridad del día ya entraba en la ventana y desde afuera se escuchaba el alboroto de las golondrinas que llegaban a sus nidos. Me levanté, abrí la puerta y el viento de la mañana me pegó de frente. Había un cielo azul sin una nube y se dibujaba una línea dorada de sol sobre la ceja. Mi madre ya andaba en el corral

alimentando sus gallinas y varios becerros bramando se agolpaban a la puerta.

—Madruga, madre, le dije. Me acerqué y le di un ligero abrazo.

—Yo madrugo y tú no duermes. Mirate a un espejo, qué semblante tienes. Traes cara de hechicero. Regrésate a la cama que todavía ni tu hermano se levanta.

En ese instante bajó de la bodega el Cuervo casi corriendo con dos costales de forraje, seguido de un atajo de vacas hambrientas. El perro las detenía ladrando para que no lo atropellaran. Abrí la puerta para pasarme al otro lado luchando con los becerros que amenazaban con brincar sobre la cerca. Llegó y vació los costales en el comedero y al verme, el perro lo dejó a su suerte. Corrió y me abrazó regocijado atrás del perro, venía el Cuervo sonriendo con su risa pícara. Me saludó dirigiéndose a mi madre.

—Regaña a este muchacho, Nicha, que todos los fines de semana se va de pinta y ya no viene.

—Y cuando viene llega a no se que horas de la noche ahogado de borracho. Velo qué cara trae. No se te ocurra encender un cigarro enfrente de él porque los dos explotan.

—Vamos por más forraje, dijo el Cuervo. —Ayúdame tú que tu hermano duerme como rico. Me jaló y con una mano sobre el hombro nos fuimos caminando.

—Méndigo Cuervo, le dije sonriendo, mientras caminábamos —No hace falta que le des consejos a mi madre, para regañar ella se pinta sola. Ya ves que siempre está como una chispa.

—Ya se que trae el coraje en las pestañas, pero eso de no venir no está bien. Si a mi me puede que no vengas cuanto y más a ella que es tu madre. Y pa acabarla, llegas todo apestoso a vino y yo aquí sin probar un trago en toda la semana porque tu hermano no me deja, icon lo que a mi me gusta! Mejor retírate antes de que te dé un beso con sabor a vino, y me apartó sonriendo.

Estábamos terminando de ordeñar cuando llegó mi hermano que también me saludó molesto.

—Por fin apareció el perdido. ¿Qué vientos te empujan? ¿Los que traen las hojas secas o los que traen las bolsas secas?

—Me empujaron los dos, le contesté, tratando de ignorar el comentario para evitar rencillas. Se notaba que había tenido una mala noche.

En efecto, había dormido poco porque Laura su esposa estaba en los últimos meses de su embarazo. Toda la noche tuvo anuncios pre-

matureros del parto. Mientras subíamos los tarros de leche a una camioneta, salió mi cuñada, también con mala cara. Iba con mi hermano al pueblo a hacerse revisar por el médico que había pronosticado el parto para dentro de dos semanas.

—¿Cómo estás Laura? le pregunté tratando de ser amable ¿Cuándo nace tu niño?

—No se, me contestó de mala gana. —Toda la noche me dio lata y yo aquí en este agujero sin saber a quién acudir ni a quién quejarme. ¿Nos vamos, Güero? le dijo a mi hermano. Y los dos subieron a la camioneta arrancaron y se perdieron en la brecha.

—Aquí los únicos que estamos contentos cuando vienes somos el perro y yo, me dijo el Cuervo, en son de burla.

—No tengo cola, si no ahorita la estaría moviendo porque estás aquí.

Se me vino la risa y de inmediato me hizo una seña y me pidió que me callara.

—Que no nos oiga tu mamá reír, porque sale y a los dos nos corre.

Ya habían pasado meses de la muerte de mi padre y mi madre no soportaba oír la risa. Le molestaba la gente alegre y si alguien se reía en frente de ella, se sentía ofendida.

Acompañé al Cuervo a la bodega para ayudarlo a mezclar el forraje que ocupaban y dejar listos los piensos de la tarde. En el camino comenzó a contarme cómo las cosas se acababan; cómo la situación iba en picada. Él ya no estaba trabajando por gusto; sólo lo hacía por un compromiso que sentía conmigo y con mi madre, pero con mi hermano no se llevaba.

—Tu hermano es un terco que no escucha a nadie. Cree que lo sabe todo, pero de esto no sabe nada. El que sabía era Gregorio y yo aprendí de él, por eso me atrevo a dar consejos. La semana pasada compré vacas nuevas. Le dijeron que eran muy finas y en vez de dar leche dan patadas. Hasta se molesta cuando tratas de decirle. En cualquier rato yo también me voy igual que tú. Ya no son los mismos tiempos de tu padre.

Yo sabía bien lo que estaba pasando. Desde el día que hizo las partes, escogí todo el ganado criollo que podía sobrevivir sólo y lo lleve a Atenguillo. De lo demás, aunque unas vacas eran mías, ya no las consideraba como propias. Salí de la bodega y la mayor parte del ganado estaba echado, reposando bajo los mezquites. Al ver aquello

sentí la sensación de que muy pronto se iba a terminar. Entré a la casa con ese presentimiento y caminé hasta la cocina.

Allí estaba mi madre sentada frente al fogón, consumida por su tristeza. Era su sitio preferido, propio para el disimulo. Un rincón donde podía esconder las penas, donde las lágrimas arrancadas por el humo, se confundían en una sola mezcladas con aquellas que del corazón le brotan. Las llamas de los leños se reflejaban en su cara y le daban un aspecto rojizo. Tenía un jarro en las manos. Tomaba a sorbos un té de hojas de naranjo y había otro sobre el pretil que había servido para mí.

—Tómame esto. Es un té caliente. Es bueno para los trasnochados, dijo. Se levantó y me sirvió un almuerzo abundante. Luego se sentó otra vez y volvió a tomar su jarro. Se colocó en la misma posición y comenzó a sorber despacio sin hablar. Espero a que terminara de comer y después de un silencio largo, exhaló un suspiro y me miró. Tenía la nariz roja y los ojos húmedos de llanto. Luego comenzó a hablar de muy adentro, con una voz muy triste de marcado acento, con palabras cargadas de reproches.

—Por fin te acuerdas de tu garra de madre. Pensé que este fin de semana no vendrías. Ya no me hago ilusiones. Paso contando los días de la semana con la esperanza que un día de tantos aparezcas. Pero ya pasa más de un mes, y tú no vienes. ¿Qué te puedo importar si ya no te hago falta? Me he convertido de la noche a la mañana en un estorbo para todos, y sin embargo, oír que llegas es el único afán que me sostiene. Ya cuando pasan días y no te veo, se apaga el último rayo de esperanza se va la luz que alumbraba mi soledad. Con sólo pensar que estás aquí, le quitas un poco de sombra a ese rincón oscuro en el que estoy metida.

—Ese rincón la está acabando. La están secando los recuerdos. ¿Qué acaso no se ha visto en un espejo? Ya parece una sombra, un bulto que sólo se sostiene por los huesos.

—Es el maldito tiempo que no se detiene y se lo lleva todo. Todo me está arrebatando. No sólo me ha secado, también me ha marchitado el alma. Primero me los quito a ustedes, después me arrebató a tu padre. ¿Ya qué más da que se lleve todo lo que sobra?

—Todo se está acabando, madre. Ya no me mueve venir. ¿A qué? ¿A ver morir todo esto?

—Por eso mismo has de venir, antes de que ya sea tarde. No vaya a ser que un día que vuelvas no me encuentres, después te va a pesar. Tu

hermano está desesperado. En cualquier rato se regresa porque nunca se vino. Volvió él pero su pensamiento quedó allá, y no se puede vivir en las dos partes, con la mente y el cuerpo separados.

—¿Y usted a qué se va? ¿Acaso no va a hacer lo mismo? o ¿Qué cree? ¿que va a cargar en un costal con todos los recuerdos, o que se va a arrancar el corazón para dejarlo aquí?

—¡Los recuerdos! Si los recuerdos son los que me llevan, los que no me dejan vivir aquí. Con cada piedra que tropiezo veo a tu padre. En cada paso lo recuerdo. Lo veo bajar por la ladera, en la plaza, en el corral, y hasta en el viento. Lo oigo decir que ya sólo es un fantasma, qué se siente y no se ve. Soy la única que escucho su gemidos en el aire, cuando lleva arrastrando sus lamentos.

¡Qué pesada cruz la que carga un viejo en el otoño de la vida. Cuánto cala en sus huesos la nieve del invierno y qué desesperación le llega, en las noches eternas que no acaban! Con qué ansia esperan, que canten los gallos y llegue la mañana, para pasar como sonámbulos de día, y a la puesta del sol cuando llega la noche, despertar nuevamente.

Llegaba el fin de semana y no sentía ningún deseo de regresar. Lo hacía sólo por el deber que tenía con mi madre. Tampoco quería huir como un cobarde, como un capitán que deja el barco cuando se está hundiendo. Regresaba aunque yo ya no tenía que dirigir ninguna nave. Mi hermano era el que tomaba decisiones. Además, allá en Guadalajara nada me faltaba.

Desde antes de morir mi padre, fueron a visitarnos la tía Selma, hermana de mi madre, y su esposo el tío Moisés. Llegaron con la idea de ofrecerme su casa cuando me fuera a estudiar a Guadalajara. Ellos vivían allá. El tío Moisés después de haber trabajado en varias partes y haber recorrido medio mundo, ya cansado de andar sólo, decidió llevar a vivir allá a su familia. Sólo dos hijos le quedaban porque los demás ya se habían ido a trabajar al norte como se iban todos. Su deseo era que por lo menos el más chico lograra estudiar una carrera universitaria, y entre los dos hicieron un gran esfuerzo hasta lograrlo.

Al principio dudé un poco en irme a vivir con ellos. Después con el paso de los años, me di cuenta de la importancia y el valor de aquella oferta. Nunca me alcanzó la vida para poder pagar ese favor y regresar un poco de lo que me dieron, porque las cosas que se dan de corazón no tienen precio.

Había conocido al tío en otra época cuando pasaba por una situación difícil. En ese tiempo yo era un niño y le ayudaba en su trabajo

cuando no estaba mi padre. Mi madre me mandaba a trabajar con él y aunque conmigo siempre fue amable, y nunca me regañó dentro de mí quedó grabada aquella imagen, de un hombre violento y gritón. Era renegado y recio con sus vacas. Regañaba a su esposa, y a su hijos. Siempre andaba enojado, renegando por todo. A Gabriel su hijo más pequeño, le gritaba y le exigía más de lo que podía hacer en esos años y con su corta edad.

A la fuerza quería tener vacas de ordeña porque esos animales le gustaban. Se aferraba a ello, aunque no tuviera un pedazo de tierra donde pastaran. Año tras año rentaba los ranchos más remotos y apartados, donde la renta era barata, para tener un lugar donde tenerlas. Se ahorrraba unos centavos y a cambio pagaba el precio con su soledad y vivía como ermitaño.

Siempre andaba amuinado y tenía razón. La situación no era para menos. Trabajaba desde antes de salir el sol y a la puesta del sol en ocasiones no acababa. El negocio no le era rentable. Comía malamente, pasaba semanas enteras sin probar algo caliente y meses completos en aquellos ranchos olvidados. Los ranchos se sentían llenos de fantasmas, en casas custodiadas por cruces de cantera donde las almas de los muertos todavía vagaban. Se escuchaba gemir en las paredes carcomidas cuando eran arrinconadas por el viento. Al anochecer nos encerramos en aquellas trojes oscuras, alumbrados sólo por una vela. Cenábamos un taco de frijoles fríos que hacíamos bajar con unos tragos de agua zarca. Luego recorría el cuarto con la luz para estar seguro de que en el día no se había metido y anidado alguna víbora. Después apagaba la vela y nos tirábamos a dormir en un sprint de cama, sin colchón, cubierto solo con petates, bajo una nata espesa de zancudos.

Lejos de amanecer nos levantábamos a ordeñar. Caminábamos a oscuras arriando las vacas al corral, mojados por el rocío hasta la cintura. Al terminar cuando ya estaba amaneciendo, tomábamos unos tragos de leche en las mismas tapaderas de los tarros. Luego nos íbamos Gabriel y yo arriando un burro, hasta llegar a donde hacía cuatro cruces el camino. Allí nos separábamos. Él seguía a pie cargando un tarro pequeño, con la leche del gasto, hasta llegar a su casa. Yo continuaba de frente, llevando el burro hasta la carretera, donde pasaba el camión que recogía la leche. Después regresamos a nuestras casas y al terminar de comer seguíamos el camino al rancho abandonado donde nos esperaba el tío Moisés, para comer lo que llevábamos antes de que perdiera el sabor, porque se enfriaba en el camino. Era la única

comida decente que daba en todo el día. Que lo podía motivar a estar contento y alegre cuando se tiene un pedazo de tierra por presidio, y estás atado a unos surcos con cadenas.

Gabriel y yo éramos felices porque a esa edad, con cualquier cosa nos entreteníamos. Formábamos un mundo con las cosas simples, y a nuestra manera las disfrutamos porque cuando, no se conoce otra cosa, nunca se desea lo que no se tiene.

Cuando el tío Moisés se instaló en Guadalajara ya tenía su porvenir asegurado. Ya nada le faltaba desde hacía mucho tiempo cuando vendió sus vacas. Compró su primera casa en Guadalajara y él se fue sólo por el mundo en busca de fortuna. Regresó después de muchos años a vivir con su familia. Llegó ya jubilado porque no descansó ni un solo día. En todos esos años en que anduvo ausente, llegó con la idea de disfrutar la vida y la familia, porque para ellos vivió el resto de su tiempo. Se dedicó por completo a su esposa y a su hija, y a Gabriel, que estaba por terminar ya su carrera y tenía trabajo conseguido en la Ciudad de México.

Desde que llegué a esa casa me di cuenta de que había encontrado la familia que ya estaba perdiendo. En el tío Moisés encontré el padre que ya no tenía. Él hizo por mí todo lo que un padre hace por un hijo, y yo hice por él lo que un hijo hace casi siempre con su padre; ser desconsiderado, soberbio, altanero, como son todos.

En Estela su hija, encontré la hermana que nunca tuve. Nunca riñó conmigo como hacen todos los hermanos; no porque no le hubiera dado motivo, sino porque era una mujer prudente, incapaz de reprocharme nada.

La tía Selma era una mujer extraordinaria; de esas que no nacen a diario. Era la más perfecta que he conocido en toda mi existencia. Como la vi el primer día así la vi toda la vida. siempre alegre con su sonrisa dibujada en la cara, diario te trataba igual no importaba qué pena llevara. Siempre fue una mujer abnegada y sufrida que guardaba muy bien los sentimientos que llevaba. Nunca le puso mala cara al tiempo adverso. Le hacía frente como quien le hace piruetas a la muerte, con una valentía casi arrogante. Hacía ya muchos que había ganado esa fama, no de arrogancia, sino de valiente.

Tenían pocos años de casados. Sus hijos mayores aún eran adolescentes. Vivían en un rancho apartado, pegado a las barrancas del Río Verde, sembrando a medias. Su patrón se llamaba Refugio Mercado. Él y un hijo habían tenido una riña en unas carreras de caballos. Al

otro lado del río en un rancho llamado El Gavilán, los dos mataron a un hombre y se regresaron a su rancho donde el gobierno de aquella jurisdicción no los podían perseguir porque ya era otro municipio. De este lado se ampararon y se quedaron viviendo allí por no dejar sus tierras. Era ingenuo pensar que sólo separados por dos barrancas a media legua de distancia, los dolientes se iban a quedar con los brazos cruzados.

Una mañana mientras Refugio daba de comer a los puercos alcanzó a ver en la punta de la colina varios hombres que se acercaban sin esconderse. Aparecían y se perdían en la maleza del camino. El hijo mayor que había participado en el asesinato huyó pero Refugio no se animó a dejar desprotegidas a su esposa, sus hijas y tres hijos adolescentes. Mandó un propio a avisar al Comisario que pidiera ayuda porque el amparo, que el juez del pueblo le otorgó, había sido violado. Mientras el hijo huía, él subió al alto con toda la familia y se posesionó de la ventana con su carabina, y un mauser R15, en esperar que las fuerzas del municipio llegarán a rescatarlo.

Cuando los hombres llegaron, Refugio los pudo ver por la ventana. Caminaban con cuidado, protegiéndose en la cerca. Eran ocho judiciales del estado, acompañados por un hermano del muerto. Se colocaron en dos esquinas de la casa y una parte de ellos se acercó, protegidos por las paredes de una troja, en cuya esquina estaba la puerta de la entrada al patio. Después de la troja estaba la cocina, luego dos cuartos al fondo. Sobre esos cuartos se encontraba el alto, con una amplia ventana de madera al centro y dos claraboyas a los lados. Desde la esquina de la entrada comenzaron a gritar que se entregaran. Les aseguraban, bajo palabra de honor, el respeto por sus vidas. Refugio, desde arriba contestó que esperaran, que se entregaría tan pronto llegara la acordada.

Uno de los hombres enfurecido le dio blanco y abrió fuego contra la ventana. Él contestó los disparos por la claraboya y lo alcanzó en la frente volándole la tapa de los sesos. Cayó el hombre muerto frente a la puerta y los demás asustados se refugiaron en la barda sin saber qué hacer, mientras Refugio, desesperado, perdía el control porque la acordada no llegaba.

La casa del tío Moisés estaba enfrente separada por un barbecho que no medía más de unas doscientas varas. La familia estaba encerrada amenazados que si salían les disparaban. La tía Selma todo observó por una pequeña ventana preocupada porque su hermano y su

hijo mayor andaban afuera. Estaba rogando a Dios que en ese momento no llegarán, cuando vio que una manada de puercos hambrientos se arrimaron, tratando de tragarse al muerto.

—¡Dios mío! exclamó. —Se van a comer ese cristiano, y abrió la puerta contra la voluntad de su esposo que trató de impedirle que saliera. —Tú cuida los hijos, que a mi nada me van a hacer si soy mujer ni que fueran tan animales. Salió, agarro el primer leño que encontró en el patio y corriendo, se abalanzó contra los puercos, gritándole a los hombres.

—¡No disparen! ¡Yo no voy a permitir que se profane este cadáver! Si los puercos se tragan a ese hombre, todos lo vamos a llevar en la conciencia por cobardes. Y se quedó ahí para que ningún puerco se acercara. Comenzó a rezar una oración para ayudarlo a bien morir cuando ya el hombre estaba muerto. Luego le labo la cara embarrada de lodo, sangre, y babas de los puercos.

La situación estaba al rojo vivo, y se agravaba más conforme iba pasando el tiempo. Hasta allí llegaba el llanto de las mujeres encerradas mientras los judiciales enardecidos, pegados al muro se paseaban escupiendo veneno. Llegó un momento tenso que parecía que el tiempo no avanzaba, como si el sol se hubiera detenido a la mitad del cielo. La calma se hizo insoportable y uno de los hombres comenzó a gritarle que ya saliera, cuando vieron que por la colina venían bajando los soldados. Ellos querían aprovechar porque querían llevarlo muerto.

—Ya puedes salir que ya viene la acordada, le gritaron.

—¡No salgas, Refugio, que es mentira! ¡Te van a matar! ¡Los hombres apenas comienzan a bajar el cerro! gritó la tía Selma.

Indignados los judiciales, apuntaron amenazantes, exigiendo que se retirara. Entre el llanto de las mujeres que arreciaba, escuchó la voz quebrada de Refugio que desde adentro le gritó.

—Por favor Selma, por tus hijos, vete que a mi nadie me salva.

En ese momento escuchó cuando su esposo abrió la puerta.

—Madre santa, dijo. —¿Qué va a hacer este hombre?! Tiró el leño y levantó los brazos. Envolvió a los hombres en una mirada y les suplicó con toda el alma, —¡Por favor no, no le disparen! y corrió a su encuentro. Antes de que cruzara la cerca del patio lo encontró. Él la tomó en sus brazos, y antes de entrar a la casa, volvió la cabeza y gritó de nuevo ahogada en llanto, —¡No salgas Refugio porque te van a matar! Después de que entraron vio a sus hijas refugiadas en un rincón del

cuarto oscuro, y a su hijo pequeño durmiendo en la cuna; un sueño inocente y placentero y se sentó a llorar en el bordo de la cama.

—Dame un puño de estafiate Moisés, para mascar, que ya no tengo gota de saliva. Y cuando se llevaba a la boca aquella yerba amarga, escuchó los disparos. Salió al patio y vio a Refugio desplomarse en el quicio de la puerta.

Después de aquello creció más lo que ya tenía ganado, el respeto y la admiración de aquella gente, que se dio cuenta, cuando el relato, paso de boca en boca, hasta llegar a saberse en la comarca entera.

Cansada de haber pasado por tantos sufrimiento, trabajos, calamidad y privaciones, encontraron la paz en Guadalajara. En esa casa donde nada faltaba, del tío Moisés, ya no quedaba ni la sombra. De aquel hombre que yo había conocido desde niño, el que reaccionaba y se defendía como una fiera, ya no quedaba nada. Era más dócil que un cordero, un hombre bueno que la tía Selma manejaba a su antojo, pero no porque se haya hecho bueno de la noche a la mañana; él ya era así, pero lo duro de la vida no le había dado oportunidad de demostrarlo.

Con ellos yo me sentía más atendido que en mi casa. A pesar de tantos hijos que tuvo la tía Selma, siempre le sobró amor para dar y repartir a manos llenas. Y el tío Moisés ya podía ofrecer lo que tenía, lo que antes no podía, porque no le sobraba nada en el pasado.

Cada fin de semana cuando iba a regresar al rancho, los dos me pedían que me quedara. Pero aunque lo tengas todo una familia no se puede sustituir así como así, a cambio de comodidades. Tenía que regresar a pesar de los reproches de mi madre. Tenía que estar allá para ayudar a Alfonso, que cada día se perdía más en un mundo que había olvidado. Se había ido al Norte en la adolescencia, cuando todavía le quedaba algo de niño, y allá terminó de crecer, asediado por el mundo de los sueños; de las fantasías donde te encandilan los brillos y el sistema te atrapa. Él quedó perdido en ese mundo de ilusión, donde te valoran por lo superfluo. Vives una vida mortificado, luchando hasta el cansancio más allá de lo humano, tratando de aparentar lo que no puedes, con la idea de que mostrando lo que no tienes, te van a valorar por encima de lo que eres.

Nunca quiso regresar a lo de antes, a la vida sencilla austera de sacrificios, sin lujos que nos había enseñado mi madre. Él quiso seguir viviendo la vida de allá, a la que ya se había acostumbrado donde se podía permitir el lujo que estuviera dispuesto a pagar, porque todo se lo ofrecían sin límites, hasta donde la vanidad le alcanza. Aunque

con cada bien que adquieres, compras también un eslabón más que le vas agregando a tu cadena de esclavo. Aquí era imposible porque todavía a eso no se llegaba. El avance del tiempo le mostraba límites, y los hechos del pasado le cobraban factura, y hasta el clima con su capricho le pronosticaba un mal año, del cual no tenía la mínima idea de cómo sortearlo.

Nació su primera hija cuando él atravesaba tiempos difíciles. Resulta triste para un hombre no poder disfrutar lo que más quiere mientras anda enfrascado en una situación que lo ahoga. Cada vez que conversaba con él lo notaba desesperado. Aparte de todo había sido un mal año, donde no sólo la lluvia fue escasa y el maíz no creció, sino que vino acompañado de todo tipo de plagas. Nada ayudaba y cada vez que volvía a leguas se notaba que andaba preparando su regreso.

Con la venida de su primera nieta, mi madre fue saliendo poco a poco de su tristeza. Su mundo comenzó a moverse alrededor de ella, como si no existiera nadie más. En ella concentró su tiempo y su cariño. Aquella niña fue tapando su entorno, hasta sentirse ajena de todo lo que la rodeaba. Luego me di cuenta de que iba a ser un poderoso imán que la iba a jalar desde cualquier lugar que se encontrara.

Por ese tiempo regresó Rosario. No encontró lo que buscaba en la tierra prometida. Volvió decepcionada de la ciudad taciturna y triste, como una golondrina, que busca su verano. ¡Qué gusto me dio verla! Tal vez pensé que ella podía ser aquel lugar donde pudiera refugiarme. Jamás imaginé que regresara tan pronto. Por su carácter, su modo y su presencia, siempre tuve la idea de que aquel era su mundo. Pero no se quedó y nunca le pregunté por qué volvió, cuál fue el motivo. Tampoco ella me lo contó. Todo lo reservaba, nunca tuvo la voluntad de abrirse. Siempre mantuvo el corazón cerrado, como si sintiera temor que por cualquier escollo pudiera ventilar su vida y su pasado. En medio de los dos colocaba una barrera imaginaria, sí, pero más fuerte que una barda. Nunca hurgaba en lo mío, pero tampoco permitía que me asomara yo a su mundo. Toda su vida era un misterio, como un cielo empañado, cubierto de algo raro. Después que volvimos a encontrarnos yo quise entrar en ese mundo y lo tomé como un capricho; una obsesión por descifrar aquel misterio. Se fue metiendo en mi como penetra el agua en algo seco, y esa humedad me fue llenando de ilusiones. Despertó nuevos sueños. Llegó como un duende que traspasa paredes y ventanas y se apodera de tu pensamiento, y comienza a vagar día y noche hasta que aparece en todos los rincones. Se volvió como el eje que soporta

una veleta, que va llenando de energía el pensamiento, en cada vuelta que la mueve el viento, va despertando en tu ilusión dormida, nuevos sueños.

Pero ella a todo se mostraba ajena. Era como un astro lejano de los que apenas brillan, una vela que te ofrece su luz pero te deja en sombras. Era como un viento suave que avivaba fuego, acompañado de una briza que lo apaga. Fue una relación que me atrapó en un limbo, donde no había gozo ni sufrimiento; en la que podía reír con una risa suave, y sentir tristeza sin encontrar consuelo, impenetrable como una piedra, que no se parte, para saber lo que lleva dentro.

Aquella semana llegué al rancho antes del crepúsculo. Como siempre me gustaba llegar a ver el sol cuando trasmontaba la ceja y la sombra comenzaba a caer en la ladera empujando su resplandor hasta expulsarlo por la ladera opuesta. Conforme avanzaba la sombra, las aves que volaban alto brillaban, haciendo piruetas en el cielo antes de bajar a la tierra. Iban llegando en desbandada en busca de sus nidos, y las vacas bramando a su críos. Se apreciaban buscando sus majadas y comenzaba a escucharse el triste canto de las palomas, el misterioso zumbido de lechuzas y el canto de presagio de los tecolotes, mientras caía la noche cobijando bajo su sombra con su manto oscuro, las lomas blancas, el arroyo seco y la región dormida.

Desde que dejé la carretera y entré a la brecha tuve un presentimiento, un vacío comenzó a invadir mi cuerpo y el corazón se estremeció en mi pecho. Sentí el temor que siente un preso. Después que crucé el guardaguanado noté que algo faltaba, pero no supe qué porque un grupo de niños que jugaban en la calle me distrajeron cuando me saludaron sonrientes. Al pasar levantaron la mano pero no me detuve hasta la puerta de la casa. Saludé a todos los que estaban reunidos en la plaza haciendo una seña con la mano a la que todos contestaron. Luego volteé al corral y vi que no había vacas. Alfonso y su esposa no estaban; sólo mi madre, sentada en una silla en el corredor, viendo caer la tarde.

—¿Por qué está tan sola madre; pregunté mientras subía los escalones.

—Es la vida hijo, que así quiere que este sola y mi alma. Que bueno que llegaste. No podías ser más oportuno. Se levantó y me dio un beso en la frente. —Siéntate que quiero hablar contigo ahora que hay tiempo, antes de que llegue tu hermano.

Eran los principios de Marzo, cuando el viento soplaba fuerte arrastrando el polvo a su paso. Su mugido triste se escuchaba al deslizarse en las paredes de las casas, y al pasar entre las ramas de los árboles. Era una tarde gris, empañada de arena, cuando aún las golondrinas no llegaban, y ya los días comenzaban a alargarse.

—¿Qué pasó con el ganado, madre? ¿Dónde están sus guajolotes? ¿Qué hizo con sus gallinas?

—El ganado lo vendió tu hermano para pagar sus compromisos. Lo demás lo vendí yo porque ocupó unos centavos. La semana que entra nos vamos para el Norte.

Me dijo lo que yo ya estaba esperando. Aquello que mientras no llega, te hace abrigar una esperanza, pero no hay fecha que no se llegue. Ya el tiempo se había cumplido.

—¿Y usted qué va a hacer allá? Si esta es su tierra. ¿Cómo va a aprender a vivir en otro mundo, que no es el suyo, si nunca ha ido más allá del pueblo? Nunca se ha alejado de donde están sepultados sus muertos.

—Por eso me voy. Son los muertos los que aquí me persiguen y no me dejan en paz, porque me tropiezo con ellos a cada paso. En cada piedra los veo agazaparse y esconderse en cada sombra.

—No son los muertos los que la llevan, y usted bien lo sabe. Son los vivos los que la arrastran, ¿para que se engaña usted misma y trata de engañar a los demás? Usted está encantada con esa niña, pero las ilusiones ajenas cuestan caras. No vaya a ir nomás a sufrir un desengaño.

—¿Y qué me quedo a hacer aquí?!, ¿A sepultarme viva en esta casa? Si tú nunca estás aquí y de puro milagro vienes. Le temo tanto a la soledad, como no tienes una idea. Y ahora siento que me acosa y me persigue. Dicen que es mejor llorarse pobre y no solo, y es muy cierto. Por eso me voy, hijo. Tal vez un día regrese cuando ya aquí no me mortifique tanto los recuerdos.

—Si ya lo pensó así, ¿qué más se puede hacer? Su decisión ya está tomada. Ojala un día no se arrepienta.

Ya no le insistí ni hice nada más por detenerla porque dentro de mí sentía que no tenía derecho a hacerlo. Yo no podía quedarme en el rancho al lado de ella, aunque a veces sentía remordimientos. No iba a ser suficiente para que me quedara porque sabía que tenía mucho camino por recorrer. Tenía que salir adelante, como una planta que se levanta desde la sombra, que crece y se cuela por cualquier hueco. Tenía que seguir el rayo de luz que indicara el camino, para salir y

poder crecer, a la luz del sol, no importa que las hojas tapen con sus ramas las otras plantas.

El siguiente día me levanté tarde. Sentía que ya no tenía nada que hacer aquí. Ya no había en qué entretenerme. Aunque estaba despierto, me quedé ahí acostado, esperando, no sé qué cosa, hasta que oí el sonido de la puerta y escuché las palabras de mi hermano. Abrí la puerta cuando él estaba en el patio mirando hacia mi cuarto, como si estuviera esperando que saliera.

—Necesito que me ayudes. No te hablé antes porque pensé que estabas dormido. ¿Puedes acompañarme al llano? Quiero recoger los comederos que tengo regados en el pedazo. Si los ocupas tú, más tarde los usas y si no los vendes, algo les puedes sacar.

—¿Cómo no? Ya tenía rato despierto, pero se me fue el tiempo pensando, y como ya no hay ganado, pensé que no había nada que hacer, le dije esto sin ocultar en mis palabras cierto reproche.

—Nos vamos antes de que arrecie el viento. En ese momento trate de verle la cara, pero él bajó la vista. No pudo sostener mi mirada. Se dio la vuelta y subió a su camioneta. Yo me despedí de mi madre y lo seguí por el lado opuesto. En el camino lo noté apenado, manejando despacio, sin ninguna prisa por llegar. Después de un largo rato sin hablar rompió el silencio. Lo notaba como tratando de disculparse, el que nunca en su vida lo había hecho. Trató de hacerlo conmigo, pero no supo cómo porque tampoco a él le habían enseñado a hacerlo.

—Tenía toda la intención de ayudarte, pero no supe como hacerlo. Aquí nada es fácil y como que a mí todo se me puso en contra.

—No te sientas mal. Lo intentaste y eso es lo que cuenta. Lo que se perdió, a lo mejor de todos modos se iba a perder con esta sequía. Pero eso con el tiempo se recupera.

—¿Sabes lo que más me duele de todo esto? Es que ya le he perdido aquí la poca fe que me quedaba. Estoy seguro de que ya nunca voy a volver porque ya me di cuenta de que esto no es lo mío. Cuando me vine todavía me movía una esperanza, que ahora tengo perdida.

Llegamos a la entrada del potrero. Me bajé a abrir la puerta y ya no me subí con él. Me paré en la defensa de atrás sosteniéndome en las redilas, mientras él avanzaba por el barbecho hasta donde se encontraba el primer comedero. La plaza se encontraba al fondo, en una esquina del potrero donde había una casa vieja y allí guardamos todo.

Ya de regreso, Alfonso me hizo una serie de promesas y recomendaciones y me pidió un último favor después de que se detuvo frente a la casa.

—Te prometo que llegando allá voy a tratar de ayudarte para que por ningún motivo dejes la escuela. Aquí se me quedaron algunas vacas perdidas. No se cuantas, sólo se que son pocas. Búscalas que de algo te han de servir. Por ahí deben andar internadas en el llano. Por último te voy a pedir que el fin de semana vengas por mi madre, mi esposa y mi hija y las llesves al aeropuerto. Ya un abogado le tramitó su visa a mi madre, sólo tienen que recogerla antes de salir. Yo mañana me voy. Tengo que buscar un lugar a donde ellas puedan llegar. Y cuando puedas, ve a visitarnos. Ya sabes que allá vas a tener tu casa.

Me bajé de la camioneta y me dirigí a mi cuarto. Luego entré al cuarto de mi madre y no la encontré. Después salí al corral, subí hasta la bodega y en ningún lugar me sentí tranquilo. Me sentí vacío, como incompleto con un hueco que nada lo llenaba. Regresé a la casa. Me bañé y me cambié para irme al pueblo. Al entrar a la carretera, comencé a correr a lo que la camioneta daba. En cada curva las llantas rechinaron, y a través de ese ruido, sentía que el corazón aceleraba y de mi cerebro se desprendía con la fuerza de gravedad toda mi frustración, toda mi rabia.

Me detuve hasta llegar a la casa de Rosario, pero no la encontré.

—No ha llegado, me dijo su mamá, que estaba sentada en una silla a un lado de la puerta, contemplando la tarde. —No debe tardar. Esta es la hora en que llega siempre.

—Gracias, señora. Voy a encontrarla, sino por favor dígame que enseguida regreso.

Me dirigí a donde trabajaba y la encontré al doblar la segunda esquina.

—Iba por ti, le dije sin bajar de la camioneta. —Quiero invitarte a cenar o a caminar por el pueblo.

—Espérame en la puerta de la casa. Me arreglo un poco y enseguida salgo.

—Para mi no necesitas arreglo. Me gustas así tal como estas.

Se le dibujó una sonrisa que me dio cierta seguridad, pero ella era impredecible; de un momento a otro cambiaba. Después de un largo rato salió. Venía muy guapa, muy arreglada, pero para mi la espera fue eterna. Todo ese rato que esperé por ella le borró el encanto, porque ese día buscaba otra cosa. Lo que más necesitaba de ella, no era verla

elegante, sino su compañía y sus palabras, o cualquier señal que mostrara que podía contar con ella.

Después de tanto esperar salió y al verme, notó que estaba un poco molesto, y para que no le fuera a hacer algún reproche, se adelantó y todo lo cambió de golpe.

—No quiero caminar por el pueblo. Hoy tuve un día muy pesado y no tengo humor. Tampoco tengo hambre. Si te parece nos sentamos en el marco de la ventana, o si no itú sabrás lo que haces!

Lo dijo con tanto sarcasmo que sólo le faltó decir, si no estás conforme vete. Todos esos desaires los sentí como una bofetada que me estremecía por dentro como cuando se te entierra una espina, que penetra la piel y va abriendo tu carne hasta detenerse en el hueso.

Nos quedamos sentados en la ventana sin hablar. Ya comenzaba a caer la noche. Todo se fue cubriendo de sombra hasta que quedamos los dos cubiertos por la oscuridad, como dos fantasmas sentados en la ventana, sin hablar, ni saber qué decir. Por más que buscaba, no encontraba palabras y cuando ya no soporte más aquel silencio me levanté para decirle adiós, pensando en no volver. Sentí que todo era inútil, que yo me encaprichó en quererla, pero ella no se dejaba querer.

Había salido la luna. Ya algunos faroles estaban encendidos, pero no podía ver con claridad su rostro que se perdía entre el resplandor opaco y la sombra. Tomé su cara delgada y pálida en mis manos y sentí el calor de su cuerpo. Noté como su respiración se alteraba. Traté de darle un beso pero me rechazó a pesar de que le temblaban los labios.

—Ya me voy, le dije. —Porque por más que me esfuerzo nomás no logro entenderte. No sé qué misterio te envuelve, pero siento como si viniera de lejos, de un lugar escondido al que no logró asomar.

—¿Y qué quieres que haga? me respondió. —Sí así soy de rara. Alcané a ver cómo le brillaban los ojos cuando se llenaban de lágrimas. Tuvo que desmoronarse la roca para dejar entrever lo que por dentro llevaba.

El siguiente fin de semana sólo regresé a llevar a mi madre, a mi cuñada y su niña al aeropuerto. No me sobró tiempo para ir a verla. Encontré a mi madre indecisa al final del tiempo. Se llenó de dudas. Cuando se ha estado toda una vida arraigada a un lugar, como un árbol que ha crecido, no se puede desprender del suelo así como así, y cambiarlo a otro sitio sin que sus hojas se marchiten, corriendo el riesgo de que se sequen o se mueran algunas ramas. Siempre a la llegada a un lugar nuevo, se te mete ese sentimiento. Te va asaltando la duda y

se apoderan de ti los remordimientos, y comienzas a sentir nostalgia por lo que dejas, antes de irte, cuando ni siquiera has puesto entre medio la distancia.

Otro día salimos temprano. Sólo tuvimos tiempo de que mi madre fuera a despedirse del tío Moisés y su hermana. No se que le reprochó la tía Selma, porque cuando salimos de ahí la noté más contrariada, indecisa y triste. El tormento le opacaba el rostro. Llevaba la expresión de un extraviado que se deja guiar por los que lo conducen a su destino.

—No se aflija tanto madre, que no es la primera que se va. Total, si no le gusta se regresa. Haga de cuenta que este es un paseo. Inténtelo. Si no está agusto allá, se vuelve a su casa. Le dije esto para tratar de alentarla, pero en el fondo los dos sabíamos que ya nunca regresaría porque la cuerda que la jalaba, era un lazo de sangre que jamás se revienta.

Arribamos al Aeropuerto al caer la noche cuando ya las luces se habían encendido y la gente se desplazaba de prisa por los corredores, o hacían largas filas en la ventanillas de abordar. Después de que documentamos todo y entregamos las maletas, recorrimos un amplio pasillo hasta llegar a un salón donde esperamos un largo rato antes de abordar. Mi madre parecía más tranquila, hasta la vi sonreír después de mucho tiempo. Le regresó la tristeza cuando anunciaron la salida y se despidió de mí con un fuerte abrazo.

—Prométeme que no te olvidarás de tu madre, me dijo. —Y que irás a visitarme en cuanto puedas.

—Se lo prometo, madre, le dije, y me quedé allí parado mirando cuando se alejaban. Yo sólo llegué hasta donde me permitieron llegar, pero no les quité la vista de encima, hasta que se perdieron en una puerta que conectaba a un pasillo angosto. Iba mi cuñada adelante, contenta por volver, qué interés podría tener para ella esta tierra que le arrebató su padre cuando era una niña, solo regreso por el cariño que sentía por mi hermano. Era altanera y soberbia, y eso le dio fuerza para venir al lugar del que tanto luchó por salir solo algo grande y su orgullo, la hicieron intentar volver a vivir en el mismo cementerio donde había enterrado el pasado. Iba bien vestida con su ropa cara, llena de alhajas. Por detrás mi madre, angustiada y triste, enajenada por la multitud, cargando con trabajo su niña, con su ropa de luto humilde, gastada no por el uso sino por el tiempo que estuvo guardada. Con su

escapulario como único colguije, siguiendo a Laura, como si fuera la nana, o un perrito faldero que va detrás del amo.

Después de que todos se fueron ya no tenía a qué volver al rancho. Tampoco tenía un motivo que me llevara al pueblo. Decidí pasar mi soledad perdido entre aquella gente que corre. No hay mejor lugar para esconder lo que sientes, que estar rodeado de una multitud que ni siquiera te mira. ¿Quién podría distinguir en un panal que se agolpa, a una abeja de otra?

Pasaba los días recorriendo el mismo camino de la casa a la escuela y de la escuela a la casa. Durante la semana se me iba el día recorriendo este largo trecho, soportando el intenso calor de la tarde, aturdido por el ruido y arropado por el humo que se queda estático en el espacio cubriéndolo todo. No hay viento que lo empuje después de las horas de clase. El recorrido era agotador. Terminaba el día ya sin aliento. No sobraba tiempo para pensar en otra cosa, solo el fin de semana. Lo sentía monótono e interminable. Nunca había pasado días más largos. La depresión sin remedio se apoderaba de mí. Sentía que me atrapaba y no encontraba la forma de zafarme. Cuando venía a visitarnos Gabriel, me alegraba algo. Me invitaba a salir, nos reunimos con sus amigos en diferentes sitios. Nos poníamos a escuchar mariachis y mientras ellos gozaban riendo y cantando, yo seguía sumergido en mi mundo, como quien cae dentro de un pozo profundo, donde todo es oscuro y hasta donde la luz no llega o apenas se asoma, y el corazón se pone gris como la ceniza.

Así pasaron los meses. Me encontré vagando noches enteras y muriendo de sueño al amanecer, cuando ya era hora de levantarse, hasta que terminó el semestre, y vinieron las vacaciones. Llegó el momento de enfrentar otro dilema que me angustiaba. Era necesario regresar a la casa cuando ya nadie se encontraba y buscar lo poco que había sobrado.

Regresé la tarde de un jueves santo. Llegué a la puesta del sol cuando ya había terminado la celebración y todos descansaban en la plaza. Frente a las puertas de la tienda estaban todos los hombres reunidos, sólo faltaba mi padre. Llegué y los saludé a todos y me fui derecho a la casa, donde tampoco estaba mi madre. Eran unos cuantos meses y daba la impresión de que pasaron años. Sentí la sensación de que todos habían muerto; que llegaba a una casa arruinada llena de fantasmas, donde en las esquinas colgaban las telarañas y los muebles

se cubrían de polvo. Las camas estaban tendidas como las había dejado mi madre y todas las otras cosas en su sitio.

Encendí la televisión cuando comenzaba el noticiero. No dijeron una sola noticia. Sólo fue un repaso de las celebraciones que se hacían en varias regiones del país, y en los suburbios de la ciudad de México. La que más me impresionó, fue la representación que hacen en Izta-palapa donde crucifican a un hombre en presencia de las televisoras del país y con el consentimiento de varios ministros de la iglesia que lucran con la buena fe de la gente y se aprovechan de la ignorancia de aquellos que se prestan al martirio para dirimir sus culpas. Antes de crucificarlo, lo hicieron recorrer un largo camino, donde una multitud enardecida lo azotaba y él hacía alarde de su masoquismo. Los golpes eran reales y él los recibía con vocación de mártir.

Después que lo azotaron, lo crucificaron y lo amarraron con cuerdas a la cruz para que no se dañara mas sus heridas con el peso de su cuerpo. Levantaron la cruz para que la multitud lo viera. En seguida ataron a otras cruces, a dos supuestos ladrones y los levantaron uno a su derecha y otro a su izquierda, pero ellos no se dejaron clavar. Los amarraron a la base y a los brazos de la cruz y ahí los tuvieron hasta que el crucificado comenzó a retorcerse por el dolor, como supuestamente lo hizo Cristo antes de expirar. En su agonía gruesos chorros de sudor le escurría por el rostro, como gotas de lluvia lavando sus pecados. El sacerdote que los dirigía dio la orden que los bajarán. De una taringa tomó un hisopo y comenzó a rodear los cuerpos rociándolos de agua bendita.

—Haz tuyo el sacrificio de estos pecadores que se hicieron crucificar para lavar sus culpas, igual que lo hizo tu hijo señor, que bajó a morir en la cruz para redimir al mundo. Sin duda han ganado un peldaño más en su largo recorrido al cielo.

Y con esta breve oración dio por terminado el sainete. Luego se abrió, paso entre la multitud una ambulancia y se llevó al hombre para que le curaran sus heridas.

Terminado el noticiero, comenzaron a pasar una película Francesa, El Samurai de Alain Delon que empezaba con la frase: la soledad del samurai es tan profunda como la del tigre en la selva. Era la historia de un sicario. Sólo vi el principio. Apague el televisor y me fui a dormir al cuarto de mis padres porque era el más oscuro y al que poco ruido llegaba. Casi al instante me quedé dormido rendido por la fatiga del viaje. Después me vi perdido, parado al centro de la plaza, en una noche

oscura y desierta En un terreno muerto donde no había plantas ni animales, ni ruido. No se percibía ningún canto ni de los animales que lo hacen en el día, ni de los pájaros que cantan en la noche. Se oía sólo el mugido triste que llevaba el viento. Se escuchaba lejano hasta que de pronto apareció en lo más alto del templo, el reflejo de una franja de luz, amarilla y pálida. Se descendía lentamente, iluminando las cornisas más altas de las torres mochas. El frente de la iglesia comenzó a tomar forma, como el negativo de una fotografía que se dibuja al centro de un cartón de fondo negro. A lo lejos, como un murmullo, comenzó a escucharse un tenue ruido que crecía sincronizado con la franja de luz que desciende, y conforme aumentaba su reflejo. Aquél ruido crecía, se iba iluminando la plaza y la intensidad del ruido se volvía más insoportable en el oído. Luego se apoderó de mí un gran temor a lo desconocido y traté de correr a refugiarme, pero una gran fuerza dentro de mí me lo impidió. Se asomó en la brecha acompañado la luz, algo que se acercaba a toda prisa como un automóvil desbocado. Luego se transformó en una bola de lumbre que giraba, como la corona de un castillo de fuegos pirotécnicos, con sus luces fugaces que rodaba. y se estrellaba en las columnas del templo. Al impacto, todo su resplandor se elevó al cielo en luces de colores, dejando toda la plaza iluminada como si fuera a la mitad del día.

Después, se comenzó a escuchar un alboroto de campanas, una algarabía de voces, un ambiente de fiesta y luego regresó el silencio. Poco después fue interrumpido por el badajo de la campana mayor llamando a misa, golpeando el bronce con un sonido ronco y penetrante que estremecía las entrañas. Retumbaba haciendo eco en la ladera. Igual que un domingo cualquiera, la gente comenzó a llegar por todos los caminos. Formados en silencio todos caminaban en dirección al templo sin hablar, sin voltear a su alrededor, vestidos de luto, con la cabeza baja y velas encendidas.

Yo me quedé parado, inmóvil, en el mismo sitio, viendo a todos pasar. Eran todos los hombres y mujeres que habían habitado el rancho. Era gente grande de edad que vivió allí desde tiempos pasados. Todos los muertos que había conocido y los que no conocí, pero que me contaron que allí habitaban. Muchas veces escuché sus nombres repetir entre la gente vieja, en aquella fila interminable. Iba mi padre casi al final seguido de los que precedieron a su muerte, que no vivían allí pero que aquí nacieron. Pasó frente a mí sin voltear a verme, con su cara pálida igual que los demás, con su rostro de muerto.

Quedó tan desolada la plaza que después de que entró el último y se perdió en las puertas del templo, me sentí tan solo que sentí la sensación de que yo era el único habitante sobre la faz de la tierra. Fui tras ellos buscando compañía, entre aquellos muertos, para no quedarme perdido entre la desolación de aquel paraje muerto. Me fui hasta detenerme en el atrio, frente a la puerta, pero al llegar me di cuenta de que la iglesia estaba vacía. Aun así entré. Seguí hasta detenerme a medio templo donde el padre esperaba a que se acomodaron todos. Aunque no se veían se sentía su presencia y se escuchaba el murmullo. Era el mismo ruido que se percibió siempre antes de comenzar el sermón. El padre recorría con la mirada toda la nave del templo; desde el altar hasta la puerta, parado en el presbiterio a un lado de la piedra de consagrar, con un báculo en la mano. Se alumbraba con un candelabro de oro frente a un misal colocado en una base de madera sobre una columna de cantera labrada. Al otro extremo, un Cristo enorme en medio de dos gruesos cirios, con el rostro del crucificado de Iztapalapa, colgaba de la cruz ya muerto, con un brazo desprendido, que goteaba sangre de sus heridas y caían sobre un florero de rosas blancas. Abajo recargada al altar una virgen lloraba abrazando un ramo de tulipanes negros. El que iba a predicar vestía una túnica blanca, con una cruz negra en el pecho y una estola oscura, atravesada en el cuello. Llevaba la cara tapada por una capucha en forma de cono, con orificios en dirección de los ojos, la nariz y la boca. Comenzaba su mensaje después de haber leído un pasaje, que hablaba sobre el fin del mundo.

—El mundo ha llegado a su fin, decía con una voz que resonaba en lo más alto de la cúpula. El eco regresaba al piso y volvía a subir hasta las bóvedas. —La máquina del tiempo se ha entrampado. El alfa y el omega se han juntado y el tiempo se ha detenido. Ya no habrá noche, ni día, ni mañana, ni tarde; sólo el mundo en tinieblas permanecerá por los siglos de los siglos, y el ángel de la justicia divina bajará investido de todo poder y no quedará piedra sobre piedra. La calamidad ha llegado, su maldad ha sobrepasado la tolerancia de lo divino y no habrá forma posible de escapar al castigo. Donde quiera que se escondan los alcanzara el brazo de la justicia divina. Ay de aquel que ha vivido una vida de pecado; más le valiera no haber nacido. Así como Dios hizo al hombre, a su imagen y semejanza, así lo borraré de la faz de la tierra.

—Nada de lo que dices es verdad, comencé a increpar después de que le vi el rostro. Ya no era el de la capucha, sino el padre Ambrosio

que nos señalaba con el dedo, amenazando. El rostro enrojecido lleno de cólera como siempre, tratando de infundirnos temor.

—Siempre nos has engañado, le respondí al sentirme señalado. Dios no hizo al hombre como tú lo pregonas. El hombre hizo a Dios, y si el hombre muere, Dios muere también con él. Porque él, no es más que pensamiento y verbo. Tú mismo lo has dicho muchas veces, nos lo has repetido.

—¡Qué has dicho, anatema! ¡Despierta, hereje, mira a tu alrededor, incrédulo, insensato! En los viejos tiempos la blasfemia se castigaba con fuego y hoy igual como en aquellos tiempos el fuego ha llegado. El arroyo arde y la ladera y el llano han sido consumidas y arrasadas por las llamas. Asómate al atrio para que veas como se acerca el castigo. Sal de aquí blasfemo, antes de que una lengua de fuego entre por esa puerta y te deje calcinado. ¡Sal! ¡Fuera! para que no manches con tus desechos este recinto sagrado, decía gritando y maldiciendo, señalando con el dedo como si lanzara una flecha envenenada que entraba en el pecho invadiendo de terror todo mi cuerpo.

En ese instante los vitrales de la cúpula se desprendieron y cayeron al suelo, haciendo un ruido estremecedor y partiéndose en mil pedazos. El ruido de las llamas se escuchaba devorando la yerba. Las cenizas se elevaban al cielo y la puerta del templo se cubrió de un resplandor rojizo mientras el humo comenzó a entrar por las ventanas rotas.

El miedo se apoderó de mí y comenzó a correr un sudor helado que me escurría por el rostro y me empapaba la ropa. Salí corriendo del templo y antes de llegar a la puerta escuché la voz cascada del padre que gritaba con una resonancia que regresaba y se perdía como si entrara en un espacio hueco.

—Podrás huir, correr y caminar por el mundo como el Judío Errante, pero no encontrarás un espacio en esta tierra donde puedas detenerte, esconderse y escapar del castigo.

Me fui alejando hasta no escuchar más. Caminaba en dirección del arroyo, pisando sobre las cenizas como si hundiera los pies en un suelo lleno de fango. Me abrí paso entre cadáveres de animales humeantes, restos de culebras que todavía se retorció en sus vértebras y amenazaban con morder después de haber quedado desolladas. Luego vi el arroyo en llamas y una densa nube de humo negra y pestilente. Se elevaba y caía por la cascada de aguas pardas. Gruesos chorros de agua ardiendo como lava candente que corría por la ladera amenazando con salirse de madre.

Después se dibujó sobre la ceja un ángulo de luz, más intensa que la que se desprende del sol al amanecer y comenzó a escucharse una estremecedora música de orquesta. Sobre la parte más estrecha del ángulo apareció una enorme cabeza de piedra que se desplazaba con gran majestuosidad al ritmo de la música y se dirigía hacia mí cuando yo ya me encontraba en otro plano, parado al lado de una noria. En cuanto más se acercaba, la música se transformaba en ruido, hasta que llegó a detenerse frente a mí una siniestra cabeza humana y arrojó de entre sus garras una niña muerta, ensangrentada, envuelta en un manto rosado.

En ese momento desperté horrorizado con el corazón golpeando el pecho como si buscara una salida. No me atreví a encender la luz por el temor que al hacerlo volvieran a aparecer las imágenes tenebrosas de aquél sueño. Me envolví en la cobija como si entrara bajo de un refugio y esperé a que bajara el latido del corazón y el sudor secara. Permanecí así el resto de la noche, hecho bola, abrazado a una almohada sin volver a dormirme, en ese cuarto densamente oscuro, hasta que escuche el canto de los primeros gallos.

Al amanecer, salí de la casa en busca del ganado perdido. Dejé la carretera en una brecha de piedra que conducía a la hacienda principal. Entré por el terreno que había sido de mi abuela y me detuve en el establo donde varios muchachos comenzaban la ordeña. Ellos me informaron que habían visto ganado desconocido en los potreros de la hacienda vieja. Regresé, tomé la carretera de nuevo y me salí en un callejón que conducía al rancho del tío Valentín. Todo el ganado estaba echado al fondo del potrero, a llano abierto donde no había maleza. Luego reconocí dos vacas paridas y cuatro vaquillas que me hicieron dudar un poco hasta que no les vi el fierro de la casa. Ahí mismo desamarre el alambre de púas y bajé unos hilos al piso y otros los subí a lo más alto del poste, haciendo un portillo para que por ahí entrarán al callejón. Una vez que salieron volví a acomodar el alambre y comencé a arrearlas con la camioneta. Al salir a la carretera, solas reconocieron su querencia, comenzaron a correr y no se detuvieron hasta el potrero del llano.

En otros tiempos, haber hecho eso sin avisar a la hacienda seguramente me hubiera acusado de abigeato cuando concentraban todo el poder. Ahora toda su fuerza estaba mermada, su poderío se había diluido. Sólo cuidaba aquello un caporal bonachón que lo encontrabas durmiendo, respaldado a la sombra de los muros en pleno mediodía.

Cuando fui a pagar el agostadero, no encontré a nadie. Seguramente no se había levantado. Al ver que era temprano, decidí ir a buscar el otro ganado que se había extraviado en Atenguillo. Me regresé otra vez por la carretera y más abajo del llano, después de pasar unas curvas pronunciadas, tomé una brecha polvorienta y áspera, revestida de cascajos de piedra. Seguí hasta no darle fin. Luego ya sin la huella, entré por un potrero y me detuve hasta donde pudo llegar la camioneta. Luego seguí caminando hasta la mesa frente al Capulín. Hasta allí del ganado no encontré ningún rastro. Bajé la barranca hasta llegar a la rivera del río donde mi padre cultivaba la caña. Seguí río arriba hasta encontrar un boquete en el alambre, en la desembocadura de un arroyo hecho por unas ramas que había arrastrado la corriente en el tiempo de lluvias. Después de remover las ramas volví a acomodar los hilos y amarrar el alambre nuevamente a los postes.

Seguí por el cauce del arroyo bajo una vegetación espesa que no permitía que saliera debido a lo cerrado de la yerba. A pesar de la sombra se sentía cómo el calor arreciaba. El canto de los pájaros armonizaba con el sonido del agua que se deslizaba entre las piedras y se perdía en algunos charcos bajo un manto de lirio. Después de mucho caminar sobre las piedras, sorteando la corriente, encontré una salida. Llegué hasta las afueras del pueblo donde vivió Ciriaco Martínez. A la entrada estaba la casa donde vivía Don Guadalupe Reynoso. Yo sabía bien cual casa era porque cuando regresó mi padre del norte, hace varios años, fui a llevarle un regalo. Desde entonces jamás lo había visto. Sentí ganas de volver a verlo porque imaginé que sería como regresar al pasado. Pensé que también a él le daría gusto verme. La casa estaba al terminar la calle aunque ya pegaba al pueblo. Todavía era una casa de rancho con una puerta de mano hecha de tablones. A la entrada había un corral para ganado, un patio y a un lado la casa que conectaba con un corredor la sala y la cocina. Después del pasillo, otro patio pequeño y alrededor los cuartos.

Cuando me paré en la entrada, él estaba en el fondo sentado bajo la sombra de un árbol, en una cómoda silla de madera. A su lado estaba una mesa pequeña, y en la mano tenía un cuchillo, estaba pelando un mango. Ya era un anciano que no se había percatado, que tenía rato mirándolo hasta que le hable desde afuera antes de abrir la puerta.

—¿Cómo le va Don Guadalupe? le hablé con voz fuerte sin imaginar que reaccionaría en una forma tan extraña.

Todo su cuerpo se estremeció al escucharme. Levantó la cara con una mirada de miope que no lograba enfocar. Aventó el mango sobre la mesa y se aproximó de prisa hacia la puerta con el cuerpo ladeado, empuñando el cuchillo pálido y desafiante, haciendo un gran esfuerzo por saber de quién se trataba.

—¡Soy Gregorio, Don Guadalupe! le dije al ver que venía decidido y contrariado. Pensé que podría lanzarse contra mí. —Soy el hijo de Gregorio el del molino, le repetí ¿Qué acaso no me conoce?

En ese momento se enderezó y lanzó el cuchillo a un lado. Se agarró de las teleras de la puerta con la respiración agitada y antes de mover la madera de la tranca dijo:

—¡Qué te voy a reconocer si no eres ni la sombra de lo que yo tengo en mi memoria! Pasa hijo, y abrió la puerta sin poder ocultar que las manos le temblaban. —Déjame darte un abrazo, el que no te di el día que murió tu padre. Qué pena sentí no haber podido ir a despedirlo. Pero ya a los viejos se nos va cerrando el círculo y fuera de este corral no podemos salir, si no hay quien nos mueva.

Me tomó del brazo invitándome a sentar a la sombra del árbol, donde había más sillas a un lado de la mesa. Al sentir su mano en mi antebrazo noté como su corazón latía con fuerza. Pasamos frente a la entrada del corredor donde estaba parada su esposa Clara. Me acerqué a saludarla, pero por más que le insistimos, no recordó haberme conocido.

—Yo sólo sé de tu padre, dijo. —No porque recuerde como era, sino porque Guadalupe y mis hijos hablaban de él todo el santo día.

Cuando nos sentamos bajo la sombra ya Don Guadalupe se notaba sereno. Le habían regresado sus colores al rostro. Su esposa se acercó con un pequeño balde lleno de mangos que tenían de cosecha; y no sólo eso sino que me ofreció prepararme algo de comer, a lo cual yo me negué por no meterla en aprietos. Era cerca a las tres de la tarde cuando llegué. Él estaba bajo la sombra reposando la comida.

—Se lo agradezco señora pero yo comí antes de venir por aquí. Ando en busca de un ganado perdido. Pasé cerca de su casa y no me quise ir de largo sin llegar a saludarlos.

—Tu ganado va a andar en los potreros de Rutilio Pérez. Mi hijo Alfredo hace días me contó que vio ganado por allá con el fierro de tu padre, dijo Don Guadalupe.

Ella volvió a entrar a su casa después de dejar los mangos sobre la mesa, y yo me dirigí a la entrada del patio, donde él arrojó el cuchillo.

Lo levanté y se lo entregué, tomé un mango, saqué una navaja que siempre llevaba cuando caminaba en el campo y comencé a pelarlo. Él se quedó con el cuchillo en la mano. Volteó y me vio avergonzado. Luego clavó la vista y comenzó a hablar, como si le costara trabajo.

—Qué susto me diste, muchacho. Pueden pasar los años y aun que ya me estoy muriendo de viejo no me llega el sosiego. Nunca vas estar tranquilo cuando debes algo que sabes, que solo con la vida se paga. Mi vida ha sido larga pero siempre ha estado así llena de sobresaltos que aparecen cuando estoy más tranquilo. Brincan de repente como salta una liebre a mitad del camino.

—Yo lo entiendo Don Guadalupe cosas parecidas yo viví con mi padre. Conmigo no tiene por qué sentirse apenado.

—¡Tu padre! ¡Qué cabal fue para nosotros tu padre! El único que nos tendió la mano cuando llegamos a estas tierras, donde todos nos miraban con desconfianza y hasta nos trataban como apestados. Cada cual hacía su juicio y nos juzgaba de acuerdo a lo que sus oídos llegaba, pero ninguno por lo que realmente nos pasó. Nadie se molestó por averiguar la verdad porque la verdad sólo el que la vive la sabe. Es algo parecido al viento, que cuando baja de las montañas es sólo aire puro, pero al bajar a los valles se va ensuciando al pasar por los muladares. Así pasa con la verdad; al andar de boca en boca comienza a distorsionarse y después de tanto contarse, hasta se vuelve mitote y tú te quedas atrapado en los “díceres” de la gente.

La ofensa que nos hicieron no era menor y todavía me estaban esperando, en compañía de la tía, para cuando pasara burlarse. Ninguno presintió que detrás de mí llevaba escondida la muerte bajo el zarape. Yo sólo pensaba matar al más grande, el que nos había hecho el agravio pero el hermano se metió y tuve que cargar también con él, A pesar de mi edad todavía lo sigo cargando porque era casi un niño que todavía no le asomaba el bigote. Después de que lo vi caer, como que me cubrió una sombra de horror y me llené de vergüenza. Pero ya qué remedio si todo estaba hecho. Del otro no tengo remordimientos. De sobra sabía lo que andaba haciendo. Cuándo quieres pasar sobre los demás es porque a algo te atienes. Tampoco me remuerde la tía que los solapaba, aunque los maté en presencia de ella y se me pegó a los tientos de la silla como un cadillo, con las manos embarradas de sangre gritando y maldiciendo a más no poder. -- No pierdo las esperanzas de verte arrastrando y retorciendo como una maldita víbora, me dijo.

Ella tenía la fama de ser la madre de las brujas en la región y desde ese día yo dejé de creer en brujerías porque a mi nunca me pasó nada. Si hubiera podido hacerme algo, tenía suficiente motivo. Yo sí que la tenía ofendida. Le maté los dos sobrinos en sus narices. Ese día deje los Cañones para siempre. Tampoco pude volver a usar la montura que embarro con la sangre de los difuntos.

De allí en adelante todo fue sufrimiento. Siempre viviendo de prisa, tratando de ganarle las carreras al tiempo y sólo el tiempo me ha detenido y me sigue recordando. Cuando ya sólo me faltan unos días para llegar a la Raya, fueron meses, años de andar vagando de un lado a otro hasta encontrarnos con tu padre, que nos brindó su mano y gracias a eso, volvimos a echar raíces.

No me atreví a preguntarle cuál fue la ofensa, sólo escuché lo que él quiso contarme. Aproveché el momento. Después de contarme aquello se quedó tranquilo, desahogado, por cuántos años llevaría eso agolpado en el pecho.

Me hubiera quedado el resto de la tarde platicando con él pero me entró la prisa de regresar por temor a que me agarrara la noche. Eran veredas que no conocía y ya oscuras no iba a saber dónde había dejado la camioneta. Me despedí de su esposa y él me acompañó hasta la puerta. Me dio un fuerte abrazo antes de irme sin ocultar el gusto que le dio verme. Me pidió que regresara, pero ya no hubo ocasión de volver a verlo. Pasó poco más de un año cuando me enteré de su muerte.

Había recorrido la mitad del camino y al frente en el claro de una loma divisé varios animales pastando. Se iban recorriendo poco a poco, tragando los retoños de las varaduces antes de internarse en el monte. Desde lejos reconocí unos de los animales perdidos. Me acerqué hasta ellos y pude contar seis de los míos, aunque no eran todos. Me fui con la idea de regresar otro día para hablar con el dueño del terreno. Llevaba la seguridad de que allí iba a encontrar el resto metidos en el monte. Llegué a la camioneta antes de la puesta del sol y al rancho, cuando ya la plaza estaba desierta. Todo mundo estaba en su casa. Era viernes santo, día de recogimiento. Rápido me bañé y me fui al pueblo a buscar comida. Llegué y me estacioné en el jardín, a un lado de la parroquia. Esperé con la esperanza de que pasara un amigo para invitarlo a comer, pero no pasaba nadie. Todos estaban en misa. La iglesia estaba abarrotada, había gente parada en todos los rincones del atrio.

Hasta afuera se escuchaba el sermón del Padre Ambrosio, que hablaba de la pasión de Cristo, la traición de Judas, la crucifixión y

la muerte de Jesús. Estaba conmovido hasta las lágrimas, al igual que todos sus fieles que desbordaron la iglesia.

En ese momento me acordé de mi sueño y por primera vez sentí temor de regresar a mi casa, y no encontrar a nadie. Me asaltó un sobresalto; aquella zozobra que me había acompañado desde que era niño, desde el día en que se fue mi padre. Era un miedo que se iba y regresaba, pero que siempre estaba ahí, acechándome como fantasma en mis ratos de soledad.

Después de terminada la misa, el jardín comenzó a llenarse de gente, como un domingo cualquiera, pero sin música, porque todo el pueblo estaba de duelo, por la muerte de Cristo. Pasó frente a mi una mujer llorando, enjugando sus lágrimas, secándose los ojos con las puntas de su rebozo.

Al ver que ninguno de mis amigos pasaba me bajé y me fui en dirección contraria por donde caminaba la gente, y enseguida la vi parada en un portal de la plaza. Era Valentina, alta y delgada. Se distinguía de todos por su elegancia, con un vestido ampón pegado a la cintura, entre azul y gris de cuadros oscuros y un ostentoso collar de fantasía en madera, labrado en forma de bellotas de encino con incrustaciones plateadas. Llevaba unos aretes con el mismo diseño que adornaba su cuello alto y delgado. Tomaba el collar en sus manos suaves y lo enredaba, jugando nerviosa y presumiendo sus dedos y sus uñas largas y delgadas perfectamente pintadas. Era morena clara con su pelo negro azabache, alborotado, colgando sobre su espalda y unos ojos enormes de un negro profundo que brillaba igual que su pelo. Ya era una mujer de cuerpo escultural y cara afilada, muy diferente a la que conocí en la escuela. Desde lejos me sonrió y yo sobresaltado y decidido, caminé a su encuentro como si no pisara el suelo. La saludé tomándola de las manos con la respiración cortada y el corazón latiendo.

—¿Cómo estás, le dije, igual que cuando le hablaba por teléfono, y ella me dio la misma respuesta, con el mismo tono de voz.

—Bien, ¿y tú?

—Qué gusto me da verte.

—No te ha de dar tanto gusto, y soltó mis manos. Si sabes bien dónde vivo y nunca me buscas. Siempre andas ocupado en otros lugares, y agregé: Voy a mi casa, ¿me acompañas? No me gusta andar entre tanta gente.

—¿Saliste de misa? le pregunté, tratando de iniciar otro diálogo.

—Yo sí. Y tú, ¿de dónde vienes?

—También del templo. Se le dibujó una leve sonrisa y movió la cabeza, como diciendo no.

—Deberías de ir a que te rocíen de agua bendita; a ver si te espantan el diablo.

—Yo allí no entro porque no tengo a qué. Allí sólo van los que no tienen la conciencia tranquila. Me vio con una expresión seria y yo ya no dije más porque me acordé que ella no era de bromas. —Espera aquí que desde febrero te compré un regalo pero no te había visto. Lo tengo en la camioneta.

Crucé al otro lado de la calle y ella se quedó parada, jugando con su collar, en el bordo de la banqueta y cuando regresé y se lo entregué no quería aceptarlo.

—No lo quiero. ¿Por qué a mi? Regálaselo a tus amigas. Tantas que tienes.

—¿Por qué a mis amigas? Si lo compre para ti. Por favor acéptalo. Ya después, si no te gusta lo tiras.

Lo tomó y lo puso en su bolsa, como sin darle importancia. Para mí el reproche del principio, y esa pequeña muestra de celos, me dijeron mucho y me llenaron de aliento. Seguimos rumbo a su casa y al doblar la esquina del templo una pareja de personas mayores venía conversando. Caminaban en dirección opuesta a nosotros y yo la dejé seguir adelante y me coloqué atrás para no dejar la banqueta y al doblar la esquina, el viento sopló fuerte bajo su falda levantando su vestido abombado. Se elevó como un globo hasta la cintura como un paraguas, dejando al descubierto la mitad de su cuerpo. Ella se regresó abochornada, sonrojada y enojada conmigo.

—¿Que me viste?! me dijo con la cara roja, sujetando su falda.

—¡Nada! le respondí. Yo volteé al cielo a pedirle a Dios que no te llevara el aire.

Retrocedió y siguió caminando de prisa avergonzada, sin pronunciar palabra. Llegamos hasta su casa, luego nos sentamos en el marco de la misma ventana donde platicamos antes.

En ese momento apareció toda la felicidad que andaba extraviada. Algo que no esperaba regresó a mi vida, como una gota de lluvia que se desprende del cielo y cae sobre ti como anunciando la lluvia. Sentí un entusiasmo por la vida y unas ganas de vivir que ya no las sentía. La volví a encontrar cuando más desolado estaba, con el presentimiento de que ese día apareció lo que andaba buscando. La sentí un regalo

que me daba la vida aunque sentía que no lo merecía, pero llegó y sabía bien que esta vez ya no la podía perder. Apareció para ocupar un espacio en mi sueño. Nuevamente la vine a encontrar en un momento difícil; llegó como quien llega a habitar una casa abandonada, y entró por el zaguán para quedarse en lo más estrecho del corazón, donde ya no hay salida.

Se fueron terminando mis miedos cuando llegué a mi casa vacía. Ya no me acordé de mi sueño, ni me sentí solo porque ya mi pensamiento estaba ocupado. Rosario, que por mucho tiempo había ocupado mi mente, salió de mi como si dejara una habitación vacía y un nuevo huésped fue llenando el espacio. Me fui alejando de ella sin dejar de sentir un gran remordimiento. No pude darle ninguna explicación de lo que yo sentía, porque con ella nunca brotaban las palabras; sólo la hice a un lado, como un inquilino que se lanza a la calle.

Al día siguiente desperté con nuevos bríos. Al salir el sol ya andaba buscando el ganado perdido. Era muy de madrugada cuando entré al potrero. La parte baja por donde caminaba aún estaba en sombra. El sol se reflejaba distante en la punta de una loma, donde apareció un jinete que montaba un caballo negro con un lucero blanco en la frente. Era Rutilio Pérez al que también necesitaba ver antes de sacar el ganado. Yo sólo lo conocía de oídos, pero presentí que era él. Venía bien vestido con ropa cara, todo de negro, hasta el sarape que traía enroscado atrás de la silla, era oscuro. Sólo le distinguía una hebilla plateada y el lucero blanco del caballo. Todo lo demás era negro. Era alto y delgado de facciones finas y piel morena, bigote abultado y sonrisa amable.

—¿Qué andas haciendo muchacho? me preguntó. No te conozco, pero por la facha que tienes me doy cuenta quién eres y sé lo que andas buscando.

—Soy hijo de Gregorio, le dije, estirando la mano para saludarlo.

—Me llamo Rutilio Pérez. Soy un viejo conocido y amigo de tu padre. Yo también soy de por allá, y conviví con tu padre más que ustedes porque yo lo conocí desde niño y lo seguí hasta que se casó cuando ya estaba grande. Luego mi padre nos trajo para acá pero de él sigo conservando el mismo recuerdo. Tu ganado aquí agostado desde las aguas. Alfredo Reynoso me dijo que eran de ustedes y aquí los he cuidado como si fueran míos.

—Los encontré ayer al pasar por aquí, le dije. —No quise sacarlos, sin que usted supiera y sin que me dijera cuánto le debo por la agostada.

Comenzó a separar lo mío, del otro ganado, y una vez separados con el caballo, los replegó a una esquina y me pidió que hiciera un portillo. Una vez que el ganado estaba afuera, brincó la cerca y me acompañó hasta las puertas de mi potrero. Se despidió de mí sin cobrarme un solo centavo por la agostada. Siempre he guardado de él un bonito recuerdo, no porque no me cobró, sino por lo bien que se expresó de mi padre.

Ya de regreso me llegó nuevamente la preocupación y comencé a sentirme vacío. Volvía como si fuera extraviado, sin saber a dónde llegar, ni a dónde ir. Me sentí como un huérfano desvalido. Se fue apoderando de mí una fuerte desesperación y se agolpaba en el pecho una gran ansiedad; unas ganas inmensas de volverla a ver porque ya no se apartaba un momento de mí. No había dejado de pensar en ella hasta la hora en que me acosté y me quede dormido y desperté con el mismo pensamiento. Así seguí sin poder apartarla. La sentía como pegada a mí caminando a mi lado. Su rostro se reflejaba en cada cosa, la relacionaba en todo lo que veía, la sentía, en todo aquello que tocaba. Entró como una oscuridad a mi mente que poco a poco fue cubriendo el pasado. Ya no quería voltear atrás. Sólo quería ver el presente. Apareció algo nuevo en mí como una ilusión que brota o un niño que nace. Era como si apenas hubiera iniciado el pensamiento y todo lo demás quedaba lejos, abandonado en un rincón, abortado.

No resistí aquella ansiedad y como andaba de sudado, con mis botas raspadas y el pantalón deshilachado me fui a buscarla. Desesperado por verla, sentía la necesidad de seguir hablando con ella, de tocar sus manos suaves, sus dedos delgados; de acariciar su cara, ver de nuevo sus ojos grandes, negros y profundos, llenos de misterio como una noche oscura. Quería volver a verlos, para mirarme en ellos, para asomarme a su alma y estar seguro de que nada era mentira.

La encontré cuando iba llegando. No sé de dónde venía, pero iba rumbo a su casa. Se sorprendió al verme porque no me esperaba. Se sonrojó no le gustó que la viera desarreglada, vestida así con ropa ordinaria, sin una pizca de maquillaje. Pero a mí me gustó más verla así. Me pareció igual de hermosa que la noche anterior, sólo diferente.

—Espérame en el jardín, pero ya vete. No me gusta que me veas así.

Yo sólo quería verte. Qué me importa que andes como andes, pensé decirle. Pero no me dio tiempo porque entró corriendo a su casa. Me fui a esperarla a una banca del jardín, pensando todas las cosas que quería decirle. Pero al verla aparecer cuando dobló la esquina, todo

lo que había pensado se perdió como si se lo llevara el viento. Se me turbó la mente como si entrara en una corriente de agua mansa que lo mezcla todo. Se lleva lo esencial de un pensamiento, que se pierde y sólo te deja la basura y la espuma.

Olvidé todo al verla. Me quedé como un bobo contemplando su cuerpo escultural, viendo cómo se acercaba y sonreía con paso, altanero y firme. El viento movía su cabello suelto al andar y el sol del mediodía se reflejaba en él y le daba distintos brillos. Se proyectaba una sombra que a lo lejos cobijaba su cara. La tomé de la mano al llegar y al contacto sentí como se estremecieron nuestros cuerpos. Eso disipó mis dudas pero también hizo que perdiera el sosiego. A partir de allí ya no podía vivir sin verla. Todo lo que hacía era por ella. Sólo vivía pensando en ella y todo mi mundo se volvió de ella.

Nadie me ha dicho qué cosa es el amor. Será acaso ese raro sentimiento que yo estaba viviendo; ¿una mezcla de gozo y de martirio? Es como partirse en dos y dejar de ser uno mismo. Es como soñar sin límites y dormir anonadado al mismo tiempo, despertar, para seguir soñando. Es dejar de caminar como peregrino sin rumbo; ser libre y a la vez quedar atado. Es elevarte como un pájaro hacia las alturas buscando el infinito, con ganas de volar. Es algo que te sacude como un trueno de tormenta que se dibuja cuando sube al cielo. Una caricia suave como un soplo de brisa que te llega en un verano caliente y envuelve tu cara cuando se mezcla con la llovizna y el viento. Es como sentir un llama que te quema, un temblor que te sacude y un apacible fuego que te abraza en el que no encuentras sosiego porque no lo apagan ni el sereno de la noche, y lo hace más intenso el fuerte sol de la tarde.

Después fue como entrar a un lugar desconocido y encontrarte un mundo nuevo. Aquél lugar donde se anidaba el pensamiento que por mucho tiempo lo ocuparon otras fue desplazado. Se fueron yendo como golondrinas que emigran a otro sitio, hasta que el nido se quedó vacío, y comenzó a llenarse con ilusiones nuevas. Atrás quedó la vieja ilusión que se volvía capricho; la fue tapando una materia gris que al correr de los días se volvía más espesa y sus recuerdos se fueron perdiendo hasta quedar muy lejos como aquellas estrellas que por la distancia, solo cuando llegan noches muy oscuras, vuelve a aparecer su brillo.

Con el paso de los días Valentina se fue haciendo indispensable; se volvió como una sombra que se desplazaba a la par de mi camino

y el pensamiento de los dos se fue mezclando, hasta quedar revuelto para hacerse uno. Quedamos amarrados los dos a un hilo que nos dejó unidos, pegados como las cuentas de un rosario. La ilusión fue creciendo sin límite, dándole vuelo al pensamiento. Cuantas cosas hacía con tal de que me viera; o cuanto llegué a hacer sin que ella se encontrara nomás para que supiera qué obstáculos vencía para tenerla cerca. Cuando ya estábamos juntos los dos, nos perdíamos en un lugar como si hubiéramos parado el mundo donde no había espacio para nadie. Entrábamos los dos a un círculo cerrado, atrapados, como si el tiempo no avanzara. Estábamos separados en una selva espesa en la que juntos nos abríamos paso buscando una vereda que nos llevará a un camino abierto para encontrar un horizonte donde las ilusiones no acabarán.

Y en ese andar y recorrer aquel camino, comenzamos a inventar caricias nuevas que hacían que la pasión creciera. Las noches se fueron haciendo interminables, la mañana se hacía larga y desaparecía la tarde; la perdíamos con caricias, besos y abrazos hasta envolverla en nuestros sueños para borrarla del tiempo y el espacio, hasta que de nuevo aparecía la noche y su martirio. Pasábamos como extraviados viviendo la mañana hasta encontrarnos otra vez para esconder la tarde. Después el mundo se cubría de sombra y allá en el cielo, brillaba la primera estrella y en seguida los dos nos separábamos. Regresábamos con el alma extasiada y el cuerpo penetrado por su aroma, caminando con pasos de embriagado, hasta que no soportamos más. Sólo esperamos la llegada del invierno, cuando todas las tardes son grises y lluviosas, hasta que el cielo dejó caer la última gota, y esta nos despertó de nuestro sueño. Después de un prolongado tiempo, nos dimos cuenta de que el mundo no estaba detenido. Éramos sólo los dos los que habíamos quedado perdidos en el tiempo y esa etapa llegaba a su fin. Ya no podíamos detenernos ni desafiar a la vida separados. Teníamos que seguir su marcha y enfrentar lo que viniera para seguirla a donde fuera y no quedar en el camino.

La vida se va dando al paso de una serie de sucesos, en diferentes etapas, que al terminar son las que marcan los cambios, y para mucha gente en muy importante señalar el parteaguas que separa una etapa de otra. Aunque los dos habíamos crecido apegados a esas tradiciones, en el fondo pensábamos lo mismo: que todo aquello no era más que un mero formalismo que estábamos decididos a cumplir pero a la vez también podríamos pasar por encima y pisotear sus normas. Pero

para no ser menos que los demás decidimos comenzar con el sainete y después de iniciada la función nos fuimos llenando de entusiasmo y lo tomamos como una jornada más. La primera tarea que realizamos juntos fue escarbar la tierra y colocar la cepa, plantar un árbol que con su savia alimentará nuestro amor; que penetrara y extendiera sus raíces y brotará el retoño. Después su fruto, y ya al final de nuestros días, refugiarnos bajo la sombra de sus ramas.

Ella era la que más animada estaba en los preparativos. Vivía con sus padres y sus hermanos y era razón de más para sentirse así. Además estaba rodeada de un buen círculo de amigos. En mi ocurría todo lo contrario. No tenía familiares muy cercanos que vivieran conmigo y buena parte del tiempo la pasaba solo. Era más bien un solitario que no tenía quien le hiciera algún reclamo. Si me pasaba cualquier norma, vivía sin ningún freno como caballo desbocado, como perro sin dueño, que al caminar sin rumbo me había topado con un amo. Andaba entusiasmado, jugando carreras con el tiempo, hasta que llegó el día más largo de mi vida.

Comenzó a las seis de la mañana. Dejé todo preparado para el viaje. Hasta después del mediodía me arregle para llegar a la ceremonia a media tarde donde una iglesia desbordada de gente me esperaba. Los pasillos de la iglesia estaban cubiertos con flores y su altar adornado de moños blancos, custodiados por floreros dorados llenos de nardos y gladiolas.

La tía Selma me encaminó al altar, donde espere por largo rato. Llegó la hora y la novia no llegaba. Jamás sentí temor de que ella no viniera, aunque me molestaba un poco ser el centro de todas las miradas. Hasta que por fin apareció en la puerta y toda la atención se volcó en ella. Caminaba despacio con la cara levantada, hermosa y esbelta con su traje de novia, acompañada de su padre que se desprende de ella y me la entrega al pie del altar. Luego se regresa y se acomoda en su silla, con el rostro sombrío y la cara triste, pensativo, porque pierde algo suyo; parte de su mundo que él considera lo más preciado.

Después de que terminó la ceremonia, entre abrazos y felicitaciones, se acabó la tarde y comenzó la noche en un salón lleno de amigos y de familiares. Vinieron incluso aquellos que sólo salen cuando la muerte llega; los que sólo se ven en los velorios. Todos estaban allí acompañándonos, charlando, comiendo y tomando, contagiados por la euforia, hasta que la fiesta llegó a su máxima expresión, cuando el baile, la música y la risa se confundían en un solo ruido.

Ya muy entrada la noche nos fuimos deslizando por un rincón y desaparecimos sin despedirnos de nadie. Sólo avisamos a los familiares más cercanos, recogimos nuestras cosas de una casa, tomamos la carretera, y la dejamos para subir una cuesta donde se encontraba una capilla perdida en la colina. Fue frente a la soledad de esa capilla donde encontramos la paz del alma. La zozobra que me había acompañado desde niño desapareció y mi corazón se abrió como una flor que brota. Mi pensamiento quedó en paz, como una vela que se apaga. La felicidad que no encontramos ni en la iglesia, ni en la algarabía de la fiesta, la encontramos ahí, desbordada, igual a una copa que se llena. Desde ahí se divisaba el pueblo entero, quieto y callado. Nos paramos en el centro del atrio como si fuera a campo raso, frente a la puerta cerrada, bajo el sereno helado de la noche. La tomé en mis brazos y con ardientes besos apareció el calor que nos negaba el invierno hasta que nuestros cuerpos vibraron de tanta dicha, y como dos niños, nos conmovimos hasta las lágrimas. Después contemplamos las calles iluminadas, envueltos por la noche bajo un cielo gris lleno de estrellas y desde ese lugar que regresaba el eco, escuchamos cuando en el salón la orquesta tocó “Las Golondrinas”. Fue la canción que dio fin a la fiesta. Luego volvimos a tomar la carretera. Pasamos las primeras curvas y nos perdimos en el llano, buscando un horizonte nuevo, juntos los dos, para enfrentar el mundo.

FIN

Los tiempos IDOS

SINOPSIS

Los tiempos idos es una novela que describe la desolación que vivían las comunidades rurales en el México de los años sesenta a raíz de la migración de muchos de sus ciudadanos hacia los Estados Unidos en busca de mejores condiciones de vida. En este sentido, su autor Maurilio Mercado Gómez describe de forma narrativa la vida cotidiana en aquellos tiempos mostrando el abandono y desamparo que sufrían las mujeres y los hijos al quedarse solos a su suerte. También muestra la incertidumbre del que emprendía un camino desconocido en busca de una ilusión vaga. Es una novela fuerte, dramática; que pinta la vida tal como fue, reflejando la dureza y los sentimientos de las personas que continuamente emigran en busca de un mundo mejor.

Dr. Jorge F. Vidovic
Director Fundación Ediciones Clío
ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-8148-4403>

Nota: Para contactarnos puede dirigir su comunicación a:
edicionesclio.es@gmail.com - jorgevidovicl@gmail.com
Web: <https://www.edicionesclio.com/>

Maurilio Mercado

